
ANGEL
DE DIAMANTES
LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA ZAKHAROV
NAOMI WEST

ÁNGEL DE DIAMANTES

LA BRATVA ZAKHAROV

LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Ángel de diamantes

1. Taylor
2. Ilarion
3. Ilarion
4. Taylor
5. Taylor
6. Taylor
7. Ilarion
8. Ilarion
9. Taylor
10. Ilarion
11. Taylor
12. Ilarion
13. Ilarion
14. Taylor
15. Taylor
16. Taylor
17. Ilarion
18. Taylor
19. Ilarion
20. Taylor
21. Ilarion
22. Ilarion
23. Ilarion
24. Taylor
25. Taylor
26. Taylor
27. Taylor
28. Ilarion
29. Ilarion
30. Ilarion
31. Taylor
32. Taylor
33. Taylor
34. Taylor
35. Ilarion
36. Ilarion
37. Taylor
38. Taylor
39. Ilarion
40. Taylor

41. Taylor
42. Taylor
43. Taylor
44. Ilarion
45. Ilarion
46. Taylor
47. Taylor
48. Ilarion
49. Taylor
50. Taylor
51. Ilarion
52. Taylor
53. Ilarion
54. Taylor
55. Ilarion
56. Taylor
57. Ilarion
58. Ilarion
59. Taylor
60. Taylor
61. Ilarion
62. Taylor
63. Ilarion
64. Taylor
65. Taylor

Epílogo: Ilarion

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

ÁNGEL DE DIAMANTES

BRATVA ZAKHAROV LIBRO 2

Hace cinco años, hui del diablo que me dejó embarazada.

Tengo un hijo ahora. Un niño al que haría cualquier cosa por proteger.

Pero dejé atrás a la hermana que amaba más que a la vida misma.

Así que, cuando Ilarion Zakharov me encuentra de nuevo, tengo que tomar una decisión imposible:

¿Vuelvo con él al mundo que dejé atrás?

¿O dejo que mi hermana se ahogue en el desastre que causé?

Ilarion no facilita la decisión.

Con cada toque, cada beso, cada mirada ardiente de esos ojos azules, me recuerda la verdad:

Lo amo. Siempre lo amaré. No puedo evitar amarlo.

Incluso si amarlo me cuesta todo.

Ángel de diamantes *es el Libro 2 del dueto de la Bratva Zakharov. La historia comienza en el Libro 1,* **Diablo de diamantes.**

TAYLOR

CINCO AÑOS DESPUÉS

Es curioso cómo alguien puede parecer tan familiar y aun así sentirse como un extraño.

La rubia de la alta sociedad que me sonríe en la fotografía del artículo de noticias no es mi hermana. Lleva demasiadas joyas, sonríe con demasiada perfección y se comporta con demasiada gracia.

Y sin embargo lo es. Es Celine.

Esta es la hermana que me peinaba obedientemente todas las mañanas cuando estaba obsesionada con las trenzas francesas. Que me horneaba galletas los días que estaba demasiado enferma para salir a jugar. Que construía fuertes de mantas y leía libros conmigo a la luz de una linterna cuando Mamá y Papá salían en sus citas nocturnas cada vez más esporádicas.

Solía pensar que la conocía mejor que a mí misma. ¿Cómo se borran décadas en cinco cortos años?

No es que hayan sido cortos para mí. Los últimos cinco años se sintieron como una sentencia de cadena perpetua. Solo tengo veintisiete años, pero en mis huesos, en mi corazón, me siento muchísimo mayor.

—Buenas tardes, Taylor —dice Papá cuando entra a la cocina.

Está realmente comprometido con toda esta personalidad del abuelo suburbano. Algunos podrían decir que está un poco *demasiado* comprometido. Chaleco tipo jersey, pantalones de pana marrón, todo.

Se dirige directamente a la cafetera y se sirve una taza. —¿Por qué la cara larga?

Salgo de la aplicación de noticias en la tableta y la pongo boca abajo lejos de mí. —Nada.

Él frunce el ceño, claramente sin creer mi cara de póquer a medias. Tomando asiento enfrente, arrastra la tableta hacia él y le da la vuelta. No quiero verlo tropezar con exactamente la misma imagen con la que yo estaba obsesionada, así que dejo que mi mirada vague hacia otra parte. Al vapor que se eleva en espiral desde su taza de café. Al sol de la tarde que se asoma por las persianas. A su pálida mano tocando la mesa.

Todavía lleva su anillo de bodas. Me duele el corazón al verlo.

Estoy muy nerviosa, así que lo último que necesito es cafeína, pero, cuando veo que Papá abre la

aplicación de noticias, me levanto para volver a llenar mi taza.

Elegí esta casa únicamente por la cocina. La ventana del jardín está frente al fregadero, lo suficientemente grande como para bañar a un niño pequeño. Lo probé con Adam cuando nos mudamos por primera vez. Le encantaba chapotear, soplar frambuesas contra la ventana y reírse cuando su pato de goma se balanceaba en el agua.

Lloré cuando creció demasiado para eso, hace aproximadamente un año. Me atrapó con lágrimas en los ojos, me abrazó y me dijo que entraría apretado si me hacía sonreír.

Le dije que no era necesario. La imagen me hizo sonreír y eso fue suficiente.

Pero ese es mi hijo. De buen corazón. Dulce hasta el extremo.

Decido no volver a llenarlo, así que vierto los restos y dejo la taza en remojo. Cuando me doy vuelta, Papá tiene la tableta inclinada hacia adelante y veo la fotografía que había estado mirando durante la última media hora antes de que él entrara.

Prácticamente la tengo memorizada a estas alturas. Pero igual camino detrás suyo y la miro de nuevo. Me estoy volviendo cada vez más masoquista estos días.

Celine es una visión, con un vestido verde azulado y una falda hecha de flecos brillantes que parece moverse incluso en la imagen fija. El corsé sin tirantes resalta cuánto peso perdió desde la última vez que la vi. No un flaco triste, ni un flaco asustado, ni un flaco enfermo, sino los contornos tonificados de alguien que trabaja duro para esculpir la figura que desea para sí misma.

Los diamantes brillan en sus orejas y su cuello, y la roca en su dedo es lo suficientemente grande como para hundir un barco de guerra. Su cabello rubio es más claro de lo que recuerdo. Es curioso… tenemos la misma nariz, el mismo mentón, pero en ella luce glamoroso y elegante; en mí, solo es común.

Por supuesto, por más deslumbrante que sea esta versión de mi hermana, es difícil no distraerse con el hombre a su lado. El traje se adhiere a su cuerpo como una segunda piel y sus rasgos parecen más duros bajo el implacable flash de la cámara. Pero en lugar de quitarle importancia a su apariencia, simplemente se ve más feroz, más inquietantemente guapo de lo que recuerdo.

Papá cierra la tableta y suspira. —Tienes que dejar de buscarlos en Google.

Me deslizo hacia atrás en mi asiento. —No me afecta tanto como crees —me ha costado años perfeccionar este tono de voz… algo distante e indiferente, como, *Ah, ¿esa tontería? No es nada* —. En realidad, ayuda.

Los ojos de mi padre son vigilantes y agudos. —Sé lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando?

—Que Celine es feliz, así que todo vale la pena.

Ya no puedo ver la imagen en la pantalla, pero el recuerdo de su sonrisa contenida está grabado en mi mente. No sé si diría feliz. Satisfecha, quizá. Contenta. Pero no *feliz*.

—Eso no es lo que estoy pensando.

Papá niega con la cabeza. —Sí, lo es. Pero las imágenes nunca son una buena indicación de felicidad.

—¿Y si te equivocas?

Me mira con simpatía. —Entonces, su felicidad llegó a expensas de la tuya.

Se necesita mucho para evitar que mi cara me traicione. Eso también requiere práctica. —¿Estás insinuando que no soy feliz?

—No estoy insinuando nada. Lo estoy diciendo directamente —se recuesta con un suspiro—. *No* eres feliz, cariño. No lo has sido en años.

Cojo una manzana del frutero entre nosotros. —Lees demasiado entre líneas. Solo no me gusta tener que esconderme. No me gusta vivir bajo un alias. Y no me gusta mirar por encima del hombro cada segundo de cada día.

Papá frunce los labios y se lleva la taza a la boca. Hay una tristeza en sus ojos a la que ya me acostumbré. La mayoría de los días, esa tristeza es por Mamá. Pero a veces creo que es por mí.

—Es ese momento otra vez, ¿no? —pregunto en voz baja—. Hora de irse.

Se acaricia la barbilla. —Podríamos aguantar un año más aquí —reflexiona—. Adam se acaba de instalar en el jardín de infantes. Sería una pena desarraigarlo ahora.

—¿La alternativa es qué? ¿Darle otro año para formar relaciones que no puede mantener? ¿Hacer amigos que tendrá que dejar? ¿Cuál es el punto de eso?

Cada año que pasa, sueno más y más enojada. Pero si me detengo el tiempo suficiente para examinar mis opciones podría sufrir un ataque de nervios total. Así que recurro a la negación y espero que al final todo salga bien.

Hasta ahora, todo bien.

Bueno, al menos suficientemente bien.

—Piénsalo —dice Papá con calma—. Si estás lista, puedo recibir nuevas identidades antes de fin de mes.

Un pequeño escalofrío recorre mi espalda. Ahora hace referencia a su antigua vida con un poco más de frecuencia. Probablemente, porque poco a poco he ido de pelear con él sobre eso a simplemente aceptarlo.

Mi papá era una mala persona. El padre que creía conocer hacía cosas malas y se las ocultaba a su familia.

Solía estar en desacuerdo. Ahora soy insensible a eso. A todo, en realidad.

—Clientes prioritarios, ¿eh? —digo, haciendo rodar la manzana en mi palma sin llegar a morderla—. Probablemente mantenemos a este tío en negocio sin ayuda de nadie.

—Él es un amigo.

—¿Puedes siquiera *tener* amigos en el inframundo?

—Es raro, pero sucede.

—¿Has pensado en lo que podría pasar si tu “amigo” decide delatarte ante Ilarion?

Inclina la cabeza hacia un lado. —¿Es eso algo que estás esperando?

Dejo la manzana con fuerza y me alejo de la mesa. —Disculpa. Tengo que prepararme para ir a recoger a Adam a la escuela.

—¡Taylor! —me llama, pero lo ignoro y me dirijo a mi dormitorio.

Cierro la puerta con llave mientras los sollozos se acumulan en mi garganta. Ahora estoy familiarizada con el sabor de las lágrimas. Más familiarizada de lo que jamás pensé que estaría. Me golpeo la nuca contra la puerta, tratando de distraerme con el dolor. Pero, como todos mis otros trucos, dejó de funcionar hace un tiempo.

No estoy segura de qué haré cuando se me acaben los mecanismos de afrontamiento.

Me giro, le doy la espalda a la puerta y me deslizo hasta sentarme en el suelo. Apretando mis rodillas contra mi pecho, dejo que los sollozos estremezcan mi cuerpo.

Y, a través del prisma de lágrimas en mis ojos, veo algo en la esquina de mi estantería.

Intento no mirar la bola de nieve. La mayoría de los días hago un esfuerzo estudiado por mirar a cualquier otro lugar que no sea eso. Hoy, sin embargo, me atrae como si fuera lo único en la habitación.

Es fácil recordar cosas cuando observo esos copos de nieve serpentear a través del cielo gris pintado. Casi puedo oler las montañas otra vez. Corteza fresca. Musgo con aroma a pino.

Cuando huimos del Diamante como dos ladrones en la noche, me dije a mí misma que dejaría el pasado atrás. Cerraría la puerta a mi antigua vida y reduciría los recuerdos a cenizas. ¿De qué me servirían en el futuro? La respuesta es de nada. En absoluto. Así que déjalos morir, ¿no? Déjalos marchitarse y desaparecer.

Pero eso es lo que pasa con los viejos recuerdos.

Son terriblemente difíciles de matar.

ILARION

—Máteme si es necesario, señor. Pero no me juzgue por cerrar los ojos. Nunca quise ver venir la muerte.

Miro al lamentable bastardo a mis pies. Su rostro está vuelto hacia mí, pero, fiel a sus palabras, tiene los ojos cerrados.

—Deberías *querer* ver venir la muerte, Osip —lo regaño suavemente—. ¿De qué otra manera puedes esperar evitarla?

El hombre tiembla cuando sus párpados se abren. El miedo ha convertido el azul turbio en un gris moteado. —Algunas cosas no se pueden evitar, señor. La muerte nos llega a todos.

Es un pequeño cabrón poético, aunque no estoy de humor para ello. —Ponte de pie. No morirás hoy.

Los ojos del hombre se agrandan. —¿S-Señor?

—De pie. Ahora.

Él mira a mi izquierda y luego a mi derecha. Pero ni Mila ni Dima, que están a mi lado, ofrecen ninguna indicación de si realmente lo estoy perdonando o si solo estoy jugando con mi presa antes de masacrarla.

—P-pero el almacén —tartamudea—. Se quemó durante mi turno. Descuidado… Fue mi culpa…

Miro detrás suyo, al esqueleto chamuscado del almacén. Las cenizas negras cubren todas las superficies. Las vigas de metal están retorcidas en formas grotescas por el calor, aunque los incendios hace tiempo que se apagaron. Y en cada rincón, mercancías por valor de cientos de miles de dólares han sido incendiadas. Una pérdida total.

—Fuiste descuidado. Fuiste negligente —concuerdo—. Pero no te echaré toda la culpa a ti.

Osip traga saliva. —¿Señor…?

—El incendio no fue un accidente —le digo—. Fue un incendio provocado. Puede que Benedict Bellasio solo tenga ratas a su entera disposición, pero hacen el trabajo bastante bien. Pueden entrar y salir sin ser vistos ni oídos. Lo suficiente como para causar daño. Suficiente daño para joderme.

Realmente ya no hablo con Osip. Más bien estoy pensando en voz alta, lidiando con esta guerra en las sombras que nunca despega del todo. Benedict pasó cinco años mordisqueando los límites de mi imperio. Un robo aquí, un incendio allá, un cadáver aparecido en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Es enloquecedor.

—Osip.

Los ojos del hombre se fijan en los míos, asustados de nuevo.

—Tienes una oportunidad más. Sobre todo, porque le gustas a Celine —gruño—. Y ella se enfadaría si te matara. Pero si vuelves a fallar en el trabajo, te mataré. Y haré que recibas la muerte con los ojos *abiertos* —traga saliva y asiente al mismo tiempo. Yo asiento en respuesta —. Me alegra que entiendas. Ahora, sal de mi vista.

Se pone de pie y se aleja corriendo. Cuando la puerta se cierra de golpe detrás de él, Mila y Dima caminan hacia mí. Hacen eso mucho últimamente… moverse en perfecta armonía, cada uno como un reflejo del otro. Es inquietante. No me gusta para nada.

—Eso fue inusualmente romántico de tu parte —observa Mila con una ceja levantada—. Ilarion el Misericordioso.

Empujo un trozo de roca quemada a mis pies. Inmediatamente se desmorona en cenizas tan pronto como lo toco.

Todo es una puta metáfora estos días.

Levanto la vista y veo a Dima con esa mirada que pone de a-punto-de-orinarse-en-los-pantalones cuando tiene algo que quiere compartir. —Escúpelo, hombre —le ladro.

Se arrastra de un lado a otro en su lugar, nervioso. —Encontramos una… una nota, supongo que la llamarías.

Me congelo. —¿Una qué?

—Una nota. Pegada a un cuerpo a la vuelta de la esquina. El fuego quemó la carne de la cara del pobre, así que no pude averiguar quién era… pero esto estaba fijado en la parte delantera de su camisa. —Dima saca un trozo de papel quemado y me lo entrega.

Dos palabras, garabateadas apresuradamente sobre el papel ampollado.

¿Me extrañaste?

No está firmada. Pero no hay puntos por adivinar quién lo escribió.

—*Blyat'* —gruño, aplastando la nota en mi puño—. Cinco jodidos años de esta mierda de escondite, juego inútil, y ahora, ¿Benedict cree que es hora de ser lindo?

—Él solo está tratando de provocarte. Meterse en tu cabeza —sugiere Dima—. ¿Por qué más escribiría notas como una niña enamorada que diga *"Marca sí si te gusto"*?

—No —lanzo la nota arrugada en una pila de brasas en la esquina—. Se está preparando.

—¿Él y qué ejército? —se burla—. En caso de que lo hayas olvidado, quemamos todo lo que jamás haya amado hasta reducirlo a putas cenizas.

Miro a mi alrededor de nuevo. —Y ahora está devolviendo el favor. Solo en los últimos doce meses, ¿cuántas veces atacó? Media docena de almacenes saboteados. Un refugio atacado por el FBI. Solo el diablo sabe cuántos de nuestros soldados rasos desapareció o tentó fuera de curso o mató directamente.

—Porque eso es todo lo que *puede* hacer.

Sacudo la cabeza y le doy la espalda a la carnicería de mi propiedad. —No es solo eso. Está tratando de decirme algo. *Se ha estado preparando.*

Cuando salgo al aire libre, me dirijo al jeep. Este almacén fue una compra reciente, y una costosa para variar. Se necesitará dinero para restaurarlo, pero no me preocupa el costo. Dinero es algo que tengo en abundancia.

Pero, ¿paciencia? Me estoy quedando bastante corto en eso.

—Necesitamos encontrarlo —hago un gesto para que Mila y Dima entren en el Wrangler.

Mila sube en el asiento del pasajero y Dima salta a la parte de atrás. —No es como si no hubiéramos estado intentando —se queja—. La rata bastarda simplemente desapareció en el aire.

No se equivoca. Ese es el problema. Recorrimos la ciudad, rastreamos cada paso de Benedict y su hermano Gregor. Y obtuvimos un gran total de…

Una mierda.

Nadie ha visto a ninguno de los dos Bellasio desde la noche que reduje su imperio a los escombros.

Los pocos de sus seguidores que logramos atrapar desde entonces, todos han muerto sin soplar durante los interrogatorios, o realmente no tenían idea de dónde habían ido sus dons.

—Si tan solo hubieras tenido esa conversación con Archie antes de que se fuera —murmura Mila.

Aprieto los dientes. Como si necesitara más recordatorio de *ese* error en particular.

—No hay garantía de que Archie haya sabido una maldita cosa —argumenta Dima—. E incluso si lo hiciera, esa información probablemente sea nula ahora. Benedict es una rata, pero no es estúpido.

—No sé sobre eso.

La teoría es sólida. Simplemente tiendo a evitar pensar en Archie y… toda la mierda que el nombre del hombre se agita en mí.

Pero eso no significa que haya metido mi cabeza en un hoyo. Por tantos lugares que inspeccionamos en busca de los hermanos Bellasio, hay algunos que dejo intactos. Intencionalmente, por supuesto.

Quiero que Benedict piense que no lo sé todo. Si ha sido arrullado en una falsa sensación de

seguridad… si piensa que tal vez Archie tomó sus secretos con él cuando corrió… entonces tal vez cometerá un error no forzado.

Una grieta. Un error. Eso es todo lo que necesito.

Luego, tendré su cabeza en una puta bandeja de plata, y puedo fingir que mi vida va según el plan.

Incluso si han pasado cinco largos años desde que eso se sintió cierto.

ILARION

Acelero mientras nos acercamos a las puertas de la casa Zakharov. Se ve como lo hizo una vez, como si no hubiera pasado nada. Los arquitectos se aseguraron de que cada agujero de bala fuera reparado a la perfección.

Celine y yo nos mudamos aquí inmediatamente después de que Taylor y Archie desaparecieran, ante mi insistencia. No estaba a punto de continuar viviendo en el Diamante, abandonado en una casa que me perseguía con recuerdos de una mujer que nunca volveré a ver.

Los guardias me escuchan venir y abren las puertas. Conduzco sin siquiera tocar los frenos. Nos detenemos en la entrada de grava, con una nube de polvo a nuestra llegada.

En el interior, encuentro a Semyon, mi amo de llaves, esperándome con las manos apretadas ansiosamente a sus espaldas.

—¿Qué sucede, Semyon?

—Hay un caballero aquí para verlo, señor —dice, luce claramente incómodo—. Él, em, se negó a dar su nombre. Pero la Srta. Zakharov le permitió entrar.

Aprieto los dientes. *Por supuesto que lo hizo*. —¿Dónde está la Srta. Zakharov ahora?

—Dijo que tenía una reunión en el country club, señor. Algo sobre una fiesta de caridad que está planeando.

Como siempre, las menciones de la filantropía de Celine me hacen poner los ojos en blanco. Paso más tiempo estrechando la mano a los políticos en su nombre que sobornando y matándolos en estos días. Todo para el beneficio de las páginas de sociedad que nadie lee en revistas y periódicos que nadie compra.

¿Por qué lo hago? Esa es una pregunta cargada. En parte para mantenerla satisfecha. Después de que todo lo demás le fue arrancado, después de pasar días merodeando en la puerta de la muerte… se sentía como lo menos que podía hacer.

Pero una parte más profunda de mí también lo hace por el bien de Taylor. Es lo que ella querría… ver a Celine feliz.

Luego está la parte más profunda de mí, una parte que vive en la oscuridad y nunca levanta la cabeza del suelo. Esa parte lo hace con la esperanza de que ella sea una de las pocas que recoge

esa revista y me ve allí.

Y que recuerda lo que teníamos, aunque solo sea por los más breves momentos.

—¿Dónde está este "caballero"?

—En la sala familiar, señor.

En la esquina de mi vista, veo que Dima y Mila intercambian una mirada de preocupación. —¿Deberíamos estar armados? —pregunta, alcanzando su arma.

—No hay necesidad. Si Celine le otorgó acceso, entonces es seguro.

—¿Estás seguro de eso?

—Celine sabe lo suficiente como para saber a quién dejar entrar y a quién alejar —les recuerdo. Siento que intercambian otra mirada, pero dejé de preocuparme por sus opiniones en este departamento hace mucho tiempo. Celine y yo tenemos una relación única. Dios sabe que no es perfecta, pero funciona.

—Espera un segundo. ¿*Tú* sabes quién está en la sala de estar en este momento?

—Tengo una suposición.

—¿Cómo es que Celine sabe, y tú sabes, y nosotros no? —exige Mila.

Ignoro la pregunta. Si no pueden manejarlo ahora, no lo manejarán si lo deletreo todo.

—Maldito infierno. Ella es tu…

Me doy la vuelta, obligando a Dima y Mila a detenerse a las afueras de la sala de estar. —Tengo muchas partes móviles en juego —les digo—. No se espera que comparta cada parte con todos. Es una bratva, no una maldita aula de jardín de infantes.

—Somos tus *manos derechas* —sisea Mila—. Si no nos cuentas, ¿de qué servimos?

—Precisamente… son mis manos derechas. Y, como resultado, ambos están ocupados. Decidí no cargarlos con esta información en particular —suspiro y cedo—. Pero, como están aquí ahora, pueden conocerlo.

—¿Es esta la parte donde nos dices quién es "él"? —dice lentamente Dima.

Enderezo las mangas de mi camisa. —Zane Krono.

Mila se pone rígida. —¿Contrataste a un detective privado?

—Estoy tratando de encontrar a tres personas diferentes que se han dispersado a quien coño sabe dónde —señalo—. Y, dado que no tuvimos la suerte de localizarlos nosotros mismos, pensé que era hora de traer algo de ayuda adicional.

—Vaya, ¿cómo te va eso hasta ahora?

Arrugo la nariz en disgusto. —Hasta ahora, ha quedado en blanco. Igual que ustedes. Ahora, no más preguntas. Vamos a ver qué tiene el bastardo para mí hoy.

Me giro y marcho a la sala familiar. La ironía del nombre no se pierde en mí cuando entro, pero empujo esos pensamientos persistentes a un lado y me concentro en la tarea en cuestión.

El detective está de pie en el medio de las puertas francesas, las manos escondidas torpemente en sus bolsillos como un alienígena que imita la postura humana. Él gira robóticamente hacia nosotros cuando entramos.

—Don Zakharov —saluda. Sus astutos ojos pasan sobre cada uno de nosotros a su vez—. Lamento haber estado incomunicado durante los últimos diez meses, pero no quise resurgir hasta que tuviera algo que valiera la pena para ti.

De repente, el aire se siente cargado. Dima se retuerce de anticipación, pero Mila permanece muda y quieta. El optimismo no es una de sus fortalezas. Es difícil culparla… Parece más probable que Zane muera de anemia antes que descubrir un trío de personas desaparecidas que ni siquiera el poder total de la Bratva Zakharov pudo olfatear.

—¿Diez meses? —escupe—. ¿*Diez meses* para encontrar algo?

Zane mueve su cabeza hacia un lado. —Si puedo ser tan audaz, han pasado cinco años y todavía no ha encontrado nada tampoco, señora.

Eso calla a Mila.

Le dije que haría que otros manejaran las misiones de búsqueda. Pero ella insistió en hacerlo ella misma. Ella afirmó que quería hacer su parte para ayudarme. Pero creo que en realidad se comprometió con el trabajo por otras razones.

No se trataba de ayudarme en absoluto. Para ella, era personal.

—¿Tienes una ubicación? —interviene.

—Ah, sí —confirma Zane con orgullo—. La verifiqué yo mismo. Definitivamente es él.

Los ojos de Dima brillan. —¡Esto es genial! Esa rata resbaladiza es nuestra. Todo lo que necesitamos es un poco de hombres para amordazar a Bellasio como un puto pavo y traerlo directamente a nuestro…

—Ah, no, señor —interrumpe el detective—. Desafortunadamente, en lo que respecta a Benedict Bellasio, tendré que seguir buscando. El hombre realmente ha hecho un acto de desaparición exhaustiva.

Dima se detiene. —Entonces, ¿a quién has…? —cuando se da cuenta de la única otra posibilidad, se interrumpe—. Archie. Encontraste a Archie —su mirada se mueve hacia mí—. Que Dios nos ampare.

Mila sube a mi lado y me agarra el codo. —Ilarion, debes estar preparado para el hecho de que Taylor podría no estar con él.

Saco mi cabeza. —Ella está con él —le digo con firmeza—. Lo sé. Donde está Archie, también está Taylor. Y donde está Taylor… también está mi hijo.

TAYLOR

—…Te digo que no hay nada como que te coman el coño después de un turno de diez horas. *Eso* es vivir, bebé.

—¡Mabel! —gruño, tratando de callarla mientras relleno las botellas de salsa de tomate. Un cliente nos arroja a ambas una mirada incómoda mientras arrebata su recibo y sale por la puerta tan rápido como sus piernas lo lleven.

Mi jefa mira al hombre irse con las manos puestas en sus caderas. —Ese *definitivamente* nunca antes ha comido coño —comenta secamente—. No es de extrañar que tuviera la cara tan agria. Y no terminó el pastel de nueces que hice esta mañana. Claramente no tiene gusto en absoluto.

Quito su plato medio terminado del mostrador y lo pongo en la cocina a través de la ventana cuadrada de vieja escuela que conecta la parte delantera del restaurante con la parte posterior. —Este es un pueblo pequeño, Mabel —le recuerdo silenciosamente para que los otros clientes no nos escuchen—. La gente aquí es conservadora. No quieren escuchar tus hazañas sexuales sobre un pedazo de pastel.

—¡Pero mi pastel sabe muy bien! —me guiña un ojo y se ríe de su doble sentido.

Para una mujer de setenta y un años, habla como un marinero.

Me rio, a pesar de que también estoy sonrojada del mismo color que las botellas de salsa de tomate que estoy rellenando. Es un trabajo de poco valor, pero está bien para mí. Hubo una pausa durante la última hora, bastante normal para esta hora de la tarde. Se retomará alrededor de las cinco y media, cuando la gente comience a entrar para cenar.

Aquí en Kent, la cena es a las 5:30 PM en punto. Me llevó un poco de tiempo acostumbrarme. Pero muchas cosas en mi nueva vida también me llevaron tiempo para acostumbrarme, así que aprendí a seguir la corriente.

—Dime, ¿cuándo fue la última vez que comieron tu “pastel”? —pregunta.

—¡Mabel! —grito de nuevo. Honestamente, creo que uso su nombre con más frecuencia de lo que uso el de Adam—. En serio.

—Es una pregunta seria.

—Que no voy a responder.

—Soy tu empleadora —dice y se para frente a mí—. Estás legalmente obligada a responder.

—Estoy bastante segura de que no. Y, en cualquier caso, esa pregunta califica como acoso sexual.

—No si tengo buenas intenciones.

Riendo, abro la caja registradora para verificar nuestro resultado del día. El turno de desayuno siempre está lleno; el turno de almuerzo tiende a ser menos, porque las personas generalmente agarran una comida donde sea que trabajen. La cena es la más agitada, principalmente porque somos uno de los dos restaurantes en la ciudad y el lugar chino generalmente está reservado para cuando las personas se sienten "exóticas".

Amo a Mabel, pero ella no es de mucha ayuda cuando ataca el turno de la noche. Por lo general, se estaciona detrás del mostrador, arroja consejos no solicitados y asusta a algunos de los clientes más reservados hablando de tríos con camioneros y nadar desnuda en el río local.

Se lo dije una vez, y ella solo rio y me dijo que, si algunas personas no soportaban un buen chiste de "tu mamá", no quería que comieran en su establecimiento.

—De todos modos, un poco de sal hace que la comida sepa mejor —añadió con un guiño y un codazo en las costillas.

No es la única frase suya que se me ha quedado grabada en la cabeza. Durante mi entrevista de trabajo, ella me contó con escabrosos detalles sexuales sobre la noche en que conoció a su tercer marido. Lo convenció de casarse cuatro horas después de su primera cita.

—Cuando sabes, sabes —me dijo.

Mabel y yo tenemos vidas muy diferentes. Pero me encontré estando de acuerdo con esa parte.

—Todavía estoy esperando una respuesta —interrumpe, casi cerrando la caja registradora entre mis dedos—. ¿Comieron pastel o no comieron pastel?

—¡Oye! —protesto—. Mabel, necesito vaciar la caja.

—Soy tu jefa y te digo que te tomes un descanso. De todos modos, no hay nadie aquí —pone los ojos en blanco—. Sabes, eres tan conservadora, Senos Dulces. Pensé que serías más interesante, viniendo de la gran ciudad y todo eso. Pero no me has robado ni una sola vez.

Me río. —Lamento decepcionar.

—¿Es el novio? —pregunta con simpatía—. A él no le gusta comerte, ¿verdad?

Suspiro. Recorrimos este camino antes. Ella no cederá hasta que le dé una respuesta.

—En primer lugar, él no es mi novio. Y en segundo lugar, no hemos… llegado tan lejos todavía.

—¡¿Realmente no lo has follado aun?!

Me estremezco ante su elección de palabras. —No me he acostado con él, no.

—¿Por qué? He visto al chico. Él es lindo.

—No tiene nada que ver con él. Solo estoy…

—¿Enamorada de otra persona?

Entrecierro los ojos hacia ella. —No.

También hemos recorrido este camino antes.

—Ojalá me hablaras de *él* —suspira—. Adecuadamente. Me muero por saberlo.

—No vale la pena, créeme.

Ella sonríe, un raro momento de seriedad en medio del interminable flujo de bromas subidas de tono. —El hecho de que te niegues a decir mucho sobre tu pasado me dice que *definitivamente* vale la pena contarlo.

—Tú ya sabes más que nadie en esta ciudad.

—Solo porque te emborraché esa noche.

Aprieto los dientes. —Eso fue un error —pero ella me atrapó en el momento adecuado. El aniversario del día en que Papá y yo dejamos el Diamante siempre me afecta. He pasado cuatro y contando, y nunca se hace más fácil.

Mabel se ríe. —¡Jugar a esconder la salchicha con Callan podría ayudarte a dejar atrás el pasado! —sugiere—. Solo una idea amistosa.

—Yo… no puedo —ofrezco sin convicción—. O al menos no debería. Soy un desastre y Callan es un chico dulce. Se merece algo mejor.

—Y, sin embargo, aquí estamos, seis meses después y aun le das falsas esperanzas.

—¿Crees que eso es lo que estoy haciendo? —pregunto con el ceño fruncido, apoyándome contra el mostrador—. Quiero decir, le dije que tenía que tomar las cosas con calma. Le dije que no quería etiquetarnos. Incluso le dije que podía salir con otras mujeres si quería.

—Ay, cariño —dice Mabel, dándome palmaditas en el brazo—. Tú y yo sabemos que ese chico te ha estado siguiendo por la ciudad con la lengua fuera como un maldito perro callejero durante más de un año. No está interesado en salir con nadie más.

Miro por las ventanas. Sin embargo, es difícil ver mucho… las paredes están repletas de fotografías y recuerdos de los viajes de Mabel, y gran parte de ellos oscurecen la vista exterior. Una vez le pregunté por qué pasó la mayor parte de su vida viajando a todos los rincones de la tierra, solo para establecerse en el lugar más aburrido de todos.

Después de una vida en Technicolor, anhelaba un poco de beige. Así explicó su decisión de mudarse a Kent.

Lo puedo entender. Aunque probablemente por razones ligeramente diferentes.

—Callan es un chico dulce. Creo que es hora de que…

—Lo folles.

Entrecierro los ojos. —Iba a decir: “Rompa con él”.

—¡¿Por qué harías eso?! —grita—. ¡Al menos móntalo una vez antes de dejarlo ir! Entonces, al menos, habrás tomado una decisión informada.

—No necesito una decisión informada —le digo—. Siempre supe lo que quiero.

—Ahhh. Ya veo.

Esa mirada omnisciente en sus ojos hace que me encoja. —Solo quiero centrarme en mí —corrijo rápidamente—. Y mi hijo.

—Tu hijo es hermoso —dice Mabel, acariciando mi mano con sus dedos llenos de anillos—. Honestamente, es el único niño que realmente me gusta, y eso dice mucho. Pero él no necesita que sacrifiques tu vida por él. Créeme: no te lo agradecerá más tarde.

Miro a Mabel. —¿Podemos dejar de hablar de mi vida personal?

—Diablos, no. Creo que puse eso como condición para tu contratación.

Pongo los ojos en blanco. —Pensé que estabas bromeando.

—Eso es un problema tuyo, ¿no?

Aparta su brillante cabello azul de sus ojos. Ha estado así desde hace unos meses, pero la mitad de la ciudad todavía se burla de ella cada vez que pasa. A ella le encanta eso, por supuesto. Si hay algo que le gusta hacer a Mabel Lane es sorprender a la gente.

A veces desearía tener su fuego. Otras veces, me preocupa que, si lo tuviera, quemaría mi vida hasta los cimientos.

Hay días en los que siento que ya lo hice.

—En serio, chiquilla —dice—, no puedes estar deprimida durante toda tu maldita vida. La gravedad no es amiga de las mujeres. En algún momento, se volverá contra ti. La única pregunta es cuándo.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a las botellas de salsa de tomate. —Eres toda una fuente de conocimiento, ¿no?

—Nunca lo olvides. —me lanza un guiño descarado—. ¿Cómo está ese viejo tuyo?

—Papá está bien —digo de mala gana—. Le gusta trabajar en la biblioteca. Y el horario es flexible, así que puede cuidar de Adam las noches que tengo turno aquí.

—Siempre quise tener sexo en esa biblioteca —reflexiona Mabel—. ¿Crees que estaría dispuesto a ayudarme con esa pequeña fantasía?

—¡Mabel!

Se ríe. —Solo bromeo. Es lindo, pero no mi tipo. Ustedes se parecen mucho, ¿sabes?

—No nos parecemos en absoluto —espeto a la defensiva.

—Ay, puedes rechinar los dientes todo lo que quieras, gatita, pero seamos realistas: el hecho de

que huyas de algo no significa que estés a salvo de ello.

Sus palabras aterrizan en mis entrañas con ese golpe sordo y doloroso que significa que son demasiado ciertas y demasiado precisas.

—Creo que tengo algo más de trabajo atrás —giro con cuidado sobre mis talones y me dirijo a la cocina, donde Bruce, el cocinero, masajea las hamburguesas para moldearlas.

—¡Dejas de tener sexo y eso empieza a notarse en la cara, Taylor! ¡Recuérdalo! —me dice Mabel. Me gustaría pensar que hace mucho ruido porque no hay clientes cerca para escucharla, pero sé por experiencia que eso no es cierto. A ella no le importa un carajo quién esté escuchando.

Bruce me ofrece una sonrisa comprensiva cuando doy la vuelta a la esquina. —No dejes que ella te intimide.

—No me está intimidando. Ella solo quiere que yo sea feliz. Aparentemente, todos tienen la impresión de que aquí me siento miserable.

—Ay, no estoy de acuerdo.

—Gracias, Bruce.

—Creo que serías miserable en *cualquier lugar*.

Mi cara cae. —¿*Et tu, Brute*?

Se ríe y coloca la siguiente hamburguesa en una bandeja forrada con papel pergamino. —Has vivido en esta ciudad durante dos años, Taylor. Y puedo contar con un dedo las veces que te he visto reír.

Pongo los ojos en blanco y me apoyo contra el mostrador. —¿Tienes algo para mí?

Saca una bandeja de pasteles de mermelada y me la tiende para que tome uno. —Adelante. Atibórrate.

Tomo uno y me lo meto en la boca. —¿Ves? —digo mientras mastico—. Estos pequeños postres me hacen feliz. Son las cosas simples para mí. Y, al contrario de lo que piensa Mabel, no necesito un hombre. Ha estado casada cinco veces y ninguna funcionó. Así que, ¿quién es ella para darme consejos sobre la vida amorosa?

—Mabel está hablando de sexo, no de amor.

—Soy una de esas chifladas anticuadas que creen que las dos cosas van de la mano.

Bruce asiente solemnemente. —Siempre sospeché que había alguien.

Intento no atragantarme con la masa. —No hay nadie, ¿vale? Por el amor de Dios, todo el mundo siempre me molesta por eso. Pero no estoy huyendo de nada ni de nadie.

Incluso para mis propios oídos, eso suena bastante estridente. No hace falta decir que Bruce no está convencido. —Eso fue a la defensiva —vuelve a ofrecerme la bandeja—. Come más azúcar. Estás de mal humor.

Frunzo el ceño, pero acepto la oferta de paz. Mientras lo como, escuchamos la risa de Mabel desde el restaurante. Tiene sus manos puestas en la primera persona valiente que entra para la cena.

—Debe ser guapo —me río entre dientes—. Esa es su risa "excitada".

Un momento después, Mabel entra por las puertas dobles batientes. Sus ojos brillan de emoción y sus mejillas están sonrojadas. El nuevo cliente debe ser carne fresca.

Ping. Meto la mano en mi bolsillo y reviso mi teléfono.

CALLAN: ***Hola, hermosa, ¿a qué hora termina tu turno? Puedo recogerte y llevarte a casa, ¿si quieres?***

—En primer lugar —declara Mabel—, tienes que salir y recibir la orden de ese hombre. Y, en segundo lugar, mantén tus manos quietas. Yo lo vi primero.

Me río de ella mientras escribo una respuesta rápida a Callan. ***Termino a las 8. Nos vemos entonces.***

—Taylor, ¿me escuchaste? —pregunta Mabel mientras usa uno de los cuchillos de carnicero para comprobar su reflejo.

—Sí, sí, te escuché. Voy a salir ahora.

—No esa parte. La parte en la que yo lo vi primero.

Resoplo y levanto las manos en señal de rendición. —Es todo tuyo. De todos modos, no hay manera de que tenga ninguna posibilidad contra ti.

Me guiña un ojo y saco mi libreta de pedidos del bolsillo delantero de mi delantal blanco y me dirijo al restaurante. Miro hacia arriba más allá de las puertas dobles.

Al principio, creo que mi mente me está jugando una mala pasada. O tal vez simplemente estoy inmersa en un sueño muy realista. Parpadeo un par de veces, pero su imagen no se convierte en nada que tenga sentido.

Los gélidos ojos azules de Ilarion Zakharov se clavan en los míos. Los sentimientos que he pasado años enterrando fuera de la vista regresan con fuerza. Estoy segura de que puede verlo todo en mi rostro: la pena, la culpa. La esperanza. La muerte de esa esperanza, todas sus cenizas, sus muchos restos que se desmoronan.

¿Pero él? Es un misterio. Totalmente pétreo. No puedo averiguar lo que piensa.

¿Está enojado? ¿Triunfante? ¿Vengativo? ¿Aliviado?

¿Cómo me encontró?

Y, lo más importante de todo… *¿por qué?*

TAYLOR

Las palabras se alojan en mi garganta. También todo mi oxígeno. Estoy bastante segura de que estoy a punto de desmayarme.

Cuando logro graznar una frase, soy muy consciente de que de repente mi lengua se seca. —¿C-cómo me encontraste?

—Tengo una pregunta mejor: ¿cómo lograste esconderte durante tanto tiempo?

Está tranquilo. Es amable. Pero cada sílaba está empapada de acusación. Cinco largos años de eso.

Me encojo de hombros. —Tengo mis maneras.

—Quieres decir que *Archie* tiene sus maneras. Por cierto, ¿adivina de quién las aprendió? —coge un menú sin quitarme los ojos de encima—. Dime, ¿qué hay de bueno aquí?

Cuando finalmente recupero mi coraje, camino hacia el mostrador y le arrebato el menú de las manos. —No te molestes con los juegos mentales, Ilarion. No viniste aquí a comer. Y, dado que esto es un restaurante, si no vienes a comer, deberías irte.

Su boca cruel se levanta en una sonrisa. —¿O si no qué?

Yo trago. Es delgado y cincelado, pero los años han sido buenos con él. Cuando mueve su mano, mi mirada se dirige de inmediato a la banda dorada alrededor de su dedo anular. Ver eso me pone sobria de inmediato. Mis rodillas se doblan, pero de alguna manera logro mantenerme de pie.

—¿Cómo está ella?

—Se le rompió el corazón cuando desapareciste —responde bruscamente—. Pasó meses llorando, rogándome que los localizara. Se sintió traicionada y abandonada. Y enojada. Muy enojada.

Me estremezco, pero ¿y si este es solo otro juego mental? No tengo idea si está diciendo la verdad o no. Quizás solo me esté castigando. Personalmente, espero eso.

Como dije… me he vuelto un poco masoquista en mi vejez.

—¿Y ahora? ¿Todavía está enojada?

—Ya conoces a Cee —se encoge de hombros despreocupadamente—. Ella no se aferra a la ira —sus ojos vuelven a oscurecerse—. Ella y yo no tenemos eso en común.

Todo mi cuerpo se eriza. Incluso el cabello en mi nuca está erizado. Ver a Ilarion nuevamente después de todo este tiempo no debería ser un gran shock para el sistema. No debería poder meterse en mi piel tan fácilmente.

Pero él está ahí. Donde siempre ha estado.

Quizás nunca se fue en primer lugar.

—El traje de camarera te sienta bien —observa con ironía.

—Que te jodan —espeto, golpeando mi libreta contra la mesa—. La casa se reserva el derecho de admisión. Y me reservo el derecho de atenderte ahora mismo.

—Taylor, querida, ¿qué está pasando? ¿Todo está bien allá afuera?

Mierda. *Mabel*. Es la primera vez que me siento realmente molesta por su inclinación a meter las narices donde no corresponde. Asoma la cabeza por las puertas dobles y nos mira a Ilarion y a mí como si estuviéramos en un partido de tenis.

—Lo estoy echando —le informo secamente.

Mabel levanta las cejas. —¿Por qué?

—¡Porque es un gilipollas!

—No estoy en desacuerdo —se ríe Ilarion. Está subiendo el encanto a once sobre diez, mostrándole a Mabel esa sonrisa suya más ardiente que el pecado—. Pero, si rechazaras a todos los gilipollas que entran, estarías fuera del negocio.

Mabel se relame los labios. —Tiene razón, cariño.

—¿Estás de su lado? —exclamo no sin exasperación.

Estoy perdiendo completamente el control de toda la situación. Mi moño desordenado se está cayendo a pedazos, mis mejillas están sonrojadas hasta el punto de arder y mi voz está a punto de ser un jadeo quejumbroso y graznido.

La culpa es solo mía.

Debería haber sabido que este día llegaría.

—¿Por qué hay bandos, cariño? —reflexiona Mabel antes de volverse hacia Ilarion—. Supongo que ustedes dos se conocen.

—Se podría decir —arrastra las palabras. Siento que los latidos de mi corazón comienzan a acelerarse de pánico. Él no haría explotar mi vida. No lo haría. No así—. Soy el padre de su hijo.

Pensándolo bien…

Jodido.

Ka.

Boom.

TAYLOR

—¡Hijo de puta! —grito, buscando algo debajo del mostrador, cualquier cosa, para arrojárselo a él y a esa sonrisa engreída que arruina la vida—. ¿Cómo te atreves a regresar a mi vida y…?

—Disculpa —interrumpe, tan suavemente que me quedo en silencio de inmediato—. Si no recuerdo mal, tú fuiste quien se fue. No estoy "regresando" a nada.

—Era la única manera de…

—Sigue diciéndote eso.

—Bueno, funcionó, ¿no? —pregunto, sintiendo la sangre drenarse de mi cara—. Tú y Cee son felices en su pequeño rincón del mundo. Y yo soy feliz en el mío.

Puedo sentir la mirada de Mabel sobre mí y solo rezo para que su lealtad hacia mí supere su necesidad de entrometerse. Pero no puedo apartar los ojos de Ilarion el tiempo suficiente para que se entienda mi punto.

—¿Eres feliz aquí, Taylor? —pregunta Ilarion.

Cuando llueve, realmente llueve a cántaros. ¿Por qué la gente no puede solo aceptar lo que les digo? —Menos feliz que hace cinco minutos. Antes de que entraras aquí.

—Vale, ¡empecemos de nuevo! —anuncia Mabel, aplaudiendo—. Soy Mabel Lane, la propietaria de este pequeño y encantador establecimiento. Y tú eres el padre de Adam, ¿cuyo nombre es…?

—Ilarion Zakharov.

Ella silba. —Bueno, ¿no es ese un nombre de un millón de dólares para un hombre de un millón de dólares?

Miro a Mabel boquiabierta con incredulidad. —¿De verdad estás *coqueteando* con él? —siseo en voz baja.

—Cariño, estoy vieja. No muerta. Y eres *tú* quien debería coquetear con él. Quiero decir, solo mira este espécimen.

Pongo los ojos en blanco y me vuelvo hacia Ilarion, que estoy bastante segura de que ha escuchado toda la conversación en susurros. La sonrisa orgullosa en su rostro lo dice. —¿Estás

aquí solo? —pregunto.

—¿Por qué? ¿Intentas determinar si te arrastraré de regreso con mis propias manos?

—Puedes intentarlo. No voy a regresar.

—¿Qué te hace pensar que me importas un carajo *tú*? —lo dice con tanta calma que tengo que repetir sus palabras en mi cabeza solo para asegurarme de haber escuchado bien.

La gente normal no hace esto. No te rastrea cinco años después de que huiste de ellos y te amenaza con una sonrisa.

—Ay, cielos —murmura Mabel. Su propia sonrisa se está desvaneciendo rápidamente. Debe estar dándose cuenta de la formidable presencia que es Ilarion Zakharov cuando apaga el encanto y aumenta la letalidad.

—Cuando huiste, te llevaste a mi hijo contigo. Hasta hace apenas un minuto ni siquiera sabía si tenía un hijo o una hija.

Una pequeña parte de mí siente una punzada de culpa por eso. —Tienes un hijo —le digo con frialdad—. Tiene cuatro años y se llama Adam.

Algo parpadea en esos inexpugnables ojos azules. —¿Qué le has contado sobre mí?

—Absolutamente nada —apilo los menús claramente sobre el mostrador—. Cuando necesita una presencia paternal, tiene a Papá.

—Ah, el dos veces traidor. Qué lindo es para mí saber que el hombre de lealtad voluble es el responsable de criar a mi hijo.

Me apoyo contra el mostrador y encuentro la furia en sus ojos. —No estoy segura de que tengas derecho a enojarte por la lealtad, Ilarion —escupo—. Teniendo en cuenta que nunca me dijiste una palabra sobre quién era realmente mi padre.

—Si lo hiciera, no habrías confiado en mí.

—¡Y habría tenido razón!

—Maldita sea, te ha llenado la cabeza de tonterías.

—No hagas eso —le pongo un dedo en la cara—. No actúes como si no pudiera pensar por mí misma. Como si fuera incapaz de emitir mis propios juicios.

—Tu incapacidad para emitir juicios sólidos es exactamente la razón por la que estamos aquí.

Aprieto los dientes. Lo que daría ahora mismo por tener un cuchillo de cocina en la mano. —Mi padre tiene su versión de los hechos —continúo—. Cada uno tiene su propia versión de la historia.

—Así es. Y, sin embargo, me doy cuenta de que no has pedido la mía.

Estoy peligrosamente cerca de necesitar una bolsa de papel para respirar. O para asfixiarlo. Si esta conversación continúa, me derrumbaré por completo y no quiero que él me vea así. No necesito que emita *sus* juicios como siempre lo ha hecho. Mirándome como si fuera patética y

débil.

Quizás esa fui yo, alguna vez. Hace mucho tiempo. Sin embargo, es sorprendente lo que la maternidad le hace a una mujer.

Soy más fuerte ahora.

Puedo manejar a Ilarion Zakharov.

—Tuviste meses para contarme tu historia y elegiste no hacerlo. No confiaste en mí. Entonces, ¿cómo puedes esperar que confíe en ti?

Sus ojos se nublan. —¿Alguna vez consideraste que quizá lo que hacía era tratar de protegerte? Acababas de perder a tu madre. Se desconocía el destino de Archie. Pensé en ahorrarte el dolor de saber que tu padre no era solo un miembro de la Bratva rusa… era un miembro deshonroso y *desleal* de la Bratva rusa.

Siento un escalofrío, pero lo reprimo y trato de mantener una cara valiente. —Pienses lo que pienses, él sigue siendo mi padre.

—¿Estás regateando ahora, *tigrionok*?

Tanto para contener el escalofrío. Surge a través de mí, poniendo todos los pelos de punta. ¿Cómo es posible que escucharlo usar su antiguo apodo pueda inundarme con tantos viejos sentimientos? ¿Cómo es posible que todavía pueda sentirse tan familiar?

¿Como si todavía fuera mío?

—¿Celine sabe que estás aquí? —decir su nombre me hace sentir náuseas al instante.

—No quería ilusionarla.

—¿Dónde cree que estás?

—Celine no hace preguntas. Simplemente confía en que le diré lo que necesita saber, cuando necesite saberlo.

—Claro —asiento—. Por eso la elegiste.

—Ella ha demostrado ser perfectamente cooperativa —coincide con un gruñido inexpresivo que me deja con una sensación de frío.

—Bueno, entonces te sugiero que vuelvas con ella —espeto—. Y me dejes en paz.

—Tengo toda la intención de dejarte en paz —se recuesta en su asiento—. Sólo estoy aquí para ver a mi hijo.

El miedo que me recorre es tan caliente como frío. Tengo que agarrarme del mostrador para no caerme. Siento a Mabel a mi espalda, lista para atraparme si me caigo.

—Tú no…

—¡Creo que las emociones están a flor de piel! —Mabel rápidamente salta entre nosotros—. Yo siento que disfrutar de una buena comida siempre me tranquiliza. Ilarion, ¿por qué no pides

algo? Cortesía de la casa.

Ilarion solo me mira fijamente. Le devuelvo la mirada. —Mi turno no termina hasta dentro de una hora y media.

Él apenas asiente. —Puedo esperar.

—Toma esa mesa junto a la ventana —sugiere Mabel con una sonrisa alegre—. Te traeré un trozo de pastel de nueces. Lo hice yo misma.

Ilarion no le hace caso y no se acerca a la mesa junto a la ventana. Me retiro a la cocina. Mabel me sigue hasta allí.

—¿Qué está pasando ahí afuera? —pregunta Bruce, con el ceño fruncido.

—Cliente ruidoso —explica Mabel, dedicándole una sonrisa despreocupada—. Brucie, bebé, toma cinco. Taylor y yo necesitamos un minuto.

Él levanta las cejas, pero no hace preguntas. Simplemente sale de la cocina por la entrada trasera que conduce al callejón con los contenedores de basura.

—Ay, Dios —susurro, mirando hacia las puertas batientes—. Ay, Dios…

—Siempre sospeché que eras interesante —bromea Mabel suavemente—. Simplemente no tenía idea de que fueras *tan* interesante.

—Mabel, ¿qué hago? ¡Está aquí por mi hijo!

—Ay, eso no es todo por lo que está aquí, niña. Sin importar lo que diga.

Intento no ahogarme con mi propia saliva. —Te equivocas. Lo conozco. El hecho de que yo huyera… él nunca lo va a perdonar.

—¿Capté las palabras “mafia rusa” …?

—Bratva —corrijo automáticamente.

—Sexy *y* peligroso —ronronea Mabel—. Este día no podría ser mejor.

—¡Mabel!

Sus ojos se centran en mí. —¿Es capaz de hacerte daño?

—Creo que… no. No físicamente, no —digo evasivamente—. Pero no puedo estar segura de que no lastime a mi padre.

—¿Supongo que tienen historia? —asiento y la cara de Mabel se arruga en señal de concentración—. ¿Qué quieres hacer, cariño? Solo dímelo y te ayudaré.

—Tengo que… tengo que decírselo a Papá. Necesito encontrar a Adam y… —me detengo, dándome cuenta de que antes tenía razón… *sí* nos hemos quedado en esta ciudad demasiado tiempo—. Ay, Dios, Mabel… nos ha encontrado.

—Cariño —dice suavemente, apoyando ambas manos en mis brazos—, mírame por un momento —espera hasta que me quede quieta antes de preguntar en voz baja y dañada de cigarrillo—:

Dime esto: ¿por qué corriste?

—Porque… mi hermana… están casados… nosotros… yo… Adam… —soy un desastre tartamudeando, pero Mabel parece captar el panorama general en un instante.

—¿Estabas enamorada de su marido y decidiste salir de la situación?

—Él no era su marido entonces. Cuando Adam fue concebido, ni siquiera se habían conocido todavía.

—Complicado —Mabel frunce los labios y asiente—. Un día tendrás que contarme toda la historia. Pero ahora mismo… si necesitas irte, lo detendré —sus ojos brillan con determinación. Nunca la quise más.

—¿Estás segura?

—¿Estás bromeando? ¿Viste al hombre? Estoy más que feliz de hacerle compañía todo el tiempo que necesite. Parecía interesado en el pastel. Y si le gusta *ese* sabor…

Logro esbozar una débil sonrisa. —Gracias —digo, dándole a Mabel un abrazo rápido. Es el único adiós que tendremos si logro cumplir lo que planeo a continuación.

Me dirijo a la trastienda, tomo mi bolso y sigo a Bruce por la entrada de servicio.

No miro atrás mientras voy.

Lo sé por experiencia: mirar hacia atrás puede hacer que te maten.

ILARION

—¿Cigarrillo?

Sacudo la cabeza. —Lo dejé hace años.

El hombre asiente con tristeza y vuelve a guardar el paquete de cigarrillos en el bolsillo de su pantalón de chef manchado de grasa. —Yo también, en realidad. Mi esposa me obligó a hacerlo. Así que, si ella pregunta, lo dejé.

—Debes tener predilección por el autosabotaje —en voz baja, agrego—: Aparentemente, yo también.

Nos giramos al unísono cuando escuchamos pasos acercándose desde el callejón detrás de nosotros. Bruce parece sorprendido. Yo solo estoy silenciosamente resignado a la siguiente etapa de esta guerra sin fin.

Efectivamente, un momento después, Taylor dobla la esquina, bolso en mano. Ella me ve y sus ojos se salen de sus órbitas.

—¿Vas a alguna parte? —pregunto casualmente.

Tiene el cabello revuelto alrededor de la cara y el sudor le resbala por la frente. Todavía se parece a todas las fantasías que he tenido en los últimos cinco años. No todo es exactamente igual: ha perdido algo de peso en la cara, ha ganado algo de miedo en los ojos y su mandíbula está más apretada que nunca.

Ahora que lo pienso, luce como si un coche estuviera a punto de atropellarla en medio de la carretera y acabara de aceptar su destino.

Así que, tal vez no haya cambiado tanto después de todo.

—Yo… terminé temprano —miente, quitándose los cabellos sueltos de la cara y tratando de recomponerse—. Bruce, Mabel te quiere adentro.

El chef nos mira vacilantemente a los dos y comienza a darse cuenta de que está atrapado en medio de algo en lo que no quiere quedar atrapado. —Eh, claro. ¿Tú… vas a estar bien aquí?

Puedo ver el suspiro atravesar su garganta. —Lo suficientemente bien.

Se encoge de hombros y deambula dentro del restaurante con una mirada ansiosa hacia atrás.

Cuando escuchamos cerrarse la puerta, la sonrisa forzada se evapora del rostro de Taylor.

Ella se lanza hacia mí, toda fuego y ferocidad. Mi cuerpo se calienta al instante cuando está lo suficientemente cerca como para tocarla. —¿No es suficiente saber que está feliz, sano y seguro? —sisea en mi cara.

—Lo pensarías —concuerdo—. Ciertamente lo pensarías.

Ella es un libro abierto como siempre. Prácticamente puedo leer los pensamientos que pasan por su mente. *¿Huir o pelear? ¿Pelear o huir?*

—Ya no tiene sentido correr más, Taylor —le informo, cortando esa ruta de raíz—. Dondequiera que vayas, te encontraré. Y la próxima vez no seré tan amable.

—¿Así eres siendo amable? No te queda bien.

Extiendo la mano y toco la fina cadena de plata que lleva alrededor del cuello. El colgante es un pequeño óvalo con la letra "A" inscrita en el frente.

—¿Por qué le pusiste Adam? —pregunto abruptamente.

Ella parpadea, sorprendida por el cambio de tema. —Yo, em… —suspira, renuncia a cualquier mentira a medias que estaba empezando a decir y ofrece algo más vulnerable en su lugar—. Quería que fuera como la primera persona nacida en un mundo nuevo. Un nuevo comienzo. Pensé… —de repente lo sacude con un ligero movimiento de cabeza—. No importa lo que pensé. Ahora ya sabes su nombre.

—Qué considerado de tu parte —me burlo—. Teniendo en cuenta que no planeabas dejarme ser parte de su vida en absoluto.

—Aún no lo planeo.

Rechino los dientes. Ha pasado menos de una hora y me abofetean repetidamente con un recordatorio tras otro de la facilidad con la que presiona todos mis botones. Los malos *y* los buenos. —Otra decisión terrible que no tienes motivos para tomar.

—Sabes por qué tuve que irme —escupe—. Sabes por qué tengo que hacer esto.

—No, no lo sé. Así que, ¿por qué no lo explicas?

Ella alza la barbilla con altivez. —Contéstame honestamente: planeabas matar a mi padre, ¿no?

La pregunta enciende una sensación sesgada de *déjà vu*. Excepto que Celine nunca me hizo ninguna pregunta; ella simplemente se paró frente a mí y suplicó por su vida.

Por favor, ella había suplicado. *Déjalo vivir. Deja de buscarlo. Déjalo ir.*

—La traición de tu padre me costó varios hombres —le digo—. ¿Estás tratando de decirme que su vida vale más que todas las de ellos juntos?

Taylor duda. —No conocía a ninguno de esos hombres.

—¿Qué te hace pensar que conoces a tu padre?

Ella vuelve a dudar. Se le forman hoyuelos en la mejilla mientras la muerde con incertidumbre. Puede que ahora defienda su caso, pero no todo está bien entre Archie Theron y su hija menor.

Curiosamente, no es tan satisfactorio como esperaba.

—¿Qué quieres, Ilarion? —pregunta suavemente.

Es una pregunta que me he estado haciendo desde que Zane se materializó en mi sala de estar. ¿Qué carajo *quiero*?

Estoy a punto de responderle cuando los ojos de Taylor pasan más allá de mí.

—¿Tay? ¿Todo bien?

Me giro. Cuando veo quién es, aprieto la mandíbula con más fuerza.

Tiene que ser una puta broma.

ILARION

El hombre es alto, rubio y pasablemente guapo. Pero la mirada en sus ojos cuando mira a Taylor hace que me hierva la sangre.

También la forma en que ella lo mira.

—¡Callan! —exclama con alegría forzada—. Llegaste temprano.

Se aventura por la boca del callejón, bordeando el contenedor de basura, antes de llegar al hombro de Taylor. No me gusta lo cerca que está de ella. Cómo sigue intentando llamar su atención, como si tuvieran una clave no verbal para preguntarle: *¿Este tío te está molestando?*

—Pensé en quedarme en el mostrador y esperarte. —él me mira—. ¿Pasa algo?

—No.

—Sí.

Taylor me lanza una mirada asesina cuando la interrumpo. Yo devuelvo el fuego. —Todos los planes que tenías con Taylor acaban de ser cancelados —le informo—. Su velada está comprometida.

Su pecho se hincha al instante y, sinceramente, si no estuviera tan cabreado, me reiría. Este maldito *mudak* realmente podría considerar ir a la guerra conmigo.

Sería el último error que cometería.

—¿Taylor? —dice, mirándola.

Está nerviosa, pero fuerza una sonrisa en su rostro. —Este es Ilarion, un viejo… conocido —*joder, eso dolió*—. Terminó en la ciudad inesperadamente y decidió, ya sabes, pasar por aquí.

—Un viejo conocido, ¿eh? —pregunto, incapaz de dejarlo pasar—. Yo diría que nuestra relación es mucho más profunda que eso, ¿no crees?

Al rubio no le gusta eso más de lo que me gusta él a mí. Pero se siente insultado en nombre de ella, no del suyo propio. Debe mirarse al espejo todas las mañanas y ver a un caballero de brillante armadura.

—Escucha, amigo, no creo que Taylor quiera pasar la noche contigo.

—¿Le preguntaste?

Se detiene en seco y su mirada se dirige a la de Taylor por un momento. —Eh…

—No te molestes —ajusto mi reloj—. Taylor, deshazte de tu amiguito pijo para que podamos hablar.

Ella se estremece, pero su juguete se hincha de nuevo como un periquito en exhibición. —Soy su *novio* —proclama el hombre con una voz temblorosa que dice que ni él ni ella están seguros de que el título le siente—. Y tú tienes que irte.

—Novio, ¿eh? —repito, mirando a Taylor con una expresión que sugiere que me importa un carajo.

Pero, así como él se convence a sí mismo de que ella le pertenece, yo estoy trabajando duro para convencerme de que no me importa lo que él piense.

Sin embargo, dado lo jodidamente furioso que me siento, parece un esfuerzo perdido.

Lo mejor que puedo esperar es fingir indiferencia. Lo cual sería mucho más fácil de hacer si no me sintiera tan posesivo.

—Estoy sorprendido —comento con un encogimiento de hombros—. Esperaba que eligieras a alguien con un poco más… —agito una mano sobre él—. No sé. *Más.*

Su desafortunado muñeco Ken da un paso poco entusiasta hacia mí. —Vale, hombre, tienes que irte. Ahora.

Lo encuentro a mitad de camino. —Estás fuera de tu alcance aquí —gruño—. Un consejo amistoso: aléjate.

—Mi nombre es Callan.

—No pregunté —aprieto el puño lo suficiente como para que suenen todos los nudillos—. Te sugiero que sigas mi consejo antes de escupir sangre en la acera.

—Si tienes que preguntar, eres incluso más tonto de lo que pareces.

—Vamos, Taylor —dice el imbécil, agarrándola del brazo—. Vámonos.

Mi palma se lanza y lo encuentra en el plexo solar, obligándolo a quedarse quieto. —Dé. Ja. La.

Es un hombre bastante grande por derecho propio, pero no tiene ningún chance. Sus ojos se agrandan cuando ve la vacía determinación en los míos.

Un hombre más inteligente reduciría sus pérdidas y huiría. Incluso ahora, todavía hay tiempo. Pero entonces este aspirante a caballero de brillante armadura decide que esta es su colina donde morir.

—Escucha, amigo…

Me vuelvo hacia Taylor y suspiro. —No puede decir que no le advertí.

Lo agarro por el cuello de su camisa y lo levanto en el aire. Sus pies se agitan con impotencia y

sus manos arañan mis muñecas.

—¡Ilarion! —grita Taylor—. ¡Suéltalo!

Mis ojos se fijan en los de ella. —Haz que valga la pena.

Ella es un desastre tembloroso y ansioso. Pero lo veo en sus ojos: está resignada. Ella sabía que vendría. Tal vez incluso desde el momento en que puso un pie en la puerta de mis jardines, supo que terminaría así.

—Media hora —susurra—. Podemos hablar durante ese tiempo y me iré.

—Una hora y tal vez decida no tirarlo al contenedor de basura.

Ella entrecierra los ojos. —Vale.

Satisfecho, lo suelto. Se desmorona en el suelo en un charco de patético jadeo.

Taylor corre y lo ayuda a ponerse de pie. Estoy seguro de que a él también le duele el trasero, pero su ego se llevó la peor parte de la caída.

—Taylor —murmura—, no te vayas con este tío…

—Maldita sea, ¿sigue hablando?

Ella coloca una mano protectora sobre su pecho. Eso es todo lo que hace falta para tentarme a arrebatárselo y cumplir mi anterior amenaza de tirarlo al contenedor de basura. O peor.

—Ilarion y yo solo necesitamos hablar sobre algunas cosas —dice con urgencia—. Estaré bien. Solo vete, ¿vale? Te llamaré mañana.

—No te voy a dejar.

Pongo los ojos en blanco. —Estoy perdiendo la paciencia aquí.

—Callan —dice Taylor con urgencia—. Vete.

—No, no puedo simplemente dejarte con él…

—¡No eres mi novio! —ella espeta—. Deja de fingir que lo eres.

Bueno, esto de repente se puso interesante.

La cara del muñeco Ken se desmorona. Las mejillas de Taylor se sonrojan. —Yo… lo siento, pero… realmente necesito manejar esto, Callan. Y no puedo hacer eso si estás a mi lado como un perro guardián.

—Uno ineficaz —intervengo.

Taylor me mira fijamente antes de volverse hacia él. —¿Por favor?

Me mira de reojo, pero hay que reconocer que no elige otra ronda de esta batalla perdida. —¿Me llamarás? —él le pregunta.

—Lo haré —insiste—. Mañana.

—Vale —suspira. Con una mueca, se da vuelta y cojea por el callejón.

Es una lucha evitar sonreír cuando Taylor se vuelve contra mí. Una batalla perdida.

—¿Tenías que ser tan gilipollas? —sisea.

—Si recuerdas bien, es lo que mejor hago. Ahora… ¿a dónde?

Lucha con varias maldiciones selectas antes de que sus hombros caigan. —Vamos —dice, haciéndome un gesto para que la siga fuera del callejón.

La dejo tomar ventaja, principalmente para poder mirar su trasero mientras camina. Sigue siendo tan tentador y perfecto como siempre. Quizás incluso más ahora.

Se detiene en la acera y me espera. Cruzamos juntos y nos dirigimos hacia el río que atraviesa el corazón de la ciudad.

—Tu perro guardián todavía está de servicio —señalo.

Efectivamente, el rubio se queda en el frente del restaurante, viéndonos alejarnos con un ceño malhumorado en su rostro. Quizás obtengo demasiado placer con eso.

—No tenías que humillarlo así —dice rotundamente—. Es un buen hombre.

—¿Solo no lo suficientemente bueno para ser tu novio?

Ella me mira con ira.

Yo me río entre dientes.

Esto será *divertido*.

TAYLOR

Espero que rompa el silencio. Pero ya llevamos un rato caminando y todavía no ha dicho una palabra. Miro mis pies, a lo lejos, al cielo, pero no hay nada que ver excepto hierba, árboles y cielos grises y nublados.

Me siento fatal por Callan, pero no lo suficiente como para arrepentirme de lo que le dije. Lo he sospechado por un tiempo, y ahora las pruebas están libres: mi inexorable transformación de humana compasiva a perra fría y dura.

Miro a Ilarion. Tengo que agradecerle *a él* por eso.

—¿Traes a Adam aquí? —pregunta de repente.

—Casi todos los días. Le gustan los espacios abiertos. Le gusta correr.

No puedo leer su expresión. ¿Ese pequeño bocado, por escaso que sea, lo emociona? ¿Lo hace feliz? ¿Triste?

—¿A quién se parece?

—Desde el momento en que nació, se parecía a ti —admito—. Tiene tus ojos y todo. Pero no es propenso a la violencia, así que al menos su personalidad es toda mía.

—Me parece recordar que robaste el arma de fuego de mi hermana y la amenazaste a punta de pistola.

Me estremezco. —Me olvidé de eso.

—Elegiste olvidar, querrás decir —deja de caminar y se vuelve hacia mí. No lo miro a los ojos, porque, mientras no lo mire, esos azules helados no podrán despojarme de la armadura que he pasado cinco largos años construyendo a mi alrededor.

—Sí. Elegí olvidar. Es más fácil enterrar cosas que cargarlas todo el tiempo. Demándame.

—No, *tigrionok* —murmura mientras se acerca—. Tengo otras formas de hacerte pagar.

Mis fosas nasales captan su olor. Ese olor es un cortocircuito hacia exactamente el tipo de recuerdos que luché por abandonar. Me arrastra pataleando y gritando hacia un pasado del que no puedo huir, por mucho que lo intente.

Su sonrisa burlona y lasciva es el gancho final en mí. De repente, ya no estoy aquí, en este parque, en este pequeño pueblo polvoriento y olvidado; estoy de vuelta en las montañas. Estoy de vuelta en la cabaña. Estoy de vuelta entre conversaciones perezosas y confusas en la almohada y besos robados bajo la lluvia.

—Es sorprendentemente cruel de tu parte darle a ese pobre idiota falsas esperanzas, ¿sabes?

Mi columna se pone rígida. —Eso no es lo que estoy haciendo.

—¿No? —pregunta Ilarion—. ¿Él no es tu novio? Lo dijiste, pero, ay, no lo sé… Simplemente no sonó a verdad, si me preguntas.

Le pongo los ojos en blanco. —Eso se debe a que tu ego habla tan alto que no puedes oír nada más.

Él se ríe y pasa sus nudillos por mi mejilla. No sé si retroceder o acariciarlo como un gato necesitado, así que al final no hago ninguna de las dos cosas. Simplemente me quedo allí y sufro bajo la sensación de un toque con el que he soñado durante cinco años.

—Lo veo todo, Taylor. Y tú también lo ves. Apostaría mi vida a que supiste que no sería para ti desde el momento en que abrió la boca por primera. No importa cuánto hayas intentado convencerte de lo contrario.

Cierro los ojos para que Ilarion no vea brotar las lágrimas. —Es un buen hombre.

—Quizás una buena distracción. Nunca iba a ser otra cosa.

Lo miro de reojo. —¿Estás *celoso*, Ilarion?

—¿Estás *desviándote*, Taylor?

—Tal vez, pero la pregunta sigue en pie. No… ¿sabes qué? No necesito hacer la pregunta. Lo puedo ver en tus ojos. *Estás* celoso —¿quiere destrozarme y exponerme? Entonces, cambiar de rumbo es juego limpio. Lo conozco tan bien como él cree que me conoce—. Y no tienes derecho a estarlo. No soy yo quien *se casó con otra persona*.

En realidad, no quise decir eso último; simplemente se me escapó en el calor del momento. Por eso estar cerca de Ilarion nunca es algo bueno. Siempre estoy en el calor del momento cuando él está cerca.

—Haces muchas suposiciones.

—Mira quien habla —hace mucho tiempo, habría cedido ante sus pequeños juegos mentales. Ahora no. Hoy no. Y, con suerte, nunca más. Aun así, noto la forma en que sus ojos se oscurecen y tira de algo más suave dentro de mí—. No importa. No estoy… no estoy enojada por eso.

La luz en su mirada vuelve a encenderse. Él sonríe fríamente. —Hay que trabajar en esa línea. No es tan convincente como debería ser.

—¿Solo reapareciste en mi vida para atormentarme?

—En parte, sí —admite sin pudor—. Pero esto es mucho más que eso.

—Sé que quieres que muerda el anzuelo y sé que sabes que lo haré —respiro hondo y lo miro a

los ojos—. Pero antes de entrar en cualquier otra cosa, necesito tu palabra sobre algo.

Él sabe exactamente lo que diré, pero me obligará a decirlo de todos modos. —Depende de qué sea ese "algo".

—Mi padre.

—Ah.

Ilarion se vuelve hacia el río. Todavía hace frío en este momento, pero, en pleno verano, hace suficiente calor como para que los niños puedan nadar en él. Puedo imaginarme a Adam riéndose durante su primer baño, sus pequeños puños regordetes golpeando el agua como si tratara de convencerla para pelear. Puedo sentir ese cálido sol en mi cara. Puedo recordar cómo se sintió al tomar ese primer aliento y permitirme creer que aquí estaríamos a salvo.

Debí haber sabido lo equivocada que estaba.

—Él es mi papá, Ilarion. Él es todo lo que me queda. Sé lo que hizo y no te pido que lo perdones. Solo necesito que me prometas que no le harás daño.

Él gira lentamente en su lugar hasta que sus ojos encuentran los míos nuevamente. —Ningún traidor ha recibido jamás el perdón en mi Bratva.

—Si eso fuera cierto, habrías matado a Papá hace mucho tiempo.

—Lo necesitaba en ese momento. Ya no.

Trago. Mi boca está ácida y seca. El miedo sabe a aserrín. —Si lo haces, Cee nunca te perdonará.

Sus cejas se juntan, pero hay una fría sensación de diversión ahí. —Todavía asumes muchas cosas —frunzo el ceño, pero él no me explica. Solo suspira y se aleja de mí una vez más—. Hablando por Celine, quiero decir. Fingiendo que sabes cómo se sentirá ella.

—Conozco a mi hermana.

—Corrección: *solías* conocerla. El tiempo ha pasado. Las cosas han cambiado.

Está lleno de tanta confianza que estoy perdiendo la mía. —Solo estás tratando de asustarme. Celine sigue siendo Celine.

Su perfil, lo poco que puedo ver de él, es sombrío y austero. Sus ojos ven cosas que no existen. Recuerdos. Amenazas en la sombra. —Estuvo en coma durante mucho tiempo. Cuando despertó, su madre estaba muerta. Unas horas más tarde, su padre y su hermana desaparecieron sin dejar rastro. Pasó un año en fisioterapia, completamente sola. Tuvo que volver a aprender a caminar y escribir. *Sola*. Sufrió una intensa depresión y sobrevivió a dos intentos de asesinato distintos. De nuevo *sola*, sin el apoyo de su familia.

Cuando termina, tengo la mandíbula en el suelo. —*¡¿Qué?!*

Ilarion suelta una carcajada. No hay humor en sus ojos. —¿Pensaste que Benedict Bellasio simplemente se escabulliría en la oscuridad y moriría allí? Derribé al hombre y su imperio en el lapso de una noche. Y, como sabes, él siempre tiene que tener la última palabra.

—¿Entonces intentó matar a Celine?

—Intentó —repite Ilarion—. No funcionó. Después de eso, se quedó en silencio.

—¿Y todavía no lo encontraste?

Aprieta los dientes. —Estoy en ello. Lo que quiero decir es que Celine Theron no es la hermana con la que creciste.

—Zakharov…

—¿Qué?

Lo miro, preguntándome por qué tomo este camino. —Celine Zakharov —repito como si lo hubiera olvidado. *Joder*, tal vez solo intento recordármelo a mí misma.

Su frente se suaviza. —Ah —es todo lo que dice.

—Vale —sé que estoy perdiendo el tiempo, así que respiro hondo y me concentro en lo que importa—. Vale, te concedo eso. Es posible que Cee haya cambiado mucho en los últimos cinco años. Pero me niego a creer que haya cambiado tanto para que no le importara que mataran a su papá.

—Ella entiende que algunas cosas son necesarias.

Es un pensamiento aterrador. Más aún porque empiezo a creer que no está inventando nada. Pienso en la imagen de la mujer hermosa y serena que me miró fijamente desde la tableta esta mañana.

Había muchas cosas familiares en ella.

Había más cosas extrañas y ajenas.

—Vale. Quizás ya no la conozco. Pero *a mí* todavía me importa. Así que si alguna vez te preocupaste por mí… prométemelo.

No hay nada en su rostro que sugiera rendición. Estoy en ascuas, con la piel erizada de esperanza desesperada y suplicante. Estoy lista para que lo apaguen.

Pero luego su cabeza se inclina un poco más.

—Está bien.

Dejo escapar un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Mi corazón late dolorosamente contra mi caja torácica. Así que, aparentemente, él sí se preocupa por mí… o al menos en un momento lo hizo.

—Gracias, Ilarion.

—No me agradezcas todavía —gruñe en voz baja—. Vine aquí por una razón.

De la nada, pienso en mi sueño recurrente. Es el mismo desde la noche en que nos fuimos.

En el sueño, me despierto de un sueño profundo y miro la cuna de Adam. Siempre hay algo en esto que me parece inquietantemente incorrecto. Frunzo el ceño y me levanto y, cuando me acerco, está vacía. Las ventanas están abiertas y las cortinas ondean suavemente contra el viento.

Cuando corro hacia el alféizar de la ventana, puedo ver el pequeño Honda destartalado de Papá conduciendo rápidamente durante la noche, con los faros reducidos a motas antes de desaparecer en el horizonte.

Sé que es una retribución. Alguien se llevará a mi hijo, de la misma manera que yo me llevé al de Ilarion. El karma es una rueda y, en mi sueño, se aleja de mí más rápido de lo que podría esperar alcanzar.

—Yo… lo siento —susurro—. Por cómo me fui. No tuve otra opción.

—Sí la tenías —su voz se tuerce con dureza—. Tenías una opción. Elegiste correr.

Cierro los ojos por un segundo. —Vale, sí. Elegí correr —admito—. Pero estaba tratando de no lastimar a nadie.

—Estabas tratando de no lastimar a *Celine* —corrige suavemente.

Sacrifiqué mucho para asegurar que Celine pudiera tener la vida que quería. Solo ahora empiezo a ver cuánto me costó. Solo ahora empiezo a preguntarme si fue un error.

Me aclaro la garganta. —¿F-funcionó?

El crepúsculo se desvanece lentamente. Sombras doradas danzan sobre su rostro. Sus ojos están más tristes de lo que los he visto jamás mientras suspira.

—Lo que pasa con los intentos de asesinato es que podía hacer algo al respecto, y lo hice —él toma aire—. Fue el momento en que intentó suicidarse lo que me dejó impotente.

ILARION

Hubo días en que entendí lo que hacía. Por qué huyó. Por qué me quitó a mi hijo.

Pero también hubo días en los que no entendí. Y esos días estaba enojado.

Estaba muy, muy enojado.

Fue en los días de enojo que planeé estas palabras. No iba a perdonarle sus sentimientos simplemente porque su corazón estaba en el lugar correcto.

Ella sí que no perdonó los míos.

Su rostro palidece en el momento en que las palabras salen de mi boca. Hay una punzada de culpa en mi pecho, que apago con recuerdos de los meses inmediatamente posteriores a su partida.

Ella cambió su felicidad y sacrificó la mía por la de su hermana. Ahora tiene que saber qué provocó ese sacrificio. Las acciones tienen consecuencias. Es hora de que aprenda eso.

—¿Suicidio? —jadea.

Hay una ligera brisa en el aire. El sol ya casi se ha puesto y el viento se ha vuelto frío. —¿Pensaste que dejaste a Celine para que se fuera a un felices por siempre? —me burlo—. Si es así, fue terriblemente ingenuo, incluso para tus estándares.

—¿No estás bromeando?

—¿Por qué bromearía sobre eso? —chasqueo—. No tengo ningún deseo de ver morir a alguien que me importa.

Sus ojos se agrandan. —¿P-por qué? —tropieza con sus palabras—. ¿Por qué intentó sui… hacer eso?

Me irrita que incluso sienta la necesidad de preguntar. *Las acciones tienen consecuencias*. Es tan simple como eso. No puedes solo hacer lo que quieras y salirte con la tuya.

Miro hacia el río. A través del agua que corre, veo piedras en todos los tonos de blanco y gris, sus bordes suavizados por las corrientes. Intento imaginarme a mi hijo sentado ahí chapoteando, aprendiendo a saltar una piedra.

Pero mi imaginación se niega a evocar nada.

Suspiro y me vuelvo hacia Taylor. —La fisioterapia fue dura para ella. Odiaba estar indefensa. Odiaba tener que depender de otras personas para todo.

—Ella siempre era la que me cuidaba cuando éramos más jóvenes —murmura Taylor. Tiene la mirada de una mujer que se pierde en el camino de los recuerdos—. Y, justo cuando me volví más independiente, Mamá se enfermó y Celine empezó a cuidarla.

—Ella sentía que era una carga para mí.

—¿Lo era?

Me detengo en seco. —No tienes derecho a preguntarme qué fue Celine para mí. O lo que ella es para mí ahora.

Su boca se abre y se cierra sin decir nada. —Le hiciste una promesa a mi madre —dice al fin.

Ah, por supuesto. La promesa.

Una promesa que nunca debí haber hecho. No es el tipo de cosas que normalmente me atarían. Pero la mujer estaba muriendo. Y amaba a sus hijas de una manera que mis padres nunca amaron a Mila ni a mí. ¿Cómo podía negarme? Se sentía innecesariamente cruel negarle tranquilidad a una mujer inocente justo antes de morir.

Pero hubo días en los últimos cinco años en los que sentí que esa promesa pesaba tanto sobre mí que me dolían los hombros por la presión. Por la responsabilidad.

Tanto es así que no podía apartarlo de mis ojos cada vez que miraba a Celine.

~

—¿En qué piensas cuando me miras así? —preguntó un día desde su cama.

Había entrado para ver cómo estaba antes de que comenzara otra sesión de fisioterapia. —¿Así cómo?

—No sé cómo describirlo —suspiró—. Solo hay… arrepentimiento en tus ojos. Resentimiento, tal vez.

—Eso es ridículo.

—Lo dices a la defensiva.

—Celine.

—Ilarion —espetó en respuesta. Prefería esos días. Los días en los que estaba llena de fuego y lucha y todo la cabreaba, incluyéndome a mí. Los días en que estaba tan callada que parecía ceder ante sí misma… ahí era cuando sabía que tenía que preocuparme.

—No sé de qué hablas —le dije—. No te miro de ninguna manera en particular.

—¿No crees que eso es un problema?

—No.

—Puedo irme —dijo en voz baja—. Tengo una casa a la que volver.

—Esta es tu casa —espeté entre dientes—. Si hay cosas que necesitas, haz una lista y Mila o Dima las recogerán por ti.

Celine suspiró. —¿Eso es todo entonces? —preguntó—. Estás enojado porque mi recuperación está tardando tanto. Te molesta el hecho de tener que cuidar de mí.

La miré, tratando de encontrar mi humanidad debajo de toda la ira.

—Está bien que lo digas —añadió rápida y tranquilamente—. Tienes derecho a tus sentimientos. Sé que soy una carga. No estarías fuera de lugar admitiéndolo.

Pude ver las lágrimas brotando bajo sus pestañas. Quería llorar, pero lo mantenía a raya para mi beneficio. No quería manipularme para que le diera la respuesta que quería escuchar. Por supuesto, si ese fuera realmente el caso, ella nunca lo habría pedido en primer lugar.

—Le hice una promesa a tu madre justo antes de morir —le dije, porque eso es lo único que se me ocurrió decir—. Le prometí que te cuidaría y te mantendría a salvo.

Celine frunció el ceño. —¿Es esa la única razón por la que estás haciendo esto?

—Maldita sea —gruñí, poniéndome de pie—. ¿Qué carajo quieres de mí, Celine? Estoy aquí, ¿no? Estoy aquí.

Salí de la habitación para que ella pudiera llorar en paz. Pero, años más tarde, miraría hacia atrás y recordaría esa conversación como el momento en que dejé de pensar en Celine como un peón y comencé a pensar en ella como una persona.

~

—HICISTE UNA PROMESA —me recuerda Taylor, catapultándome de regreso al presente—. ¿O lo has olvidado?

—No olvido, Taylor. Incluso cuando lo intento, no olvido —me froto la nuca—. Admito que Celine era solo una pieza de mi juego de ajedrez. Asuntos de la Bratva y todo eso. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ella ya no es un peón. Ella importa.

Entonces veo algo: el pequeño torbellino de inseguridad que gira en los ojos de Taylor. Cualquier duda que tenga sobre sus sentimientos por mí se disipa ante ello.

Ella puede hablar mucho. Puede hacer exigencias y recordarme viejas promesas. Puede huir hasta donde le permitan sus piernas.

Pero no ha podido huir de sus sentimientos por mí.

Únete al maldito club.

—Eso parece —coincide Taylor en voz baja.

Ladeo la cabeza hacia un lado. —¿Lo hace?

Se mueve incómoda sobre sus pies. El uniforme que lleva es de un azul triste con un escote en V profundo que estoy seguro ha sido responsable de atraer a uno o dos clientes generosos. Pero, por muy bien que luzca con él, no parece cómoda.

—Yo… a veces veo a Celine en los boletines de noticias en línea —admite—. Algunos días apenas la reconozco.

Sé exactamente de qué habla. El *Daily Star* publicó una foto de nosotros al frente y al centro, parados afuera de la entrada arqueada del Titan's Ballroom donde Celine había organizado su gala benéfica anual para recaudar fondos para los refugiados sirios en Chicago. Recuerdo esa fotografía que apareció en mi informe diario de Mila.

Recuerdo haber imaginado, solo por un momento, que era Taylor en mi brazo.

—¿Por qué? ¿Porque parece feliz?

Ella duda antes de responder. —Nunca puedo saberlo realmente —confiesa—. Las fotografías siempre son hermosas, pero no capturan todo.

—Es difícil reconocer la felicidad, ¿no? —pregunto—. Difícil de atrapar y aún más difícil de precisar. La ironía es que a la miseria le encanta que la atrapen.

Es una puñalada hacia ella. Tampoco una particularmente sutil.

Sus pestañas revolotean contra el viento. Ella parece inquieta.

Me pregunto con qué frecuencia se ha permitido ser honesta estos últimos años. Me pregunto si hay alguien en quien confíe lo suficientemente como para dejar que vea sus pensamientos más profundos y oscuros. Los lugares donde ella esconde sus sentimientos por mí.

—Tengo a Adam —dice, por fin—. Él es la luz en mi vida.

—Es mucha presión para un niño —comento—. Lo amas; por supuesto que sí. Pero él no puede ser tu única fuente de luz, Taylor. Porque, cuando él se vaya… y si haces bien tu trabajo, él *se irá*… se llevará esa luz con él.

Su piel palidece. —¿Qué estás sugiriendo, Ilarion? No es posible que estés diciendo lo que pienso que estás diciendo.

—Tal vez eso sea parte de tu problema, Taylor —espeto—. Piensas demasiado.

—Y tú no piensas lo suficiente —sisea, parándose frente a mí.

Dudo. Hay tantas cosas que quiero decirle. Hay tantas cosas que quiero aclarar.

Pero mi orgullo no me deja decir ni una palabra.

—Ay, créeme, *tigrionok,* he tenido cinco largos años para pensar. De hecho, eso es todo lo que hice. Por eso estoy aquí ahora.

—¿Para recordarme cosas que sería mejor dejar en el pasado? —pregunta enojada.

—No. Para demostrar lo que ya sabía: que tu sacrificio no tuvo sentido. Te has privado del futuro y de la libertad, me has privado a mí de mi hijo, has privado a Adam de su padre… ¿y todo para qué?

Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas. —Tenía que asegurarme de que ella fuera feliz.

—Su felicidad nunca fue tuya para determinar —gruño—. No tenías que hacerlo.

—No, era *tuya*.

Sacudo la cabeza y doy otro paso adelante. —No me cargues eso a mí. Prometí mantener a Celine a salvo. La felicidad nunca fue parte del trato.

Taylor se congela. —Sigues siendo un gilipollas, por lo que veo.

—Sigues siendo mártir, por lo que veo —me enderezo y me inclino sobre ella—. Lo hiciste a tu manera y fracasó. Tristemente. Ahora es el momento de poner fin a esto.

Juguetea con el dobladillo de su uniforme. —P-puedes ver a Adam…

—¿"Ver" a Adam?" —alzo una ceja—. No vine hasta aquí sólo para "ver" a mi hijo, Taylor.

Ella se aleja de mí lentamente. —¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Vine a llevarlo a casa.

Incluso en la oscuridad irregular, puedo ver la conmoción en su rostro. La mujer realmente se engañó si pensaba que yo estaba aquí para verlo y luego irme sin alterar su pequeña y perfecta farsa de final feliz.

—¡No puedes hacer eso! —suelta.

—Creo que descubrirás que sí puedo hacerlo. Tú también puedes venir, pero de todos modos me llevaré a Adam.

—Ilarion…

—¡Mira tu vida, Taylor! —extiendo los brazos como si el gesto finalmente resaltara todo aquello a lo que ella está ciega—. Eres miserable aquí. Es hora de admitirlo y volver a casa.

—No te llevarás a mi hijo.

Agarro su brazo y la atraigo hacia mí. Ella golpea mi pecho con un grito ahogado y miro fijamente sus hermosos ojos verdes. Son tan profundos e inquietantes como los recuerdo.

—Aquí está la cuestión, cariño: no te estoy pidiendo permiso.

TAYLOR

Me quedo allí, temblando como una hoja, durante mucho tiempo después de que Ilarion desaparece.

Entonces, empiezo a correr. Corro de regreso al restaurante el tiempo suficiente para agarrar mi bicicleta. Luego vuelvo a casa, imprudente en mi loca carrera para llegar hasta mi hijo.

No me molesto en guardar mi bicicleta con llave cuando llego a casa. Me deslizo, la dejo tirada sobre el césped y corro hacia la casa. En el momento en que cruzo la puerta principal, me congelo.

El olor a galletas recién horneadas llega a mis fosas nasales. Puedo oír la televisión encendida en la habitación de al lado. Es *Cocomelon*; esa melodía ha estado tan arraigada en mi cerebro que a veces la escucho en mis pesadillas. Miro hacia la sala de estar y Papá me ve. Está sentado junto a Adam, leyendo un libro en su Kindle mientras Adam mira fijamente paralizado la pantalla.

Papá me mira y su rostro se contrae con inquietud.

—Regresaré enseguida, pequeñito —dice, dándole una palmadita a Adam en la cabeza antes de salir de la sala para seguirme escaleras arriba.

—¿Taylor? ¿Está todo bien?

No respondo hasta que estoy en mi dormitorio. Da a la calle, así que me acerco de inmediato a las ventanas y miro a través de las persianas cerradas.

—Ese auto que está en la calle… ¿Puedes leer el número de placa?

Papá se une a mí en la ventana. —¿El Chevy? No estoy seguro. ¿Por qué? ¿Qué está sucediendo?

—Estoy bastante segura de que es de Ilarion —digo, cerrando las persianas—. Estoy bastante segura de que me siguió hasta aquí. O me puso a alguien encima.

—¿Qué diablos te da esa idea?

Camino hacia el extremo opuesto de la habitación. —El hecho de que se haya presentado hoy en el restaurante.

El rostro de Papá palidece. —Joder… Él nos encontró.

—Sí, nos encontró —repito, limpiándome las palmas sudorosas contra el delantal. Se me había olvidado quitármelo en el restaurante. Parece que vendrá con nosotros a donde quiera que vayamos. *Lo siento, Mabel*—. Mi pregunta es, ¿*cómo* nos encontró?

—La implacabilidad suele dar frutos.

Me detengo en seco y cierro los ojos. —Vale. Vale. Tenemos que pensar en un plan. Tenemos que…

—Taylor.

—Tenemos que hacer las maletas y desaparecer. Tendrás que llamar a algunos de tus contactos para obtener ayuda. Tendremos que permanecer ocultos durante unas semanas, quizá unos meses, hasta que nuestro rastro se enfríe. Y él…

Papá se acerca a mí y pone sus manos sobre mis hombros. —Taylor, respira.

Me alejo de su toque. —Odio cuando la gente dice eso. No ayuda. ¿No acabas de escuchar lo que dije? Ilarion nos ha encontrado, Papá. Él está aquí. Pensé que solo quería ver a Adam, pero es mucho peor. Quiere llevarse a Adam con él.

—¿Celine lo sabe?

—Si aún no lo sabe, lo sabrá pronto. Y cuando eso suceda se desatará el infierno. Cuando Ilarion aparezca en su casa con un niño de cuatro años que se parece exactamente a él, tendrá muchas preguntas. Ella lo sabrá. Entonces, todo esto habrá sido en vano. Hasta el último jodido pedazo.

—Cariño, necesitas calmarte…

—*¡No me digas que me calme!* —no lo grito con todo el cuerpo, pero tengo muchas ganas.

Papá levanta las manos en señal de rendición. —Escucha. Llevo años esperando este día. Supongo que siempre supe que sería inevitable que Ilarion nos encuentre.

—Y tienes un plan, ¿verdad? —le ruego—. Dime que tienes un plan. Siempre tienes un plan.

—Taylor —él niega lentamente con la cabeza—. No estoy seguro de que un plan vaya a ayudarnos ahora. No podremos hacer ningún movimiento sin que él lo sepa.

De repente mis piernas se sienten demasiado débiles para soportar mi peso. Me dejo caer sobre la cama, temblando por todas partes. —Llevamos cinco años corriendo. ¿Y para qué?

—Para ser honesto, me lo pregunto todo el tiempo.

Frunciendo más el ceño, miro a mi padre. Se ha achicado durante el tiempo que pasamos en el exilio. Nunca me di cuenta de cuánto hasta ahora. Probablemente porque siempre parece más grande que la vida cuando está con Adam, y tiendo a ver las cosas a través de los ojos de Adam.

Es más fácil que usar los míos.

—Debe haber algo que podamos hacer. Alguien a quien podamos llamar.

—No confiaría en nadie a quien hayamos usado antes, Taylor. Algo salió mal allí. De lo contrario, Ilarion no estaría en nuestra puerta.

Respiro hondo, pero no ayuda. Los muros se están cerrando y necesito asegurarme de que no nos aplasten. —Parece que me estás diciendo que no hay salida.

—Puede que no la haya, Pajarito —no ha usado ese apodo conmigo desde hace mucho tiempo. No desde que era una niña.

—No recuerdo por qué empezaste a llamarme así —murmuro—. Pero recuerdo que me encantaba cuando lo hacías.

Papá se acerca y se sienta a mi lado. —Los años de la bronquitis fueron duros para ti —dice suavemente—. Todos los demás niños corrían y nadaban y jugaban, y tú estabas atrapada en casa, jadeando y tosiendo.

Resoplo con amargura. —Esa parte no necesito ayuda para recordarla.

Me da unas palmaditas en la rodilla. —Solía decirte que imaginaras que eras un pajarito y que podías volar a donde quisieras.

La forma en que lo dice me hace darme cuenta del sentimiento que tenía cuando era niña, esa sensación de estar atrapada en mi habitación, incapaz de participar en el mundo exterior… He estado cargando el mismo sentimiento conmigo durante los últimos años.

Más profundamente, algo en mí susurra que Ilarion lo vio mucho antes que yo. Yo simplemente no quería escucharlo.

—Si corremos, Taylor, no serás libre. Jamás.

—Si vuelvo, tampoco seré libre.

—No estarás escondiéndote —argumenta Papá—. Creo que eso hará la diferencia.

—¿De verdad crees que debería volver?

—Bueno, no estoy seguro de que tengas otra opción —dice sin rodeos—. Lo que significa que *decidir* ir al menos te pondrá a cargo de tus propias decisiones.

—Esa es una falsa autonomía —espeto—. Eso es fingir que tengo un volante, cuando en realidad los frenos están cortados y vamos cada vez más rápido en un curso de colisión con algo que no cede.

Se muerde la uña. —Aceptar lo que está fuera de nuestro control es a veces un mal necesario, Pajarito.

—Es rendirse. Eso es todo. Es darse por vencido.

—No vale la pena luchar por todo.

Puedo sentir la fatiga en sus palabras mientras las dice. Pienso en lo mucho que intentó mantenernos a salvo. Al final terminó con una hija casada con el hombre más peligroso que conocía. Y otra hija embarazada del mismo hombre. Toda esa lucha, intrigas y esperanzas… todo para nada.

Hay días en los que resiento a mi padre por todas sus malas decisiones.

Pero no hoy.

Hoy le tengo lástima.

—Ayuda un poco —digo—. Saber por qué fuiste tan protector con Celine y conmigo.

—¿Lo hace?

—Algunos días sí —respondo con sinceridad—. Otros días, se siento como si nos hubieras mentido sobre todo sin ningún motivo.

Me mira con recelo. Cada vez que hablamos realmente sobre el pasado, terminamos en una pelea. Luego él dice algo de lo que se arrepiente y yo digo algo de lo que me arrepiento, y termina con varios días de tenso silencio, antes de que las minucias del día a día nos hagan olvidar que estamos enojados el uno con el otro.

—Me pareció correcto cargar con la carga del conocimiento. No me parecía justo traerlas a ustedes tres conmigo. En cualquier caso, ustedes eran demasiado jóvenes. Pero tu madre… estuve a punto de decírselo muchas veces.

—¿Qué te detuvo?

Me parece una tontería estar haciendo estas preguntas recién ahora. Pero no es que no haya preguntado antes. La diferencia es que esta vez realmente quiero saber.

—La primera vez me acobardé —dice con un profundo suspiro—. Perdí los nervios en el último minuto y decidí que estaba bien ser un cobarde, porque íbamos a salir a tomar un helado y nadie le dice a su esposa que es un *vor* de bajo nivel en una Bratva rusa sobre una pinta de helado.

—Vale —no puedo discutir eso—. ¿Eras de bajo nivel?

—En ese momento, sí. Ludwig me incorporó. Ustedes eran pequeñas entonces.

—¿Ludwig?

—El padre de Ilarion.

—Joder —respiro, deseando que hubiera una botella de licor por ahí. No soy gran bebedora, pero algunos días y algunas conversaciones simplemente requieren un trago fuerte—. Es muy extraño pensar que conociste al padre de Ilarion. Que *trabajaste* para él.

—Él no era un buen hombre.

—Lo del crimen organizado te avisó, ¿eh? —pregunto con sarcasmo.

—Tienes todo el derecho a estar enojada conmigo. Pido disculpas si alguna vez te hice sentir lo contrario. Sé que mis acciones tuvieron consecuencias. Es simplemente difícil para mí soportar tu enojo. Supongo que es el cobarde que hay en mí.

—Papá. No eres un cobarde.

Sacude la cabeza con tristeza. —Sí, lo soy. Y un día te diré el momento exacto en que lo supe con seguridad —exhala profundamente, baja las cejas y sé que está pensando en Mamá. Tiene una expresión específica en su rostro cuando piensa en ella. Como un hombre que está a la deriva

en el espacio exterior y no tiene idea de si algún día volverá a encontrar la gravedad—. La segunda vez que intenté decírselo… Bueno, tu nana falleció, y eso ocupó unos meses de nuestras vidas. Y la tercera vez le diagnosticaron cáncer.

—Lamento que no estuvieras allí para enterrarla —le digo de repente, tomando su mano—. Deberías haber estado presente.

—Sí debí haber estado presente —asiente—. Pero en cierto modo, me siento aliviado de no haber estado —debe ver la sorpresa en mi rostro, porque se ríe con amargura, se señala el pecho y dice—: Te lo dije: cobarde.

—Bueno, si eres un cobarde, yo también. La única razón por la que vine contigo la noche que nos fuimos fue que no quería tener que decirle a Cee que estaba embarazada.

—Al menos tenías intenciones nobles. Estabas tratando de proteger a tu hermana.

—Y tú estabas tratando de protegernos a nosotras —le recuerdo enfáticamente—. Puede que no siempre lo crea, pero hoy sí.

Me dedica una sonrisa cansada. —Así que supongo que en lo que podemos estar de acuerdo es en que ambos somos cobardes con buenas intenciones —sé que está bromeando y, a pesar de todo lo que está pasando, casi me hace reír.

—Deberíamos hablar más, Papá —le doy un suave empujón—. Así, quiero decir.

—La ironía es que, sin Ilarion, dudo que hubiera sido posible.

Lo miro. —Le hice prometerme que no te haría daño, ¿sabes?

Sus cejas se levantan por un momento, pero no parece tan aliviado por esa seguridad como habría pensado. —¿Él te prometió eso?

—Bueno, quiero decir, no juramos con sangre ni nada por el estilo, pero él me dijo que no lo haría. Y yo le creo.

Papá me mira por un segundo, antes de levantarse y caminar hacia la ventana. —Supongo que eso responde a esa pregunta —dice, mirando hacia la calle a través de las persianas.

—¿Qué pregunta?

—Si todavía le importas.

Me pongo rígida. —Si lo hace, es solo por asociación. Soy la madre de su hijo. Un medio para un fin.

Me mira de reojo, pero deja que el tema se desvanezca en el silencio tenso. El aire acondicionado hace clic, brama tristemente durante unos momentos y vuelve a suspirar.

Estoy empezando a respirar y a calmarme cuando Papá habla. —¿Mencionó algo sobre Celine?

Luego me pongo rígida de nuevo. ¿Cómo le digo que, para su hija mayor, los últimos cinco años estuvieron llenos de depresión, casi asesinatos, angustia, fisioterapia y un intento de suicidio?

—Él dijo que ella estaba bien.

Papá suspira, y en ese subir y bajar de su pecho, juro que, por un breve segundo, puedo ver el peso que ha llevado consigo todos estos años. Como cadenas colgando sobre sus hombros.

—Bien. Entonces, supongo que eso es algo.

ILARION

Esperaba sentir algo cuando lo viera.

Solo no esperaba que el sentimiento fuera tan *intenso*.

Él es mi hijo. Creo que lo habría sabido en el alma, se pareciera a mí o no. Por supuesto, el hecho de que se parezca a mí ayuda mucho.

Su cabello, un tono más claro que el mío, cae sobre su frente mientras corretea por el jardín. Sus dedos están oscuros por la tierra, igual que los de su madre, pero ambos se ríen.

Lleva pantalones cortos que muestran una extensión de piel suave y una fina blusa de algodón blanca que brilla traslúcida cuando la luz del sol la golpea. Puedo ver el contorno pálido de su sujetador rosa y las líneas delgadas de su torso.

Mientras observo, ella lo levanta hasta el columpio de cuerda que cuelga de un árbol en el jardín. Su risa se hace más fuerte. Ella lo empuja hacia adelante y hacia atrás.

Es fácil notar cosas mientras miro. Fue solo después de que ella se fue que seguí recordándome todas las cosas a las que nunca presté suficiente atención. El pliegue en su frente cuando está sumida en sus pensamientos. La forma en que se le forman hoyuelos en las mejillas cuando sonríe. El pequeño temblor en sus dedos cuando resiste el impulso de morderse las uñas.

De repente, la risa de Adam se corta. Parpadeo para salir de mi aturdimiento y me doy cuenta de que ambos me están mirando.

—Mamá, ¿quién es ese? —pregunta el niño.

Incluso desde aquí, puedo ver cómo se mueve la garganta de Taylor mientras traga. —Entra, cariño.

—Pero quiero saber…

—¡Entra! —grita con demasiada dureza. Luego, suaviza su voz—. Puedes tener una galleta si vas a buscarla ahora mismo.

No se molesta en hacer más preguntas de seguimiento. Él simplemente entra corriendo a la casa y Taylor centra su mirada en mí. Lentamente, se pone de pie y yo camino hacia su jardín.

—No lo he preparado para esto, ¿sabes? —me advierte.

—No espero que le digas quién soy. No de inmediato.

Respira hondo y mira hacia la casa. —Pensé en correr —admite en voz baja, con expresión sombría y pensativa.

—¿Qué cambió?

Suspira y le da la espalda a la casa. —Decidí que ya no quería correr más.

—Decisión inteligente —me acerco un poco más a ella—. Él es… —muevo mi mandíbula de lado a lado, pero no se me ocurre nada que decir además de lo obvio—. Perfecto.

En el momento en que lo digo, todo su rostro se suaviza. La incertidumbre se disipa y todo lo que queda detrás es un amor tan profundo que empiezo a sentir que erosiona mi muro emocional.

Eso no es lo ideal. Tengo que ser fuerte. Estoico. Inmóvil.

Pero maldita sea, hay algo en la forma en que esta mujer encarna la maternidad con tanta facilidad que me hace sentir ganas de caer de rodillas.

—Lo es, ¿no? —murmura.

—Se parece a mí. Pero también hay mucho de ti en él. Lo has hecho bien, Taylor.

Obviamente no se lo esperaba, porque sus ojos inmediatamente brillan. Ella se da vuelta el tiempo suficiente para parpadear para quitarse las lágrimas de los ojos. —Es un niño especial —susurra—. Me gustaría atribuirme el mérito, pero él siempre ha sido amable, dulce, imaginativo. No le enseñé ninguna de esas cosas.

Luego me mira tentativamente por el rabillo del ojo y vuelve a cerrarse. La cautela vuelve a aparecer en sus rasgos, y puedo sentirla alejándome silenciosamente.

—Te presentaré como a un viejo amigo, ¿vale?

Levanto una ceja. —¿Es eso lo que soy, Taylor? ¿Un amigo?

—No —dice decididamente, dando un paso atrás—. Eres mi cuñado. Ambos debemos recordar eso.

—¿Mamá?

Nos giramos al mismo tiempo hacia la puerta de la cocina. Adam está parado en el umbral con una galleta en la mano. Sus ojos están fijos en mí con asombro.

—Adam, ven aquí y saluda. Este es un amigo mío. Su nombre es Ilarion.

Se queda ansioso junto a la puerta. En lugar de esperar a que venga hacia mí, doy unos pasos en su dirección.

—Hola, Adam —sonrío, esperando que sea tan brillante como el suyo. Seré el primero en admitir que no he sonreído así desde… nunca—. Es muy bonito conocerte.

Mira a su madre y luego a mí. —Eres alto.

Me río. —Estoy bastante seguro de que tú también lo serás. ¿Cuántos años tienes, ocho?

¿Nueve?

Su rostro se transforma en una sonrisa brillante. —¡Solo tengo cuatro y tres cuartos!

—¡No puede ser! ¿En serio? Eres tan alto. Pensé que eras mayor.

Se aventura un paso hacia mí y todo lo que puedo pensar es: *Progreso*. —Tu nombre es gracioso.

Taylor comienza a regañarlo, pero le sonrío para que sepa que está bien. —Sí, tienes razón. Más o menos. Supongo que ya estoy acostumbrado.

Se ríe y luego mira a su madre. —¿De verdad eres amigo de Mamá? Porque Mamá no tiene amigos.

—¡Adam! —exclama Taylor, sonrojándose con un tono de rosa aún más brillante—. Tengo amigos.

—Solo el abuelo, y él no cuenta porque es tu papá.

—¿Qué pasa con Mabel?

—Ella no cuenta porque es tu jefa.

—¿Qué pasa con la Srta. Maisel?

—Ella no cuenta porque es mi maestra y solo la ves en la escuela.

—Tú eres mi amigo —insiste Taylor.

Adam se ríe. —Soy tu hijo. No cuento.

El niño no menciona a Callan. Resulta bastante satisfactorio. Me llama la atención el movimiento en la periferia. Miro hacia la casa a tiempo para ver una sombra en la ventana.

Por supuesto. *Él* está mirando.

—Adam, cariño —dice Taylor—. ¿Recuerdas que a veces te cuento historias sobre tu tía Celine?

Así que ella habla de Celine. Interesante.

Adam mueve la cabeza de arriba a abajo. —¿Sí?

—Este es su esposo. Ellos están casados.

Él frunce el ceño. Quiero fruncir el ceño junto con él y aclarar algunas cosas, pero también quiero evitar asustarlo. —Ah —dice, volviéndose hacia mí—. ¿Trajiste a la tía Cee contigo?

—No esta vez.

Parece confundido. —¿Dónde está?

—En casa. No vivimos en este estado.

—Ah. ¿Por qué no vino a vernos? —pregunta Adam.

—Porque está muy ocupada —interviene Taylor antes de que pueda responder—. ¿Y quién

sabe? Quizás la conozcas pronto.

—¿Ella también hornea galletas? —pregunta, con una sonrisa creciendo en su dulce rostro.

Taylor asiente. —La abuela nos enseñó, así que sí, lo hace. O al menos… lo hacía.

Adam mira entre nosotros. —Espero llegar a ser tan alto como tú algún día —anuncia. Luego, se vuelve hacia su madre—. Sabía que él no era tu amigo. Él es mi tío.

Finjo como si eso no fuera un puñetazo bajo.

Taylor me mira. —Sí, supongo que tienes razón.

—Oye —dice Adam, saltando del último escalón y tirando de mi mano. Sus dedos están llenos de migas de galleta—. ¿Quieres ver mi columpio?

—Me encantaría —digo—. Pero primero, creo que iré a buscar un vaso de agua. ¿Está bien?

Adam se encoge de hombros. —Claro —corre hacia el columpio sin esperar a que ninguno de los dos lo sigamos.

—Ilarion… —advierte Taylor, con la frente tensa por la preocupación cuando me ve mirar hacia la ventana de nuevo—. Me prometiste que él estaría fuera de límites.

No hice tal promesa. Le prometí que no lo *lastimaría*.

Me encuentro con su mirada. —Solo quiero un vaso de agua, Taylor.

Ella traga con fuerza. —Para que lo sepas —dice en voz baja—, él significa mucho para Adam.

ILARION

Cuando entro a la cocina, Archie está apoyado contra la encimera, esperándome.

—*Pakhan* —asiente respetuosamente.

—Archie.

Incluso ese intercambio de dos palabras es un cambio de cómo solían ser las cosas. Durante años nos reunimos en las sombras, no usamos nombres. Las cosas han cambiado ahora. No hay más sombras donde esconderse. No hay más inocentes por proteger.

A través de la ventana, Taylor observa a Adam jugar en el columpio, pero la calma de antes se ha ido. Tiene la espalda demasiado recta y los hombros demasiado tensos.

—¿Puedo ofrecerte algo para beber? —pregunta Archie—. ¿Café? ¿Té? ¿Jugo?

—Estoy bien.

—También tenemos brandy, si es que tendremos *ese* tipo de conversación —añade.

—¿Qué tipo de conversación imaginas que será?

Archie se hace a un lado para que la mesa de la cocina quede justo entre nosotros. Está inquieto, pero intenta ocultarlo. Como si no me diera cuenta de cada puta cosa.

—Una honesta —dice después de una pequeña pausa.

No puedo evitar reírme. —Creo que dejamos eso en el pasado, amigo mío.

Su garganta se agita con la fuerza de su trago. —No soy el hombre que crees que soy —dice sin rodeos—. Tomé malas decisiones. Eso no me convierte en una mala persona.

—Perdóname si me resulta difícil de creer.

Envejeció considerablemente en los últimos años. Su rostro está más pálido y demacrado, pero su barriga sobresale del cinturón y su barba irregular está veteada de gris.

—Sin embargo, me gustaría tener la oportunidad de explicarlo —añade—. Si estás dispuesto a escucharme.

Me quedo en silencio por un momento. No hay necesidad de apresurarse. Hemos esperado cinco

años para tener esta conversación; unos minutos más no matarán a nadie.

Al menos, probablemente no.

—Sabes, creo que sí tomaré una taza de café —saco una silla y me siento a la mesa redonda.

Archie sirve dos tazas y se une a mí. Observo cómo el líquido negro chapotea sobre el borde cuando sus manos tiemblan.

—Supongo que me vas a decir por qué hiciste lo que hiciste —le digo, quitándole la taza—. Y espero que no digas que fue algo tan insignificante como "más dinero".

El temblor culpable de sus ojos me dice todo lo que necesito saber.

—Por el amor de Dios, hombre —escupo—. Esperaba más de ti.

Se sonroja y abandona su taza de café a un lado. —Sé que suena mal. Traicionar a la hermandad, traicionarte a ti… por algo tan vulgar —sus ojos caen hacia sus manos—. Pero a veces, el dinero es la diferencia entre la vida y la muerte.

Yo suspiro. Puedo adivinar exactamente para qué necesitaba el dinero. Si le critico eso, soy tan gilipollas como él. Quizás incluso peor.

—¿Me dirás por qué no viniste a pedirme dinero si lo necesitabas tanto?

No es solo impaciencia en mis palabras. La parte de mí que reconoce a Celine, Taylor y ahora Adam como familia está dolorida por el insulto de que Archie no confiara en que me importaría.

Pero, para ser justos, *no* me importaba… hasta que conocí a Taylor.

El destino es un arma de doble filo.

—Primero, ¿me permitirás una pregunta?

Quiero decir que no, sobre todo porque sé cuál será su pregunta. Al menos alguna derivación. Quiero recordarle que su vida está en la palma de mi mano. Todo lo que tengo que hacer es juntar mis dedos y aplastarlo.

Miro por la ventana de nuevo. Solo puedo ver la mitad del perfil de Taylor. La brisa juega con las puntas de su cabello.

—Una pregunta —suspiro, volviéndome hacia Archie.

Él asiente agradecido. —Celine… ¿me ha perdonado?

Esa no es la pregunta que espero, pero no delato mi sorpresa. —¿Lo hizo Taylor?

Se recuesta pesadamente en esta silla. Su dedo acaricia el asa de su taza como si hubiera olvidado por qué está allí. —Ella dice que sí. Realmente no le creo.

Asiento. El sabor del café en mi lengua es amargo. Eso parece apropiado.

—Celine me contó sobre la última conversación que tuvieron —comento—. Cuando trataste de convencerla de que se fuera contigo.

Archie resopla. —Subestimé sus sentimientos por ti. Supongo que ese fue mi primer error de cálculo. Después de eso, no quiso oírme hablar.

—A nadie le gusta que le mientan.

—Teniendo en cuenta que estamos teniendo una conversación bastante civilizada, me abstendré de señalar que le has estado mintiendo a Celine durante los últimos cinco años —hace una pausa y luego me mira de nuevo—. Y a Taylor también, en cierto modo.

Aprieto los dientes. —Taylor tomó sus decisiones. Como el resto de nosotros.

—No me pareces el tipo de hombre que se somete a nadie en contra de su propio juicio. De hecho, sé que no lo eres.

—Me estoy impacientando con este desvío —espeto—. Nunca fuiste alguien que fuera al grano, ¿verdad?

—Tendrás que perdonar a un anciano. La reflexión empeora con la edad.

—Si buscas simpatía, no me queda ninguna para darte. Los traidores no salen ilesos, sin importar la edad que tengan.

Archie asiente sin sorprenderse. —Sí, lo sé. Tu padre tenía la misma regla.

Me estremezco ante la mención de mi padre. Luego, me maldigo por el tic.

En un momento, estoy tan seguro de que lo he dejado a él y a su sombra detrás de mí. Al siguiente, él está ahí, recordándome que su ADN siempre será parte del mío.

Parte del de Adam también, comprendo con horror.

—Era despiadado con los traidores. Pero claro, era despiadado con todos. Sus enemigos, sus compañeros, sus *vors*… Y sus hijos. Había que ser un hombre valiente para acercarse a él por cualquier cosa.

Aprieto la mandíbula y trago una amargura que no tiene nada que ver con el café. Que Archie mencionara a mi padre no fue un error; fue astuto. De hecho, más astuto de lo que esperaba. Supongo que no debería sorprenderme tanto. El hombre no ha sobrevivido tanto tiempo basándose únicamente en la suerte.

Luego, me doy cuenta. —Le pediste dinero.

Archie confirma mi teoría. —Un préstamo, un aumento, un anticipo… ponderado contra un recorte salarial si eso fuera necesario. En ese momento, solo quería veinticinco mil. Veinticinco mil no significan nada para un hombre como Ludwig Zakharov.

—Un centavo significaba todo para mi padre. Te desangraría hasta dejarte seco por el cambio que llevas en el bolsillo.

—Pensé que haría una excepción conmigo —susurra Archie—. Siempre fui uno de sus *vors* más leales.

Sonrío oscuramente. —Pensaste que estaría agradecido.

—Cuando lo dices en voz alta, suena como una tontería —murmura Archie—. Pero como dije, estaba desesperado en ese momento. Fiona acababa de ser diagnosticada. Todavía estaba pagando sus préstamos estudiantiles y ocupándome de las facturas del asilo de ancianos de sus padres. Tenía que mantener a las niñas.

—Así que te rechazó y fuiste corriendo hacia el otro lado.

—No tomé la decisión a la ligera. Sabía el riesgo que estaba corriendo.

—¿Y te pareció que valió la pena?

Él encuentra mis ojos. —La cuestión no era si valía la pena o no. La cuestión era si *ella* valía la pena o no.

Quiero culparlo por pensar de esa manera. No puedo.

Y odio no poder hacerlo.

—Puedes pensar que soy un tonto. Y un traidor. Y es muy posible que yo sea todas esas cosas. Pero, ante todo, yo era el esposo de Fiona Theron y nunca me disculparé por ello. Ella era todo mi mundo.

El dolor tiñe su rostro de oscuridad. Las comisuras de su boca hacia abajo parecen agobiadas por algo más pesado que el tiempo, más pesado que la gravedad.

La pérdida de su esposa mató a la mayor parte de él.

La pérdida de sus hijas matará todo lo que queda.

—Estaba demasiado metido cuando asumiste el control. Había arrojado mi suerte al fuego del clan Bellasio y no había vuelta atrás. Tuve que seguir haciendo de topo para protegerme a mí y a mi familia. Pero quiero que sepas: hubo secretos que nunca traicioné, asuntos en los que fingí ignorancia.

—¿Y Benedict te creyó?

—Le dije que era un *vor* de bajo nivel. Que no tenía acceso a todos los secretos. Lo suficiente para que valga la pena. Lo suficiente para mojarle la lengua y mantenerte a salvo —se aclara la garganta—. Si ayuda, no estoy orgulloso. Nunca lo estuve.

—Por supuesto que no ayuda, Archie —gruño—. Porque a pesar de todas tus buenas intenciones, a pesar de todo tu remordimiento y arrepentimiento, no pudiste proteger a tu familia. Tu esposa está muerta, asesinada por los mismos hombres por los que me traicionaste. Tus hijas se han vuelto contra ti y tus días están contados.

Él asiente de nuevo, ya resignado a lo que sea que el destino le depare. —No, nunca esperé salirme con la mía. Entonces… ¿qué va a ser? ¿Seré víctima de un atropello y fuga? ¿Un tiroteo al azar? ¿Un ataque cardíaco repentino?

Tengo que darle crédito al hombre… no parece tener miedo a la muerte. Solo parece nervioso por lo que deja atrás.

Solo he sido padre durante cinco minutos.

Odio con cada fibra de mi ser lo mucho que me hace comprenderlo.

—Tú eliges.

Él se encoge de hombros. —La muerte es la muerte. No me importa cómo llego allí. Siempre y cuando no lastime a mis hijas. O mi nieto.

—Tu muerte las *va* a lastimar. Eso es inevitable. Nadie puede hacer nada al respecto. Ni si quiera yo.

Archie solo se encoge de hombros. —En el momento en que me di cuenta de que Fiona se había ido, morí con ella. Lo único que me hace seguir adelante es ese niño que está ahí fuera —sus ojos se posan sobre la ventana donde Adam abandonó el columpio y ahora trepa al árbol—. Es curioso, de verdad… que tú, entre todas las personas, seas el padre de mi nieto.

—Por si sirve de algo… —respiro hondo. Esto es lo más cerca que estaré de confiar en él como si fuéramos familia—. Nada salió como yo quería. Ni por asomo.

Sus ojos se endurecen, pero, un segundo después, la puerta se abre y entra Taylor. Luce nerviosa. —¿Todo bien aquí?

Su voz brilla con esperanza. Quiere que esto termine amistosamente. No ve que esto solo puede terminar como empezó: con dolor.

TAYLOR

Le doy un beso en la cabeza a Adam antes de que Papá lo lleve a la cama. En el momento en que desaparecen en el dormitorio de Adam al final del pasillo, la atmósfera en la sala de estar cambia.

No es la primera vez que Ilarion y yo estamos solos desde que apareció. Pero es la primera vez que él está *aquí*, en mi sala, consumiendo un espacio que siempre consideré sagrado. Íntimo. Protegido.

Mío.

Es una habitación pequeña, y probablemente por eso Ilarion parece tan fuera de lugar en ella. Todavía está de pie junto a la estantería desordenada de la esquina, pero podría estar encima de mí en tres pasos si así lo desea. Quizás por eso estoy tan nerviosa.

O tal vez sea porque sus dedos recorren el borde de una fotografía enmarcada de un bebé Adam. Tenía aproximadamente nueve meses cuando se tomó la fotografía. Sus ojos son de un gris azulado antes del amanecer y sus mejillas son de color rojo querubín. Sé lo que Ilarion está pensando, porque es lo mismo que pensé yo cuando tomé esa foto.

Se ven idénticos.

Puse esa foto en todos los lugares a los que vamos. No importa cuántas veces corrimos o nos mudamos de casa en medio de la noche, esa fotografía se cuelga primero en la pared. Todavía no he decidido si es porque simplemente me gusta o porque la uso para torturarme con pensamientos de lo que podría haber sido.

—Bonita casa —dice.

Pongo los ojos en blanco. —No seas condescendiente.

—Estaba tratando de darte un cumplido.

—Intenta otra vez.

—Has hecho un gran trabajo con el niño —dice—. Es educado, dulce, curioso. Dice “por favor” y “gracias” sin pensarlo y le encanta leer.

La sonrisa dura unos tres segundos en mi cara antes de secarse. Estoy atrapada entre la conversación que tenemos que tener y la que quiero tener. Ninguna de las dos me dejará sintiéndome más que insatisfecha.

—Pero tienes vecinos entrometidos —dice en un tono abrupto.

—¿Disculpa?

—Media docena de personas pasaron por delante de la casa y todas intentaron vislumbrar lo que estaba pasando aquí. No fueron sutiles al respecto.

—Así es la vida en un pueblo pequeño.

—No sé cómo carajo vives así.

Lanzo una mirada rápida hacia la habitación de Adam y, por un momento fugaz, Ilarion parece avergonzado. Ser padre puede hacer eso en lo que respecta al lenguaje. Empiezas a cuestionarte a ti mismo. Empiezas a verte a ti mismo a través de sus ojos. Cambia las cosas.

—Porque tenía que hacerlo —susurro.

—No tenías que hacer nada —espeta. Sus ojos se vuelven como pedernales rápidamente—. Podrías haberte quedado donde pertenecías y haber hecho de tu vida algo más que… *esto*.

—¿Disculpa? —respiro profundamente.

—Mírate —señala hacia el lado de la habitación donde mi uniforme de camarera está colgado junto a mi abrigo andrajoso—. Una camarera en este pueblo rústico. Podrías haber sido cualquier cosa.

Me sonrojo, pero es indignación y vergüenza en partes iguales. —No tienes derecho a entrar en mi vida y criticarme. ¡Hice lo mejor que pude!

—Si te hubieras quedado, podrías haber terminado la universidad. Convertirte en alguien importante. Hacer algo importante.

Mi cara se tuerce en una mueca. —Es una suerte que terminaras con Cee, entonces. Yo no habría sido más que una vergüenza para ti.

Él camina hacia mí lentamente. —Esto no tiene nada que ver con Celine.

—¿Cuándo entenderás? ¡Todo tiene que ver con Celine!

Sacude la cabeza, pero la flexión de sus manos a los lados dice que quiere sacudirme. —Ustedes dos son más parecidas de lo que piensan —murmura—. Las dos señalan a la otra y dicen: ¡Ella *es la buena!* ¡Yo *soy el fraude!*

Arrugo la frente. —Ella no piensa eso.

—Por supuesto que sí —él gime de frustración—. Siempre lo ha hecho.

Aprieto los dientes. —Si tan solo pudiera verme ahora, ¿eh?

Esos ojos azules se estrechan y siento que mi estómago se contrae en respuesta. —Me lo llevaré de regreso conmigo, Taylor —dice en voz baja—. La única pregunta es: ¿vendrás tú también?

Me río justo en su cara engreída. —¿De verdad crees que te dejaría llevarte a mi hijo y dejarme en el puto polvo? —exijo—. Realmente no me estás dando otra opción.

—Solo estoy hablando tu idioma.

Me congelo. Quiero responder, pero su punto aterriza. Nunca le di opción. Ni siquiera le pedí que viniera conmigo… no es que lo hubiera hecho, claro. Pero, después de verlo con Adam, tengo la sensación de que al menos debería haberlo intentado.

—No quiero pelear —murmuro. Mi mirada cae al suelo.

—Yo tampoco —dice—. Pero lo haré si es necesario.

Suspiro. —No tendrás que hacerlo. No empezaré una batalla que no puedo ganar.

Él levanta una ceja. —Entonces… ¿volverás conmigo?

—Sí. Pero… tengo una condición.

Él asiente. —Oigámosla.

—Cee no puede saber que eres el padre de Adam.

Ilarion hace una doble mirada de incredulidad. —Eso es ridículo.

—Que no lo es. Tú vuelves, le dices que lograste encontrarnos y te quedaste tan sorprendido como sin duda lo estará ella cuando le digas que tengo un hijo. No sabes quién es el padre, solo que el bebé fue concebido algún tiempo después de que yo me fuera. Así puedo preservar mi relación con mi hermana, y tú también. Es una situación en la que todos ganan.

Ilarion se ríe brutalmente. —¿Lo has *visto*? ¿Qué tan ciega crees que está?

—¿Importa? —respondo—. La gente ve lo que quiere ver. Y eventualmente, con el tiempo, él te considerará una figura paterna. ¿Qué importa si te llama “Tío” en lugar de “Papá”? Si lo amas y él te ama, eso debería ser todo lo que importa. Y lo más importante es que Cee no sospechará.

—Ella podría hacerlo cuando lo nombre mi heredero.

Mis ojos se agrandan. —No lo harías.

—¿Por qué diablos no lo haría? Es mi primogénito y mi hijo. Es su derecho de nacimiento.

Hago todo lo que puedo para no farfullar incoherencias. —¿Qué pasa si él no lo quiere?

—Tendrá que ser él quien decida eso.

—Ilarion…

—*Sí* lo reclamaré como mi hijo —gruñe, interrumpiéndome—. No fingiré lo contrario. Joder, Taylor, pasé los últimos cinco malditos años fingiendo. Todavía estoy fingiendo.

El crujido y el temblor en su voz me pillan por sorpresa. Hay emoción ahí. Emoción real. Del tipo que no creía que él realmente fuera capaz de sentir. ¿Es posible que haya más cosas debajo de la superficie de lo que pensaba? Ninguna persona feliz tiene que fingir *tanto*.

—No quieres lastimar a Cee, ¿verdad? —pregunto suavemente.

Su mandíbula vibra por la tensión. —No quiero seguir mintiéndole.

—Algunas mentiras son para proteger.

—¿Como las que te dices a ti misma? —responde Ilarion, acercándose a mí.

Esa es la cuestión con él: no me deja espacio para salir de una situación difícil. Fingir que no hay grietas en los cimientos. A veces, la negación también es un acto de autoconservación.

Él no lo tolerará.

—Tú y Celine están casados, Ilarion. Y en nuestra familia el matrimonio es para toda la vida.

Él pone los ojos en blanco. —Por el amor de Dios…

—¡Ten un poco de respeto por nosotras, por una vez! —mantengo mi voz baja. Sale en un chillido susurrado—. De hecho, valoramos cosas, cosas que obviamente no entiendes.

—Ay, créeme, lo entiendo —me mira furioso—. Lo único que no entiendo es tu incapacidad para ver más allá de tu propia estupidez.

Rechino los dientes y luego señalo la puerta. —Vete.

—Oblígame —él sabe que no puedo. Cuando me ve dudar, vuelve a poner los ojos en blanco—. Ella estará enojada por un tiempo, pero lo superará.

—Y luego, ¿qué? ¿Vivimos todos juntos como una gran familia miserable y disfuncional?

Sus ojos se nublan por un momento. Luego se aclaran. Tengo la sensación de que no me está contando algo. En realidad, probablemente no me esté contando muchas cosas.

—El truco consiste en no pensar demasiado en el futuro. Piensa en el ahora.

—Si tan solo mi cerebro funcionara de esa manera.

Está parado justo frente a mí ahora, irradiando el mismo almizcle embriagador que cuando nos conocimos. Me siento igual que entonces… confundida, abrumada, más dormida que despierta.

—¿Alguna vez pensaste en quedarte? —pregunta en voz baja.

No puedo mirarlo a los ojos. —Por supuesto.

—¿Pero…?

—Pero tenía miedo —sale en un susurro tembloroso. Joder, desearía poder durar más antes de que me arrancara las lágrimas—. Estaba jodidamente aterrorizada.

—¿De tu hermana?

—Y de ti —murmuro.

Sus ojos son brillantes y penetrantes. —Nunca te haría daño, Taylor. Y tú lo sabes.

¿Lo sé? Sé que él nunca me levantaría la mano, pero ¿qué pasa con mi corazón? Ya lo hizo pedazos y lo convirtió en polvo. ¿Qué le impide volver a hacerlo?

—¿Por qué ir allí? —pregunto desesperadamente—. Está hecho, Ilarion. Se acabó. Cometimos

un gran error y nunca volverá a suceder. Así que, ¿por qué sacar el tema?

Me agarra del brazo y me atrae hacia él de modo que nuestras narices casi se tocan. —Porque esto no ha terminado —gruñe—. Esto está lejos de terminar.

El calor se extiende por mi brazo como un reguero de pólvora. Nunca experimenté nada remotamente similar desde que me fui. El deseo que surge dentro mío es tan definitivo y tan visceral que no hay manera de negarlo. No podría mentir para fingir que no está ahí.

Incluso si esa mentira me salvara.

—Con mayor razón deberías dejarnos aquí —digo con voz áspera—. Olvida que alguna vez nos encontraste. Deja que termine.

—Tú me conoces lo suficientemente bien como para saber que eso nunca sucederá. —sus ojos parpadean entre los míos—. Y yo te conozco lo suficientemente bien como para saber que realmente no quieres eso.

—Ilarion…

—Me has estado esperando, Taylor. Puede que no lo admitas ante ti misma, pero vi tu cara en el restaurante. Has estado esperando que te encontrara durante cinco años interminables.

—E-eso no es cierto…

Sacude la cabeza y su aliento me hace cosquillas en la nariz. —Te conozco, Taylor Theron. Mejor que cada persona en esta ciudad. Mejor que tu propio padre. Él te mira y ve a una niña que fue manipulada para desearme. Pero yo veo la verdad. Veo a la mujer que tomó sus propias decisiones hace mucho tiempo.

—No.

—*Sí* —su agarre se aprieta—. La noche en que me conociste fue la primera vez que tomaste una decisión exclusivamente para ti. Tú me *elegiste*.

Un sollozo se escapa de mis labios. —Y esa elección ha destruido todo lo que alguna vez significó algo para mí.

—¡Porque te negaste a aceptarlo! —grita—. Y ahora te burlas de mi vida y de la tuya. Sigues diciendo que no quieres lastimar a nadie, pero eso es todo lo que haces. Estás lastimando a todos los que te rodean al meter tu cabeza en un hoyo, y aun así. No. Te. Importa. Una. Mierda.

Me estremezco ante su mirada oscura. Por fin me suelta, pero no retrocedo como esperaba. Me quedo allí, inmovilizada en el lugar, y me ahogo en toda la fuerza de su furia. Quizás lo merezco; tal vez no. Es difícil para mí pensar cuando sus palabras siguen dando vueltas en mi cabeza como un maremoto.

Trago fuerte y trato de ordenarme. —Escuchaste mi condición —me mantengo firme, porque es todo lo que tengo—. Y no la cambiaré.

Su rostro atraviesa media docena de emociones. La mayoría de ellas no tienen nombre. Las veo en los patrones de tensión en sus labios, las tormentas en sus ojos, la forma en que traga, respira y consume cada poco de oxígeno que queda en la habitación.

Luego, por fin, suspira. —Por el momento, lo aceptaré —puede ´ser una victoria de corta duración, pero la acepto de todos modos—. Saldremos mañana por la mañana.

—No.

—¿No?

—Tengo que despedirme de esta ciudad antes de partir. Necesito más tiempo.

No parece feliz. —No tienes amigos aquí, Taylor.

—Tengo a Mabel —espeto—. Y a Callan.

Entrecierra los ojos, pero no dice nada. —Vale —resopla, dirigiéndose hacia la puerta—. Tienes dos noches más. Luego, nos vamos.

Dejo escapar un suspiro de alivio, pero ni siquiera ha llegado a la mitad de mis labios cuando se detiene y se da vuelta.

—Por cierto —dice, asomándose enormemente en el umbral—. Si tu adiós a Callan implica algún contacto físico, le arrancaré la lengua por la garganta. Esa es *mi* condición.

Escuchar la amenaza de celos no debería ser tan satisfactorio. Y aun así…

Que.

Me.

Jodan.

TAYLOR

Mabel está tumbada en mi cama, comiendo un trozo de pizza casera de la caja abierta que ignoro mientras empaco.

Se supone que debería ayudarme a preparar todo para irme. Pero parece más contenta con solo "supervisar". Lo cual, en el mundo de Mabel, significa hablar tonterías.

—Ojalá me hubieras contado todo esto antes —comenta, sorbiendo una hebra de queso—. Quiero decir, realmente eres mucho más interesante de lo que pensaba.

—Vaya, gracias —enrollo un suéter viejo que decido que es demasiado nostálgico para donarlo.

—Solo digo que podría haberte dado percepción. Consejo. Ánimo.

—Me habrías dicho que volviera a casa, le dijera la verdad a mi hermana y enfrentara mis miedos de frente.

Mabel lo considera por un momento. —Hm. Ese parece el tipo de consejo que yo daría.

En otro mundo, para cualquiera que no sea yo, yo también lo haría.

—Eso es porque eres extremadamente honesta. Y nunca se te *ocurriría* ocultar algo, por muy doloroso que fuera —suspiro—. Desafortunadamente, no soy tan valiente.

Mabel se lame los dedos y mueve la caja de pizza a mi mesita de noche. Luego se quita el polvo de la parte delantera de su blusa de seda y me mira fijamente.

—Te das cuenta de que no siempre fui así, ¿verdad? Me llevó algunas décadas perfeccionar el arte de la honestidad. Por eso perdí amistades, familiares e incluso un par de maridos. Pero al final puedo vivir mi vida más auténtica, en mis propios términos. Eso no tiene precio, cariño.

—No tienes hermanos con los que seas cercana —señalo, volviendo a mi guardarropa—. No lo entiendes.

—Estás complicando demasiado todo, como siempre —insiste Mabel—. Solo hay una pregunta que debes hacerte.

—¿Y cuál es? —finalmente abandono por completo mi equipaje y me siento con las piernas cruzadas en el suelo frente a ella. Me está distrayendo, así que mejor tomo un descanso.

—¿Lo amas?

—Mabel.

—Soy franca, cariño. Tú lo sabes. ¿Lo amas?

—Él es mi cuñado —que empiecen las náuseas.

—No responde a mi pregunta.

—Tengo… sentimientos complicados por él.

—Desde mi punto de vista, suena mucho a amor —me sonríe—. ¡No es que pueda culparte! El hombre es el pecado personificado. Me recuerda a una versión más atractiva de mi tercer marido. El hombre era muy aburrido, pero podía follar como un semental.

Pongo los ojos en blanco. —Me sorprende que no haya funcionado.

Ella ríe. —El punto es, cariño, que solo tienes que hacer lo que te parezca correcto en el momento. Y yo quería ser la Sra. Alexander Hershwig más que cualquier otra cosa en ese momento de mi vida.

—Entonces, ¿no te arrepientes del matrimonio?

—Ni siquiera cuando lo encontré con la vecina de al lado.

Yo suspiro. —Realmente has vivido.

—Claro que sí. Deberías probarlo alguna vez.

Sonrío e ignoro el golpe tan familiar. —Te voy a extrañar, Mabel.

—No digas eso como si nunca nos volviéramos a ver. Tienes un teléfono, ¿no?

Arrugo la frente. —Nunca contestas tu teléfono.

—Solo porque tengo miedo de que sea un ex. Te escribiré un mensaje.

Me río. —Más te vale.

Mabel se endereza y toma mis manos entre las suyas. —Escucha, Taylor: me sentí maternal exactamente dos veces en mi vida. El día de mi duodécimo cumpleaños, cuando me regalaron una tortuga bebé. Y el día que entraste en mi restaurante y me pediste trabajo. Según recuerdo, me dijiste que serías la mejor camarera que podría desear.

—¿Estuve a la altura de las expectativas?

—Ni siquiera un poco. Eres una camarera de mierda. Pero —añade con una sonrisa—, eres un alma amable.

Estoy dividida entre las ganas de reír y las ganas de llorar. Al final no hago ninguna de las dos cosas. Solo sonrío y aprieto sus dedos. —Creo que se supone que debo dar las gracias aquí. Para ser honesta, no estoy totalmente segura.

Sus pulseras tintinean mientras me quita un mechón de cabello suelto de la cara con tiernos

dedos. —Lo que quiero decir es que no tengo el hábito de decirle a la gente qué hacer. Pero eso se debe a que, con la mayoría de las personas, normalmente no me preocupo lo suficiente como para que me importe cómo serán sus vidas. Pero tú… quiero que seas feliz. Y a veces eso significa ser un poco egoísta.

Cierro mis ojos. —Ilarion me dijo que no pensara demasiado en el futuro. Dice que debemos tomar un día a la vez.

—Inteligente *y* sexy. Si tan solo tuviera veinte años menos.

Yo sonrío. —Él está casado.

Inclina la cabeza y me mira. —¿Pero lo está? —la forma en que lo dice suena como si realmente lo dudara. Pero luego se encoge de hombros—. Bueno, nunca me detuvo antes.

Sacudo la cabeza y me pongo de pie. —Entiendes que se supone que debes ayudarme, ¿verdad?

—Lo acabo de hacer —se limpia las manos y me encoge los hombros de nuevo junto con un suspiro bastante maternal—. No es mi culpa, probablemente no seguirás mi consejo —se acerca al estante junto a mi cama y toma la bola de nieve que llevé conmigo como una cápsula de la memoria todos estos años. No es casualidad que sea una de las últimas cosas que quedan por empacar. Junto con la fotografía de Adam en la sala de estar, es el primer artículo que saco de mis bolsos y el último que meto—. Esto es hermoso. ¿De dónde lo sacaste?

—Ah, em… en esta tienda… en algún lugar…

Mabel se vuelve hacia mí intencionadamente. —¿Es de él?

Me maldigo internamente. —No. Quiero decir, más o menos. En realidad, nunca me lo dio.

—¿Lo robaste? ¡Mi niña! Te pareces más a mí de lo que estás dispuesta a admitir.

—Realmente no pensaba con claridad —admito—. Acabábamos de enterarnos de que Cee estaba despierta y que Papá había regresado. Y había pasado la mayor parte del día acostándome con el prometido de mi hermana. Supongo que sabía que nunca volveríamos a tener eso. Así que… lo tomé.

—¿Ves?

—¿Qué veo?

—Ninguna mujer se lleva un recuerdo como este a menos que sea amor.

—O tal vez simplemente soy una cleptómana no diagnosticada.

—También es posible —Mabel se ríe mientras examina la bola de nieve con atención. Luego me lo pasa—. Es seguro decir que esto no se destinará a obras de caridad. ¿A menos que quieras dejármelo a mí…?

Me está poniendo a prueba. Pero no puedo fingir que esa bola de nieve no significa mucho para mí. En cualquier caso, no me importa exponerme ante Mabel. Ella es la única persona en el mundo que sé que no me juzgará.

Le quito la bola de nieve con un agarre delicado y la coloco con cuidado entre los suéteres de mi

maleta. Luego, me hundo para sentarme en el suelo.

Podemos escuchar los sonidos de Adam y Papá ahogados a través de la pared negociando qué libros puede traer consigo.

—¿Sabe lo que está pasando? —pregunta Mabel.

Sacudo la cabeza y me encojo de hombros al mismo tiempo. —Es difícil de decir. Quiero decir, hablé con él sobre eso, pero es mucho pedirle que comprenda el concepto de que no volveremos aquí. Era más fácil cuando era un bebé.

—Voy a extrañar a ese pequeño —suspira.

Sus palabras me impactan más de lo que ambas esperábamos. Mi labio inferior empieza a temblar y, de repente, antes de darme cuenta, estoy llorando.

—Ay, cariño —Mabel me toma en brazos y me lleva a la cama—. Cariño, vamos.

Quiero decir "estoy abrumada", pero lo que en realidad digo es—: Extraño a mi mamá.

Mabel asiente y presiona mi cabeza contra su pecho mientras me abraza. Cierro los ojos y trato de pensar en Mamá. Es sorprendente lo difícil que es recordar algunos días. Hacia el final, olía a enfermedad y a desinfectante. Pero antes, mucho antes, era caramelo. Solía apoyar mi cabeza en su regazo y ella pasaba sus dedos por mi cabello. Ella me besaba la frente y me decía que todo iba a estar bien. Era imposible no creerle.

Cuando por fin me retiro, mi visión está borrosa y mis mejillas húmedas. —Lo siento. Pasó mucho tiempo desde que lloré por ella.

—Nunca te disculpes por tus lágrimas —Mabel me aprieta la mano—. Recuerdo cuando perdí a mi madre. Era una vieja serpiente, pero aun así. Se siente un poco como si perdieras tus ruedas de apoyo y, de repente, se espera que conduzcas solo sin ayuda. Y el manillar se está cayendo. Y además toda la bicicleta está en llamas.

Resoplo una risa mocosa. —Eso es bastante acertado.

—Por supuesto que lo es. Jamás me he equivocado aún —Mabel sonríe—. ¿Sabes qué ayuda? —espera un momento y luego termina—: Hablar de ella.

—Lo intenté. Lo *intento*. Pero Papá se entristece mucho cada vez que la menciono, así que prácticamente dejé de intentarlo. Supongo que me costó demasiado intentar que él se abriera. Y si él no habla de ello… solo queda una persona que la amó como yo.

—Tu hermana —proporciona Mabel.

Asiento. —Ella estaba allí. Siempre ha estado ahí. Eso es lo que hace la familia. Por eso hago esto.

Suspira y se frota los ojos con la palma de la mano. —Es tu decisión, cariño —es todo lo que dice—. Tú eres quien la tiene que tomar.

TAYLOR

Levanto a Adam sobre mi cadera y giro por la habitación con él. Se me acercó a mitad de vestirme, así que me las arreglo solo con mis pantalones cortos y mi sujetador.

—Ay —me quejo—. Adam, cariño, me estoy mareando.

—¡Una vez más, Mamá! —chilla.

—Vale, vale, pequeño monstruo —bromeo sin aliento, ajustando mi agarre sobre él y dando vueltas en el lugar—. Tres, dos, uno… ¡despega!

Giro cada vez más rápido hasta que volvemos a caer en la cama. Adam se ríe histéricamente, sus manitas se aferran a mi cuello. Recupero el aliento y miro al techo mientras él se desliza debajo de mi brazo.

—¿Seguirás girándome cuando sea mayor? —pregunta.

Me río. —Ay, no. Ya serás mucho más alto. Quizás *tú* tengas que girarme *a mí*.

—¿Llegaré a ser tan alto como el tío Illy? —pregunta Adam.

Es alarmante con qué facilidad y frecuencia sale de sus labios el nombre de Ilarion. Pasaron dos días desde que Ilarion se estrelló en la vida de Adam, pero uno pensaría que se conocen desde hace años.

—No lo sé, cariño —murmuro—. Tal vez.

—Eso espero. Entonces, podré tocar el cielo.

Le meto un dedo en el costado hasta que se ríe. —Acabamos de llevar un cohete al espacio. Estamos mucho más allá del cielo.

Con una mueca, me pongo de pie. —¿A dónde vas, Mamá? —protesta Adam.

—A ver a un amigo.

—¡Pero no tienes amigos! —me lanza una sonrisa de mierda, pero, cuando me lanzo hacia él, se ríe y sale corriendo de la habitación, dejando un rastro de gritos alegres a su paso.

Mi sonrisa se desvanece tan pronto como se va. Es normal en estos días. La sonrisa de Adam es tan brillante como siempre. Es el mundo que lo rodea el que parece cada vez más sombrío.

Me quito los pantalones cortos y los reemplazo por pantalones holgados de cintura alta y un top corto de mis días universitarios. Luego, me peino y agarro mi bolso mientras bajamos las escaleras.

Encuentro a Papá y a Adam en la sala de estar, clasificando las últimas cajas. Bueno, Papá lo hace; Adam se limita a saltar entre la silla y el sofá.

—No tardaré más de unas pocas horas, ¿vale? Chicos, pórtense bien.

Papá mira hacia arriba, su cabello ralo pegado con sudor al cuero cabelludo. —Me sorprende que quieras darle un adiós especial. No pensé que fuera importante para ti.

¿Era tan obvio?

No lo miro a los ojos. —Volveré pronto —le lanzo a Adam un beso volador y luego salgo de la casa.

Cuando salgo por la puerta, miro a mi alrededor para ver si alguien me sigue, pero no noto ningún coche sospechoso ni extraños detrás de mí. Por supuesto, eso no significa que Ilarion no haya asignado a alguien para que me siga, solo que no puedo verlos.

Alec fue técnicamente mi primera relación, pero, como duró tan poco, nunca lo cuento. Sin embargo, se siente desequilibrado, dado el impacto que toda esa terrible experiencia tuvo en mi psique. Para ser justos, eso tiene más que ver con Celine que con la relación. Si no lo cuento como novio, quizá pueda borrar el hecho de que jamás fue algo para nosotras. Y entonces puedo olvidar el dolor que soportó Cee.

Durante la mayor parte de mi breve incursión en la universidad, no tuve novios. Tuve aventuras, esporádicas y sin incidentes. Era más fácil así. Más seguro. Solo un pequeño arroyo… ni siquiera un arroyo, en realidad; más bien un goteo… de hombres olvidables.

Luego, por supuesto, estaba Ilarion, que era todo menos olvidable.

Y después de Ilarion vino Callan. Que es… bueno, olvidable podría ser su mejor cualidad. Ahora que lo pienso, podría ser por eso que lo elegí en primer lugar.

Cuando entro al café, está sentado en una mesa junto a la ventana, con una camisa abotonada y una mueca nerviosa. Se levanta cuando me ve, con una sonrisa forzada que no llega a sus ojos. —Hola.

Nos abrazamos, pero es incómodo. Sé de inmediato que no habrá ningún cotilleo.

—Estás aquí para romper conmigo, ¿no? —suelta.

Bingo.

Ha pedido algo que parece té helado, pero huele fuerte. Ya se tomó dos tercios del vaso. Podría explicar el sutil arrastre de sus palabras.

—No —dice antes de que pueda responder—. En realidad no puedes romper conmigo, ¿verdad? Nunca estuvimos juntos.

Suspiro y me dejo caer en la silla abierta. —Lo siento, Callan.

—Es por su culpa, ¿no?

—Lo es —reconozco—. Pero no de la forma que piensas.

Él frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Él es el padre de Adam.

Casi se ahoga con su propia lengua. —Me estás jodiendo.

—No.

—Taylor —eso es todo. Solo dice mi nombre como si eso cubriera todas sus bases. Me mira fijo por un momento y luego suelta una burbuja de risa oscura—. Mierda. Vas en serio.

—¿Por qué mentiría?

—Nunca hablaste de él.

—Hice lo mejor que pude para evitarlo —miro por la ventana, consciente de lo duro que sonó eso. Algunos autos polvorientos están estacionados afuera de la cafetería en el extremo opuesto de la calle, pero no puedo ver a Ilarion en ninguno de ellos—. He pasado mucho tiempo enterrando el pasado.

Callan se desploma en su asiento con tanta fuerza que la madera chirría en señal de protesta. —Así que has vuelto a estar con él. Justo así —su voz es muerta y plana.

Esta vez soy yo quien casi se ahoga con la lengua. —¿Disculpa?

Él simplemente levanta las cejas. —Ay, vamos, Taylor. No esperas que crea que tu relación con él es platónica, ¿verdad? Porque cualquier idiota puede darse cuenta de eso. Espero que no pienses que yo soy *tan* estúpido.

Se me pone la piel de gallina en los antebrazos. Primero, Mabel; ahora, Callan. Todo el mundo parece querer exactamente aquello de lo que estoy tratando de huir.

—Es… complicado.

—Odio cuando la gente dice eso —se queja—. Solo significa que no quieren contarte la historia.

—En este caso, es verdad.

Agita su mano en un gesto silencioso. —Por cierto, parece un gilipollas.

Me río miserablemente. —Ah, lo es.

—¿Y tú lo amas porque…?

Agarro el salero y el pimentero del medio de la mesa y empiezo a jugar con ellos. Son figuras de cerámica, diseñadas para parecerse a dos personas abrazándose. Empiezo a separarlos y luego los vuelvo a juntar para poder hacer algo con mis manos. En mi cabeza, canto una canción con una vocecita infantil: *Me ama… No me ama… Lo amas… No lo amas…* mientras las figuras se golpean, acercándose y alejándose una y otra vez.

—Déjame adivinar —dice Callan cuando no respondo su pregunta de inmediato—. ¿“Es

complicado”?

Lo miro. El dolor en sus ojos es obvio. No puedo decir que lo culpo. Dedicó tiempo y esfuerzo. Fue más paciente conmigo que cualquier otro hombre.

Le debo algo más que esto.

—Lo conocí en un momento de mi vida en el que intentaba encontrarme a mí misma —explico entrecortadamente—. Por pura casualidad. Quería encontrar un poco de independencia, un poco de valentía. Sentí que estaba gritando y nadie podía oírme. Pero… él sí lo hizo.

—Él sí lo hizo.

Asiento. —Luego, unos meses después, descubrí que estaba comprometido con mi hermana.

Sus ojos se agrandan. —Joder.

—Sí —asiento sombríamente—. Mis palabras exactamente.

—¿Y tu hermana…?

—No tenía idea… no *tiene* idea… que él y yo, ya sabes… Lo que pasó entre nosotros pasó antes de que ella e Ilarion se juntaran. Y él ni siquiera sabía que ella era mi hermana, o viceversa. Entonces, pensé que decírselo sería cruel.

—Excepto que todavía lo amas y, claramente, él siente lo mismo —Callan se recuesta en su asiento y deja escapar un suspiro de sorpresa—. Honestamente, Taylor, me parece que, dadas esas circunstancias, *no* decírselo es más cruel.

La culpa me desgarra el nudo en el estómago. *¿Qué pasa hoy con la gente y la honestidad?* Mejor pregunta: *¿Qué pasa conmigo y mentir?*

—¿Nunca has guardado un secreto para proteger a alguien? —protesto.

—Nunca uno tan grande —sacude lentamente la cabeza—. En mi experiencia, nunca vale la pena guardar esos secretos, pase lo que pase —debe ver la angustia en mi rostro, porque se inclina hacia adelante con simpatía—. Lo siento. Sé que no me corresponde intentar decirte cómo vivir tu vida. Solo… me importas, Taylor.

Mi estómago se retuerce de culpa. —Lo sé. Y lo siento mucho por… joder, todo.

Se encoge de hombros y se recuesta en su asiento. —La verdad es que supe desde el principio que tu corazón no estaba realmente en esto. Quiero decir, te tomó meses aceptar una cita conmigo. Me esquivaste la primera vez que intenté besarte. La segunda vez, actuaste como si te obligaran a recibir una bala.

—¡Eso no es cierto!

Me sonríe con paciencia. —Vamos. Llevamos más de seis meses saliendo y ni siquiera nos hemos acostado. No es que sea necesario, pero… no estuvimos ni remotamente cerca.

Cierro los ojos. —Entonces, ¿por qué te quedaste tanto tiempo?

—Porque esperaba atravesar tus muros. Esperaba que eventualmente te enamoraras de mí —su

sonrisa se suaviza—. Vales la pena la espera.

¿Acaba de decir enamorar? Joder. —Lo siento, Callan. No te traté muy bien.

Se ríe. —Soy un niño grande. Sobreviviré —y luego inclina la cabeza hacia un lado—. Además, lo entiendo. Lo que lo trajo de vuelta a ti. No es fácil perderte y, para empezar, apenas te tuve. Solo puedo imaginar por lo que pasó ese tío todos estos años.

Lo alcanzo y tomo su mano. Callan es un buen tío. Es guapo, reflexivo y dulce. Pero tiene razón: nunca tuvo ninguna posibilidad. Me hace preguntarme si mi decisión de regresar es la correcta. Ya era bastante difícil pasar el día cuando no veía a Ilarion todo el tiempo. ¿Pero ahora…?

Ahora no solo tendré que verlo mucho, sino que tendré que fingir que verlo no es mi infierno personal.

—No tienes que quedarte —ofrece Callan—. Voy a comer algo y me iré a casa.

—Claro. Sí. Vale. Tengo mucho que empacar.

—¿Empacar?

—Nos mudamos —le explico—. Mañana.

Él retira su mano de la mía. —¿Qué? ¿Hablas en serio?

Asiento. —Es hora de regresar. Enfrentar a mi hermana.

—¿Él te convenció de hacer eso?

—Para ser honesta, fue un esfuerzo de equipo. Él, Mabel, tú y todos los demás me empujan hacia la puerta.

Hacia allí está la felicidad, parecen gritar, señalando insistentemente con los dedos en dirección a la casa Zakharov. *Hacia allí está tu futuro.*

Yo personalmente lo dudo.

Me acompaña fuera del café y luego se vuelve hacia mí en la calle. —Una última petición. ¿Puedo darte un abrazo de despedida?

Es una petición tan simple y aun así quiero decir que no. Quizá esa sea la razón por la que mi rostro se pone triste y Callan asiente resignado. —Realmente te enamoraste, ¿eh?

—Callan…

—No tienes que decir nada —me asegura con una sonrisa—. No importa. Está bien.

—No, yo solo… Tú eres… Sí. Puedo darte un abrazo de despedida.

Abre los brazos y yo entro. Pero, antes de que pueda hacer contacto, una voz áspera cae entre nosotros, como una guillotina.

—Aléjate de ella. Ahora.

Callan deja caer las manos de inmediato y se vuelve hacia Ilarion. El hombre se eleva sobre

nosotros dos en la calle. Sus ojos entrecerrados perforan agujeros en el cráneo de Callan.

¿De dónde vino?

ILARION

Estoy viendo a Callan esperar la llegada de Taylor al café cuando mi teléfono vibra. Una llamada de tres vías de mi hermana y mi segundo al mando.

Dima no se molesta en saludar. —Zane está muerto —me informa.

Me congelo. —¿El detective?

—Ese pequeño cabrón espeluznante que contrataste para encontrar a Archie, sí —confirma Mila —. Lo encontramos abandonado a unos pocos kilómetros de nuestro refugio en el norte, con una bala en la nuca. Estamos bastante seguros de que los Bellasio conocen esa ubicación.

—Joder —gruño—. Eso significa que Zane lo tenía. Encontró al cabrón.

—Tenemos razones para creer que podría haber encontrado a Gregor, no a Benedict, pero igual. Es lo mismo. Encuentras a uno, encuentras al otro.

Eso profundiza mi ceño. —Explícate.

Mila se aclara la garganta y se lanza. —Un explorador de Zakharov en el territorio informó haber visto a Gregor anoche en un club de striptease local. Dima y yo hablamos con las chicas que trabajaban en él y dos de ellas confirmaron haberlo visto. Se alinea con el momento en que encontramos el cuerpo de Zane. Parece que apareció alrededor de medianoche, pagó a dos bailarinas por la noche en una habitación privada y luego se fue alrededor de las cuatro de la mañana. Debe haberse topado con Zane algún tiempo después de eso.

—Joder —gruño, caminando en círculos alrededor del pequeño espacio donde estoy esperando mientras lanzo miradas hacia el café. Callan no se movió—. ¡Joder! Eso significa que estábamos cerca. Y ahora volvemos al punto de partida.

—Estos cabrones de Bellasio no pueden seguir siendo fantasmas para siempre.

—¡Hemos estado diciendo eso durante años, Dima! —aparto el teléfono de mi cara y veo que llega otra llamada. La rechazo de inmediato.

—Bueno, ahora encontraste al viejo —señala Mila—. ¿Dio alguna información?

—Todavía no, pero en realidad no abordé el tema. No puedo darme el lujo de asustarlo. Una vez que esté en mi territorio, en mi propiedad, será más fácil sacarle información.

—También estarás bajo la atenta mirada de sus dos hijas —observa Mila secamente—. Seguramente eso facilitará las cosas.

—Puedo manejar a las mujeres Theron.

—Claro. Las famosas últimas palabras —Mila se ríe—. Por cierto, ¿has llamado a Celine? Me dijo que está intentando comunicarse contigo desde ayer.

Hablando de Roma. Hago una mueca cuando entra otra llamada. La rechazo por segunda vez. —Me está llamando ahora. Hablaré con ella más tarde.

—No estoy segura de que ese sea el plan más inteligente, pero haz lo que tengas que hacer, hermano.

Rechino los dientes. —Tenemos que resolver la amenaza de Bellasio pronto —gruño—. Especialmente, con Taylor y Adam regresando a casa.

—Mierda. Me olvidé del pequeño enano. No puedo creer que esto esté sucediendo de verdad —respira Dima—. ¿Cómo es él?

—Ya lo verás. Es un gran niño.

—A pesar de que la mitad de sus genes provienen de un idiota —murmura Mila—. ¿Cómo está la mamá de tu hijo?

Hay cierta concisión en su sarcasmo cuando menciona a Taylor. Nunca esperé que Mila tomara la partida de Taylor tan personalmente, pero aparentemente subestimé la conexión entre ambas. Mila siempre ha sido rencorosa.

—Ella… está bien —cuando levanto la vista de nuevo, veo que ella ha llegado y está sentada frente a Callan. Se inclina hacia ella desesperadamente. Incluso desde aquí, puedo ver la seriedad de cachorrito en sus ojos.

Cada vez que parece que va a extender la mano, tengo que tragar bilis enojada para evitar caminar hacia el café y romper cada dedo con el que se atreve a tocarla.

—¿Cuándo vendrás a casa? —pregunta Mila.

—Mañana.

—Bien, porque realmente necesitamos solucionar…

—Entiendo, Mila —espeto—. Te veré mañana. Y cuando regresemos, tómatelo con calma con Taylor, ¿vale?

Se hace un silencio al otro lado de la línea por un momento. —No creo que sea justo que me pidas eso.

—No te estaba pidiendo nada; te estaba ordenando. Te veré mañana —frunciendo el ceño, cuelgo y compruebo que he perdido un total de cuatro llamadas de Celine.

Vuelvo a mirar hacia el café, pero Callan y Taylor siguen hablando. Así que hago el esfuerzo y le devuelvo la llamada.

—¿Dónde estás? —pregunta Celine en el momento en que se conecta la línea—. Le pregunté a Mila y Dima, pero ninguno de los dos me dijo nada. Solo que estabas siguiendo una pista.

—Estaba. Quiero decir, lo estoy.

—Por el amor de Dios, Ilarion, estaba preocupada.

Mis ojos están fijos en Taylor. Hoy lleva el cabello suelto, exactamente como a mí me gusta. Pero, si tuviera el cabello recogido, también encontraría algo que me gustara.

Concéntrate, gilipollas.

—He estado… atrapado aquí.

—¿Dónde es "aquí" exactamente? Odio no estar nunca informada.

—Hemos discutido esto, Celine. Dijiste que lo preferías así.

—Pensé que sí —admite—. A veces aún es así. Ay… no sé lo que quiero —ella guarda silencio por un momento—. Se acerca una gala en la que necesito que estés.

—Vale, allí estaré. ¿Algo más?

Suspira. —Odio esto. Cada vez que te llamo, siento que estás distraído o que intentas colgar el teléfono lo más rápido que puedas. No creas que no me doy cuenta. No soy estúpida, Ilarion.

—Han sido un par de semanas difíciles con el trabajo.

—No puede ser *tan* difícil. Benedict ha estado callado, ¿no?

—No significa que no esté ahí afuera, planeando su venganza —hace una pausa y puedo sentir la inquietud que se filtra a través del teléfono. Me maldigo internamente—. Fue estúpido por mi parte decir eso.

—Está bien.

—No, no lo está. Estás a salvo, Celine. Lo sabes, ¿no? No dejaré que te pase nada.

—Ya han pasado demasiadas cosas.

Por millonésima vez, me reprendo por las decisiones que tomé. Las cosas habrían sido mucho más fáciles si no hubiera dejado que mi polla tomara las decisiones. Esto podría haber seguido siendo simplemente un negocio, como debió haber sido.

En cambio, todo es un puto desastre.

—¿Podemos… podemos hablar cuando vuelvas a casa? —pregunta—. Siento que no hablamos en mucho tiempo.

Joder. Sé de qué quiere hablar y ese pensamiento me hace querer posponer el regreso a casa por tiempo indefinido. —Sí. Podemos hablar.

Me despido y cuelgo.

Cuando la línea está muerta, apoyo mi frente contra el tronco del árbol. —Joder —murmuro en

voz baja.

Me quedo allí, respirando suavemente por un momento, antes de que el timbre de la puerta del café llame mi atención. Cuando miro hacia arriba, veo a Taylor y Callan emergiendo.

Estoy feliz de que su encuentro no haya durado mucho, pero mi felicidad se corta en el momento en que lo veo acercarse para abrazarla.

Una gran parte de mí se da cuenta de lo irracional que estoy siendo. No tengo derecho a interrumpir su despedida. Tengo todavía menos derecho a decirle con quién puede y con quién no puede estar. Pero la parte racional de mi cerebro se siente como si estuviera en pausa en este momento. Lo único que funciona es mi lado primario.

El lado que dice que otro hombre tiene sus manos sobre lo que es mío.

Cruzo la calle con unas cuantas zancadas rápidas. Ninguno de los dos se da cuenta de que voy.

—Aléjate de ella. Ahora.

Deja caer sus manos de inmediato y ambos se vuelven hacia mí. Parece desconcertado. Ella pasa de la sorpresa a la sospecha. No puedo culparla.

—Es hora de decir adiós, Callan. Un gesto lejano bastará.

Por supuesto, sus garras salen enseguida. Se pone delante de Callan como si lo estuviera protegiendo y se enorgullece. —¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Le doy un suspiro condescendiente. —¿No deberías estar en casa haciendo las maletas?

—¿No tienes a alguien más a quien micro gestionar? —ella alza las manos en el aire con un resoplido y luego cruza los brazos sobre el pecho. Hago todo lo posible por ignorar cómo eso junta sus pechos por encima del escote de su blusa—. Púdrete, Ilarion.

Sacudo la cabeza. —No puedo hacer eso. Lo que sí *puedo* hacer es quedarme aquí y esperar hasta que termines con él —me inclino—. Aunque algo me dice que terminaste con él hace un tiempo.

—Tú…

—¡Está bien! —interrumpe Callan—. Está bien. No quiero causar problemas. Nos hemos despedido; está todo bien. Simplemente voy a ir a casa.

Parece querer detenerlo, calmar su ego magullado… pero también parece aliviada de que finalmente se vaya. —No quería que terminara así —murmura en voz baja.

Su expresión se agría. —Vamos, Tay. Él tiene razón. Las cosas entre nosotros terminaron antes de empezar. No me quedaré aquí solo para que puedas usarme para darle celos. Al menos déjame irme con mi orgullo intacto. Me debes eso.

Siento la necesidad de señalarle que ella no le debe ni un ápice de consideración, pero me muerdo la lengua. La morderé hasta que sangre si eso significa permitirle a Taylor comenzar a tomar mejores decisiones… como deshacerse de este Tío Bueno que claramente no respeta sus límites tanto como dice. No me ofrece una mirada mientras se da vuelta y se aleja, con los

hombros caídos al doblar la esquina.

Un hombre más sensible podría haber mantenido la boca cerrada. Pero no yo. —Ay. Pobre amiguito.

Ella se da vuelta. Sus ojos verdes brillan con furia renovada. —¡Vete a la mierda, tú… gilipollas pomposo!

Y lo único que puedo pensar es… *he echado de menos esto.*

TAYLOR

—Lo tenía controlado.

Ilarion pone los ojos en blanco. —Estaba a punto de pedirte unas bragas para oler y un mechón de tu cabello para usarlo alrededor de su cuello. Te salvé de convertirte en la mascota más nueva encerrada en su sótano.

—Estás celoso.

—Y de nada.

Mis palmas pican con el deseo de abofetearlo. —Cada vez que abres la boca, recuerdo por qué me fui. No tenías que intervenir. Después de la forma en que lo traté, podría manejar…

—¿Cómo lo trataste?

Arrugo la frente. —No es asunto tuyo.

Sonríe con esa sonrisa lobuna que nunca toca sus ojos. —Creo que ambos sabemos que eso nunca sucederá.

Giro sobre mis talones y empiezo a alejarme. —Me voy a casa.

—Mi auto está estacionado al final de la calle. Yo te llevaré.

—Prefiero caminar.

—Es una caminata de treinta minutos hasta tu casa.

—Son treinta minutos sin que estés sobre mí. Suena como un sueño.

Es molesto con qué facilidad me sigue el ritmo. Mi respiración ya se está volviendo entrecortada y él parece estar paseando casualmente.

—Alguien está muy a la defensiva con respecto al Sr. Tío Bueno…

—Su nombre es *Callan*. Tú lo sabes.

Él ignora mi corrección. —¿Podría ser porque le diste falsas esperanzas y solo estás descargando tu enojo conmigo?

Me detengo bruscamente. —Descargo mi enojo contigo porque te lo mereces. ¿Qué quieres de

mí, Ilarion? Esto ya es agotador.

—Lo que quiero es saber, ¿*por qué* le diste falsas esperanzas? Por mucho que odie decir esto, eres libre de tomar tus propias decisiones. Quiero saber por qué tomaste *esta*.

—No es como si hubiera planeado dárselas —tartamudeo—. Solo… sucedió. Estaba sola. Necesitaba compañía de un adulto fuera del trabajo y del hogar, y… no sé. Esperaba que mis sentimientos alcanzaran los suyos. Quería probar suerte en una relación. Alguien sin ataduras. Pero simplemente no me atreví a dar el siguiente paso. Lo único en lo que podía pensar era…

Me detengo en seco, a punto de decir algo que no podré retractarme. Son sus ojos los que me lo hacen. Cinco años desde que me abrieron por primera vez, y todavía tienen el mismo efecto de filo de bisturí cada vez que se digna usarlo.

—¿Era? —presiona.

Solo para estar segura, dejo de mirarlo directamente y empiezo a caminar de nuevo.

Puedo oír su risa detrás de mí. —Estoy impresionado por tu voluntad de seguir así, Taylor.

—No hay nada que seguir —digo bruscamente por encima del hombro—. Te dejé y construí algo aquí. Tú eres quien decidió arrastrarme de regreso a una vida que nunca quise en primer lugar.

—¿Nunca te cansas de tus propias patrañas?

—¡Deja de hablarme!

Grito tan fuerte que dos personas se vuelven hacia mí en estado de shock cuando pasan junto a mí en la calle. —Lo siento, Sra. Melman —digo, dándome cuenta tardíamente de que es mi vecina de al lado—. Joder —siseo—. Mira a qué me has reducido. Me estoy convirtiendo en la loca del barrio.

—Ay, querida, ¿qué pensarán los vecinos? —arrastra las palabras con exagerado sarcasmo. Se detiene junto a un elegante sedán negro y golpea el capó—. Este soy yo.

Me quedo arraigada en el lugar. —No voy a ir a casa contigo.

—Maldita sea, Taylor. No es gran cosa. Métete en el maldito auto. Dios sabe que no es la primera vez que te subes.

Trago el rubor que chispea en mí y le frunzo el ceño. —Oblígame.

Luego, le doy la espalda una vez más y reanudo mi marcha a casa.

Él sigue a mi lado a una o dos millas por hora, arrastrándome sin importarle un bledo el tráfico que se acumula a su paso.

—Estás bloqueando a la gente —lo regaño cuando baja la ventanilla del pasajero.

—Podrías resolverlo. Entra.

Le muestro el dedo medio y camino un poco más rápido. Ahora que tomé una postura, no puedo dar marcha atrás sin que parezca que me estoy rindiendo. Y, si me rindo ahora, pasaré el resto de mi vida rindiéndome ante Ilarion Zakharov una y otra vez.

No. A la mierda con eso.

A la mierda con él también.

Mantengo la barbilla en alto y sigo poniendo un pie delante del otro.

Una vez que salimos del centro de la ciudad, me relajo un poco. Otros autos son pocos y distantes entre sí, y no hay bocinazos que aumenten mis nervios ya de por sí desgastados.

Solo Ilarion en su estúpido auto.

—¿Realmente me seguirás así todo el camino de regreso?

—Solo quiero ver cuánto tiempo seguirás así.

—Apuesta.

—Maldita sea —gruñe de nuevo, y el vehículo se detiene no tan abruptamente. Escucho un portazo y lo siguiente que sé es que está ahí, en mi cara, en mi espacio, abriéndose camino debajo de mi piel.

—Olvidé lo exasperante que eras —su aliento es dulce como la menta en mis fosas nasales—. Debería haberte disciplinado mejor cuando estabas conmigo.

Mis ojos casi se salen de sus órbitas. —No soy un perro al que puedas entrenar para que se someta —gruño, apuñalando mi dedo en su pecho—. ¡Tú no eres mi amo!

Voy a esquivarlo, pero se desliza y choco con su pecho sólido como una roca. Es tan inflexible que me caería de la acera si no me agarrara por el codo. Me suelta tan pronto como me recupero, pero el ardor de sus dedos en mi piel desnuda persiste.

—Quizás eso deba cambiar. Porque incluso ahora, cuando es tan jodidamente obvio que he vivido en tu cabeza y en tu corazón durante los últimos cinco años, estás tratando de mentir y mentir y mentir hasta ponerte azul. Despiértate, Taylor.

Todo mi cuerpo está hormigueando. Ha pasado mucho tiempo desde que experimenté esta sensación. Esta curiosa sensación de falta de aliento, de ingravidez. De euforia aterradora. —O tal vez eso es simplemente lo que quieres creer.

Me coge por la cintura y me empuja hacia atrás, acompañándome. Mi trasero aterriza en el capó de su auto y me encuentro mirando esos ojos tormentosos, sintiendo como si yo… nosotros… estuviéramos al borde de un precipicio.

Temiendo la caída.

Pero también muriendo por ella.

Quizás incluso literalmente.

—Mírame, Taylor —ordena en una voz baja que resuena en todo mi cuerpo—. ¿Me parezco a ese idiota con el que pretendías salir? ¿Parezco el tipo de hombre que se dice mentiras y verdades a medias para pasar el día?

—No sé lo que te dices a ti mismo. Ya no te conozco.

—Sí, *tigrionok*, me conoces.

Me estremezco. Teniendo en cuenta que está presionado contra mí, sé que puede sentirlo. Un coche pasa a toda velocidad y puedo oír abucheos y silbidos cuando bajan las ventanillas traseras.

—¡Es todo tuyo, chica!

—¡Awoooooga!

Mis mejillas se sonrojan de calor. Con mi posición actual sobre el capó de su auto y su posición entre mis piernas… bueno, no parece exactamente inocente.

—Quítate de encima —sale tan débil como se siente.

—No hasta que me digas algo honesto.

—¿Qué te hace pensar que mereces mi honestidad?

Me mira furioso, sin duda cargando otro insulto mordaz en la recámara, cuando su teléfono comienza a vibrar en su bolsillo. Cuando lo saca, veo el nombre en la pantalla.

Celine.

Se me hiela la sangre. *Celine*. Es un recordatorio de cuánto me arriesgo al regresar. Cuánto estoy arriesgando cada vez que lo dejo entrar en mi órbita.

Cuánto estoy arriesgando *ahora mismo*.

En lugar de contestar, apaga su teléfono. Muere a mitad del zumbido. Pongo mis manos sobre su pecho… su pecho increíblemente duro e injustamente esculpido… y lo empujo. Todavía tengo la esperanza de encontrar lo último de mi dignidad en algún lugar entre aquí y casa.

Pero antes de irme…

—¿Por qué no respondiste? —pregunto.

Su mandíbula se mueve peligrosamente. —Estamos en medio de algo.

—No —respondo—, no estamos en medio de nada. Ella es tu esposa. Deberías atender sus llamadas.

—¿Me estás diciendo qué hacer?

—Mira quien habla. Decirme qué hacer es tu pasatiempo favorito.

—¡Solo para salvarte de ti misma!

—¡Me estaba yendo perfectamente bien antes de conocerte! Tú… tú me arruinaste. Arruinaste *todo*.

Una sombra cruza sus ojos y se aleja de mí. —No hice nada que no me pidieras que hiciera —dice con voz áspera, tan suavemente que casi me lo pierdo.

Solo puedo sacudir la cabeza con disgusto. —No espero que lo entiendas —digo—. Nunca haces

nada por nadie más. Destruyes la vida de las personas y lo llamas altruismo. Tú no eres Dios, Ilarion. No somos pequeños insectos en tu granja de hormigas.

Cuando se vuelve hacia mí, sus ojos hierven con una profunda ira que no logra ocultar el dolor subyacente. —No sabes nada sobre mí. Ni siquiera sabes cómo llegué a ser lo que soy. O cómo dejé felizmente morir a mi padre.

Doy un paso atrás, sorprendida por la fuerza de sus palabras. Mencionó a su padre varias veces, pero nada específico. Sé que él no tuvo la mejor infancia, sé que su padre no era exactamente cálido y cariñoso, pero siempre pensé que había cierto respeto allí. Un sentido de responsabilidad a regañadientes.

Tal vez estaba equivocada.

—¿Q-qué quieres decir? —pregunto.

Se burla amargamente. —Olvídalo.

Parece que se arrepiente de lo que dijo. De hecho, parece que quiere alejarse de mí lo más rápido posible. Camina hacia el auto y se desliza dentro.

—Te veré en casa —dice con voz dura—. Empacaré las cosas de Adam.

No me vuelve a pedir que entre. Simplemente acelera el motor y, segundos después, desaparece en la carretera. Me quedo allí por un minuto, mirándolo, preguntándome cómo logró ocultarme esos demonios durante tanto tiempo. Nunca sospeché que su relación con su padre escondiera algo tan oscuro.

Y aun así recuerdo la historia de Mila y lo poco que me contó sobre lo que le pasó.

Debería haber prestado más atención. No todo el mundo ofrece su dolor como si merecieras escucharlo. Estaba tan absorta en mis propias pesadillas que no hice las preguntas correctas.

Pero esta vez voy a prestar atención.

Por el bien de *todos*.

ILARION

No sé por qué mencioné a ese hijo de puta. Lo he enterrado tan profundamente hasta ahora. Debería permanecer enterrado.

Pero, de nuevo, las pesadillas han aparecido con un poco más de frecuencia últimamente. La última vez que esto sucedió, apenas habíamos enterrado su ataúd. Mila se había convertido en ermitaña. Ella permanecía encerrada en su habitación a todas horas con las persianas cerradas, y no era como si pudiera hablar con cualquiera sobre las cosas que me arañaban la mente todas las noches cuando cerraba los ojos.

Bueno, tal vez podría haber hablado con Dima, pero quería protegerlo de lo que había sucedido. De lo que habíamos hecho. Si le dijera la verdad, tendría que cargar con el peso consigo por el resto de su vida.

Nunca habría vuelto a mirar a Mila de la misma manera.

Solo parecía innecesariamente cruel.

Las pesadillas son siempre las mismas. Ni siquiera es realmente una pesadilla, solo un recuerdo que se reproduce en un bucle sin fin, y cada vez vuelve a empezar con detalles más grotescos. Ojos más grandes. Voces más salvajes. Emociones más intensas.

—Manejaste bien el trato —me dijo Papá después de mi primer intento en solitario de cerrar un importante negocio de armas—. Después hablé con don Hernández y quedó muy satisfecho —muy satisfecho. Recuerdo esas palabras solo por cómo las dijo, como si fuera lo mínimo absoluto—. *Lo impresionaste.*

—No lo estaba intentando.

—Bien. Precisamente por eso lo hiciste. Puede que me haya equivocado contigo.

Levanté las cejas, negándome a morder el anzuelo. Cualquier respuesta que diera simplemente dolería. Pero de todos modos, respondió a la pregunta no formulada. —Me preocupaba que fueras demasiado blando para asumir el control por mí. Pensé que serías demasiado débil.

Me encogí. —Te he estado observando durante mucho tiempo. Formo parte de la Bratva desde hace mucho tiempo.

Parpadeó lánguidamente. Lo recuerdo específicamente porque sus ojos eran del mismo tono

azul que los míos, y siempre lo odié. Quería arrancar esas partes y reemplazarlas por otras que no me recordaran siempre que su sangre corría por mis venas. Que él era parte de mí y que no podría deshacerme de él aunque lo intentara.

—La forma en que solías ser, la forma en que a veces todavía eres con tu hermana... me tenía preocupado.

—¿Qué quieres decir?

—Solía encontrarla en tu habitación por la noche.

Fruncí el ceño. —Eso fue cuando éramos niños. Cuando estaba asustada.

—Deberías haberla echado a patadas.

Apreté los dientes. —Si recuerdo correctamente, nos despertabas a los dos, la arrastrabas de regreso a su habitación y cerrabas la puerta. Parece que hacías el trabajo por mí.

—Se tenía que hacer.

—¿Por qué? No tenía una madre a quien acudir. Y sabía que no debía correr a ti.

—Mis hijos no deberían necesitar a nadie —gruñó salvajemente—. Necesitar a los demás es una debilidad que hay que eliminar. La verdadera fortaleza es ser una isla que existe por sí misma.

—Ninguna Bratva puede funcionar de esa manera. Necesitas hombres.

—No —golpeó su escritorio con el puño y me señaló—. Ellos *me necesitan* a mí*. Todo hombre es prescindible. Puedo reemplazarlos por otros.*

—Qué puta filosofía —gruñí, rechinando los dientes—. Eres el padre soñado de todo niño.

Me miró fijamente con esos ojos azules que se parecían mucho a los míos y sonrió de una manera que me puso la piel de gallina. —Esa "filosofía" te hizo un hombre. También hizo fuerte a Mila. Lo que ves como bondad solo te detendrá. Para ser pakhan*, debes ser despiadado. Debes tomar lo que quieras sin importar lo que sea.*

Siempre me despierto con esas palabras resonando en mi cabeza y mi mano apretando una pistola invisible.

Debes tomar lo que quieras.

Empeoró después de que descubrí lo que realmente había estado haciendo. Lo que le hizo a Mila. Fue un recordatorio de mi fracaso, de mi debilidad. El hijo de puta estaba equivocado.

La bondad no es debilidad.

La ignorancia lo es.

Me detengo frente al pequeño bungalow blanco que alberga a mi hijo. Una valla blanca, un jardín irregular, girasoles en el alféizar de la ventana… parece demasiado pintoresco y tranquilo para ser real. Sé mejor que nadie que esto no es la vida real.

La vida real *sangra*.

Al frente, Archie y Adam están lanzando una pelota. Por un momento, me ciega una oleada de resentimiento.

¿Cómo es posible que el hombre que me traicionó a mí y a mi Bratva sea quien haya vivido todos los momentos que me perdí con mi hijo?

Estaciono y salgo de mi auto. En el momento en que cierro la puerta, Adam levanta la vista y me ve. —¡Tío Illy!

El nombre es a la vez un puñetazo en el estómago y un tirón en mi corazón. Tengo tantas ganas de que me llame algo, cualquier cosa, que me diga que sabe quién soy realmente para él. Quiero arrancarle el velo de los ojos, levantarlo, sacudirlo y gritar "¡Soy tu padre!" una y otra vez hasta que todo el maldito mundo lo escuche.

El niño me abraza por la cintura. Le doy unas palmaditas en la espalda un par de veces antes de que me abandone y vuelva a perseguir la pelota.

Por encima del hombro, Archie ofrece una sonrisa, pero es para Adam, no para mí. Sus ojos se dirigen hacia mi auto y luego hacia la calle. —Taylor no está aquí.

—Lo sé. Ella insistió en caminar.

La pelota rueda hasta mis pies. Me agacho, la recojo y luego se la lanzo al anciano. Él lo capta con un sobresalto, mirándome con los ojos muy abiertos, como si acabara de arrojarle una bomba en el regazo.

—¡Abuelo! ¡Pásala aquí! —Adam adopta una postura. Archie traga y luego, de mala gana, le pasa la pelota al niño.

Terminamos en un triángulo sesgado, haciendo circular la pelota entre nosotros. Me pregunto si el niño se da cuenta de algo. Si siente las tensiones entre nosotros. Me pregunto si Archie se siente tan raro como yo con esto… un jefe de la mafia rusa jugando a la pelota con un traidor.

El juego dura quizás dos minutos más antes de que Adam se aburra. —¿Puedo ir a buscar mi camioneta? Quiero jugar en el arenero.

—Claro —dice Archie—. Sacaré el arenero.

Adam entra y Archie se dirige a la esquina del patio, donde hay un gran abrevadero rectangular. Se inclina e intenta sacarlo del patio lateral, pero apenas se mueve. Observo por un momento su esfuerzo. Parece frágil. Con un suspiro, reprimo mi resentimiento y avanzo para ayudarlo.

La voz de mi padre resuena en el fondo de mi cabeza. *Suave. Débil. Jodidamente patético.*

Si supiera que estoy compartiendo el pan con un traidor, se estaría revolcando en su tumba. El hombre ni siquiera hacía preguntas cuando alguien era acusado de traición. Siempre castigaba primero y preguntaba después. O nunca.

De repente, se me ocurre que mostrarle misericordia a Archie sería un dedo medio gigante para ese bastardo.

Tentador.

Muy. Jodidamente. Tentador.

—Déjamelo a mí —cojo los bordes del abrevadero y lo arrastro hacia el centro de la hierba para él.

—Gracias —murmura Archie. Cuando lo miro, su cara está roja de pena, sus ojos están cubiertos por algo que se parece mucho a la vergüenza.

—A veces me sorprende —explica con timidez—. El cuerpo simplemente no hace lo que se supone que debe hacer.

—La edad nos llega a todos.

Se encoge de hombros y se deja caer sobre los escalones de cemento. Adam pasa junto a él por la puerta principal un momento después. Corre hacia el arenero y arroja un montón de camiones en el abrevadero.

—Tío Illy, voy a construir una ciudad. Mírame, ¿vale?

—Estoy viendo.

Se sube al arenero y su carita se arruga de concentración. Mila y yo nunca tuvimos hoyos de arena ni columpios de llantas. En su lugar, teníamos clases de artes marciales y entrenamiento con armas. Durante mucho tiempo pensamos que teníamos suerte de que nos enseñaran ese tipo de habilidades. Nos hacía diferentes. Nos hacía especiales.

Pero eso fue antes de que nos diéramos cuenta de que nos estaban *preparando*.

Le doy la espalda a Adam y vuelvo a mirar a Archie. —¿Tienes todo empacado?

—¿Debería?

Mi mirada silenciosa es toda la respuesta que necesita.

Él sonríe con tristeza. —Me imaginé. Solo tenía que preguntar. Supongo que me necesitas cerca para ese inevitable accidente, ¿eh?

Me pongo rígido. Tiene visiones de accidentes automovilísticos y pianos que caen de los tejados justo cuando camina debajo de ellos. Muerte en cada esquina.

—Sería más fácil para ellos —continúa Archie en voz baja—. Si yo no estuviera presente, digo. Si hubiera distancia entre nosotros antes de que… desaparezca.

—No vas a desaparecer, Archie.

—No huiría.

—Perdóname por no creerte.

Se queda en silencio por un rato, sus ojos brillan con viejos arrepentimientos. —Quieres que vuelva contigo por una razón, ¿no? —todo lo que hago es mirarlo y él asiente—. No tengo ninguna información, Ilarion.

—Sí la tienes. Tienes algo.

—Han pasado cinco años.

—Exactamente. Cinco años y Benedict Bellasio se convirtió en un fantasma virtual. Pero sé que todavía está ahí fuera. Todavía apunta a mis hombres cuando menos lo esperamos.

—¿Cuántos has perdido?

—Lo suficiente como para que sea irritante. En su mayoría *vors* de bajo nivel que fueron atrapados solos —me crujo el cuello y hago una mueca cuando los rostros de los hombres muertos de Bratva flotan en mi mente—. Pero es suficiente para transmitir el mensaje alto y claro. No desapareció con la intención de quedarse así. Se fue para idear un plan, una forma de devolverme el golpe.

—¿Y crees que podré ayudarte? —pregunta Archie, incómodo.

—Tú eras su rata —le recuerdo—. El hombre confiaba en ti…

—Benedict Bellasio no confía en nadie —insiste Archie. Casi se ríe de la sugerencia—. Me llevó mucho tiempo aprender cualquier cosa significante.

—Pero eventualmente aprendiste. Alguien tenía que enseñarte —señalo—. Conocerás secretos, y esos secretos me ayudarán a poner el foco en dónde se ha estado escondiendo todo este tiempo.

Archie suspira. —Yo también desaparecí, Ilarion. Debe haber cambiado las cerraduras y las contraseñas que yo conocía, solo para cubrir sus bases.

—A Benedict no le quedan muchas opciones. Pero a mí tampoco. Así que vendrás conmigo.

—Me estás pidiendo que vuelva a meterme, Ilarion. Es una sentencia de muerte.

—¡Abuelo! —me llama Adam—. ¡Mira lo que hice!

El terror en el rostro de Archie desaparece artificialmente mientras sonríe ante el deforme castillo de arena. Aplaude. —Bien hecho, chiquillo. Asombroso.

Adam sonríe de oreja a oreja y regresa a su creación.

—Tienes suerte de que ese niño te quiera —agrego. Mientras lo digo, sacudo la cabeza con disgusto.

Puto infierno. Estoy en deuda con un niño. Cada movimiento que haga como líder de la Bratva Zakharov a partir de ahora depende únicamente de este niño. *Mi* hijo.

Suave. Débil. Jodidamente patético.

A la mierda. Mi padre y sus consejos pueden irse a la mierda.

Archie asiente. —Mi trabajo era protegerlos —dice en voz baja—. Mis hijas, mi nieto. Pero al final son ellos los que siempre acaban salvándome. Una y otra vez.

No se equivoca. Tanto Celine como Taylor rogaron por su vida y, aunque Adam no lo sabe, él también. Con su inocente amor por el único abuelo que ha conocido.

Al menos por eso puedo estar agradecido. El abuelo que Adam habría obtenido de mi lado del

árbol genealógico habría matado al niño que llevaba dentro.

Malditaputasea. Otra cosa más por la que le debo a Archie.

Sacude la cabeza y se levanta con un gemido. —Iré a terminar de hacer las maletas. ¿Lo vigilas?

Lo miro a los ojos y asiento. No estoy seguro de si es un gesto de confianza, una ofrenda de paz o algo completamente insignificante. Pero, en cualquier caso, es demasiado poco y demasiado tarde.

Y ambos lo sabemos.

TAYLOR

Estoy sin aliento cuando regreso a casa. Pero lo que realmente me sorprende es la imagen que me espera allí: Ilarion y Adam, sentados en el arenero, con las cabezas juntas como si estuvieran tramando algún tipo de plan.

Adam ni siquiera me nota hasta que mi sombra cae sobre su castillo de arena torcido. —¡Mamá! —saluda alegremente—. ¿Vamos a cenar pizza?

Frunzo el ceño, confundida. —¿Por qué cenaríamos pizza?

—El abuelo dice que es una noche especial porque mañana no estaremos aquí. Dice que nos vamos de la casa y no volveremos.

Me agacho para estar a la altura de los ojos de Adam. —¿Qué piensas sobre eso?

Adam lo considera por un momento y luego se encoge de hombros. Miro a Ilarion y me pregunto si se siente culpable por sacar a Adam de otro hogar. Es lo que sentí cada vez que nos mudábamos de ciudad, y eso fue antes de que Adam fuera consciente.

—¿Estarán allí tú y el abuelo? —pregunta.

—Por supuesto que estaré allí, cariño —digo con una risa sorprendida—. Pero tendrás que preguntarle al tío Illy si el abuelo estará.

La pausa que sigue es casi mortal. Es como si los cordones invisibles entre nosotros se tensaran al máximo. Puedo sentir el pulso en mi garganta.

Luego—: Por supuesto que estará —Ilarion lo dice lo suficientemente a la ligera como para resultar convincente, incluso para mí.

Adam sonríe, sin darse cuenta del drama que ruge a su alrededor. —¿Esto significa que veremos a la tía Cee?

Asiento. —Sí, la veremos.

Intento no mirar a Ilarion, pero de todos modos siempre siento como si estuviera a segundos de hacerlo. Como si fuéramos dos imanes con polos opuestos. Como si fuera inevitable.

Y eso es lo que me aterroriza.

Que, incluso cuando estoy enfadada con él, incluso cuando quiero abofetearlo y marcharme, *en realidad* no quiero marcharme. Quiero alejarme lo suficiente como para que él corra detrás de mí, me detenga y me bese con tanta fuerza que me olvide cómo poner un pie delante del otro.

Temblando, me pongo de pie y entro. No veo a Papá en la sala, pero se materializa en mi puerta un momento después. —¿Estás lista? —pregunta.

—En realidad, no —admito—. Pero no tengo muchas opciones.

Se acerca y se sienta en mi cama. Ha desarrollado una cojera durante el último año. No sabemos de dónde viene. Le sugerí algo de fisioterapia, pero el dinero escasea y mi padre es muy testarudo.

—Será extraño regresar.

No estoy segura de si vino a consolarme o vino a mí en busca de consuelo. Un poco como ciegos guiando ciegos. —Lo sé —digo—. Será más extraño volver a ver a Cee.

—Tendrás que verlos juntos.

Le lanzo una mirada penetrante. —Soy consciente.

—Solo digo…

—¡Papá! —lo interrumpo con firmeza.

—No puedo simplemente fingir que no lo sé.

—Esa conversación ocurrió hace mucho tiempo —le recuerdo—. Y yo no… Lo que sentía en aquel entonces no es lo que siento ahora.

—Ay, cariño.

La forma en que lo dice, la simpatía en su tono, la lástima en sus ojos… todo me hace querer llorar. Me dan ganas de retroceder en el tiempo y no decir todas esas cosas que le dije cuando todavía estaba embarazada de Adam y estaba aterrorizada de hacerlo sola.

~

PAPÁ ME ENCONTRÓ SOLLOZANDO en el suelo de nuestra nueva cocina. Mis lágrimas cayeron por las grietas entre las baldosas y desaparecieron en la lechada como si nunca hubieran caído.

—¡Taylor! ¿Qué ocurre? ¿Es el bebé? —se arrodilló frente a mí y tomó mis manos—. ¿Tengo que llevarte al hospital?

—No, no es el bebé...

—¿Entonces qué sucede?

Las cosas habían sido difíciles para nosotros desde que nos fuimos. El primer año de nuestro exilio autoimpuesto estuvo lleno de tensión pasivo-agresiva. Él estaba enojado con mis decisiones, y yo estaba enojada con las suyas.

—Yo... simplemente lo extraño.

No había querido decirlo en voz alta, pero después de que se me escaparon las palabras me sentí aliviada. Se sintió bien no tener que aguantarlo más.

—Taylor…

Saqué mis manos de debajo de las suyas. —No espero que te importe. Lo odias.

—Simplemente sé la clase de hombre que es.

—No, no lo sabes —argumenté—. Él era tu jefe. En realidad no sabes nada sobre él. Pero conmigo era diferente. Él se abrió. Podría ser dulce… amable…

Papá hizo una mueca. —¿Cómo pudiste, Taylor?

—¿Cómo pude qué?

—¿Enamorarte de un hombre como él? —explicó—. ¿No te enseñé nada?

—¡Lo único que me enseñaste fue a tener miedo de todos y de todo! —me puse de pie—. Si pudieras habernos encerrado a Cee y a mí en una torre, lo habrías hecho.

—Tal vez debí *haberlo hecho.*

Sacudí la cabeza y caminé alrededor de él. —Esto es tu culpa.

—¿Disculpa?

—Él la eligió por tu *culpa. Pero él y yo… No hubo ningún motivo oculto. Cuando me conoció, no sabía quién era yo. Lo que tenemos… lo que* tuvimos*… es real.*

—Un hombre como Ilarion no puede amar de verdad, Taylor. Al final se habría aburrido de ti. Él también se aburrirá de Celine. Intenté hacerle ver eso, pero...

—¡Ella también está enamorada de él! —me reí locamente. El sonido era desquiciado, incluso para mis propios oídos—. ¿No es irónico que el hombre al que traicionaste sea el mismo hombre del que se enamoraron tus dos hijas?

—Estás cansada —dijo Papá—. Necesitas dormir.

—Nunca dejaré de amarlo, Papá. ¿Eso te quema por dentro? ¿Te hace odiarme?

Me miró y luego desvió la mirada, con los ojos nublados por la tristeza. —Solo me pone triste. Mereces amar a un hombre que pueda darte el mismo amor a cambio. Para Ilarion Zakharov, su Bratva, su imperio, su legado siempre será lo primero. Te arrojará a los lobos antes de sacrificar un solo ápice de lo que ha construido.

~

—LO DIGO EN SERIO —me apoyo contra el cristal de mi ventana mientras miro a Papá en la cama —. Lo *he* superado. No tienes nada de qué preocuparte.

Él suspira. —Tengo tantas cosas de qué preocuparme que no puedo mantenerlas todas claras. Pero al menos puedo volver a ver a Celine. Eso es algo.

—¿Cómo crees que será ella ahora? —pregunto.

—Diferente en algunos aspectos —dice vagamente—. Igual en otros.

—Vaya, eso es útil. Gracias.

—¿Él ha… hablado de ella?

Pienso en esa llamada telefónica que rechazó. Podría haber podido discernir algo de su relación si él hubiera contestado la llamada. Pero, tal como están las cosas, estoy tan a oscuras como parece estarlo Papá.

—Se lleva genial con Adam —dice distraídamente, pero no parece enojado por eso—. Eso es bueno. Deberías fomentarlo.

—¿De qué estás hablando? Cee no puede sospechar nada.

—Es más que eso —Papá se frota el puente de la nariz—. Si Ilarion realmente ama a su hijo… no tienes idea de cuánto poder tiene eso sobre él. Cuánto poder tiene Adam sobre él —se aclara la garganta y se endereza—. Debes permitir que Ilarion lo nombre heredero.

Resoplo. —No tendremos esta discusión. Dije que no y no cambiaré mi decisión.

Él asiente lentamente. —Siempre has sido así de terca.

—Me pregunto de dónde saqué eso.

Se ríe tristemente. —Eso es exactamente lo que más me asusta. Me asusta verte cometer los mismos errores que yo cometí, Pajarito. Te pareces más a mí de lo que ninguno de los dos sabía.

Hago una pausa. Maldita sea, tiene razón.

Me he convertido en mi padre.

Y de repente me doy cuenta de que, al igual que Papá, volver con Ilarion podría ser mi sentencia de muerte.

ILARION

La Casa Zakharov está dormida cuando llegamos.

Lo planeé así a propósito. Quería asegurarme de que Adam y Taylor estuvieran instalados y haber preparado a Celine adecuadamente antes de decirle que estaban aquí.

Cuando nos detenemos, Dima está delante con Semyon, que juega ansiosamente con sus uñas. Estaciono y camino para recoger a Adam. Ni siquiera se mueve, aparte de un pequeño suspiro de vez en cuando.

—Hola, Taylor —dice Dima, caminando hacia adelante para ayudar a Taylor a bajar del auto—. Te ves bien.

Ella ignora su mano extendida. —Hola, Dima. Gracias. Tú te ves igual.

Resoplo sin girarme para intervenir en su conversación.

—La casa también se ve igual —añade Taylor—. Qué extraño. Algunas cosas siguen igual. Todo lo demás cambia.

—Yo diría que sí —Dima inclina la cabeza hacia Adam, que duerme—. ¿Ese es tu niño?

—Sí —dice Taylor en voz baja. Ella se acerca para acariciarle el cabello de la frente—. Este es mi hijo.

Dima abre la boca para decir algo más, pero luego Archie sale del auto, por lo que se detiene a mitad de la frase y su rostro se sonroja. —Vaya, vaya. Mira quién apareció. Eres un hijo de puta afortunado, Archie. Si fuera yo, ya estarías frío en el suelo.

—Él está fuera de límites —afirma Taylor, poniéndose en el campo de visión de Dima—. Ilarion me lo prometió.

Dima alza las cejas infinitamente, pero su mirada se desvía hacia mí. —Vale, entonces. Supongo que todo está olvidado y perdonado —es imposible pasar por alto su sarcasmo.

—Vamos —gruño—. Es tarde y quiero llevar a Adam a la cama —miro hacia Archie—. Semyon te llevará a tu habitación. Ha sido preparada especialmente para ti.

Veo a Taylor congelarse como un cervatillo ante los faros. Ella me mira y yo la miro impasible. Luego, suspira y deja caer los hombros. —Buenas noches, Papá. Nos vemos mañana.

—Buenas noches, Pajarito —Archie se vuelve hacia mí y mira con nostalgia a Adam. Se conforma con pasar su mano por la espalda del niño. Luego, nos hace un gesto de despedida y sigue al amo de llaves por el pasillo.

Dima se inquieta en su lugar. —Espérame en el estudio —le digo.

—Entendido —murmura Dima. Él mira a Taylor—. Es bueno verte de nuevo, Tay. Empezábamos a perder la esperanza.

—¿Cómo está Mila? —pregunta, como si no pudiera esperar a que llegue la mañana para descubrirlo.

—La conoces. Estoica como siempre. Aunque cabreada contigo —luego, sin más explicaciones, Dima se va y desaparece por el pasillo.

Taylor aún no lo entiende. No sabe la magnitud de lo que ha pasado Mila, de lo valiosa que fue una amiga para ella. Taylor escupió sobre esa amistad. No es el tipo de cosas que Mila probablemente olvide.

—Vamos —le digo, llevándola arriba a otra de las alas de invitados—. La habitación de Adam estará lista pronto. Hasta entonces, dormirá contigo.

Ella no dice nada. Ni siquiera después de que los haya acompañado a su habitación y haber dejado a Adam en la cama.

—El baño está completamente abastecido —le digo, volviéndome hacia ella—. Pero, si necesitas algo, solo…

Me detengo cuando me doy cuenta de que en realidad no está escuchando. Está de pie junto a los ventanales, contemplando el césped iluminado por la luna. —Es extraño —susurra tan suavemente que casi me pierdo las palabras—. Es muy extraño estar de vuelta aquí.

—Te acostumbrarás.

—Esta es la casa donde murió mi madre. Eso no parece el tipo de cosas a las que simplemente te “acostumbras”.

—Taylor… —extiendo la mano y toco suavemente su brazo.

Ella retrocede como si la quemara. —Yo… lo siento —dice, su pecho sube y baja con fuerza—. Solo no esperaba que esto fuera tan abrumador.

Esta vez, no le doy la oportunidad de alejarse de mí. La tomo en mis brazos y la abrazo fuertemente. Lo suficientemente fuerte como para que su respiración se iguale y sus hombros se relajen contra mi pecho.

—Ilarion, tienes que soltarme —pero no está ni cerca de convencerme y no hace ningún intento de alejarme. Su lenguaje corporal dice lo contrario. Me llama, me ruega que la abrace más fuerte, me pide que *nunca* la suelte.

Sus lágrimas empapan mi camisa y aun así la abrazo. Respiro su aroma y me tambaleo cuando me doy cuenta de que cambió. Ahora huele a talco para bebés y miel.

—Odio esto —susurra cuando finalmente aparta su rostro de mi pecho—. Seguir necesitándote —parpadea y una lágrima gorda se desliza por su mejilla—. Dime que no tuve elección. Dime que me obligaste. Dime que tenía que volver.

—No tenías elección —murmuro—. Te habría arrastrado de vuelta, pataleando y gritando. O simplemente te hubiera echado sobre mi hombro y cargado todo el camino.

Casi sonríe. Pero, en lugar de eso, deja caer las manos y se libera de mis brazos. —Esto no volverá a suceder.

—¿Qué cosa?

—Esto —señala entre nosotros—. Yo, acudiendo a ti en busca de consuelo. Tú, sintiendo que necesitas hacer el papel del héroe y realmente hacerlo.

Resoplo. —Creo que ambos sabemos que no soy un héroe.

—Sí que es verdad —sonríe con tristeza—. Buenas noches, Ilarion.

—Buenas noches, *tigrionok*. Dulces sueños.

ILARION

En el estudio, Dima ha dejado un profundo surco en la alfombra con sus paseos. Lo habría atravesado directamente hasta el cemento de abajo si hubiera pasado más tiempo arriba con Taylor.

—Te tomo bastante tiempo. ¿Qué pasó?

Me detengo en la puerta y frunzo el ceño. —No creo que quieras hacerme esa pregunta, *sobrat*.

Y no creo que yo quiera responderla.

Dima respira hondo. —¿Estás seguro de que pensaste en esto? Quiero decir, traer de vuelta a Taylor es una bomba de tiempo a punto de estallar. Y, cuando lo haga, arruinará toda tu vida.

Lo miro a los ojos. —¿Lo prometes?

Me vuelvo hacia la ventana y me imagino de nuevo en la cabaña, solo Taylor y yo. Nunca tuve un lugar feliz antes de ese viaje. Vuelvo allí a menudo, pero solo en mi cabeza.

—¿Qué pasa con Celine?

—Se lo diré mañana.

—¿*Qué* precisamente le dirás mañana?

Sigo mirando por la ventana. Arranqué y replanté casi cada brizna de hierba después del ataque de Bellasio. Pero al final sigue siendo el mismo jardín, todavía cubierto de los mismos recuerdos obstinados.

—Que encontré a su hermana y a su padre. Que los convencí de que volvieran —me giro hacia Dima—. Acepté no contarle a Celine sobre el origen real de Adam.

Dima levanta las cejas. —Joder. Ella te convenció. Nunca pensé que vería el día.

No me gusta la forma en que lo dice. Como si fuera inevitable. —Ella no me convenció de nada. La verdad saldrá a la luz tarde o temprano. No veo ningún daño en darle una victoria temporal ahora.

Para ser honesto, ese viaje silencioso me dio mucho tiempo para ver el daño que implicaría arrojarle esa información a la cara a Adam mientras todavía se está adaptando a su nuevo hogar.

Su nueva vida.

Su nuevo mundo en la Bratva.

Dima se acaricia la barba. —El niño se parece exactamente a ti, ¿sabes?

No puedo evitar estar orgulloso. Es una estupidez. Es genética, joder, pero aun así algo primitivo en mí gruñe agradecido.

—Hm. No me había dado cuenta.

Dima resopla incrédulo, pero no insiste. En cambio, se acerca y me da una palmada en la espalda. —Bueno, ¡felicidades, hombre! Eres padre.

—Mierda —respiro.

Dima se ríe. —Aterrador, ¿eh?

—No tienes ni idea.

—Serás genial.

Sacudo la cabeza. —Es más probable que lo arruine jodidamente. Pero tengo a Taylor. Me mantendrá alerta. Asegurará de que sea el tipo de padre que Adam merece.

—Ya eres el tipo de padre que merece —me da una palmada en la espalda otra vez—. Los trajiste a casa. No perdiste la esperanza.

—Nunca me iba a rendir.

—Dime algo que no sepa. Eres el hombre más testarudo que existe —riéndose, se aleja para dejarme con mis pensamientos.

Mucho después de que Dima se va, me siento junto a mi escritorio escuchando la lluvia golpear el techo con un melancólico ritmo entrecortado. Cierro los ojos y, sin más, estoy de vuelta en la cabaña. De vuelta nado en su aroma embriagador. De vuelta disfruto de todas las posibilidades ante nosotros.

Cada vez que llueve, pienso en ella. Y, cuando las nubes están despejadas y los cielos secos…

…Me encuentro rezando por una tormenta.

ILARION

Espero hasta las 8:30 AM antes de llamar a su puerta. La abre casi de inmediato, con la boca entreabierta con ansiosa sorpresa, antes de que su mirada baje a la taza de café que sostengo.

—Has venido con regalos —observa Celine, sonriendo tímidamente.

—He venido a decir buenos días —le entrego la taza.

Es su favorita. Una blanca con borde dorado que dice “Chica Jefa” en letras grandes y llamativas de color rosa. Fue un regalo de una de las criadas cuando organizamos una pequeña fiesta para celebrar su total recuperación. Ella se rio cuando la abrió por primera vez, como si fuera demasiado tonta para usarla, luego rápidamente comenzó a usarla y nunca dejó de hacerlo.

—Pasa —dice, sus ojos recorren la parte delantera arrugada de la camiseta que llevo puesta—. ¿Dormiste en tu escritorio otra vez?

—No era mi intención.

Se ríe. —Tenemos que hablar sobre el equilibrio entre la vida laboral y personal.

—Dice la chica jefa.

Ella resopla y me hace entrar a la habitación. Todos los pequeños detalles aquí son de Celine. Las cortinas de marfil, las alfombras color rubor con pelos profundos, la estructura de la cama adornada con herrajes. Toma asiento en el sofá verde jade y da palmaditas en un lugar a su lado.

—Ven —dice—. Siéntate conmigo.

Me siento, teniendo cuidado de no estar tan cerca que nuestras piernas se toquen.

—No es que me queje, pero no suelo recibir visitas tuyas temprano en la mañana. ¿Estamos a punto de tener la conversación que me prometiste que tendríamos? —pregunta, dejando su taza de café a un lado, sin siquiera pretender tomar un sorbo.

—Lo haremos —le aseguro—. Pero primero necesito decirte algo importante.

Sus cejas se alzan, pero asiente. —Vale —respira hondo—. Soy toda oídos.

—No dije nada antes porque no estaba seguro de lo que encontraría. Pero ahora… los encontré, Celine —la miro a los ojos para que sepa que hablo en serio—. Los encontré.

Ella se congela, luego cierra los ojos y se estremece. —Repítelo.

—Encontré a tu hermana. Encontré a tu padre.

Sus ojos se abren, pero están nublados e incrédulos. —¿Dónde están ahora?

—Aquí.

Su mirada se dirige a mí. —¿Aquí? Como en…

—En casa. Llegamos tarde anoche. Hice que el personal los acompañara directamente a sus habitaciones.

Se mueve a cámara lenta y tartamudea. Sigue mirando hacia las ventanas, aunque no tengo la menor idea de qué espera encontrar allí. —Yo… qué… ¿cómo siquiera…?

—Solo entré al restaurante donde trabajaba Taylor —explico—. Se sorprendió.

—Me imagino. ¿Y Papá?

—Menos sorprendido. Creo que siempre supo que los encontraría. Eventualmente.

Se pone de pie de un salto de repente. Un rubor se extiende desde sus mejillas hasta su pecho. —Me lo prometiste, Ilarion —dice—. Me prometiste que no le harías daño. Él es mi padre.

—Recuerdo. Soy consciente.

—Y…

—¡Celine! —digo bruscamente, alzando la voz lo suficiente para llegar a ella—. No tienes que preocuparte. No voy a tocar a tu padre.

—Entonces, ¿por qué está aquí? —suplica—. No puedes decirme que quería regresar y quedarse en tu casa.

Paso una mano por mi cabello. —No se trata de mí. Tú eres su hija. ¿Es tan difícil imaginar que quisiera verte de nuevo?

La tristeza se apodera de sus ojos. —Nosotros… no dejamos las cosas bien —murmura—. Cuando dijo que iba a desaparecer esa noche… supongo que no le creí. Pensé que podría convencerlo de que no lo hiciera. Estaba atontada y…

—Lo que pasó, pasó. Pero él ha vuelto, así que cualquier cosa que desearas haberle dicho entonces, puedes decirla ahora.

El rubor de sus mejillas y pecho desaparece lentamente. Ella respira profundamente. —No puedo creer que estén aquí.

—Deben estar durmiendo. Llegamos tarde, pero los verás en el almuerzo.

Ella asiente distraída y gira lentamente en su lugar. Parece que no sabe qué hacer con su cuerpo. Sus manos siguen revoloteando a sus costados, aferrándose a nada. —¿C-cómo están? ¿Como se ven? ¿Y cómo conseguiste convencerlos para que volvieran? ¿*Por qué* los convenciste de que volvieran?

—Son muchas preguntas.

—Ilarion —dice en voz baja. La comprensión se extiende por su rostro—. Ni siquiera sabía que los estabas buscando.

—Se lo entregué a un detective privado. No es que la búsqueda me estuviera quitando tiempo —la mentira es patética y enorme. La búsqueda absorbió cada momento de mi existencia de vigilia y, a veces, de sueño. Pero ella lo cree, y es lo importante.

—¿Pero por qué?

—Porque… —Celine no merece que le mientan. Pero en este caso la verdad solo la lastimaría más—. Los has extrañado, ¿no?

—Perdí a toda mi familia en el lapso de una noche —dice en voz baja—. Por supuesto que los extrañé.

Asiento. —Bueno, ahora ya no tienes que hacerlo.

Me mira fijamente por una fracción de segundo, antes de caminar hacia mis brazos. Me abraza fuerte y yo le devuelvo el abrazo. —No puedo creer que los hayas encontrado.

Me siento incómodo, pero sé que no debo alejarme. Me agarra con más fuerza. Sin embargo, al final es demasiado. Dejo caer mis brazos alrededor de ella y rompo el abrazo.

—Celine, hay una cosa más. Eres… —*joder*. No esperaba que esta fuera la parte más difícil—. Eres tía.

Ella parpadea lentamente. —¿Ah?

—Tía —digo—. Taylor tiene un niño pequeño.

Su rostro se arruga en un ceño confuso. —Taylor… ¿tiene un *hijo*? —respirando hondo, da un paso atrás—. Taylor. ¿Mi Taylor… es mamá?

—Su nombre es Adam. Tiene cuatro años. Es un niño dulce.

Sus ojos se conectan con los míos. —Un sobrino… ¿y tiene cuatro años? Entonces, joder, eso significa que habría quedado embarazada poco después de irse esa noche con Papá. Ella… *¡mierda!* … ¿está casada? ¿Dónde está su padre?

Me tienta. Me tienta tanto que las palabras están en la punta de mi lengua. Se siente mal, completamente antinatural, quedarme ahí y no reclamarlo como mío.

Triste. Débil. Jodidamente patético.

Pero se lo prometí a Taylor. No necesito darle más razones para alienarse.

—Esa es una historia para que tu hermana te cuente —es la mejor respuesta que se me ocurre. Tendrá que bastar.

Celine frunce el ceño y sus ojos van de un lado a otro. —Esto es… mucho.

—Lo siento —digo, alejándome de ella.

La siento inquieta detrás de mí. El silencio cargado de alguien que está a punto de abordar un tema que prefiero dejar para más tarde o, mejor aún, para nunca.

—¿Has pensado sobre eso? —su voz se enfría para ocultar el dolor que subyace—. ¿La solicitud que hice?

—Celine, yo…

—Cinco años, Ilarion —espeta—. Cinco años y solo te he pedido una cosa.

—Aparte de darle inmunidad a tu padre —señalo.

Se detiene en seco y sus ojos se agradan. —¿Estás diciendo que es una cosa o la otra? ¿Es una u otra?

Aprieto los dientes. —Estoy diciendo que solo puedo doblarme hasta cierto punto antes de romperme.

—Es gracioso —dice—. Yo misma podría decir lo mismo. —Da un paso adelante y sus ojos arden con el tipo de lucha que ha adquirido a lo largo de los años. Vivir entre una Bratva puede hacerle eso a una persona—. Mi hermanita es madre, Ilarion. Ella ha experimentado más vida que yo. En este punto, ¿qué tengo que mostrar por mí misma? Un puñado de organizaciones benéficas, un sinfín de fiestas y galas…

—Amas lo que haces.

—Tuve que aprender a amarlo; no es como si tuviera muchas opciones. No es que me dejes entrar, como lo haces con Mila y Dima. Sigo siendo ajena, mantenida al margen de las cosas. Incluida, pero no realmente.

—Celine…

—Sí, amo lo que hago. Pero no es suficiente, Ilarion. Tú lo sabes. Quiero más.

—Ahora no es el momento.

—¿Cuándo lo es? —presiona—. Solo dime cuándo. Con un cronograma, al menos tengo algo de esperanza. Algo que esperar con impaciencia. Pero, cada vez que lo menciono, evitas el tema. Me tratas como si fuera una especie de paria. Sería útil saber por qué. Me sentiría mejor si entendiera. ¡Pero no lo entiendo, porque te niegas a hablar conmigo, joder!

Ha cruzado el umbral de hablar a gritar. Está tan alterada que ni siquiera se da cuenta de que sus palabras rebotan en las paredes y se filtran hacia el pasillo.

Para oídos desprevenidos, tal vez.

—Necesitas calmarte.

—Te gusta decirme eso, ¿no? —espeta—. No soy una mujer histérica, Ilarion. Tengo derecho a estar enojada. Tengo todo el *puto derecho* a sentirme frustrada.

Hay momentos en los que miro a Celine y me odio a mí mismo. Es lo mismo que sentía cuando veía a Mila. Esa sensación de que, a pesar de mis mejores esfuerzos, la he cagado tanto que nunca podré reparar el daño que causé.

Camino hacia ella y tomo su rostro entre mis manos. Ella se queda quieta, sorprendida por la repentina proximidad. Por la repentina intimidad.

La amo así, temprano en la mañana, cuando aún no se ha puesto la cara. Sus ojos son claros y brillantes, su rostro libre de base y rubor. Parece mucho más joven y mucho menos atormentada por lo que ha visto.

Se parece a Taylor.

—Tienes todo el derecho a odiarme, Celine.

Sus ojos se suavizan al instante. —No te odio —susurra—. Ese es el problema. Sería mucho más fácil si lo hiciera.

Suspiro y dejo caer mis manos. No tiene idea de cuánta razón tiene. O lo mucho que se parece a su hermana. —En este momento, tu padre y Taylor están aquí. Centrémonos en eso por el ahora, ¿vale?

Sus ojos caen al suelo y suspira cansinamente, como una mujer que le dobla la edad. Luego camina hacia su cama. —Me pregunto qué pensarán de mí.

—Eres la misma mujer que cuando se fueron.

Ella se burla de eso, mirándome con ironía brotando de sus ojos. —Vamos, Ilarion. Seamos honestos al menos el uno con el otro. No soy la misma mujer que cuando se fueron.

—Tal vez no en la superficie, pero todavía estás ahí. Sigues siendo fuerte, amable y afectuosa.

Ella levanta una ceja. —Sabes, duele cuando peleamos —dice—. Odio cuando estamos en desacuerdo el uno con el otro. Pero a veces duele más cuando eres amable conmigo.

Puedo ver las lágrimas en sus ojos, pero todo lo que puedo hacer es asentir.

—Lo sé.

TAYLOR

Me despierto con la sensación más extraña. Como si alguien se hubiera colado durante la noche y hubiera pintado las paredes de otro color. Todo es como debería ser, pero todo está mal.

Adam sigue durmiendo profundamente, así que le doy un beso en la mejilla y me acerco a las ventanas. No abro las persianas; solo me asomo entre ellas. El jardín parece menos amenazante por la mañana, pero no sé si algún día podré borrar esos horribles recuerdos de mi cerebro. Juro que puedo ver la mancha de sangre que dejó mi madre, como si estuviera manchada permanentemente en la hierba.

Pero ya no puedo confiar en mis recuerdos. Cuanto más los revisito, más cambian de forma. ¿Mamá hizo contacto visual conmigo antes de que le dispararan? ¿Ella gritó? ¿Había tanta sangre como creo recordar, o mi mente está exagerando los detalles?

Temblando, me alejo y cierro las persianas por completo.

Quiero eliminar esta sensación de incomodidad, así que me daré una ducha larga y lánguida. Pero incluso cuando mi piel está en carne viva y sonrosada por el calor, todavía me siento despistada. Sigo pensando en el momento en que me voltee y vea a Cee por primera vez. ¿Estará feliz? ¿Enojada? ¿Molesta?

¿Sospechará?

¿Sabrá lo que hice?

Con una mueca, me pongo un par de pantalones cortos de mezclilla y una camiseta sin mangas y vuelvo al dormitorio.

Adam se está moviendo lentamente. —¿Mamá?

—Hola, amigo —susurro, deslizándome en la cama a su lado—. ¿Dormiste bien?

—¿Dónde estamos? —usa todo su puño para frotarse el sueño de los ojos. Sé que algún día superará ese hábito; solo espero que tarde un poco.

—Estamos en la casa del tío Illy —le explico—. Estabas durmiendo cuando llegamos.

—Ah —bosteza y se acerca un poco más a mí—. ¿Dónde está el abuelo?

—En su propia habitación. Lo veremos pronto.

Espero.

Lo engatuso para que venga a cepillarse los dientes y prepararse para el día, luego bajamos al jardín.

—¿Vive aquí la tía Cee? —pregunta Adam mientras deambulamos por los pasillos en busca de la cocina.

—Sí —mis ojos se mueven de un rincón a otro, como si esperara que ella salte hacia nosotros en cualquier momento como un monstruo de una película de terror—. Estoy segura de que la veremos pronto.

Unos cuantos giros equivocados más tarde, terminamos atravesando una puerta y saliendo a los jardines. No es la cocina, pero, aunque mi estómago retumba, el grito de alegría de Adam es demasiado dulce para ignorarlo.

Lo dejo correr hacia la exuberante hierba. El sol está en lo alto del cielo, pero está mayormente cubierto por nubes. Hace volteretas a medias y cae riéndose en medio del césped.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre —murmura, lo suficientemente alto como para que yo lo escuche.

Es una declaración inocente, pero me siento estremecer por dentro. Vivir aquí para siempre sería un infierno en la tierra para mí.

Tomando su mano, lo ayudo a levantarse y seguimos deambulando por la poda. Al rodear un rosal, nos encontramos cara a cara con una mujer de cabello oscuro sobre una colchoneta de yoga.

¿Celine cambió el color de su cabello?

Y entonces me doy cuenta de que no es Celine en absoluto.

Ella sale de su postura y me mira con una mirada para la que estoy muy contenta de que Ilarion me haya preparado. Es lo suficientemente afilada como para hacer daño.

—Hola, Mila —digo con torpeza—. Ha pasado mucho tiempo.

Ella se ve bien. Su cabello es más corto, pero le sienta bien. Sus ojos se desvían hacia Adam y, sin más, la frialdad se derrite.

—Tú debes ser Adam —infiere con una sonrisa suave.

Se sonroja y se esconde detrás de mí. —Es tímido —le explico—. Solo dale tiempo para que se acerque.

Mila me ignora y camina hacia adelante. Se agacha sobre el césped y le sonríe más alegremente. —Me encantan esos pijamas. Quiero decir, son realmente geniales.

—¿Qué dices, Adam?

—Gracias —murmura. Levantando la cabeza, pregunta—: ¿Eres mi tía Cee?

Se ríe. —No. Mi nombre es Mila. Soy la hermana de Ilarion.

—Ah —Adam frunce el ceño—. ¿Vives aquí?

—De hecho, sí —sonríe y le tiende la mano—. ¿Quieres ver el bebedero para pájaros?

Me quedo torpemente a un lado. Todavía no me ha mirado a los ojos, y cuando Adam toma su mano, ella me da la espalda mientras los dos saltan por el camino de grava aplastada. Sigo su estela, con la piel erizada de inquietud.

—¡Mira, Mamá! —dice Adam cuando pasamos por un círculo de setos y vemos una enorme fuente para pájaros de piedra en el centro del jardín—. ¡Pájaros!

—Los veo, cariño.

Corre hacia la fuente. Un par de gorriones se alejan revoloteando de inmediato, pero los cuervos más grandes se posan cuidadosamente en el borde y lo ignoran.

Mila está a unos metros de distancia. Mirándolo. Ignorándome. No puedo decidir si debo esperar a que rompa el silencio o si simplemente debo decir algo.

Su perfil es ligeramente aterrador. Me recuerda a su hermano más de lo habitual. Violencia latente, reprimida en un marco hermoso.

Ella también tiene esa terquedad cincelada. Como si todo su cuerpo me recordara que no se puede esperar por una montaña. Te desmoronarás mucho antes que ella.

—Mila… sabes por qué me fui. Por qué tuve que irme.

Ni siquiera me mira. Ni siquiera reconoce que hablé. Pero, ahora que empecé, creo que tengo que seguir adelante.

—Habría sido demasiado complicado quedarme —intento explicar—. Sabía que Celine lo quería. Si me hubiera quedado, ella lo habría visto. Ella habría descubierto la verdad y…

—¿Y crees que todos estos años marcarán la diferencia? —demanda Mila. Me responde tan rápido que retrocedo instintivamente.

—Yo… bueno…

—¿Bueno? —pregunta, con una ceja arqueada.

—Yo… ya no tengo sentimientos por… él…

Resopla en mi cara, como si acabara de decir la cosa más ridícula que jamás haya oído. —Ya no sientes nada por él —repite, poniendo en blanco dramáticamente los ojos—. Tuviste cinco años para practicar esa línea y no es ni remotamente convincente.

—Es cierto.

Ella suspira y se encoge de hombros. —Quizá. El tiempo dirá —*genial*. Ahora tengo otra persona que me estará observando como un halcón—. Tu hijo se parece a mi hermano. Te das cuenta de eso, ¿verdad?

—Extraña coincidencia.

Arruga la nariz. —Será mejor que esperes que tu hermana comparta tu delirante negación.

Me retuerzo en el lugar, sintiéndome completamente en aprietos. —Si estás tratando de hacerme sentir mal, no te molestes. Ya me siento fatal. Sobre todo, esto.

—¿Qué parte exactamente? —pregunta Mila—. ¿Mentirle a tu hermana? ¿A tu hijo? ¿Obligar a un buen hombre a renunciar a criar a su propio hijo? ¿Secuestrar a mi sobrino? ¿O la parte en la que simplemente te levantaste y te fuiste para no tener que afrontar las consecuencias de lo que habías hecho?

Nunca nadie lo había dicho de *esa* manera antes. Mis mejillas arden lo suficiente como para estallar en llamas.

—Todo —grazno al fin. Retóricas o no, sus preguntas merecen respuesta—. Pero nunca quise evitar las consecuencias. Solo quise evitar lastimar a mi hermana.

—Sigues diciendo eso como si nunca fuera a suceder —vuelve a poner los ojos en blanco—. Sigues actuando como si tu hermana fuera una idiota ciega. Tú y yo sabemos que está lejos de serlo.

Ella es brutal en este momento, y a una parte extraña y masoquista de mí realmente le gusta. Nunca tuve una mejor amiga que me abofeteara verbalmente con duras verdades; a decir verdad, nunca dejo que nadie se acerque lo suficiente para intentarlo.

—Lo único que pido —digo con cuidado—, es algo de tiempo. Por favor… solo no se lo digas —la piedra en mis entrañas dice que no tengo derecho a pedirle nada. La tonta en mi corazón dice que tengo que intentarlo.

Me mira. —Joder, Taylor. ¿Qué tan poco piensas en mí? Por supuesto que no se lo diré. Será mucho más doloroso obligarte a hacerlo tú misma.

Estoy dividida entre una risa y una lágrima. Sonrío, pero se desvanece cuando veo la mirada feroz en sus ojos. —Lamento haberme ido sin despedirme. Solo pensé…

—¿Que le diría a mi hermano y te impediría irte? —pregunta.

—Bueno… sí.

Suspira. —Puedo ver por qué podrías haber pensado eso, pero si habías tomado una decisión… habría intentado ayudarte.

—De ninguna manera. Adoras a tu hermano.

Ella me lanza una mirada fulminante. —Amo a mi hermano —corrige—. Lo admiro, pero no lo adoro. Aunque lo entiendo… pensaste que mi lealtad hacia él triunfaría sobre nuestra amistad. Espera… lo siento. Es una tontería de mi parte, suponer que teníamos una amistad. Claramente me equivoqué.

Arrugo la frente. —Mila, eso no es…

—Estuve atrapada antes en una situación de la que quería escapar —se cruza de brazos y suspira —. Estaba desesperada por una salida y nadie podía verlo. No hasta que finalmente pedí ayuda. Mi punto es que te habría ayudado si me hubieras dicho que querías irte. Que estabas decidida a

irte. Y sí, habría apreciado un adiós.

—Lo siento —sonrío con tristeza—. Entiendo si estás enojada conmigo y entiendo si quieres permanecer así para siempre. Pero, si quieres perdonarme… bueno, aquí estaré.

—Quizás nunca llegue a ese punto.

Asiento. —Supongo que tendré que lidiar con eso.

Adam golpea la superficie del agua, salpicándola por todas partes. Hartos, los cuervos se alejan, aleteando y graznando su irritación.

Mila vuelve su mirada hacia él y se suaviza casi al instante. —Es hermoso —suspira.

—Sí —murmuro—. Lo es.

—¿Cómo es? —pregunta de repente. Ella me mira—. ¿Ser madre?

Nadie me había hecho esa pregunta antes, así que me toma un momento responder. —Es… todo. Horrible, maravilloso, satisfactorio, aterrador e increíble, todo al mismo tiempo —suspiro, ese aliento rebosante de cada emoción salvaje que he tenido desde que lo vi por primera vez en la ecografía—. No es para todos, pero resulta que sí es para mí. No estoy segura de sobrevivir sin él.

—¿Por qué? —pregunta Mila.

—¿Por qué?

Asiente. —¿Qué es tan difícil? Escapaste, eres libre… Eso es lo que querías, ¿no?

Me muerdo el labio. —Sí. Eso no significa que haya sido fácil.

Resopla. —No me jodas.

Elijo no responder. —¿Cómo está Cee? —pregunto—. ¿Ustedes son amigas?

Las cejas de Mila se juntan. —Nos llevamos bien —dice, pero esa respuesta por sí sola lo dice todo.

—¿Cómo van las cosas con Dima? —intento hacer la pregunta lo más inocentemente posible, pero aun así me gano una mirada fulminante por su parte.

—Igual.

—¿En serio? —la dejo ver mi decepción—. Pero…

—Para —espeta—. No puedes simplemente continuar donde lo dejamos, ¿vale? Aún no estamos allí.

Levanto las cejas. —“Aún”. Palabra prometedora.

Ella reprime una sonrisa y niega con la cabeza. —Me voy ahora —me informa, flotando hacia la fuente donde está parado Adam.

—¡Estaré aquí! —la llamo.

—Sería genial si no lo estuvieras —dice por encima del hombro.

Me río y veo la sombra de una sonrisa en su rostro antes de que me dé la espalda y se concentre en Adam.

Miro los jardines que me rodean. El aire de la mañana es fresco y vigorizante. Todo es verde, fragante y hermoso. Y luego…

Veo una silueta a lo lejos. Está borrosa en la sombra de un árbol que se avecina, pero no necesito ver ni un solo detalle para saber quién es. Para saber lo que viene.

Celine.

TAYLOR

—Vamos, Taylor —me digo en voz baja—. No seas cobarde.

Me repito el mantra en silencio mientras trago y voy a encontrarme con mi hermana bajo la sombra del sauce llorón. Celine está de pie en el charco de sombra, viendo cómo me acerco. Mantiene las manos entrelazadas frente a ella, inmóvil.

La vieja Celine habría corrido hacia mí con los brazos abiertos. Pero esta Celine parece más reservada, más serena. Demasiado culta y elegante para que la pillen corriendo por el jardín con los brazos extendidos.

—Hola, tú —digo, deteniéndome al pie de la colina.

Ella se alza sobre mí en el empinado terraplén. Sonríe, pero es una sonrisa misteriosa que cambia con cada segundo que pasa. —Bueno —dice al fin—, ven aquí y dame un abrazo.

Subo la pendiente y la rodeo con mis brazos. En el momento en que lo hago, me olvido de la nueva mujer que está frente a mí. Se siente como mi hermana otra vez.

—Hueles diferente —las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas.

—Has estado fuera mucho tiempo —una vez más, no estoy muy segura de qué hacer con eso. ¿Está enojada? ¿Distante? ¿O simplemente neutral? No está equivocada, obviamente. Muchas cosas han cambiado desde que salí corriendo de este jardín en plena noche—. Vamos. Camina conmigo.

Se gira y deambula por el camino sin esperar a ver si la sigo. Me quedo bajo el sauce un momento, aprovechando la oportunidad para mirarla sin que me mire a cambio.

Ha perdido más peso de lo que mostraban las imágenes. Sus brazos son delgados y las puntas de su columna asoman a través de su vestido de lino. También se mueve más lento, como si pensara en cada movimiento antes de realizarlo. Supongo que regresar del borde de la muerte le hará eso a una persona.

Me lleva a una mesa en un rincón alejado del jardín. Aquí los pájaros no cantan. La mesa está dispuesta con té, café, zumos y una variedad de pasteles para el desayuno. Pero estoy mucho más centrada en Celine.

—¿Ya viste a Papá?

—Todavía no. Me han dicho que todavía duerme —se sirve una taza. Té, no café. Eso también es nuevo. Solía odiar el té—. ¿Quieres algo de beber?

Todo el ritual se siente extraño, como si estuviera haciendo de anfitriona para evitar una conversación real. —Eh, café, por favor. Negro.

Tararea como si eso le interesara, pero en realidad no dice nada. Solo sirve una taza de café negro, la sirve en un platillo y me la pasa. Luego suspira y se recuesta en su silla, con un dedo bien cuidado acariciando el borde de la mesa de hierro forjado una y otra vez. Ella no toma un solo sorbo de su bebida.

—Es tan bueno verte, Cee —espeto en el silencio extrañamente tenso—. Hubo momentos en los que pensé que nunca volvería a sentarme a tu lado.

—¿Oh? —inclina la cabeza hacia un lado—. Yo sabía que nos volveríamos a ver en algún momento. Estaba segura.

Arqueo una ceja. —¿Estabas segura?

—Ilarion estaba tan decidido —explica con un giro indiferente de su mano—. Sabía que él no los dejaría desaparecer en la noche.

Decidido. Entiendo lo que dice y no es que la palabra sea *incorrecta*. Solo no parece encajar. Es demasiado seca. Demasiado impasible. El Ilarion que me encontró en ese pequeño pueblo polvoriento estaba lleno de rabia, tristeza, miedo, mil cosas diferentes.

Celine, sin embargo… Ella *parece* seca. Parece impasible. Y tal vez eso sea exactamente lo que más me preocupa… suena demasiado tranquila. Ensayada, tal vez.

Es la palabra de alguien que oculta lo que realmente siente.

La vieja Cee hablaría conmigo inmediatamente si tuviera algún problema con algo. Pero la nueva Cee parece que me atraería a un rincón y luego jugaría conmigo antes de matarme.

—Él… él podría haberlo hecho —digo nerviosamente—. Podríamos habernos quedado en nuestro pequeño rincón. Papá no iba a hacer nada más.

—Él no podía estar seguro de eso, Tay —comenta Celine. Finalmente levanta su taza de té y prueba un poco—. Papá lo traicionó una vez antes.

Eso me sorprende… el juicio en su tono. La ligera acusación en sus ojos. Ella culpa a Papá. O tal vez sea más bien que se puso del lado de Ilarion en todo esto. En realidad, no debería sorprenderme. Ella eligió a Ilarion antes que a su familia cuando decidió quedarse con él.

—Eso fue antes, Cee —señalo—. Antes de que nosotros… Antes de que estuvieras involucrada.

Ella no frunce el ceño, pero sus cejas se juntan ligeramente. —Es difícil recuperar la confianza una vez que se rompe.

Mis palmas empiezan a sudar. Siento que está conduciendo hacia un punto. Me preocupa cada vez más que el punto sea exponerme a mí y a mis mentiras. Mis traiciones.

¿Ella sabe?

Todos en mi vida me han dicho que no podría mantener la fachada en alto por mucho tiempo. Me negué rotundamente a creerles, pero ahora, frente a su mirada fija y su compostura de glaciar, siento que me estoy desmoronando.

—Sí. Lo sé.

Toma otro sorbo de su té. —¿Croissant? —ofrece, empuja la canasta hacia mí—. Son caseros.

—¿Los hiciste tú?

Ella ríe. —¿Yo? No, claro que no. No, Maurice, nuestro chef. Adelante. Parece que te vendría bien uno. Has perdido mucho peso.

—Mira quién habla —bromeo suavemente. Tomo un croissant para tener algo que hacer con mis manos.

Sonríe y rechaza mi comentario. —Trabajo tanto que me olvido de comer.

—Te he estado siguiendo —le digo—. Tus obras de caridad, tus causas filantrópicas. Es todo tan asombroso.

—Ilarion fue quien me sugirió intentarlo. Lo hice para hacerlo feliz, pero nunca esperé enamorarme de ello como lo hice. Resultó ser la gracia salvadora de mi vida.

Su rostro se ilumina cuando habla de su trabajo. —Estoy feliz por ti, Cee. En serio.

Me da esa sonrisa suya educada y cortés. —Tenemos mucho de qué hablar, ¿no?

Asiento. —Demasiado.

Deja su taza sobre la mesa con un sutil e inquietante tintineo de cerámica sobre porcelana. —Quizá deberíamos empezar con el hecho de que, como me han dicho, ahora eres madre.

Algo tiembla en sus ojos cuando menciona el tema. Pasa demasiado rápido para que pueda captar lo que podría ser.

Se me revuelve el estómago. Sabía que esto iba a pasar, claro, pero es mucho peor de lo que esperaba. Quizá porque Celine parece tan decidida a mantenerse distante. Su rostro está perfectamente compuesto. Sus manos están cuidadosamente cruzadas sobre la mesa. Ella es la imagen de la calma.

Soy *yo* la que se está cayendo a pedazos.

—Ilarion te lo dijo.

—Sí. Pero no dijo mucho.

Siento alivio, pero es rápido y fugaz. —Yo… yo estaba embarazada cuando me fui con Papá esa noche. De hecho, te lo iba a decir en tu fiesta de compromiso. Pero…

—Se armo la podrida.

Logro una risa suave. No porque algo sea gracioso; simplemente me siento incómoda. —Exacto. Y después nunca hubo realmente oportunidad de decírtelo.

—Por supuesto. Tiene sentido.

Trago y me duele. Me está mirando, esperando que le cuente el resto de la historia. —Em… no hay nada más, en realidad —ahora que estoy metida en esto profundamente, es sorprendentemente difícil mentir—. Fue una aventura de una noche. No supe el nombre del chico. Nunca le di el mío. Sucedió, tomamos caminos separados y unas semanas después descubrí que estaba embarazada.

—Increíble —suspira—. ¿No preguntaste su nombre? Antes de que… ya sabes.

—Supongo que me estaba rebelando un poco.

Golpea con una uña el borde de su platillo. —Ojalá me lo hubieras dicho.

—Cuando supe que estaba embarazada, anunciaste tu compromiso. No quería robarte el protagonismo.

—Ay, por favor —dice con un gesto de la mano y un ligero giro de los ojos—. Ciertamente podemos compartir el centro de atención, ¿no? Siempre hay lugar para las dos. Nunca entendí por qué siempre sentiste que necesitabas hacer espacio para mí.

—Bueno, tú me hacías espacio cuando éramos pequeñas —le recuerdo—. Siempre estuviste ahí para mí. Te perdías fiestas y esas cosas solo para quedarte en casa y pasar el rato conmigo cuando estaba enferma.

—Quería hacerlo —dice simplemente—. No fue un sacrificio. Me encantó hacerlo. Eres mi hermanita.

Por un momento, esa máscara de acero se quiebra y vuelvo a ver a *Celine*. Mi Cee. Puede que ahora sea diferente… más culta, más controlada, más segura de sí misma… pero en el fondo sigue siendo mi hermana. Y eso me da esperanza.

—Por eso no te lo dije. Porque eres mi hermana mayor y, por una vez, quise devolverte el favor.

Ella frunce los labios y luego extiende su mano sobre la mía. Por un segundo, el gesto me transporta algunas décadas atrás, a cuando éramos niñas y solíamos atesorar nuestros secretos como si fueran tesoros y compartir la recompensa después de acostarse.

—Para ser sincera, habría preferido que me lo dijeras —dice—. Podría haber compartido la experiencia contigo.

¿Por qué suena tan jodidamente triste cuando dice eso? Casi como si le hubiera negado algo que anhelaba.

Pero luego niega con la cabeza y la melancolía pasa. —Así que Papá es abuelo, ¿eh?

—Es bueno en eso —digo con un suspiro feliz—. Adam lo ama hasta la muerte.

—Adam —dice, riendo suavemente—. Eso es gracioso.

—¿Qué?

—¿No te acuerdas? Pasaste por una fase en la que llamabas a todo Adam. Nuestro hámster, la maceta de nuestro dormitorio, la muñeca de tela que te regaló tía Marianne cuando cumpliste tres

años.

Mis ojos se agrandan. —No recuerdo eso en absoluto.

—Lo superaste —Celine se encoge de hombros. La miro fijo y me doy cuenta de cuántos recuerdos tiene de mí que yo no tengo—. A veces, no estoy segura de recordar cosas porque realmente las recuerdo o porque Mamá me contó ciertas historias con tanta frecuencia que las convertí en mis recuerdos para que coincidieran con los suyos.

No quería mencionar a Mamá, pero aquí estamos. Y es necesario hablar de algunas cosas. Procesarlas.

—Sigue siendo extraño, ¿no? No tenerla cerca.

Celine cierra los ojos. Bajo el sol oblicuo, puedo ver las pinceladas de su maquillaje, perfectamente contorneadas a lo largo de esos pómulos demasiado delgados.

—Es más extraño no haber estado en su funeral —susurra, con los ojos todavía cerrados—. En cierto modo, nunca pude aceptar verdaderamente su muerte por eso. Nunca obtuve el cierre.

—¿Has ido a su tumba?

—Ilarion me lleva todos los años —se me encoge el pecho al pensar en ellos cogidos de la mano junto a la tumba—. Veo su lápida, veo el grabado y… solo no siento una conexión con eso. En realidad, no creo que ella esté ahí abajo, escuchándome.

—No lo está —le aseguro—. Ella está en un lugar mejor. En algún lugar más cálido, más soleado, libre de cáncer, bebiendo cócteles y sonriéndonos desde arriba.

Para mi sorpresa, Celine frunce el ceño. —Ay, Dios, espero que no. Estaría muy triste si viera lo que nos pasó. Lo único que quería para nosotras era que estuviéramos ahí la una para la otra, apoyándonos mutuamente. Pero hace años que no nos vemos, Tay.

Mi corazón golpea con fuerza contra mi pecho. Por un momento, es muy tentador decirle que me fui por ella. Para que pueda tener lo que se merece.

—No quise abandonarte…

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —lo espeta tan rápido que siento el latigazo—. Podrías haberte quedado. Podrías haber convencido a Papá de quedarse. Entiendo que no le guste Ilarion, pero ni siquiera le diste una oportunidad.

Ay, Dios…

Si tan solo ella supiera.

—Celine…

—Ni siquiera nos diste la oportunidad de tener una conversación. ¿Ya lo sabes todo, seguramente?

—Por supuesto.

Creo.

Asiente. —Ilarion me prometió hace mucho tiempo que no tomaría represalias contra Papá por lo que hizo. Él no rompe sus promesas. Puede parecer un hombre duro en la superficie, pero en el fondo es bueno.

—Bueno, ya estoy aquí —digo, disculpándome—. Quiero conocerte de nuevo. Quiero conocer tu vida. Quiero ser parte de ella.

Se queda ahí entre nosotras, todos los secretos que no nos estamos contando. No quiero mencionar el intento de suicidio hasta que ella lo mencione, pero lo tengo en la punta de la lengua. Las preguntas… el miedo… las razones detrás de todo.

Su sonrisa se vuelve cuidadosa, casi reservada, y me sorprende que nunca antes había visto a Celine sonreír así. Nunca ha sido una persona calculada. Solía ser un libro abierto.

Pero tal vez no la conozco tan bien como pensaba.

Quizás *nunca* la conocí tan bien como pensaba.

O tal vez… elegí creer lo que quería.

TAYLOR

—¿Dónde está?

—Con Mila, junto al bebedero para pájaros —digo—. ¿Te gustaría conocerlo?

Celine se tensa al instante, como si le hubiera sugerido algo mucho más controvertido que solo saludar a su sobrino por primera vez. Sus ojos se nublan y mira hacia la fuente.

—Me encantaría —dice, aunque su tono me parece extraño—. Pero ¿qué tal si primero damos un paseo por los jardines?

Desconcertada, asiento. Deja su taza de té aún llena y regresa al corazón del jardín. La sigo mientras gira a la derecha hacia un camino sinuoso construido con azulejos rotos unidos como un mosaico.

—Ese primer año pasé mucho tiempo en estos jardines —explica en voz baja—. Solía hacer mi fisioterapia aquí porque era mejor que mirar las paredes en blanco todo el día. Tuve suficiente de eso durante mi reposo en cama.

—Debió haber sido un momento horrible para ti.

Ella me mira. —Era difícil no sentirme abandonada.

Me estremezco. —Lo lamento.

Se detiene abruptamente y su vestido ondea a su alrededor con la suave brisa. Parece un fantasma flotando entre las flores. Algo etéreo. No del todo real.

Comparada con ella, me siento torpe, terrestre, sujeta a la gravedad. Demasiado real, humana y tonta.

—No creo que *en realidad* lo lamentes, Taylor —dice—. Estabas viviendo tu vida. Siendo madre —sus ojos brillan de ira y su cuerpo se tensa—. Me quedé atrás, sola, tratando de navegar por una vida completamente nueva sin mi familia a mi lado.

Trago el sabor acre de la ira. —Cee, ¿puedo preguntarte algo?

—No parece que me vaya a gustar la pregunta.

Suspiro. —Puede que no. Pero para que lo sepas, te lo pregunto porque tengo curiosidad. No

porque planeo juzgarte.

Ella asiente. —Adelante.

Frunzo los labios para pensar las palabras, luego exhalo una bocanada de aire. —¿*Por qué* te quedaste? Entiendo que pensabas que estabas enamorada de Ilarion, pero… lo conocías hace tan poco. Y viste lo que él… lo que su vida, su mundo, le hizo a Mamá.

Su frente se arruga. —"Pensabas que estabas enamorada…"

—¿Disculpa?

—Es lo que acabas de decir —da un paso agresivo hacia adelante y su voz se hiela—. ¿Dudas de que lo amo? ¿Incluso ahora?

—¡No, por supuesto que no! Yo solo…

—La gente asume que el amor es algo que llega con el tiempo. Pero no siempre es así. A veces, el amor puede golpearte en la cara. Sin previo aviso, sin guardarse nada.

Ella respira hondo y se gira para mirar las colinas de la propiedad. El viento coquetea con el dobladillo de su vestido, jugueteando con él alrededor de sus piernas en ondas bajas y perezosas. Me quedo quieta, silenciosa y estúpida, sin la menor idea de qué diablos se supone que debo hacer a continuación.

Celine se aparta el cabello de los ojos y suspira. —Me llevó mucho tiempo recuperarme del coma. Tenía llagas graves, infecciones urinarias y coágulos de sangre en las piernas. Pero lo que le hizo a mi cuerpo no fue nada comparado con lo que le hizo a mi mente —me mira—. Me sentí horrible en ese entonces. Avergonzada de mí misma. No quería que me vieran. Pero él nunca me hizo sentir mal. Me cuidó como si fuera lo más preciado del mundo.

Todo lo que dice me da ganas de llorar de gratitud y de angustia. Nunca pensé que fuera posible sentir dos cosas contradictorias a la vez, cuando ambas siguen siendo válidas. Esa es la naturaleza de este triángulo amoroso retorcido y enfermizo en el que estamos… un triángulo amoroso del que Celine ni siquiera es consciente de formar parte.

—Cee… —ella no me ha mirado a los ojos desde hace un tiempo—. ¿Hay algo que no me estás diciendo?

Me mira con una ceja levantada. —No lo sé, Taylor. Tal vez. Nos hemos distanciado. Ya no es tan natural como solía ser entre nosotras.

—Pero puede serlo —insisto, doy un paso adelante y tomo su mano—. Puede serlo. Solo háblame.

—¿De qué te gustaría que hable?

—De lo que sea que te hace ver tan triste.

Lo lamento en el momento en que la palabra sale de mi boca. Sobre todo, por la forma en que Celine me mira cuando lo digo. Como si de alguna manera la decepcionara haberme revelado demasiado. Por supuesto, solo estoy especulando. No tengo idea de lo que piensa en este momento. Se ha convertido en un misterio a lo largo de los años.

Solo yo tengo la culpa de eso.

—No estoy triste, Taylor —objeta—. Estoy contenta. Tomé mis decisiones y, aunque no resultaron exactamente como las había imaginado, todavía tengo esperanza.

Asiento. —Me alegra escucharlo.

Oigo la risa estridente de Adam desde el otro lado del jardín. El corretear de sus pies. Los pájaros cantan por aquí, me doy cuenta. En comparación, el rincón del jardín donde estábamos sentadas era un cono de silencio.

—¿Quién lo habría pensado? —Celine se ríe suavemente—. Mila es buena con los niños —se vuelve hacia mí—. *Sí* tengo muchas ganas de conocer a Adam. Por favor, no interpretes mi reacción como desinterés. Es solo que… he querido un bebé desde hace mucho, mucho tiempo. Supongo que fue un poco desconcertante descubrir que tenías un hijo sin siquiera haberlo intentado. Todo lo que he hecho es intentarlo.

—Ay, Cee…

Me acerco a ella, pero se aleja de mi alcance. —Sin embargo, Ilarion me dará lo que quiero —dice—. Eventualmente.

Sus palabras son vagas, pero solo hay una cosa que posiblemente pueda significar.

Están intentando tener un bebé.

Han estado *intentando tener un bebé.*

A primera vista, no parece una traición. Pero, de alguna manera, así es exactamente cómo se siente.

Trago saliva y fuerzo una sonrisa en mi cara. —Serás una madre increíble, Cee. Siempre lo supe.

Ella sonríe con tristeza. —Vi cómo era una buena madre. Lo experimenté de primera mano.

Mis ojos vagan. Al cielo, a los setos, de vuelta a Celine. Luego, miro hacia abajo y lo veo: las finas cicatrices en sus muñecas.

Respiro hondo. Sus ojos siguen mi mirada y se cubre la muñeca con la mano tímidamente.

—Celine…

—No es nada.

—¿Nada? —repito con incredulidad—. Eso no parece nada.

—No es nada. Fue hace mucho tiempo.

—¿Cuándo? —grazno, todavía demasiado asustada para siquiera pronunciar las palabras reales —. ¿Por qué?

Sus ojos se nublan y vuelve su rostro hacia mí otra vez. Lo mantiene en la distancia cuando finalmente habla. —Seis o siete meses después de que tú y Papá se fueran —murmura—. En cuanto a por qué… eso es más complicado —gira hacia el camino y me hace un gesto para que la

siga—. Y no estoy dispuesta a hablar de eso ahora.

—¿Fue Ilarion? —pregunto—. ¿Fue algo que dijo? ¿Algo que hizo?

Me mira por encima del hombro. —Ilarion nunca fue más que honesto conmigo —dice—. Yo fui quien no pudo soportar esa honestidad.

Arrugo la frente. Si no le habló de nosotros, de Adam, ¿qué tan honesto fue exactamente para que ella sintiera que el suicidio era la única salida? Y, fuera lo que fuera, si la muerte hubiera sido su opción, si esa hubiera sido su única solución…

Me hace pensar que ocultarle la verdad fue la mejor decisión que tomé en mucho tiempo.

TAYLOR

Cuando salimos del laberinto, veo a Mila y Adam al otro lado del césped. Los dos están pateando una pelota de un lado a otro.

—¡Adam! —llamo, aunque mi cabeza da vueltas con nuevas dudas—. Ven aquí. Hay alguien que quiero que conozcas.

Corre hacia mí y rápidamente se esconde detrás de mi espalda cuando nota a Celine parada allí. —¿Adivina qué, chiquillo? —digo con la voz más tranquila que puedo reunir—. Esta es tu tía Cee.

Sus ojos se agrandan. —¿Le has hablado de mí?

—Por supuesto —digo—. Le conté un montón de historias sobre ti y Mamá. ¿No es así, amiguito?

Él mira a mi alrededor y la mira. Ella lo mira tentativamente, pero puedo ver que su sonrisa se ilumina. Se levanta el vestido y se arrodilla en el césped frente a él.

—Hola, Adam. Estoy tan feliz de conocerte.

—Me gusta tu jardín —murmura con timidez—. Y la fuente.

Ella sonríe. —Me alegro. Lo instalé hace años cuando me di cuenta de que los pájaros no tenían un lugar donde venir y relajarse.

—Me gustan los pájaros.

—A mí también —dice—. Pero no me gustan las jaulas. Por eso los mantengo afuera.

Ella no le habla como si fuera un niño. Ella le habla como un adulto y, poco a poco, él se aleja sigilosamente de detrás de mí.

—¿Quieres ver el resto de los jardines? —pregunta. Él asiente y ella le tiende la mano—. ¿Quizás podamos dar un paseo y te lo puedo mostrar?

Él asiente de nuevo. Su cabeza salta como un muñeco y Celine se ríe. Me doy cuenta de que es la primera vez que la oigo reír desde que regresé. Suena diferente. Un poco más suave, un poco más pesado, un poco más consciente de sí misma.

Entonces, Adam mira más allá de ella y su rostro se ilumina. —¡Abuelo! —grita—. ¡Estás despierto! ¡Tienes que ver el bebedero para pájaros!

Sale corriendo y salta del césped a la terraza y a los brazos de Papá en cuestión de segundos. Celine se endereza y los mira a los dos. Me pregunto qué estará sintiendo ahora mismo, porque por mi vida, no puedo averiguarlo.

Tampoco yo sé lo que yo estoy sintiendo.

—Abuelo —Adam nos señala—. ¡Mira! Es la tía Cee, de mis cuentos de dormir.

Yo sonrío. Debe sentirse un poco como un cuento de hadas que cobra vida para él. Celine siempre ha sido solo un personaje de una historia y nada más.

Celine avanza mientras Papá baja de la terraza para encontrarse con ella. Miro hacia el lado donde está Mila con la pelota. Ella me da un pequeño asentimiento y desaparece dentro de la casa para darnos algo de privacidad.

—Hola, Papá —dice Celine con frialdad—. Te he extrañado.

Las lágrimas brotan de los ojos de Papá. —Ay, cariño… —es todo lo que dice antes de tomarla en sus brazos y abrazarla fuertemente.

Parpadeo para contener las lágrimas y trato de descubrir cómo Celine puede permanecer ahí y mantener sus emociones bajo control. Solía llorar en un abrir y cerrar de ojos. Y ahora… nada.

Me pregunto si la vida y la realidad la enfriaron. Si la naturaleza de lo que la dejé sufrir sola la obligó a ser más dura.

O si quizá todo es una cortina de humo, secretos ocultos que aún tengo que descubrir.

No estoy segura de lo que digo para excusarme; solo murmuro algo tonto y me escabullo. De todos modos, nadie me está prestando atención. Adam ha vuelto a correr por el jardín. Cee y Papá están sentados en la terraza, hablando.

¿Yo? *Yo estoy enloqueciendo.*

No sé lo que esperaba. Pensé que me había preparado para volver. Pero aparentemente solo había evitado pensar en cómo sería. Algo que, según estoy aprendiendo ahora, me lleva a una hiperventilación nerviosa en una habitación vacía de una casa que es demasiado grande, demasiado elegante y demasiado llena de Ilarion Zakharov para ser segura para mí.

—¿Señora?

Salto y grito.

La doncella que habló retrocede alarmada. —Ay, lo siento mucho, señora. No quise asustarla. Solo vine a limpiar.

—No, no, está bien. Lo lamento. Yo… yo solo estaba… subiendo las escaleras. Discúlpame.

Paso corriendo junto a ella lo más rápido que puedo sin correr. En el momento en que despejo la habitación, siento que mi mente se queda en blanco nuevamente. Es un mecanismo de defensa… no puedes pensar en cosas malas si, en cambio, simplemente no piensas en nada en absoluto.

Pero eso no dura para siempre.

Tan pronto como la adrenalina disminuye, el terror vuelve a subir a mi garganta como una marea roja. El plan es llegar a mi habitación, pero mis rodillas ceden en algún punto entre el rellano y la puerta. Termino sentada en el suelo del pasillo, con los brazos alrededor de las rodillas, balanceándome hacia adelante y hacia atrás. Respiro hondo, pero eso no ayuda.

Ay, Dios… ay, Dios… ¿por qué volví? Todo esto fue un gran error. Entré en un nido de víboras con la garganta descubierta y las manos abiertas. Ahora se abalanzan sobre mí y me sacan pedazos… todos los errores que cometí vuelven a casa para hacerse cargo.

Cuando noto pasos, ya es demasiado tarde para alejarme. Tengo el tiempo justo para girarme hacia un lado antes de verlo.

Ilarion parece mucho más alto desde donde estoy acurrucada en el suelo. Esos penetrantes ojos azules se posan sobre mí con amenazadora curiosidad.

—Vete —grazno.

Él levanta una ceja. —Esta es mi casa.

—No me importa —me quejo—. Vete.

Hace lo contrario de lo que le pedí. Se pone en cuclillas frente a mí. —¿Qué está pasando?

—"¿Qué está pasando"? —resoplo—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Del tipo obvio —responde inclinando la cabeza—. Estás acostada en mi suelo en posición fetal.

—Hay suficiente espacio para que pases.

—No hasta que me digas qué está pasando. ¿Mila dijo algo?

—Esto no tiene nada que ver con Mila —mantengo mi mirada desviada. *¿Por qué diablos no pude arrastrarme el resto del camino hasta mi habitación?* Mis mejillas arden de color, pero no tengo más remedio que ignorarlo y fingir que no estoy haciendo el ridículo en este momento.

—¿Celine, entonces? —me estremezco, delatándome, y él asiente—. Ah. Ustedes dos se han estado poniendo al día.

—¿Puedes irte, por favor? Dile a la criada que limpie a mi alrededor si todavía estoy aquí cuando venga.

—¿Necesitas ayuda para volver a tu habitación?

—Necesito que te vayas.

Lo oigo suspirar con cansancio y siento el cálido roce de su exhalación sobre mi piel. —Pedir ayuda no te hace débil, Taylor.

—No me importa pedir ayuda. Simplemente no quiero ninguna ayuda de *ti*.

Se eriza por un momento. Sus ojos hierven con esas mil y una emociones que se niega a liberar.

Luego asiente, se echa hacia atrás y se sienta en el lado opuesto del pasillo, frente a mí.

Maravilloso.

—Me sentaré aquí hasta que empieces a hablar.

El sol brilla a través de un tragaluz en lo alto. Toca mi pie y el de Ilarion donde permanecen uno cerca del otro en el corredor del pasillo. El resto de nosotros está bañado por sombras nítidas.

—Ella se cortó las venas —quería que saliera mucho más acusador, pero estoy emocionalmente agotada. Suena tan triste como me hace sentir.

Él asiente lentamente. —Me sorprende que te lo haya dicho.

—No me lo dijo —suspiro y cierro los ojos ante esa imagen que no puedo borrar de mi mente—. Vi las cicatrices.

—Ah.

Su falta de respuesta emocional, como siempre, me irrita. —Intentó. Cortarse. Las venas. ¡Mi hermana intentó suicidarse, Ilarion! Eso merece más que un "Ah".

Él frunce el ceño. —Te lo conté. No es que no estuvieras preparada.

—Simplemente asumí que se había tragado un montón de pastillas —admito.

—¿Cuál es la diferencia?

—¿La diferencia? —jadeo, empujándome más erguida—. La diferencia es que tomó algo afilado y literalmente intentó abrirse la carne. Ese tipo de cosas es desesperante. Eso es tocar fondo.

—¿En cambio las pastillas son una opción agradable y suave? La muerte es muerte, Taylor, no importa cómo decidamos afrontarla.

Me estremezco. Tiene sentido, pero sentido es lo último que quiero en este momento. —No es tan violento.

—No, no lo es —coincide—. Pero actúas como si esto hubiera pasado ayer, *tigrionok*. Fue hace años. Ha desaparecido de la mente de todos. Incluyéndola.

Sacudo la cabeza. —¿Por qué? —digo con voz áspera—. ¿Por qué lo hizo?

—¿Le preguntaste? —cuando asiento, él también asiente—. Es lo que pensé. Y, si ella no te lo dijo, no lo haré por ella.

—Ilarion…

—Me has pedido que le oculte secretos —me recuerda—. ¿Qué te hace pensar que ella no me pidió la misma promesa?

Eso me detiene en seco. Como un hilo de agua fría corriendo por mi espalda. Una cruda puñalada de realización. —Ella es tan… diferente.

—Sí, lo es. Eso no es malo.

—Sí, lo es —respondo—. Solía ser mucho más abierta, despreocupada y… y… simplemente *ella misma*. Solía mostrar abiertamente sus sentimientos. Ahora es como si todo lo que dice y hace estuviera ensayado. Es como una marioneta, y no tengo ni puta idea de quién mueve los hilos.

—Quizá eso sea solo para tu beneficio.

Me estremezco. —Se suponía que debías mantenerla a salvo.

—Y lo hice —casi pone los ojos en blanco—. Está viva hoy porque impedí que dos asesinos le metieran una bala en la cabeza. Está viva hoy porque la encontré en esa bañera antes de que se le vaciara demasiada sangre de las venas. Te perdiste muchas cosas cuando corriste, Taylor. No me sentaré aquí y llenaré los espacios en blanco solo para que te sientas bien sobre tus decisiones. Dudo que Celine lo haga. Seguimos adelante.

No puedo entender la forma en que hablan el uno del otro. No suena a amor, pero quizás así es como se aman dos tiburones. No suena a matrimonio, pero tal vez así es como se casan un *pakhan* y su esposa.

—Ella quiere un bebé —suelto antes de poder pensar realmente en lo que estoy diciendo.

El único signo de su sorpresa es el ligero arco de una ceja. —¿Ella te dijo eso?

Asiento. —También me dijo que están… intentándolo.

Tropiezo con la última palabra, como una idiota, traicionando toda la vergüenza y los celos que se agitan en mi pecho. Los ojos de Ilarion se clavan en los míos. Él lo ve todo, estoy segura. Siempre lo hace.

Sacudo la cabeza y aprieto la mandíbula hasta que pasan las ganas de llorar. —No es asunto mío, pero…

—Tienes razón —gruñe—. No lo es.

Aprieto los dientes y la actitud defensiva sube a mi garganta como bilis. —¿Por qué me trajiste aquí, Ilarion? —pregunto al fin—. Aquí no hay lugar para mí. Lo tienes todo. Tienes una hermosa casa, una hermosa esposa… y pronto tendrás una hermosa familia. ¿Por qué no pudiste dejarme a Adam?

—Porque él no es solo tuyo. Y no soy el tipo de hombre al que le parece bien reemplazar un niño por otro.

—Nos trajiste aquí con la esperanza de que la verdad saliera a la luz, ¿no es así?

Se encoge de hombros, sin confirmar ni negar. —En mi experiencia, la verdad siempre sale a la luz. Benedict Bellasio es un excelente ejemplo. Es posible que haya podido esconderse durante todos estos años. Pero no puede esconderse para siempre.

Me obligo a ponerme de pie. Ilarion hace lo mismo. —No me importa un carajo Benedict Bellasio. Lo único que me importa es mi hermana, y claramente ella no está en el estado de ánimo adecuado para poder manejar la verdad.

—La estás subestimando.

—No, tú *esperas* que así sea. Porque eso significa que puedes arruinar su vida sin sentirte culpable. ¡Intentó quitarse la vida! Me niego a ser la razón por la que vuelva a intentarlo.

—¿Cuál es la alternativa, Taylor? —pregunta, da un paso hacia mí. Incluso cuando estoy de pie, él se eleva sobre mí y bloquea toda la luz, literal y figurativamente. Pero estoy dispuesta a mantenerme firme. Estoy lista para arrancarle los ojos si es necesario.

Simplemente no estoy lista para que él desafíe mi verdad.

—¿Vas a pasar el resto de tu vida mintiendo? ¿Escondiéndote? ¿Fingiendo que no sientes nada por mí?

ILARION

Su rostro se contrae y sus mejillas tiemblan de indignación.

Pero supe desde el momento en que la vi en ese restaurante: esta será una batalla cuesta arriba. La mujer tiene el tipo de terquedad que podría rivalizar… bueno, la mía.

—No tengo sentimientos por ti —espeta.

—Muy convincente —casi podría reírme si no estuviera tan irritado—. ¿Practicas eso frente al espejo? ¿O es solo un eco constante en tu cabeza?

—Que te jodan —ella intenta pasar a mi lado con un empujón en mi pecho.

La agarro del brazo y entro en su espacio, forzándola contra la pared y inmovilizándola allí con mis caderas. —¿Huyendo de nuevo, Taylor?

—Suél. Ta. Me —sus ojos verdes bailan con furia. Nunca pareció más viva. Es un alivio ver cómo se reaviva el fuego en su alma… por un tiempo, me pregunté si su nueva vida lo habría apagado. Pero aquí está, recuperando su antiguo esplendor, y verlo me hace suspirar de alivio. Estoy orgulloso de ser la cerilla.

Simplemente no voy a decirle nada de eso.

—¿Qué te hace pensar que te pondré esto fácil, Taylor? —murmuro—. Cogiste a mi hijo y corriste. No te traje de regreso para olvidar que algo pasó.

—Cee…

—Es una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones. Igual que tú. Deja de actuar como si fuera una maldita niña.

Sus ojos brillan de pánico. —Me prometiste…

—Puedo cambiar de opinión.

—Ella parece pensar que eres un hombre de palabra. Odiaría pensar que se equivoca —Taylor se estremece y deja que sus párpados se cierren—. Decírselo nunca fue el plan. No sé qué pasa exactamente entre ustedes, pero sé que se preocupan el uno por el otro.

—Sí me preocupo por Celine —lo admito—. Nunca dije que no.

Es cierto. Fue inesperado, pero Celine me agradó. Ella es familia, y eso significa protegerla incluso de sus propios parientes.

—Honestamente, no puedo comprender a ninguno de los dos. ¿Están perdidamente enamorados y simplemente en negación? ¿O son extraños que comparten cama? ¿Tienen algún tipo de acuerdo extraño que nadie conoce?

—Tal vez lo tengamos.

Es infantil jugar con sus emociones de esta manera… soy jodidamente consciente. Pero durante cinco años me quedé despierto por las noches deseando poder hacer que Taylor sintiera una fracción de lo que yo sentí en su ausencia. Quería que supiera lo que se sentía hacer agujeros en cada pared por la que pasaba. Quemar un depósito de Bellasio tras otro, porque la única manera de desahogar mi ira y mi dolor era destruyendo cosas y verlas desmoronarse hasta convertirse en cenizas.

Quería que ella supiera que la amaba y que la extrañaba. Me imaginé encontrándola y diciéndole esas cosas, así sin más.

Pero ahora que ella está aquí… solo quiero que ella agonice conmigo.

—Celine nunca aceptaría un "acuerdo" —dice con confianza.

Sacudo la cabeza. —Tú misma lo dijiste, Taylor: Celine cambió. No la conoces tan bien como quisieras.

—Nadie cambia *tanto*.

No puedo evitar sonreír. Soy lo suficientemente testarudo como para hacer sufrir a Taylor conmigo. Pero es lo suficientemente terca como para seguir fingiendo que no quiere hacer la pregunta que arde dentro suyo.

¿Qué significa ella para ti?

—Sigue diciéndote eso. No es que tú te hayas convertido en madre ni nada por el estilo. Eres exactamente la misma persona que eras hace años, ¿verdad?

Mi mordaz sarcasmo la congela en seco. Está tan cerca que puedo oler la especia de manzana y canela en su cabello. Incluso puedo oler a Adam en ella.

—Los intentos de asesinato —susurra de la nada. Se siente como si quisiera seguir hablando solo para evitar sentir lo que obviamente hay entre nosotros—. ¿Fue Benedict?

—No, fue otro italiano trastornado al que cabreé —si vuelvo a poner los ojos en blanco, me quedaré ciego—. Sí, por supuesto que fue Benedict.

—No seas gilipollas. No eres exactamente el Sr. Cálido y Tierno —sisea—. Cualquier cantidad de personas podría querer vengarse de ti. O simplemente podrían querer tu dinero. Tus casas. Tu esposa.

—Nadie más se atrevería. Benedict, sin embargo, ya no tiene nada que perder.

—Pero ¿por qué Cee?

—¿Bromeas? ¡Era mi prometida! Y era la más vulnerable. Sobre todo, porque insistió en volver a su apartamento —golpeo la pared con la mano para no cerrar el puño. Joder, estas mujeres saben cómo meterse bajo mi piel y picar—. Ustedes dos definitivamente tienen eso en común, ¿sabes? Jodidamente tercas como el infierno, incluso cuando es estúpido.

Taylor frunce el ceño. —Espera… ¿por qué volvió a su apartamento?

Me alejo de ella. —Regresó por un corto tiempo justo después de su intento de suicidio —empiezo a caminar por el pasillo, sabiendo que me seguirá.

—¡Ilarion! —me llama, corriendo detrás de mí—. ¿Por qué se mudó?

No miro atrás. —Pregúntale a ella.

—Te lo estoy preguntando *a ti* —insiste con los dientes apretados.

Cuando no respondo, ella extiende la mano y me agarra del brazo. Dejo que me gire, pero, incluso cuando estamos cara a cara, no suelta mi mano.

—¿Qué no me estás diciendo? —exige.

—La mejor pregunta es, ¿qué no te está diciendo Celine?

Escucho pasos y la cabeza de Taylor se levanta junto con la mía. Deja caer mi brazo como si ardiera y, un segundo después, una de las criadas dobla la esquina con una aspiradora en la mano.

—Disculpe, señor —dice—. Señora. Volveré más tarde.

Ella desaparece por el pasillo contiguo. Las mejillas de Taylor están llenas de color. Incluso su pecho está rosado.

—¿Por qué te ves tan culpable? —no puedo evitar burlarme. Es un poco de venganza por el tormento que me hizo pasar.

Trata de parecer indignada cuando me mira, pero en su mayor parte solo parece frustrada. —Yo solo… no quiero que Cee sepa que estamos… estamos…

—¿Teniendo reuniones clandestinas en pasillos vacíos?

—¡No! —grita—. Que estamos más… *familiarizados* el uno con el otro de lo que deberíamos.

—Joder, Taylor. Sabe que te quedaste en el Diamante durante semanas mientras ella y Archie eran rehenes. Sabe que tenemos historia. Sabe que nos hicimos cercanos.

—Pero, ¿qué tan cercanos?

—Bueno, omití la parte en la que te follé los sesos.

Retrocede. —No digas eso tan alto. Y tan…vulgar.

—¿Así será a partir de ahora? —presiono—. ¿Saltas sobre tu propia sombra porque tienes miedo de que tu hermana se entere de que tus sentimientos por mí no son estrictamente familiares?

—No son ni remotamente familiares —sisea—. Te *aborrezco*.

La apoyo contra la pared de nuevo. —¿Es la negación realmente tan adictiva? Sé que tienes que mentirle a Celine, pero ¿qué sentido tiene mentirme a mí? ¿A ti misma?

—¿Qué quieres? —hay un tono entrecortado en su voz, que tira de algo pegado a mi corazón. *Irritante*—. ¿Qué quieres de mí?

—Para empezar, quiero que seas honesta contigo misma. Quizás entonces puedas ser honesta conmigo.

—Y luego, ¿qué? —pregunta—. Si digo que no siento nada por ti, te negarás a creerme. Si digo que sí, no cambia nada. Seguirás siendo mi cuñado. Y me niego a traicionar a mi hermana.

—¿En qué se diferencia lo que estás haciendo ahora?

—¿Disculpa?

—Ahora le mientes, le ocultas secretos, la engañas… ¿no es un tipo diferente de traición? Para ser honesto, es jodidamente manipulador. Si crees que estás siendo una heroína, tengo malas noticias para ti.

Taylor reacciona como si acabara de darle una bofetada. Alguien realmente tiene que hacerlo; simplemente no seré yo. Soy un gilipollas, no un villano.

—No me hagas pasar por la mala aquí —gime—. No volví aquí porque quisiera.

—¿Te gusta dar vueltas en círculos, Taylor? —pregunto, empujo mi pecho contra el suyo—. ¿O simplemente disfrutas de marearme?

—Por favor, Ilarion…

—¿Qué estás suplicando, *tigrionok*?

Que Dios me ayude, me gusta este tipo de tentación. *Prefiero* este tipo de tentación. Es la forma en que se queda sin aliento, sus pestañas se agitan y su labio inferior se frunce. Miro ese labio, resistiendo el impulso de morderlo.

Odio que me nieguen lo que quiero. Estoy más acostumbrado a solo tomarlo.

Taylor parpadea de nuevo y aparta la mirada por un momento. —Para… para…

Sus ojos se encuentran con los míos y, aunque abre la boca, no sale nada. Ella cierra la boca con fuerza y yo levanto los dedos hasta sus labios.

Sus labios tiemblan bajo mi toque. Su pecho sube y baja con respiraciones pesadas. Estamos atrapados entre el presente y el pasado, tratando de encontrar un terreno sólido donde no lo hay.

—Ya que pareces incapaz de decir la verdad, déjame hacerlo por ti —murmuro—. No te traje aquí solo para poder recuperar a mi hijo. Se trataba de algo más que Adam. Te traje aquí como castigo. Te fuiste; huiste de mí; me traicionaste. Y juré que te encontraría y te llevaría a casa. Juré que te castigaría por lo que hiciste.

Ella es muy rápida en asumir todo lo malo, así que sé con certeza que piensa instantáneamente en su padre. En lo que les hago a los traidores.

Y tiene razón, al menos un poco. Me encanta jugar con mi comida.

Traga con fuerza. —¿Qué me vas a hacer?

Miro fijamente sus suaves ojos verdes. Están llenos de incertidumbre ahora. Tensión nerviosa que no sabe a dónde ir. *Bien.*

Por eso doy media vuelta y la dejo a mi paso. Todo lo que le ofrezco es una sola frase, lanzada casualmente por encima de mi hombro al salir.

—Supongo que tendremos que verlo.

ILARION

Estoy de camino al estudio cuando Celine sale de la sala de estar que da a la piscina. Lleva su combinación de seda color marfil favorita, aquella con la que solía imaginar a Taylor.

Me toma por sorpresa abrazándome. Me lleva un segundo devolverle el abrazo.

—¿Qué está sucediendo? —pregunto. No es propio de Celine ceder ante estallidos repentinos de emoción. Al menos, ya no.

—Solo quería agradecerte —dice con una pequeña sonrisa—. Por traerlos de vuelta —me suelta, pero toma mi mano—. Debiste haberme dicho que todavía los buscabas.

Me encojo de hombros con rigidez. —No quería hacerte ilusiones.

Su sonrisa se hace un poco más amplia. —A veces pienso que no te merezco.

Antes de que pueda descubrir cómo carajo responder a eso, escuchamos a Adam reírse desde la piscina y su cabeza gira en la dirección del sonido.

—Soy tía —dice con nostalgia.

—Es un niño dulce.

—Es maravilloso —su voz es suave y amorosa. No soy un tonto, pero lo entiendo. Adam tiene ese efecto en la gente. Yo no soy una excepción—. Un verdadero rompecorazones. Y él y Mila ya son como carne y uña. No vi venir *eso*.

—¿Dónde está el viejo? —pregunto.

Su sonrisa se convierte en un ceño fruncido. —Mi *padre* está sentado en la terraza, viendo a Adam en la piscina —no me pierdo el ligero regaño en su voz, un sutil recordatorio de que debo mostrar respeto por su familia. Supongo que es justo. Al menos por su bien—. ¿Y espero que el hecho de que él esté aquí signifique que decidiste dejar lo pasado en el pasado?

Cuando dudo, me aprieta la mano y me lleva a la habitación contigua. Todavía está abierto al jardín, pero la piscina está oculta a la vista.

—Me hiciste una promesa —me recuerda en voz baja.

Joder, ¿qué pasa con estas mujeres? —Él está aquí, ¿no? —chasqueo—. Ileso y con todas sus

extremidades. Camina libremente por mi casa sin consecuencias por su traición.

—Ese era el trato.

—No hubo ningún "trato", Celine —le recuerdo—. Me suplicaste y acepté. Eso es todo.

Ella arquea una ceja delicada. —Sí que me parece un trato.

—Entonces, puedes seguir adelante y explicarles a mis hombres por qué un maldito traidor está tomando té y galletas en mi maldito jardín.

Normalmente no le gruño a Celine. Ella es demasiado gentil para eso. Pero esto realmente me irrita los nervios.

Ella frunce el ceño. —¿Los hombres no están contentos con esto?

—¿Tú lo estarías? —pregunto. Debo admitir, al menos para mí mismo, que ella merece algo de crédito. Se preocupa por mis hombres, mi hermandad, con la misma dedicación que si fueran suyos. En cierto modo, lo son.

Se arrastra sobre sus pies y sus ojos se dirigen hacia el jardín. —Sé que te pedí mucho. Sé que *todavía* te pido mucho. Pero…

—Él es tu padre —asiento—. Lo entiendo. Como dije, te hice una promesa y tengo intención de cumplirla. Simplemente asumí que confiabas en mí.

Baja la mirada. —Confío en ti —se aclara la garganta y arrastra los pies antes de volver a hablar —. Sé que suena ridículo. Sé que no eres de los que sienten emociones. Pero has sido tan maravilloso conmigo. Siempre eres maravilloso conmigo.

Vuelve a tomar mi mano. Pero, esta vez, hay una nueva suavidad en su tacto. Una intimidad que me hace querer volver a trazar la frontera entre nosotros y recordarle que esto la cruza.

—¿Alguien te dijo alguna vez que no deberías conformarte? —pregunto, solo medio en broma.

Sonríe con timidez. —No tengo por costumbre renunciar a la gente. Podrías pensar que eso es ingenuo…

—No lo hago —digo—. Creo que es tonto.

Se encoge por un momento y se recompone. —Quizá —admite—. Pero creo que hay esperanza, Ilarion. Miro nuestro futuro y…

Saco mi mano de debajo de la suya. —Tengo que irme —interrumpo—. Tengo trabajo que hacer.

No se molesta en ocultar su decepción. Solía hacerlo al principio, pero creo que se dio cuenta de que en realidad me afecta su tristeza. Es mucho más difícil de ignorar que la indiferencia.

—¿Es Benedict otra vez? —ella no ha preguntado por él desde hace algún tiempo—. ¿Todavía crees que es una amenaza?

—Nunca dejaré de creerlo. No hasta que haya visto su cadáver tendido frente a mí. No está en la naturaleza del *mudak* darse por vencido. Tú debes saberlo mejor que nadie.

Suspira. —¿Es por eso que has sido tan reacio a seguir adelante? —pregunta—. ¿Te preocupa que si formamos una familia nos convertiremos en un objetivo aún mayor?

—En parte —admito.

O al menos, *sería* una razón… si estuviera interesado en tener una familia. Pero nunca me interesaron el matrimonio, ni los hijos, ni ninguna de esas tonterías conmovedoras que pueden poner de rodillas a una Bratva.

Hasta que conocí a Adam.

O en realidad… hasta que pensé que lo había perdido.

Maldito infierno. Quizás tenga que dejar un poco en paz a Taylor. Ella no es la única que guarda secretos por aquí.

—Me has protegido todos estos años —murmura Celine—. También protegerás a nuestra familia.

—Celine…

—Lo sé, lo sé —se protege con inquietud—. Ya tuvimos esta conversación. Pero parece que siempre lo pospones cuando comienza y nada cambia realmente. Estoy cansada de esperar, Ilarion. Esperé durante años. Quiero más que galas benéficas y eventos para recaudar fondos. Por mucho que haya llenado mi vida, dejó de satisfacerme.

Ninguno de los dos lo dice, pero está ahí entre nosotros… su trabajo ya no compensa el vacío de nuestra relación fraudulenta. Ya no se trata de recuperar el tiempo perdido ni de mantenerla demasiado ocupada como para ignorar la espera. Ella está tratando de llenar el vacío persuadiéndonos de seguir adelante, y no tengo el corazón para decirle que no hay ningún lugar a dónde ir.

—Ve a pasar un tiempo con tu familia —la animo—. Tienes un sobrino que estoy seguro querrás conocer.

Su boca se tuerce hacia un lado. —¿Es por eso que los encontraste y los trajiste? —pregunta—. ¿Pensaste que me distraería?

De nuevo, es parte de la razón. Una sólida también. Solo que no es *toda* la razón.

A veces siento que mi vida con Celine ha sido una serie de partes rotas. Nada de lo que hemos compartido ha sido completo, verdadero o real. Solo piezas fracturadas que hemos aprendido a evitar que nos corten.

—Celine, por favor. Tengo trabajo que hacer.

—Dejo que me ignores todo el tiempo, Ilarion —se queja—. En algún momento, dejaré de permitir que cambies de tema.

No digo nada. Ella me mira y se estremece como si acabara de pasar una corriente de aire frío. Pero luego aparta la mirada y me pregunto si siente esa ominosa sensación de presentimiento en el aire igual que yo.

—Ah, ¿una cosa más antes de irte? —ha pasado a algo más directo, más profesional.

Me detengo en la puerta. —¿Sí?

—Quiero que se queden aquí con nosotros —dice—. Taylor, Adam y Papá… quiero que este sea su hogar.

—Vale.

Ella levanta las cejas. —¿Vale? ¿Así como así?

—Pensé que querrías eso —digo encogiéndome de hombros—. Y ya había decidido permitirlo si me lo pedías.

Claro. Vayamos con eso. Suena mejor que la verdad.

Que es que yo también los quiero aquí.

Me aclaro la garganta y agrego—: De todos modos, si Archie tiene que estar cerca, prefiero mantenerlo muy cerca.

Celine frunce el ceño. —Él no intentará contactar a Benedict, Ilarion. Tiene todo que perder si lo intenta. Ama demasiado a su familia como para volver a arriesgarnos.

Quiero desafiar eso, pero recuerdo lo que dijo Archie sobre por qué me traicionó. Y a pesar de la forma en que me hace rechinar los dientes de frustración, sé que tiene razón.

—Entonces, supongo que somos solo una gran y feliz familia.

—Gracias —dice mientras salgo por la puerta—. Por permitir esto.

Le diría que no hay de qué, pero ¿para qué molestarme?

Nunca tuve una puta elección para empezar.

ILARION

Por fin me dirijo a la guarida. La mayoría de las noches, ignoro mi dormitorio y elijo esta habitación. Es más tranquilo aquí. Las paredes son lo suficientemente gruesas como para mantener alejados todos los recordatorios indeseados de la vida que preferiría vivir.

Pero cuando entro se hace inmediatamente obvio que hoy en día no se puede encontrar paz en ningún lugar.

—Mila.

Está sentada en mi silla, con las piernas apoyadas en mi escritorio. Gira la silla para verme y me da una sonrisa mordaz. —Hola, hermano mayor. Mantuve tu asiento caliente para ti.

Camino hacia el sofá y me dejo caer en él. —Por suerte para ti, necesito acostarme.

No responde. Cuando vuelvo a alzar la vista, está parada frente a mí. Mira hacia abajo con un brillo curioso en sus ojos. —Bueno, ¿qué diablos esperabas trayéndolos de vuelta?

—Pero ya ves por qué lo hice.

—Adam lo vale —concede—. Es un ángel. Será tu viva imagen cuando sea mayor.

—No me lo recuerdes.

—Pero seamos honestos —dice sin rodeos—. Esto nunca se trató solo de él.

—No puedo seguir así —admito. Porque, si no puedo admitirlo ante ella, ¿con quién puedo ser honesto?—. Los primeros años, la promesa que le hice a su madre me impulsó a seguir adelante. Pero ahora… la cagué.

—¿La cagaste al hacer la promesa? —Mila aclara.

—No, la cagué al dejar que esa promesa se apoderara de mi vida. Celine y yo… viviendo aquí en esta casa… está mal.

—Lo hiciste por una razón. Benedict actuaba bajo la suposición equivocada de que Celine sería tu esposa. Que *es* tu esposa. Él habría ido tras ella de todos modos.

—Yo estuve allí, Mila —gruño enojado—. Lo recuerdo, joder. Simplemente no puedo, por mi vida, recordar por qué pensé que era una buena idea.

—Estás hastiado, ¿no?

—Mira quién habla.

Ella sonríe y se sienta en la mesa de café frente a mí. —Los hombres no están contentos —me informa, cambiando de tema a otro que detesto discutir.

—Tampoco me lo recuerdes.

—Tener a Archie aquí es un insulto a las reglas que unen a esta hermandad. Perdimos muchos hombres por lo que hizo Archie. He oído rumores.

—¿Qué tipo de rumores?

—Del tipo que sugiere que, si no castigas al hombre, ellos lo harán.

Me siento y dejo caer los pies del sofá. —No se atreverían.

—Sienten que tienes las manos atadas. Creen que actuar de forma desviada en este caso no les dará un castigo severo —arquea una ceja—. Y Archie es un buen ejemplo de por qué están bastante seguros de que lo tomarás con calma.

—Entonces, estarían equivocados —digo en un tono sombrío—. Asegúrate de que todos los hombres Zakharov sepan que Archie Theron está fuera de límites. Nadie lo toca. No hasta que dé una orden explícita.

—Eso no irá bien —argumenta—. Y las cosas son bastante frágiles como están después del rumor que comenzó a circular Benedict.

—¿Entonces lo estamos llamando un rumor? Estamos solo tú y yo aquí, Mila.

Sus ojos se oscurecen. —*Yo* fui a quien lastimó, Ilarion —susurra—. No tú. Yo fui a quien Padre intentó quebrar. Yo merecía apretar el gatillo.

—Lo sé —concuerdo—. Por eso te dejé hacerlo. Pero eso no hace que a los hombres les resulte más fácil de tragar.

—Entonces hacemos lo que estuvimos haciendo durante los últimos años: lo negamos.

Resoplo. —¿Tú también? —ante su mirada curiosa, sacudo la cabeza—. Toda esta maldita casa está llena de negación.

Aprieta los dientes. —A veces pienso que sería muchísimo más fácil si solo saliera y lo dijera. Si lo admitiera ante todos de una vez por todas. Yo lo hice. Maté a nuestro padre y no me arrepiento.

—A nadie le gusta una mujer honesta, Mila. Te crucificarán por ello.

Ella agita una mano desdeñosa. —No le tengo miedo a la muerte. No es como si hubiera hecho un buen trabajo con mi vida.

Me tenso ahora, dado el tema que estamos evitando. Pero ella tiene que saber que yo nunca la abandonaría así. Pase lo que pase, es mi hermana. Y la protegeré hasta mi último aliento, incluso contra ella misma.

—Puedes cambiar eso.

—No —dice con firmeza—. Lo he intentado. No va a pasar.

—Habla con Dima.

De repente se pone de pie y camina hacia la puerta. —Voy a hablar con nuestro equipo de seguimiento para ver si hay nuevas pistas que podamos seguir.

—Mila…

—Y luego iré a ver cómo está Taylor. Estaba un poco pálida la última vez que la vi.

—Mila…

—Si hay algo que informar, te lo haré saber.

Me cierra la puerta. Me recuesto contra el sofá, mirando el techo texturizado, esperando que las respuestas a mis problemas estén grabadas en algún lugar del techo.

Pero he estado haciendo esto durante demasiado tiempo para creer que las cosas se arreglarán por sí solas mágicamente. No existe el destino; no existe la suerte. La suerte y el destino son lo que yo hago con ellos.

Y, si no puedo mejorarlos…

Voy a empeorar todo lo demás.

TAYLOR

He vuelto al punto de partida.

Cinco años desde que me fui y nada es diferente. Sabía que, si me quedaba, no podría seguir fingiendo por mucho tiempo. Mis sentimientos por Ilarion nublarían mi juicio y eventualmente terminaríamos haciendo algo estúpido. Terminaríamos lastimando a Celine. Terminaríamos arruinando nuestras vidas.

Y aun así intenté engañarme haciéndome creer lo contrario. *Esto será diferente,* me dije cuando reapareció en nuestras vidas. *Esto funcionará.*

Sí, claro, joder.

Después de lo que acaba de pasar en el pasillo, no puedo seguir mintiéndome más.

Por eso estoy acostada en posición fetal en el suelo de mi dormitorio, agarrando la bola de nieve que robé de un lugar en el que nunca debí haber estado y tratando de recordar cómo respirar.

—Ay, Dios —jadeo—. Ay, Dios…

Todo esto es demasiado. Demasiado, jodidamente demasiado. Celine. Ilarion. Papá. Lo miré hoy y vi algo parecido a la resignación en su rostro. Como si supiera que sus días están contados y solo esperara el momento oportuno hasta que llegue el final.

Miro fijamente la bola de nieve, sacudo la base de vez en cuando para que los copos comiencen a girar en espiral una vez más. Mi respiración se calma lentamente.

Entonces, escucho un golpe en la puerta. Meto la bola de nieve debajo del tocador tan rápido que arranco un trozo del suelo.

Un segundo después, entra Mila. Toda esta familia nunca ha sido muy buena en esperar pacientemente. Se detiene en seco cuando me ve. —¿Qué haces en el suelo?

—Em… ¿descansando?

—Hay una cama allí —dice, señalándola por si no me había dado cuenta—. Un sofá en ese rincón y aún más sillas en el otro. ¿Y elegiste… el suelo?

—Me gusta el suelo, ¿vale?

—Claaaaro —Mila arrastra las palabras con un gesto de complicidad—. O tal vez estabas teniendo una pequeña crisis.

La miro con el ceño fruncido. —A veces es de buena educación fingir que no sabes lo que sucede cuando la gente está en apuros.

—Nunca he sido buena en eso. Lo llamo como lo veo.

—Pero ¿puedes soportar lo que das?

Estoy siendo maliciosa, pero claro, no me siento con ganas de ser amable. Esta familia tampoco ha sido muy buena con los sentimientos.

Mila se acerca a la cama que he ignorado y se sienta en ella, frente a mí. —Buena pregunta. ¿Por qué no me golpeas con algo? Entonces, tal vez lo descubramos.

—¿Le has contado a Dima lo que sientes por él? —pregunto sin rodeos.

Su cara no cambia, no en realidad. Solo se aprieta. Se solidifica. —No tengo idea de lo que estás hablando.

—Supongo que tenemos nuestra respuesta. Puedes darlo, pero no puedes soportarlo.

Rechina los dientes. —Había olvidado lo molesta que eres.

—¿Por eso te ofendiste tanto cuando me fui sin despedirme? —ella me gruñe y yo me río—. Somos amigas, Mila. Te guste o no. Viene con el territorio. Ahora, ¿quieres seguir negándolo o quieres decirme la verdad?

—No puedo tener relaciones sexuales —espeta.

Hago una pausa. No esperaba… eso.

—Disculpa… ¿qué?

Mila asiente. Parece más incómoda que nunca. —Cada vez que pienso en sexo, pienso en… cosas en las que no debería estar pensando. Cosas que me hacen convertirme en la peor versión de mí misma. Tengo sentimientos por Dima. Siempre los tuve. Pero si le digo cómo me siento, también le pediré que se comprometa a llevar una vida sin sexo conmigo, y eso no es justo.

—Entonces, ¿preferirías verlo irse con otras mujeres?

—¿En qué se diferencia eso de lo que estás haciendo tú?

Me estremezco y cierro los ojos. Sin embargo, cuando hablo, no estoy segura de si me refiero a la situación de Mila o a la mía. —Quizás te quiera a ti más de lo que quiera el sexo —sugiero—. Quizá quiera poder tomar la decisión por sí mismo.

Se burla. —Esta no es una tierra de fantasía, Taylor. Esto es la vida real. Los hombres quieren sexo. No creerás hasta dónde llegarán solo para conseguirlo.

Me levanto del suelo y camino hacia la cama para sentarme a su lado. No la toco porque sé que lo rechazará, pero me quedo lo suficientemente cerca para hacerle saber que estoy allí.

—Pensé mucho en ti a lo largo de los años, Mila —le digo—. No pasé por lo mismo que tú, pero sé que la intimidad no puede ser fácil después de que se hayan… aprovechado de ti de esa manera. Después de haber sido…

Sus ojos se fijan en los míos. —Entonces lo descubriste.

Asiento y trago. —¿Cuántos años tenías cuando sucedió?

Mila mira fijamente al suelo durante un buen rato. Estoy bastante segura de que no me responderá cuando por fin habla. —Todo empezó cuando tenía once años —se ha armado de valor, pero todavía puedo oír el atisbo de temblor en su voz.

Cierro los ojos ante el horror por el que debe haber pasado. —Lo siento mucho, pero ¿alguna vez pensaste en acudir a tu padre? ¿Contarle lo que estaba pasando?

Mila se ríe amargamente y niega con la cabeza. —Ah. Entonces no lo descubriste después de todo.

Tal vez no.

Pero *ahora* sí.

Se me hiela la sangre por la niña que se asoma a través de los ojos de Mila.

—Nadie desafía al *pakhan*, Taylor. Ni siquiera cuando se mete en la cama de su hija.

Un siseo se escapa entre mis dientes. Me odio por hacerla decirlo en voz alta. La posibilidad pasó por mi mente una vez, pero la descarté, la ignoré por considerarla demasiado espantosa, demasiado cruel, demasiado terrible para ser verdad.

Sabía que Ilarion y Mila no tenían la mejor relación con su padre. Pero eso no significaba necesariamente que fuera *esa* clase de monstruo.

Y respondí mi propia pregunta incluso antes de formularla: probablemente toda la Bratva pensó lo mismo.

—Mila…

Me sonríe con tristeza. —El sexo nunca ha sido más que dolor y horror para mí. Cada vez que pienso en ello, lo veo *a él*. Un mundo cruel habría cerrado mi corazón con el resto. Me habría quitado mi capacidad de amar. Pero eso quedó. Es todo lo demás lo que murió.

Casi extiendo la mano y la toco, pero me contengo en el último minuto. —Lo siento mucho.

—No lo hagas. Hice lo que tenía que hacer para dormir por la noche —dice—. Y desde entonces duermo mejor. Nunca sientas lástima por mí, Taylor. No soy ninguna víctima.

Dejo que mis manos se queden en mi regazo, odiándome por lo inútil que soy para hacer algo para ayudar a alguien que está sufriendo tanto.

Se pone de pie. —Ilarion no te lo va a poner fácil —comenta—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Lo sé.

Asiente. —Pero tal vez puedas ponértelo tú más fácil. Siendo honesta con tu hermana, diciéndole la verdad y admitiéndote a ti misma que amas a mi hermano.

—Yo *amaba* a tu hermano —murmuro—. Pero esos sentimientos ya no existen.

Mila sonríe. —Mira eso. Puede darlo, pero no puede soportarlo —se dirige hacia la puerta, pero se detiene en el umbral para mirarme—. Si necesitas algo, estoy aquí.

Luego la puerta se cierra con un clic. El suelo vuelve a parecer muy reconfortante. Quiero acurrucarme y desaparecer del mundo, al menos durante unas horas.

Pero si Mila se niega a ser una víctima, tal vez yo pueda hacer lo mismo. Puedo mirar el mundo por la ventana en lugar de encogerme de miedo sobre las alfombras.

Hago exactamente eso. Me acerco al asiento de la ventana y meto los pies debajo de mí mientras miro los jardines. Pero el mundo no se ve diferente de lo que es cuando admito que tengo miedo. Los jardines siguen siendo los jardines. El cielo sigue siendo el cielo. Mi pasado sigue siendo mi pasado.

Mi futuro sigue siendo una pesadilla.

TAYLOR

Todavía estoy tratando de resolver todo cuando veo a mi padre paseando por el jardín. Su rostro está oculto, pero sus hombros están tensos. Dobla cada esquina rápidamente, como si quisiera atrapar a cualquiera que pudiera estar esperándolo.

Ha vuelto al Archie asustado. Conozco esas señales, esos espasmos, esos temblores. La preocupación y el pánico constantes. El padre helicóptero que consideraba que salir bajo la lluvia era un pasatiempo peligroso.

Luego se gira como si alguien hubiera pronunciado su nombre.

Veo a Ilarion aparecer a la vista. Me empujo hasta la esquina del panel para que, si alguno de los dos mira hacia arriba, ninguno pueda verme.

No puedo oír una palabra de lo que dicen, pero parece una conversación seria.

Los gestos de Ilarion son mesurados. Su compostura nunca flaquea. De ahí debe haberlo sacado Celine: esa calma glacial que me hace estremecer.

Papá parece mucho menos sereno. Agita mucho las manos, pero siempre habla con las manos. Aun así, puedo verlo en su lenguaje corporal. Más pánico. Más miedo.

¿Debería bajar? No quiero perderme lo que está por suceder. Pero tampoco quiero correr el riesgo de que suceda algo que podría haber evitado.

Antes de que pueda decidirme, la compostura de Ilarion se quiebra. De repente, extiende la mano y agarra a Papá por el cuello de la camisa. Jadeo tan fuerte que me preocupa que puedan oírme desde el jardín.

¿Qué diablos está pasando? ¿De qué están hablando?

¿Por qué Ilarion haría esto después de prometernos a Celine y a mí que nuestro padre estaba fuera de límites?

Ilarion le gruñe algo a Papá. Sus narices prácticamente se tocan. Pero unos segundos después lo deja ir. Y ambos hombres siguen como si nada hubiera pasado.

¿Por qué…?

Un segundo después, veo exactamente por qué. Adam pasa corriendo por el panel y entra en mi

campo de visión. Ambos hombres se vuelven hacia él con sonrisas falsas en sus rostros. Ambos hombres fingen que todo está bien.

Actúan por el bien de Adam.

Y ahora lo tengo bastante claro: ellos también han estado actuando por mi bien.

TAYLOR

Me lavo la cara con agua fría antes de bajar las escaleras. Mi primer instinto habría sido ir directamente a ver a Cee y confiar en mi hermana, pero ya no estoy segura de sus lealtades.

Es un pensamiento sombrío en sí mismo.

Cuando bajo las escaleras, Adam está sentado a la mesa de picnic, metiéndose un croissant de chocolate en la boca. Tiene chocolate manchado por toda la cara y los dedos. Cee está sentada a su lado, limpiándole la boca inútilmente después de cada bocado. Ella parece casi tan encantada como él.

—Vaya, ¿qué está pasando aquí? —pregunto, tratando de sonar normal.

Escaneo los alrededores. Papá está de pie en los escalones de la terraza, contemplando el jardín. Ilarion no está a la vista.

—¡La tía Cee nos trajo delicias deliciosas, Mamá! —Adam rocía la mesa con trozos de masa y chocolate. Se mete lo último en la boca, consiente que Celine le limpie lo que pueda del desastre y luego sale corriendo en busca de un enorme lagarto que salta sobre la barandilla del porche.

Ella me hace un gesto para que me siente y luego saca una pequeña libreta con tapa dura encuadernada en cuero. —Si hubiera sabido que ustedes aparecerían mágicamente en mi vida nuevamente, habría cambiado algunas citas. Desafortunadamente, tengo una cita dentro de media hora y no puedo cancelarla ahora.

—Ay, no te preocupes —le digo—. Sigue adelante. No dejes que te retengamos.

Celine marca algo en su libreta y se pone de pie. —De hecho, me encantaría que vinieras conmigo —dice—. Nos daría la oportunidad de ponernos al día un poco más.

Parece tan seria al respecto que me cuesta rechazarla. Pero tampoco quiero dejar a Papá y a Adam solos aquí con Ilarion en el estado de ánimo que acabo de ver…

—Ah. Eh, sí, claro —tartamudeo—. ¿Podemos llevar a Papá y a Adam también?

Levanta la ceja. —Si están interesados. Iré a cambiarme y podemos irnos en diez.

Desaparece dentro de la casa y yo me dirijo directamente hacia Papá. —¿Qué demonios acaba de pasar? —siseo en voz baja.

Me mira con el ceño fruncido, nervioso. —¿Qué quieres decir?

—No te hagas el tonto, Papá. Estaba en mi habitación mirando hacia el jardín. Te vi hablando con Ilarion. Más bien peleando.

Él parpadea hacia mí. —No sé de qué estás hablando.

—Papá, ¡los vi a ti y a Ilarion en el jardín hace como diez malditos minutos! Lo vi agarrarte. Parecía que te estaba amenazando.

—Claramente malentendiste. Solo estábamos teniendo una conversación.

—¿En serio te quedarás ahí y me mentirás en la cara? —exijo—. Pensé que habíamos superado las patrañas.

Suspira. —Taylor, estamos aquí ahora. Finalmente nos hemos reunido con tu hermana. Disfrutemos el momento, ¿vale?

—¿Qué te dijo Ilarion?

—No lo recuerdo.

—¡Maldito infierno! —Adam se acerca a nosotros, así que bajo la voz hasta convertirla en un susurro ronco—. No puedo creer esto. Venimos aquí y vuelves a ser el pequeño títere de Ilarion. El que mentía, espiaba y hacía Dios sabe qué más.

—No pasa nada, Taylor. No tienes nada de qué preocuparte.

—Sé lo que vi.

—Y te estoy diciendo que viste mal.

Lo miro fijamente, con la boca abierta y estupefacta. Me está engañando y lo hace con la cara seria. Me hace retroceder unos años, cuando las cosas entre nosotros todavía estaban tan agitadas que la más mínima honestidad desembocaba en una pelea.

En ese entonces era más fácil pelear. Adam era lo suficientemente joven como para que las conversaciones susurradas y las respuestas pasivo-agresivas le pasaran por alto. Hoy en día, sin embargo, puede detectar el más mínimo indicio de tensión entre nosotros.

—Mamá, ¿estás enojada con el abuelo? —pregunta, materializándose de la nada.

Reprimo mi ira. —No, cariño —suspiro—. Solo estamos hablando.

Papá nos mira por un momento y me trago las acusaciones que zumban en la punta de mi lengua. —La tía Cee y yo daremos una vuelta en coche —digo—. ¿Por qué no se unen a nosotras?

—Estoy feliz de quedarme en casa hoy —dice Papá de inmediato.

—Si el abuelo se queda, yo también quiero quedarme —proclama Adam—. Mila dijo que puedo ir a la piscina más tarde.

Asiento de mala gana. —Papá, realmente creo que deberías venir con nosotras.

—Quizá en otro momento —dice—. Pero creo que es una buena idea que te unas a Cee. El

tiempo de calidad juntas les hará bien a ambas —antes de que pueda decir algo más, se vuelve hacia Adam—. ¿Qué tal si vamos a explorar el resto de los jardines?

—¡Papá! —grito, pero él solo me lanza un saludo de despedida.

Me quedo ahí, furiosa, sin más remedio que verlos alejarse. Lo único que me hace sentir un poco mejor es saber que Ilarion no lastimará a Papá con Adam cerca.

Al menos, espero tener razón en eso.

—¿Tay?

Me doy la vuelta y veo a Celine por las puertas francesas abiertas. Se ha puesto un precioso traje hecho de seda gruesa de color blanco mantequilla. La chaqueta es de gran tamaño a la moda y está confeccionada en los brazos para que parezca como si estuvieran dobladas. Debajo de la chaqueta hay una blusa roja con tiras y tacones negros con punta abierta. Su cabello rubio está recogido firmemente en la parte posterior de su cabeza y sujeto con finas pinzas tachonadas con cristales en forma de cabeza de alfiler.

Luce impecable. No hay ni un pelo fuera de lugar y, de repente, me siento como el patito feo a su lado.

—Vaya —digo—. Te ves increíble.

Ella sonríe y rechaza el cumplido. —Es solo una reunión para almorzar, pero tengo que mantener las apariencias.

—Claro —digo—. ¿Debería cambiarme? No quiero estar mal vestida.

—Te ves bien. Y, de todos modos, deberíamos ponernos en marcha.

De mala gana, la sigo hasta el camino de entrada. Nos espera un sedán tintado de negro, con un chófer uniformado que nos abre las puertas y hace una reverencia.

—Srta. Zakharov —saluda con la cabeza gacha.

—Gracias, Giovanni —dice—. La Sala Oval, por favor.

La mirada del chófer me recorre con desinterés. En el momento en que sigo a Celine al interior del sedán, la puerta se cierra detrás de mí. Celine presiona un botón a su costado y la partición entre el compartimiento del conductor y el nuestro se levanta antes de que Giovanni haya subido al vehículo.

—Tengo que decir: esta vida te conviene —arquea una ceja, así que me apresuro a agregar—: Por cierto, lo digo como un cumplido.

—Bueno saberlo.

—¿Fue fácil? —pregunto—. Adaptarse a todo esto, quiero decir.

Celine me mira fijamente a los ojos. —Nada fue fácil, Taylor. Todo fue una lucha. Todo fue una pelea. Pasé de tener una madre, un padre, una hermana y mi salud, a perderlos todos de un solo golpe.

—Podrías haber venido con nosotros —espeto antes de poder pensarlo mejor. No quiero provocar una pelea, pero tampoco quiero tener que morderme la lengua todo el tiempo con ella.

Hay demasiadas cosas que dejamos sin decir.

Golpea con las uñas el bolso que tiene en el regazo. —Hubo días en los que deseé haberlo hecho —su mirada se dirige a mí y luego a través de la ventana polarizada—. Como dije: no fue fácil.

—Si no quieres hablar de eso…

—No —de repente me mira—. Hablemos de eso. Mejor podríamos. ¿Quieres saber por qué elegí quedarme incluso después de que fuera obvio que el único interés de Ilarion en mí era como un peón en su juego?

Es una forma directa e implacable de formular la pregunta, pero aprecio su transparencia. De alguna manera, no me lo esperaba de esta nueva Celine. Parecía haberse convertido en el tipo de mujer que finge que todo es siempre perfecto.

—Sí.

Asiente. —Supongo que, llegado el momento, elegí quedarme por mí. Porque lo amaba. Y supongo que pensé que, si lo amaba lo suficiente, él eventualmente me amaría.

—Yo… admiro tu seguridad… —murmuro, más que nada porque no sé qué más decir.

Celine suspira. —¿Crees que soy tonta?

—¡No! No.

—Sí, lo haces. Lo puedo ver en tus ojos. Está bien. Fui una idiota. Nunca tuve seguridad, solo fui ingenua y enamorada. Tenía la oportunidad de estar con él, independientemente de sus sentimientos por mí. Pensé que estar con él sería suficiente.

—¿Y lo fue?

Se encoge de hombros. —Es la decisión que tomé. Ya no hay vuelta atrás. Claro, si hubiera sabido entonces lo que sé ahora… quizá habría elegido diferente.

Arrugo la frente. Mi ritmo cardíaco se acelera. —¿Qué sabes ahora?

Estira sus piernas enfundadas en seda sobre el asiento. Parece pertenecer a una portada de revista. Demasiado aburrida para este mundo.

—Que nunca tuve una oportunidad —murmura—. Él nunca podría haberse enamorado de mí porque ya estaba enamorado de otra persona.

Ella me mira y, por un momento, me pregunto si me habrá atraído a este vehículo para confrontarme sobre la verdad de mi relación con Ilarion. Finalmente me lo preguntará sin rodeos y sé que, si lo hace, le responderé con sinceridad.

Así que espero.

Espero a que me haga la pregunta que romperá nuestra hermandad para siempre.

—La peor parte…

Cierro mis ojos. Prepárate para el impacto. En tres, dos, uno…

—…es que ni siquiera sé quién es la otra mujer.

No sé si suspirar, reír, llorar, gritar, correr, rezar o simplemente encontrar el piso de madera más cercano y hacerme un ovillo nuevamente.

El mundo dentro de mi bola de nieve tiene sentido.

El mundo exterior es un completo y absoluto misterio.

TAYLOR

La Sala Oval resulta ser un lujoso resort frente al lago, con una membresía solo por invitación que incluye jefes de estado, miembros de la realeza menor, estrellas de rock y un perro border collie que de alguna manera es un influencer de YouTube.

Por supuesto, como Zakharov, Celine entra sin mover un dedo. Las puertas se mantienen abiertas para ella, las cabezas se inclinan en señal de reverencia; el personal se desvive por ella.

Me presenta a los coordinadores de su próximo evento, un par de suecos rubios e impecablemente vestidos, cuyos nombres olvido de inmediato. Los tres se embarcan en una conversación vertiginosa sobre canapés y disposición de asientos que me da vueltas la cabeza.

Solo miro a Celine. Es extraño ver a la hermana que solía considerar los rollos de pizza un manjar hablar sobre entremeses de ceviche de camarones y sus variedades de champán preferidas. Tira sumas de dinero con una cantidad sorprendente de comas como si no fuera nada. Cincuenta mil por esto, trescientos por aquello.

Quiero sacudir a estos suecos y gritarles en la cara: *¿Quién es esta mujer? ¿Qué han hecho con mi hermana?*

—Lo siento, Tay —dice Celine de repente—. Solo tardaré un minuto más o menos.

—Ah, no te preocupes por mí. Iré a mirar a mi alrededor.

Los dejo así y cruzo las puertas del salón de baile. Se abren a un patio con mesas y sillas de hierro blanco, talladas en una densa piedra blanca. Los arreglos florales son exquisitos.

Este es el mundo en el que Celine ha pasado media década.

No podría ser más diferente al mío.

Mi mundo se ha llenado de noches de insomnio y cólicos. De pañales sucios y rabietas. De lágrimas interminables y arrepentimientos constantes.

Aunque empiezo a preguntarme si Celine y yo no tuvimos esa última parte en común. Una cosa es segura: he visto suficiente de su vida para saber que no es perfecta.

Algún tiempo después, me encuentra apoyada en el balcón, mirando hacia el lago. —Lamento haber tardado tanto —dice, colocándose a mi lado.

—No hay nada por lo que disculparse. Me gustó mirarte. Eres impresionante.

Celine se ríe. —Tuve años de práctica. Dedicarme al trabajo me impidió pensar demasiado.

La miro y me pregunto si es egoísta hacer la pregunta que arde en mi cabeza.

Sin embargo, justo cuando decido no dejarlo pasar, Celine llama mi atención. —Adelante, pregúntame.

—¿Que te pregunte qué?

—No te hagas la tímida, Tay. Puedo ver la pregunta en tu cara.

Hago una mueca. —No quiero hacerte sentir incómoda.

—Hoy en día, hace falta mucho más que una simple pregunta para enojarme.

—Pues… vale. Supongo que pensaba en lo que dijiste en el coche. Me pregunté por qué asumes que Ilarion está enamorado de otra persona.

Ella se queda callada por un rato, mirando cómo los patos cruzan la superficie reflejada del lago debajo de nosotras.

—Una mujer sabe cuándo un hombre está pensando en otra mujer —dice vagamente—. Lo confronté y él no lo negó exactamente. Pero la cuestión es que nunca encontré pruebas de otra mujer. Y créeme… lo intenté.

Levanto las cejas. —¿Oh?

Celine asiente. —Lo negaré si alguna vez lo repites, pero hice que lo siguieran nuestro primer año de matrimonio. Va a discotecas, bares, lugares donde la tentación abunda y todo lo que hace es exactamente lo que me dice que hará. Va a reuniones, charla con clientes, hace negocios, bebe un poco y eso es todo. Por supuesto, eso al final no significa mucho. Solo porque no lo haya pillado en la cama con otra mujer no significa que no haya una.

Arrugo la frente. —Entonces… ¿cómo es él contigo?

—Él es bueno conmigo —dice sin dudarlo—. A veces puede ser distante, pero la mayoría de las veces es amable, reflexivo y atento.

¿Ves a qué me refiero? Algo no cuadra.

—Si te trata bien y no has encontrado evidencia de una aventura, entonces ¿qué te hace pensar que la hay? —pregunto—. Quizás te sea leal y te niegas a creerlo.

Niega con la cabeza. La certeza está grabada en todo su rostro. —Él no me es leal, Taylor —insiste en voz baja—. Él es leal *a ella*.

A ella.

Las palabras me dejan un sabor amargo en la lengua y no soy yo quien las pronuncia. —No entiendo. ¿Qué te hace decir eso?

Sus ojos se nublan y se aleja de mí. Inhala y exhala en silencio. —Siempre me encantó este lugar

—murmura—. Es tan pacífico.

Está evitando la pregunta y no tengo el valor de presionarla. No es que tenga derecho.

—Ilarion mencionó que te mudaste en un momento —digo, cambiando de tema—. Que habías vuelto a tu antiguo departamento.

El único signo de su curiosidad es el ligero arco de una ceja. —¿Qué más te dijo?

—Solo eso. No dijo por qué —decido salvar mi propio pellejo con algo de verdad—. Estábamos discutiendo y él simplemente… me lo arrojó.

—Supongo que fue nuestra versión de una ruptura —admite—. Terminé las cosas con él. Bueno, lo digo así, pero no es como si él hubiera exactamente luchado para que me quedara.

—¿Fue porque sospechabas que tenía a alguien más?

—Más o menos —dice—. Me estaba ofreciendo menos una vida y más un "arreglo". Decidí que no quería eso, así que me mudé de regreso a mi antiguo departamento. Tuve suerte de que Vanessa no hubiera subarrendado mi habitación.

—Vanessa —repito, recordando a la antigua compañera de cuarto de Celine como si perteneciera a otra vida. Supongo que, en cierto modo, lo es—. ¿Cómo está?

—Muerta.

Casi me ahogo con mi propia saliva. —¿Disculpa? ¿Vanessa murió? —repito—. ¿Cómo?

—Se suponía que debía ser yo.

—No te sigo.

Pero sí lo hago. Simplemente no quiero.

—Benedict Bellasio tenía sus ojos puestos en mí —explica—. En el momento en que se dio cuenta de que ya no estaba bajo la protección de Ilarion, hizo un movimiento. Mi nueva vida no había cumplido ni una semana cuando se incendió el departamento. Sin embargo, su sincronización fue incorrecta. Ilarion sospecha que confundió a Vanessa conmigo. Regresé a casa después de correr y encontré dos camiones de bomberos y un equipo de noticias afuera del edificio. Todo lo demás eran escombros y cenizas.

Por muy tranquila que esté mientras me cuenta esta historia, se le pone la piel de gallina en toda la piel expuesta. Demonios, se me pone la piel de gallina *a mí* y ni siquiera estaba allí.

—Entonces, Vanessa…

—El equipo forense afirmó que la puerta del baño estaba atascada, y que por eso no pudo salir a tiempo. Había inhalado tanto humo que, cuando la sacaron, ya era muy poco lo que podían hacer. Asfixia por inhalación de humo. Eso escribieron como causa de muerte —los ojos de Celine brillan, pero no hay rastro de lágrima en ellos—. Así fue como regresé a la Casa Zakharov. Fue el primer intento de asesinato y la primera impresión que tuve de que Ilarion realmente se preocupaba por mí. Supongo que por eso me convencí de que quedarme con él tal vez no fuera tan malo después de todo. Quiero decir, si él se preocupaba lo suficiente por mí como para

quererme viva, entonces tenía que haber algún sentimiento allí. Como dije: fue ingenuo.

Estoy en silencio. ¿Qué diablos le dices a algo así? Quiero darle algo, cualquier cosa, pero las palabras simplemente no me salen.

Suspira. —Todavía tengo sueños sobre Vanessa. Debí haber sido yo.

—No digas eso —apoyo mi mano en su brazo. Ella se aleja de mí, pero yo no me retracto—. Lamento lo que tuviste que pasar, Cee. No debe haber sido fácil estar mirando por encima del hombro todo el tiempo.

—Te acostumbras —se encoge de hombros—. Por supuesto, los primeros días después del incendio fueron duros. Solía despertarme gritando.

—No puedo imaginarme haber pasado por eso sola.

—No estaba sola —dice—. Ilarion estaba conmigo. Cada vez que me despertaba gritando, él estaba ahí. Él me mantuvo entera. Tanto es así que pude perdonarlo.

—¿Perdonarlo?

Ella tampoco parece dispuesta a responder esa pregunta. —¿Sabes qué aprendí en esos días? Me di cuenta de que ninguna relación es perfecta. Ningún matrimonio es perfecto. Mira a Mamá y Papá. Pensé que eran la pareja perfecta, pero Papá pasó toda su vida matrimonial mintiéndole.

—Él estaba tratando de protegerla —digo, sorprendida de encontrarme defendiendo a Papá en esto—. Estaba tratando de protegernos a todos.

—Realmente no funcionó así, ¿no? Es lo que pasa con el fuego, Taylor… si juegas con él, tarde o temprano te quemas —hace una pausa para girar los anillos alrededor de sus dedos—. La diferencia es que con Papá no sabíamos que vivíamos dentro del fuego. Pero con Ilarion, lo sabía. Tomé la decisión consciente de quedarme con él, a pesar de nuestra relación imperfecta. Quizás estuvo… está… enamorado de otra persona. Pero ella no es parte de su vida. Yo sí. Eso es suficiente para mí.

—¿Lo es, Celine? —pregunto—. ¿No te sientes insatisfecha con cómo están las cosas?

—Quiero una familia —dice sin rodeos—. Es mi única fuente de insatisfacción en este momento. Pero, como dije, estoy trabajando en ello. Ilarion lo hará… Lo estamos intentando.

Otra vez tengo la sensación de que me cuenta una versión de la verdad, pero no toda la verdad.

—Ilarion mencionó que hubo dos atentados contra tu vida —digo. Quiero añadir: *Tres, si cuentas el tuyo propio*, pero todavía soy demasiado cobarde para volver a preguntar directamente sobre el intento de suicidio.

Su frente se arruga. —Él te ha dicho mucho más de lo que pensaba.

Me encojo de hombros. —Fue un largo viaje hasta aquí.

—La segunda fue unas semanas antes de que anunciáramos públicamente nuestro compromiso —me dice—. El anuncio pretendía ser una declaración para Benedict. Si me jodes otra vez, tendrás que lidiar con el poder de la Bratva Zakharov. Después del compromiso, no hubo más

intentos.

Arrugo la frente. —Lo único que significa es que no era lo suficientemente fuerte para intentarlo por tercera vez.

—Ay, lo sé —concuerda—. Se ha estado recuperando en los últimos años, tratando de reunir la fuerza suficiente para devolvernos el golpe. No tengo ninguna duda de que lo hará. Pero no me quedaré sentada con miedo. Seguiré viviendo mi vida; seguiré trabajando para lograr mis objetivos; haré lo que sea necesario para tener mi familia. Que se joda Benedict Bellasio. Es solo una pequeña cucaracha. En el momento en que salga de su agujero, Ilarion lo aplastará.

Una inquietud se extiende por mi pecho. Admiro la lucha de Celine, su determinación, pero algo me dice que los extremos de su vida la insensibilizaron ante las amenazas dirigidas a la Bratva… y, por asociación, a ella.

—Cee…

Esta vez es ella quien pone su mano en mi brazo. —¿Estás preocupada por mí?

—Por supuesto —lo admito—. Pero no solo por Benedict. Se siente como si hubieras hecho concesiones en muchas cosas. Simplemente has aceptado cómo son las cosas en lugar de trabajar para cambiarlas.

—Ahora estoy en el mundo de la Bratva, Taylor —dice tranquilamente—. He aprendido a aguantar los golpes.

Arrugo la frente. —Preferiría que devolvieras el golpe.

—Lucho cuando tengo que hacerlo —me asegura con una sonrisa—. Y si alguna vez descubro quién es su mujer… bueno, ella envidiará el destino de Benedict.

ILARION

—¿Dónde estás? —la voz de Dima resuena contra las paredes de mi Ferrari. Reduzco el volumen del teléfono del coche, pero no soluciona el molesto eco.

—Esquina de Oak y La Salle. ¿Qué pasa?

—Nos atacaron —explica—. El almacén del lado sur. Tres cabrones con bombas molotov. Uno logró escapar, el segundo se hizo estallar y a la tercera rata la tengo aquí mismo. Chillando como una maldita perra, debo añadir.

—¿Qué pasa con el almacén? —pregunto mientras piso el pedal del acelerador a través del piso y hago girar la rueda en esa dirección.

—Dos paredes cayeron y una parte del último envío resultó dañada, pero sobreviviremos. Nada demasiado extenso.

—Estaré allí en dos minutos.

Corro por las calles, tocando la bocina a todo volumen para sacar de mi carril a un par de conductores lentos. Cuando llego, puedo ver la camioneta de Dima estacionada al azar frente a la entrada. Me detengo bruscamente justo detrás de él y entro al almacén.

Un puñado de mis hombres están dispersos delante de las puertas. Se hacen a un lado rápidamente para dejarme pasar. —Dima está atrás, señor —me informa uno de ellos—. Con la rata.

El daño se vuelve evidente cuando entro. El humo y las cenizas llenan mis pulmones junto con el olor metálico del metal quemado. Hay una energía caótica en el aire que crepita como estática.

Estoy de camino al otro lado, donde casi puedo distinguir a Dima acurrucado entre las sombras, cuando noto un pie abandonado que sobresale entre dos palés de envío. Me acerco y me agacho para verlo más de cerca.

Este debe ser el *mudak* que se prendió fuego con su propia arma. Las quemaduras recorren los lados de su cara y su brazo se derrite como una vela, pero apuesto a que fue el disparo en la sien lo que acabó con él. Sus ojos azul oscuro miran sin vida el techo agrietado sobre nosotros.

No debía tener más de diecinueve o veinte años.

—Hijo de puta —gruño en voz baja. Sólo una serpiente sin alma enviaría a un niño a hacer el

trabajo de un hombre.

Dejo el cuerpo y camino sombríamente hacia el final del almacén donde Dima está rodeado por algunos de mis *vors* más veteranos.

Hay otro niño atado a una silla frente a ellos. Sus ojos llorosos recorren el espacio con evidente pánico. No tiene mordaza en la boca, pero se muerde el labio inferior como para evitar que se le caiga la lengua.

—¿Tiene una marca? —pregunto mientras Dima se vuelve hacia mí.

—No. Ninguno de ellos. Negación plausible para nuestro viejo amigo Benedict.

—Por supuesto que no —agarro una de las sillas desvencijadas de la esquina, la arrastro frente al niño y me siento en ella al revés—. Tú. Empieza a hablar.

Los ojos del niño se desorbitan de terror. —Yo… no sé… ¡no sé nada! Esto… solo… todo esto es un err… e-error…

Puto infierno. Me corrijo: no envíes a un niño *idiota* a hacer el trabajo de un hombre. Miro a Dima, que avanza con la botella medio rota de una de las molotovs colgando de sus dedos. —¿Me dices que tú y tus amigos hicieron estas por su cuenta?

El niño se lame los labios agrietados y asiente.

Dima y yo intercambiamos miradas. —Vale —lo mantengo conversacional. Calmado—. Dime cómo las hicieron.

El niño suda a mares ahora. El hedor a amoníaco en el aire me dice que también se ha orinado encima.

—Yo… yo… M-mi amigo lo hizo… Él es el experto.

—¿Te refieres a tu amigo muerto? —pregunto—. ¿O tu amigo que morirá pronto?

—P-por favor —ruega. Su voz se quiebra con el gemido—. Déjame ir.

—Empecemos de nuevo —le doy una palmada en el hombro. Él se estremece, pero no hago nada más para asustarlo—. Te haré un par de preguntas. Si respondes con honestidad, no tendremos ningún problema. Si eliges no responder, o si eliges mentirme… bueno, entonces… problema. ¿Entendido?

—S-s-sí, señor —tartamudea.

Asiento. —Niño inteligente. Empezaremos con una pregunta fácil. ¿Cómo te llamas?

El niño simplemente me parpadea. Dima se aclara la garganta con impaciencia y eso parece sacarlo de sus casillas. —Petyr Dobrev —grazna.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Patrañas. Pero lo dejaré pasar —señalo por encima del hombro el cadáver que dejé atrás—. Tu

amigo, el que tiene la bala en la cabeza, ¿cómo lo conoces?

—É-é-é-él es m-mi… h-h-hermano —solloza tan fuerte que apenas puede pronunciar las palabras.

—¿Y el niño que se escapó?

—Nuestro primo —dice con hipo—. P-por favor… solo tiene diecisiete años.

—Suficientemente grande como para saber mejor —gruño—. ¿Quién preparó las molotovs, Petyr?

Los ojos del niño brillan, pero es lo suficientemente inteligente como para saber cuándo no mentir. —N-nos los dieron. Nos dijeron que los trajéramos a este lugar y que "nos divirtiéramos" —las palabras le resultan un poco más fáciles ahora que cree que cooperar lo salvará.

—¿Quiénes son "ellos"?

Solloza de nuevo antes de responder. —Yo… ¡Honestamente no lo sé! —insiste—. El hombre no nos dio ningún nombre. Simplemente dijo que, si lo hacíamos, nos pagaría.

Arqueo una ceja. —¿Cuánto?

—Mil por adelantado. Y prometió otros mil dólares una vez terminado el trabajo.

Blyat'. Me voy a enfermar. —¿Arriesgaron sus vidas por dos mil dólares? —me froto la cara con una mano y exhalo profundamente—. Primera lección de vida: conoce tu puto valor. Cuando estés a punto de venderle tu alma al diablo, consigue un mejor precio.

Traga saliva y suda.

—Mira, aquí está la cosa —me enderezo un poco y tamborileo con los dedos en el respaldo de la silla—. Tú y tus amigos… tu hermano… —señalo el cuerpo al otro lado de la habitación—. Aceptaron un precio muy bajo por un trabajo muy grande. Y atacaste a *mis* hermanos, en mi almacén. No tolero amenazas contra la Bratva Zakharov.

En el momento en que digo el nombre, el rostro del niño palidece. —¿Zakharov…? Él… él no…

—No te dijo a quién estabas atacando —termino por él—. Segunda lección de vida, chico: siempre debes saber en qué te estás metiendo. Quizá habrías podido escaparte de él. Pero nadie se escapa de mí.

Su piel ahora está mortalmente pálida. Tan pálida como la de su hermano muerto y desangrado.

—¡No lo sabía!

—Debiste haberlo investigado.

—¡Yo… puedo encontrarlo! Intentar conseguirte un… un nombre.

—¿Para qué molestarme? —resoplo—. Sé quién te envió incluso si tú no lo sabes. Benedict Bellasio, aunque lo más probable es que la persona que se acercó a ti y a tus amigos fuera Gregor, su hermano.

El niño empieza a llorar. Mocos y lágrimas manchan su rostro. —Por favor —ruega—. M-mi madre… mi madre es mayor. Ella me necesita. También tengo una hermana. Ella solo está en la escuela secundaria. Mi padre nos dejó… por favor…

Dima me mira. Suspirando, me deslizo de la silla y camino hacia la entrada trasera del almacén, con Dima detrás. La puerta está chamuscada, pero aún funciona.

—¿Qué harás con el niño mocoso que está ahí dentro? —pregunta Dima, sacando un cigarrillo. No es una buena señal… nunca fuma a menos que esté estresado.

—No quieres que lo mate, ¿verdad?

Se encoge de hombros, pero lo conozco mejor que para tomarlo al pie de la letra. —En última instancia, es tu decisión —difiere—. Pero, por si sirve de algo, le creo al niño. Él y sus amigos idiotas solo intentaban ganar algo de dinero. Causar algunos estragos. Divertirse mientras lo hacían. No sabían con quién estaban jodiendo.

—¿Desde cuándo la ignorancia es una excusa?

Dima enciende su encendedor. —Perdonaste a Archie, ¿no?

Mis ojos se fijan en los suyos. —No lo perdoné —gruño—. Me veo obligado a mantenerlo con vida por ahora. Eso es todo. Quizás todavía sirva para algo.

—El niño también podría.

—¿Quieres reclutarlo?

—¿Por qué no? —Dima se encoge de hombros—. Está corto de dinero, tiene dependientes y, si fue lo suficientemente valiente como para prender fuego nuestra mierda, puede hacer algo por sí mismo en esta Bratva. Podríamos moldearlo. Sería leal, te lo garantizo.

—La lealtad nunca está asegurada —murmuro—. Archie me enseñó eso.

—Como dije, es tu decisión —Dima le da una larga calada a su cigarrillo.

Miro hacia el niño. Estoy empezando a pensar que tal vez no sería tan mala idea traer sangre nueva.

Especialmente, si estoy pensando en eliminar a la vieja.

—Bellasio se está volviendo más audaz —reflexiono—. Es probable que haya ganado fuerza y número en los últimos años. Pero quiere que piense que no tiene nada a qué recurrir más que niños inmaduros sin idea de a quién se enfrentan. Duplica la vigilancia sobre nuestras propiedades y almacenes. Tenemos que estar preparados para más ataques. Nadie puede darse el lujo de distraerse.

—Y mucho menos tú —dice Dima intencionadamente.

Entrecierro los ojos hacia él. —Sé lo que estoy haciendo, Dima.

—Adam es una joya —dice—. Y la chica también. No te culpo por estar distraído. Pero, quizá por ahora, no reclamarlos podría ser más seguro para ellos. Si Benedict se entera…

—Lo sé —espeto, molesto por su lógica. Vuelvo al almacén y camino hacia el niño. Su cabeza está inclinada en señal de derrota, pero fuerza sus ojos hacia los míos cuando mi sombra cae sobre él.

—¿V-vas a matarme? —murmura con una voz débil.

—¿Debería?

Niega con la cabeza. —¿Qué tengo que hacer para vivir?

Me agacho frente a él. —A partir de este momento, tu vida es mía. No te salvo de la muerte. Lo que hago es darte una manera de pagarme por todo el daño aquí. Y quizá ganar mucho más que unos miserables dos mil putos dólares —sostengo su mirada—. ¿Lo entiendes?

Él traga saliva y asiente lentamente. —Entiendo.

—Primero me darás los nombres de tu madre y tu hermana —le digo—. Me darás su dirección y cualquier otra información que pida. No tendrás permitido verlas ni hablar con ellas. Desaparecerás de sus vidas durante el próximo año y no se te permitirán explicaciones ni despedidas. Y *si* las vuelves a ver será porque pasaste tu formación inicial.

Sus ojos se agrandan. —¿Estás… estás diciendo… que me uniré a tu Bratva?

Sonrío. —No lo arruines.

Sus ojos brillan con determinación. Hay hambre allí. Hambre de vida, por supuesto, pero es más que eso. Hay hambre de gloria, aventura y violencia. Sed de demostrar su valía. He visto esa expresión en el rostro de cada niño que ha sido decepcionado, herido y traicionado por sus padres.

Incluyendo el mío.

Y, me doy cuenta de algo mientras lo miro… No quiero ver nunca esa mirada en Adam.

ILARION

—¿Qué tan grave fue el daño? —pregunta Mila apenas entro al estudio.

—Por el amor de Dios, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Entré hace unos minutos —explica—. También ordené tu escritorio. De nada. Responde la pregunta.

Le lanzo una mirada furiosa. —A veces necesito paz y tranquilidad, Mila.

—Entonces, no deberías haber traído a Taylor y a su hijo aquí —responde mientras se deja caer en el sofá—. Por cierto, Dima me dijo que decidiste salvar al chico en el almacén. Muy misericordioso de tu parte. Muy poco característico también. Me pregunto qué podría estar impulsando el cambio de opinión. Tengo algunas conjeturas.

Mis sienes palpitan. —¿Ya te informó?

No quiero sentarme y darle la impresión de que me gustaría que se quede, pero me duelen las piernas y siento un dolor agudo que sube y baja por mi columna.

—Claro que sí. ¿Puedo hacerte una bebida? —pregunta Mila.

—Vale. Pero no sientas la necesidad de unirte a mí.

Ella sonríe e ignora deliberadamente mi implícito *vete-de-aquí-joder* mientras sirve dos vasos de whisky. Me entrega uno y señala el sillón frente al sofá. —¿Te vas a sentar?

—¿Te irás pronto?

—No —dice, dándome una sonrisa que dice que estoy jodidamente atrapado.

—Joder —murmuro en voz baja. Tiro la toalla y me siento. El whisky ayuda. Un sorbo y el borde del dolor se suaviza—. Pensé que estarías en el jardín con Adam.

—Estaba. Pero luego Taylor se fue con Celine y no estaba interesada en charlar con el viejo traidor.

—Mila…

—¿Qué? —pregunta con voz inocente—. No fingiré que no nos clavó un cuchillo en la espalda a todos.

—Él está fuera de límites.

Ella frunce el ceño. —No seas condescendiente conmigo, Ilarion. Puedo escuchar una orden cuando se dicta, me guste o no —toma un sorbo de su whisky y chasquea los labios como solía hacer nuestro padre. Tomo nota mental de nunca jamás decirle eso—. Solo por curiosidad: ¿por qué perdonaste al niño?

—Porque Dima me lo pidió. Y porque no me parecía justo matarlo por ser un adolescente estúpido.

—Eso, o simplemente te estás volviendo blando con la vejez.

Le muestro el dedo medio y tomo otro sorbo.

—¿No? —arquea una ceja—. Bueno, entonces aquí está mi otra teoría.

—No…

—Ver a Taylor de nuevo te ha vuelto más sentimental.

—Cuidado —gruño—. Esto está por encima de tu nivel salarial —suspirando, me dejo caer en mi asiento y paso un dedo por el borde de mi vaso—. ¿Alguna vez pensaste que quizá pasas demasiado tiempo analizando mi vida solo porque no tienes una propia?

Las palabras flotan en el aire, más duras de lo que pretendía, pero me niego a retractarme. Incluso después de que su boca se curve hacia abajo.

—Tengo una vida —dice en voz baja.

—¿Aparte de seguir mis órdenes y seguir a Dima? ¿Dónde está? —no dice nada, aunque una oleada de inquietud recorre su rostro. Me inclino hacia adelante—. Ya es hora de que hagas de tripas corazón y le digas lo que sientes.

Su mandíbula se aprieta al instante. —Claro, se lo diré tan pronto como tú le digas a Celine que estás enamorado de su hermana.

Aquí vamos. Era solo cuestión de tiempo.

—Celine sabe cuál es mi posición.

—Claro, pero no sabe con quién estás. ¿Debería solo arrancar la curita por ti?

—Haz eso y tendrás que pagar un infierno —logro esbozar una sonrisa, aunque solo pensarlo me produce náuseas—. Y no solo de mí.

Se encoge de hombros. —Eso realmente ya no me asusta. He vivido un infierno. Todo lo demás después de eso es pan comido.

—Excepto cuando se trata de enfrentar tus demonios y ser honesta contigo misma.

—¡Ah, mira quién habla! —vuelve su mirada oscura hacia mí—. Seamos realistas: cada persona bajo este techo en este momento se está mintiendo a sí misma. Celine. Taylor. Archie. Tú. Yo. Es un puto caos en esta maldita casa.

—La honestidad te hizo libre —le recuerdo, preguntándome si evitará este tema como lo ha hecho cada vez que lo menciono.

Se revuelve en su asiento. —Lo hizo. Pero a un costo —traga y deja caer la cabeza contra el sofá —. Después de eso, durante mucho tiempo te costó mirarme, Ilarion.

No me molesto en negarlo. Fue difícil para mí aceptar la verdad que me había negado a ver todos esos años. Pero no tuvo nada que ver con ella.

Tuvo todo que ver con mis propios fracasos.

La vi desvanecerse. Vi cómo la luz abandonaba sus ojos poco a poco. No hice ninguna de las preguntas correctas. No presioné para obtener respuestas como debí haberlo hecho.

Hasta el día en que entré a su habitación y la encontré sollozando en la cama.

~

Sus lágrimas empapaban la sábana superior y tenía los ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos.

—Maldita sea, Mila —gruñí, corriendo a su lado—. ¿Qué está sucediendo?

Al principio, ni siquiera me escuchó. Tuve que agarrarla por los hombros, pero, en el momento en que la toqué, ella se apartó, con los ojos muy abiertos por el pánico.

—¡No me toques! —gritó.

Se quedó helada cuando se dio cuenta de que era yo. Luego solo me miró, distante y distraída. Como si me viera, pero le costara recordar quién era yo.

—Mila —dije suavemente, tratando de no hacer ningún movimiento brusco—. Soy yo. Ilarion — cuando no respondió, lo intenté de nuevo—. Soy tu hermano.

Ella parpadeó. Lágrimas gemelas rodaron por sus mejillas. —I-Ilarion...

—Háblame. ¿Qué carajo está pasando? No te vi en días y luego llego aquí y estás en la cama, llorando a sollozos. ¿Pasó algo?

—A-algo sucedió —tartamudeó—. Algo ha estado sucediendo durante años.

Sacudió la cabeza y se sentó un poco. Llevaba una camiseta holgada que dejaba al descubierto la mayor parte de su cuello y brazos. Noté las manchas en su piel. Parecía como si hubiera intentado quitarse la primera capa.

Cuando extendí la mano para examinarla, ella retrocedió y dejó escapar un grito ahogado. — Mila, ¿alguien te lastimó?

Ella asintió en silencio.

—¿Quién fue?

Sacudió la cabeza. —No puedo decírtelo. No me creerás.

—Por supuesto que te creeré. Eres mi hermana.

—Pero él es tu padre.

Hay algunos momentos que nunca olvidaré. Ese es uno. El roer en mis entrañas, el hielo bajando por mi columna. La forma en que mis piernas temblaron por primera vez en mi vida.

La miré a los ojos. —¿Qué hizo?

Ella sacudió su cabeza. —No puedo decírtelo —dijo—. Me matará si lo hago.

—Mila…

—Sin embargo, hay algo que puedes hacer por mí —coge mi mano. Tenía las palmas sudorosas y calientes—. Mátame, Ilarion. Mátame antes que él. Ya me quitó mucho. No quiero morir en sus manos también.

—Mila… —dije en voz baja, solo para asegurarme de que ella realmente me escuchara—. Eso nunca sucederá.

Su rostro se desmoronó. Soltó mi mano y se marchitó en su lugar. Me arrodillé en la cama con ella y la agarré por los hombros. Esta vez, cuando se alejó de mí, lo ignoré.

—Necesito que me escuches ahora —le dije—. ¿Estás escuchando? Bien. Sí, él es mi padre. Él me ha enseñado todo lo que sé. Pero si hay que elegir, te elegiré a ti antes que a él en un instante. Cada. Maldita. Vez.

Ella me miró fijamente, con la boca abierta.

—¿Me crees?

Pasó una eternidad antes de que ella finalmente asintiera.

—Bien —dije—. Ahora, dime qué ha hecho.

No estoy seguro de lo que esperaba que dijera. ¿Un matrimonio arreglado? ¿Una discusión se volvió violenta? Pero cuando abrió la boca para hablar, vi los escalofríos en sus palabras, la horrible verdad que estaba eligiendo confiarme.

Estoy seguro de que no esperaba lo que ella me dijo.

—É-él... viene a mi habitación por las noches —dijo, con la voz quebrada débilmente por las palabras—. Él… él…

Me aparté de ella tan rápido que se interrumpió a mitad de la frase, con los ojos llameando de alarma. —¡Ilarion! —sollozó—. No estoy mintiendo —otra lágrima cayó en cascada por su mejilla—. Me hizo prometer que nunca se lo diría a nadie. Me hizo prometer que nunca te lo diría. Dijo que, si lo hacía, me mataría.

Salté de su cama y me dirigí hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —gritó, su respiración se volvió pesada otra vez.

Me volví hacia ella, solo para que pudiera ver la intención en mis ojos. —A matar al bastardo.

—¡No!

Me quedé helado. —¿No?

—No —se puso de pie, tragó y usó la palma de la mano para secarse las lágrimas de los ojos—. Quiero hacerlo yo misma.



—OYE —parpadeo una vez. El rostro de Mila flota ante mí. Ella deja el sofá y se agacha en la otomana frente a mi sillón. Su mano está en mi brazo y sus pestañas parpadean con preocupación —. ¿A dónde te fuiste?

—¿Dónde más?

—Ah —baja la voz—. Lo supuse. No fue tu culpa, ¿sabes? Te lo dije antes. Vale la pena repetirlo.

Sacudo la cabeza con disgusto. —Se suponía que debía protegerte.

—Pero no de él —insiste—. No era tu trabajo protegerme de él. Era su trabajo protegernos a los dos. Éramos sus hijos.

—Y murió por ello.

Ella asiente solemnemente. —Pensé que me sentiría muy mal después de hacerlo. Pensé que pasaría las noches llena de pesadillas. Pero la verdad es que esa noche dormí mejor que nunca.

—Bueno, entonces valió la puta pena.

Su labio inferior tiembla. Ella parpadea rápidamente y toma mi mano. Aprieta fuertemente. —¿Te he dado las gracias alguna vez?

—Por favor, no lo hagas —sacudo la cabeza—. No me agradezcas. No por eso.

—¿Porque te sientes culpable? —pregunta en voz baja, arrugando la frente.

—No. Porque debí haberlo notado mucho antes.

—Nunca me importó eso. Me importó que me escucharas cuando finalmente decidí hablar. Me importó que me creyeras. No tienes idea de cuánto significó. Cuánto significa todavía para mí. Por eso me quedé todos estos años y me dediqué a esta Bratva. Fue porque, si iba a gastar mi vida en algo, sería en ti.

Me muerdo la lengua. —Ten cuidado. Quizás me hagas llorar.

Ella se ríe suavemente, pero no suelta mi brazo. —Tú también mereces ser feliz, Ilarion. No es tu trabajo salvar al mundo entero.

—No estoy interesado en salvar al mundo entero. Solo a unas pocas personas en él.

—¿Una de esas personas eres tú?

Le doy unas palmaditas en la rodilla y la empujo suavemente. —Ve a buscar a Dima —la reprendo—. Dile que vamos a apretar la soga alrededor del cuello de Benedict. Es hora de acabar con él.

Ella asiente con una sonrisa críptica. —Lo que tú digas, jefe.

TAYLOR

—¿Dónde está el abuelo? —pregunto en el momento en que Adam corre hacia mí. No es de extrañar que mi hijo aún esté en el jardín, pero está con Mila y Dima. No Papá.

—El abuelo dijo que estaba cansado —explica Adam—. Subió a tomar una siesta.

—¿Cuándo?

—¿Qué te pasa, Taylor? —interviene Mila—. Pareces preocupada.

Dejo a Adam en el suelo y beso la parte superior de su cabeza. —¿Por qué no entramos? ¿Quizás darte algo de comer?

—Ya comí. Mila me hizo sándwiches. Sabían mal, pero luego entró el tío Illy y me preparó un poco de pasta —dice sonriendo todo el tiempo—. Cocina incluso mejor que tú, Mamá.

—¿Sí? —pregunto distraídamente, mirando por encima del hombro hacia la casa.

Cuando llegamos a la Casa Zakharov, Cee fue directamente a su habitación para cambiarse. Yo vine aquí con la esperanza de arrinconar a nuestro padre otra vez. Sin embargo, está demostrando ser molestamente resbaladizo.

—¡Sí! ¿Puedes pedirle que te enseñe a hacer pasta, Mamá?

—Después, bebé. ¿Quieres entrar y leer un poco?

—¡Quiero quedarme afuera con Dima! —se lanza hacia la hierba. Me quedo ahí, preguntándome cuándo perdí mi puesto más alto en su encuesta de personas favoritas.

—¿Estás bien, Taylor? —pregunta Mila.

—No —respondo—. ¿Dónde está mi padre?

—Probablemente en su habitación. Salvo, por supuesto, que esté husmeando y espiándonos de nuevo. Esa también es una posibilidad —no puedo notar si está bromeando o no.

—Él ya no hace eso, Mila.

—¿Puedes garantizar eso?

—Puedo, pero aparentemente eso no importa.

Me sonríe con timidez. —Para creerle a alguien, es necesario confiar en él. No te ofendas, pero no confiaré en tu padre solo porque es tu padre.

Está muy tranquila, pero sus movimientos son tensos. Hay una rigidez en su postura que sugiere que se está conteniendo.

—Es un hombre viejo.

—Los viejos son capaces de hacer cosas horribles —dice—. Lo sé por experiencia personal.

Respiro profundamente y trato de mantener la calma. —Mila, escucha…

—No, *tú* escucha —da tres largas zancadas hacia mí. Luego, saca una silla y raspa la cubierta mientras la aleja de la mesa—. Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie.

—Haz lo que quieras —se encoge de hombros despreocupadamente—. La noche que murió mi padre, tu padre estaba en la casa. Estaba de servicio —dice—. Él era el único que sabía la verdad de lo sucedido. Y poco después Benedict Bellasio empezó a difundir un "rumor" que, en este caso, resultó ser cierto. Por supuesto, en ese momento me pareció una suposición afortunada. Pero, cuando nos enteramos de la traición de Archie, me di cuenta de que no había sido una suposición afortunada en absoluto. Tu padre le vendió mi secreto a Benedict Bellasio.

Puedo sentir descargas de energía que recorren mi columna. —Él… Tú… Joder, Mila. Lo siento mucho.

—¿Por qué? Tú no me vendiste a nuestro peor enemigo —dice Mila amablemente—. Tú solo huyes. No hablas.

Doy un paso atrás y siento que se me contrae la garganta. Se siente como si alguien tuviera sus manos alrededor de mi cuello.

—Vale —saco una silla y me siento junto a Mila—. Vale. Era un traidor. Los traicionó a ti y a Ilarion. A toda la Bratva Zakharov. Y soy consciente de que, si hubiera sido cualquier otra persona, ya estaría dos metros bajo tierra —me encuentro con la mirada de Mila—. Pero él es mi padre, y por más injusto que sea pedirlo, por más merecedor que sea de represalias, te lo pido como amiga: perdónalo. Olvida lo que hizo. Déjalo vivir. Déjalo ver crecer a su nieto. Déjalo ser parte de mi vida, de la vida de Cee. Por favor, Mila. Por favor.

La calma en los ojos de Mila es reemplazada por sombras. Aprieta los dientes con tanta fuerza que puedo oír el chirrido. —Debe haber sido un buen padre para que hables así por él.

—Tuvimos nuestros problemas —admito—. Todavía los tenemos. Yo también me siento traicionada por él muchas veces. Pero la cosa es que sé que sus intenciones siempre han sido buenas. Su único objetivo era mantener y proteger a su familia. Lo hizo de manera equivocada, pero su corazón siempre estuvo en el lugar correcto.

Mila me mira con expresión estoica. Luego suspira. —Vale —murmura—. Vale.

Se me escapa un suspiro que ni siquiera me di cuenta de estar conteniendo. —Gracias.

Se pone de pie, pero sus ojos se mueven hacia las puertas francesas. Recibo un olor a lavanda y

madreselva y las notas cítricas del costoso perfume de Cee.

—Para que sepas —Mila baja la voz para que solo yo pueda escucharla—, creo que también estás protegiendo a Celine de la manera equivocada. Tú y tu padre tienen eso en común —luego, levanta la vista y vuelve a alzar la voz—. Hola, Cee, ¿cómo estuvo la reunión?

—Sin problemas —responde Cee mientras camina hacia nosotras—. ¿Dónde está mi sobrino?

—En algún lugar de los jardines, con Dima. De hecho, creo que me uniré a ellos. Disculpen.

Celine se vuelve hacia mí con una sonrisa. Se puso un mono de seda beige. —Ven conmigo. Quiero mostrarte algo.

—En realidad iba a ir a ver a Papá —digo mientras me pongo de pie.

Descarta mis planes. —Aparentemente está descansando. Déjalo. Esto es más importante —la sonrisa brillante delata su entusiasmo.

Ella me agarra del brazo y me arrastra hacia el interior de la casa, luego me lleva hasta una habitación en el segundo piso. Es enorme y aireada y el papel tapiz es de un azul suave y cálido que me recuerda a la habitación de un bebé.

Ay, Dios mío, ¿está embarazada?

—Así que —gira en el lugar y señala la esquina izquierda y derecha de la habitación—. Estoy pensando que la cama va por ahí. Podemos convertirla en una litera y agregarle un tobogán, si le gustan ese tipo de cosas. Y allí, estantes de pared a pared para sus libros y juguetes.

—Em, ¿para quién es todo esto, Celine?

Ella pone los ojos en blanco. —¡Adam, por supuesto! No puede vivir contigo para siempre. Necesita un espacio propio.

Espero que ella no pueda oír lo fuerte que late mi corazón contra mi pecho. —Cee, todo esto es muy innecesario. Estoy feliz de compartir con Adam y a él no le importará tener su propio espacio.

—Lo hará cuando sea mayor.

—No estaremos aquí tanto tiempo.

Su rostro cae y sus hombros se encogen. —Ah, claro. Lo siento. No debí haber… lo siento.

—Está bien. Quiero decir, esta es tu casa. No quiero imponer…

Ella agarra mis manos. —Pero no es una imposición. Eso es lo que quiero que sepas. Sería maravilloso si te quedaras. Todos ustedes. Perdimos mucho tiempo juntos… tiene sentido que vivan aquí. Ya le pregunté a Ilarion y está de acuerdo.

—¿Ya le preguntaste a Ilarion?

—Ajá —asiente—. Así que, ¿qué dices?

—Yo digo… que tendré que pensar en ello.

Sus cejas se fruncen por un momento. —Bueno, mientras tanto, Adam puede usar esta habitación. Y por la noche te presentaré a su niñera.

—Disculpa, ¿su *qué*?

—Su nombre es Edna. Está muy recomendada.

—Celine, Adam no necesita una niñera.

—Por supuesto que sí. No podemos estar con él todo el tiempo. Y eventualmente encontrarás un trabajo y quizá incluso un novio. Hablé con Edna por teléfono y suena maravillosa.

—Celine, realmente aprecio todo esto, pero…

—No tienes que agradecerme, Tay. Quiero ayudar. Me hace sentir bien saber que puedo hacerte la vida un poco más fácil. No puede haber sido muy agradable vivir en una maleta todos estos años.

Tengo que morderme la lengua para no rechazar sus ofrendas. Por muy dulces que sean los gestos, ninguno de los dos me sienta bien.

—Honestamente, no fue tan malo —le digo—. Y en cuanto a Adam, disfruto haciendo todo yo misma. Si necesitaba ayuda extra, Papá siempre estaba presente. Nunca quise una niñera.

La mirada de Cee se fija en la mía y su sonrisa vacila. —Estoy siendo insistente, ¿no?

—No es eso en absoluto —digo rápidamente—. Simplemente no necesito ese tipo específico de ayuda. Ahora somos personas muy diferentes, Cee. Y creo que quizá estés intentando vivir indirectamente y…

Me detengo en seco cuando veo la forma en que Celine se queda con la boca abierta. *Joder*. Hablé mal.

—¿Crees que estoy intentando vivir indirectamente a través de ti?

—No, eso no es… quiero decir, es lo que dije, pero no es lo que quise decir.

Su sonrisa desaparece por completo. Ella se mueve de una pierna a la otra. Todavía se retuerce las manos cuando está agitada. Al menos eso no cambió.

—Cee, lo siento. Eso no es lo que quise decir en absoluto. Simplemente no soy buena expresando estas cosas con palabras.

—No, tienes razón —suspira y se pasa las manos por los costados—. Adam es tu hijo, no mío. No tengo derecho a darle guarderías ni contratar niñeras en su nombre.

Sí. Soy una perra.

—Fue un gesto maravilloso y atento.

—Fue agresivo y grosero y desagradable —responde con voz suave y cohibida.

—Solo estaba desconcertada —mierda, realmente metí la pata—. No me lo esperaba. Pero, ahora que lo pienso, le encantaría esta habitación. Y una niñera incluso podría resultar útil.

Ella me mira por el rabillo del ojo. —Estás retrocediendo.

—Sí, lo estoy haciendo. Por favor déjame.

Eso casi le arranca una sonrisa. —No estás equivocada. Tal vez estaba tratando de vivir indirectamente a través de ti. Yo solo… —respira hondo—. Hace mucho tiempo que quiero tener una familia —sus hombros suben y bajan con pesadez mientras su nariz se arruga con fuerza—. Y ahora estoy llorando. Maravilloso. Jodidamente perfecto.

Es la primera vez desde que nos reunimos que veo su compostura quebrarse.

Me hace amarla aún más.

—Ven aquí —le digo mientras la tomo en mis brazos.

Ella no me devuelve el abrazo de manera muy convincente, pero me deja abrazarla de todos modos. Cuando me alejo, ella me mira por una fracción de segundo, antes de encogerse. —Eso fue incómodo, ¿no?

—Podría haber sido peor. No mucho peor, pero sí peor.

Se ríe, pero eso no disipa la energía nerviosa a su alrededor. —No tengo mucha práctica —explica—. Las personas a las que abrazo son compañeros y amigos de la sociedad. No recuerdo la última vez que recibí un abrazo de verdad de alguien cercano.

Un nudo se forma en mi garganta y un millón de preguntas pasan por mi cabeza, pero mantengo la boca cerrada.

—Si alguna vez necesitas un abrazo de verdad, solo ven a mí. Te tengo.

Ella aparta la mirada rápidamente. Pero, antes de que se dé la vuelta por completo, juro que vislumbro una lágrima brillando en el rabillo del ojo.

TAYLOR

Vale, entonces no se puede hablar con Papá.

Voy a tener que ir directo a la guarida de los leones.

Pero el león no me espera, eso es seguro. Ilarion levanta la vista de su escritorio y me mira dos veces. —¿Qué estás haciendo aquí?

Cierro la puerta y giro la cerradura para asegurarme de que no nos molesten. Luego, me acerco a su escritorio y golpeo ambas palmas a cada lado de su mesa como he visto hacer a la gente en las películas. Supongo que vamos con el drama, ¿verdad? No tengo nada que perder. —¿Qué está pasando entre tú y mi padre?

—¿Te preocupa que esté engañando a Celine con tu padre? —pregunta con cara seria.

—No te hagas el lindo.

—Ah, ¿entonces crees que soy lindo?

Aprieto los dientes y trato de exhalar toda la tensión nerviosa que traje a la habitación conmigo. Funciona tan bien como se puede esperar. —Creo que estás jugando un juego. Y creo que piensas que soy demasiado estúpida para verlo.

Se recuesta en su silla y suspira exasperado. —Esto podría ser un poco más fácil si me dijeras de qué diablos estás hablando.

Lleva una camiseta, que rara vez le había visto usar antes. Es un corte militar en un gris suave que resalta los tonos cambiantes de sus ojos azules. Es muy molesto lo desconcertada que estoy por ese detalle.

¿Y qué tiene que lleve una camiseta? ¿A quién le importa? No es gran cosa. No debería afectarme tanto lo que elija usar. O cómo lo usa. En este caso… bien.

Realmente… malditamente… bien.

—Amenazaste a mi padre.

Levanta ambas cejas y gira en su silla giratoria negra. —¿Lo hice?

—Te vi. Te vi desde la ventana de mi habitación. Estaban los dos en el jardín y lo cogiste por el

cuello. Solo lo dejaste ir porque vino Adam.

Él frunce el ceño. —Hm. No lo recuerdo.

—*No* me engañes.

—Ya has tenido suficiente de eso de tu padre, ¿verdad?

Retrocedo como si hubiera intentado golpearme.

Él solo asiente. —Vamos, Taylor. No estarías aquí, exigiéndome respuestas, si Archie hubiera decidido ser honesto contigo. Supongo que ya fuiste con él y te dijo que no pasó nada. Entonces, ¿por qué esperas que yo diga algo diferente?

Trago fuerte. —Es una tontería de mi parte, la verdad —digo mientras el dolor me obstruye la garganta—. Esperar honestidad de cualquiera de los dos.

—Creo que es mejor que olvides de lo que sea que creas haber visto —sugiere mientras escanea los documentos esparcidos sobre su escritorio—. Concéntrate en volver a conocer a tu hermana.

Me enfurezco ante la insinuación. —No tengo que "conocer" a Cee. Ya la conozco. La conozco de toda mi maldita vida.

—Y aun así ella todavía no te contó sobre su intento de suicidio, ¿verdad?

Es la confianza lo que me atrapa. La arrogancia. Estoy fuera de mi alcance aquí, y él lo sabe y me lo restriega en la cara. Porque la verdad es que Ilarion no solo conoce a mi hermana mejor que yo ahora; él también conoce a mi padre mejor que yo.

¿Cómo diablos ocurrió eso?

—Creo que tengo una idea bastante clara de por qué intentó hacerse daño.

—Ah, déjame adivinar —reflexiona—. Soy el malo de esta historia.

—¡Ella no está acostumbrada a que la *abracen*, Ilarion! —estoy bastante segura de que sale saliva volando de mi boca cuando se lo grito—. ¡Ella actuó como si un abrazo fuera lo mejor en la Tierra! ¿Por qué es eso? ¿Por qué tiene tanta hambre de contacto?

Parpadea plácidamente. —No soy muy dado a abrazar. Y ya conoces a Mila.

—Me has abrazado a mí —en el momento en que las palabras salen de mi boca, me arrepiento —. Haz como que no dije eso.

—No soy tan bueno fingiendo como pareces serlo tú.

—Joder que no —Dios mío, es exasperante—. No me jodas, Ilarion. Estoy tratando de hacer lo correcto.

—¿Para quién? ¿Para ti misma?

—¡No se trata de protegerme! —insisto, furiosa—. Puedo soportar que Cee esté enojada conmigo. Lo que no puedo soportar es romperle el corazón porque tuvo la desgracia de tener mal tiempo.

—Joder, mujer —sus ojos brillan como rayos—. ¿De verdad crees que eso fue todo? ¿*Tiempo*?

—Bueno…

—No habría importado cuándo te conocí a ti o a Celine. Antes, después, no habría hecho la más mínima diferencia. Siempre, siempre ibas a ser tú.

Ay… Dios.

Mis piernas se hacen gelatina en los dos segundos que tarda Ilarion en ponerse de pie. Sus ojos azules brillan como zafiro. Me está convirtiendo en masilla donde estoy, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

A decir verdad, fui masilla desde el principio.

—N… no deberías decir cosas así.

Se encoge de hombros, como si lo que acaba de decir no cambiara ni arruinara su vida en absoluto… tú elijes. —Lo diré porque es la verdad.

—Entonces, miente. Miénteme a mí, a ella y a ti mismo si es necesario —me trago las partes traidoras de mí que quieren escuchar la verdad—. Haz lo que sea necesario para seguir la maldita narrativa.

—Yo no escribí esta narrativa para nosotros. *Tú* lo hiciste.

—¡Y lo volvería a hacer! —exclamo—. No estoy exactamente segura de por qué, pero ella todavía te ama.

—¿Cómo estás tan jodidamente ciega, Taylor?

Me detengo en seco, veo las arrugas en sus cejas. Miro sus manos y noto que sus nudillos están blancos. Ni siquiera está tan tranquilo como pensé al principio. Como yo, arde por el deseo algo que está tan cerca y, al mismo tiempo, tan jodidamente lejos.

—Ella sospecha que estás enamorado de otra mujer —digo en voz baja.

—¿Hay alguna pregunta en eso?

—¿Has estado teniendo aventuras?

—¿Estás preguntando por Celine o por ti misma?

—Que te jodan.

La comisura de su boca se mueve hacia arriba, pero parece más una mueca que una sonrisa. Camina alrededor del escritorio y sus pasos aterrizan pesadamente contra las tablas del piso de madera.

—No sé por qué, pero a pesar de que cree que la engañas, decidió quedarse.

Ahora me sonríe, como si todo esto le pareciera gracioso. —Ambas tienen la costumbre de sacar conclusiones precipitadas, ¿lo sabías? Además, vive bastante cómoda con mi billetera en la mano.

Le gruño. —¡Cómo te *atreves*! Cee nunca se quedaría por algo tan superficial como el dinero. Se queda porque espera que te enamores de ella.

—Pasaron cinco años, Taylor. Si no me enamoré de ella hasta ahora, no sucederá.

—No es verdad.

—¿No? —pregunta, aunque apenas parece interesarle mi respuesta—. ¿Crees que un día me despertaré y de pronto, mágicamente, estaré perdidamente enamorado de ella?

—No, pero creo que, si lo intentas, si haces un esfuerzo, podrás desarrollar sentimientos por ella.

Él entrecierra los ojos hacia mí. —¿Quieres que corteje a Celine?

Me estremezco, aunque trato de hacerlo pasar como un tic nervioso. Simplemente no estoy del todo segura de a cuál de nosotros espero convencer. —¿Por qué no? Está claro que solo lo intentaste cuando querías usarla para vengarte de nuestro padre. ¿Por qué no ahora?

—El punto fue conseguir que *ella* se enamorara de *mí*. No de la otra manera.

—Entonces, cambia el punto.

Da otro paso hacia mí. Los latidos de mi corazón se aceleran y mis mejillas se sonrojan de calor mientras él me mira a los ojos. ¿Por qué diablos no puedo apartar la mirada? ¿Y por qué diablos cerré la puerta con llave?

—Ilarion, por favor.

—¿Por favor *qué*? —sus ojos se clavan en los míos. Estamos tan cerca ahora que puedo ver motas de oro y ámbar. ¿Cómo nunca me había dado cuenta de eso antes? ¿O tal vez simplemente lo olvidé?

—¿Por qué intentas meterte en mi cabeza?

—No estoy tratando de hacer nada, *tigrionok*. ¿No lo entiendes? Ya estoy en tu cabeza. Lo estoy desde el momento en que corriste frente a mi auto. Justo como tú vives en la mía.

Parpadeo para intentar romper nuestra conexión, pero no hace nada. Simplemente me recuerda que nuestra conexión ni siquiera podría romperse con el tiempo o la distancia. No con una tormenta, una mafia violenta o un coche fuera de control.

Este era el destino.

Nunca hubo ninguna esperanza de detenerlo.

Él tiene razón, sé que tiene razón y eso me rompe el corazón. Es lo único que puedo recordar sin ningún sentimiento de culpa, porque es el único recuerdo que está libre de Celine. Su enredo con Ilarion vino después… así que esa noche bajo la lluvia, en el auto… eso fue solo para mí.

Para nosotros.

—Adelante, niégalo —su voz es cortante y aguda, me reta a mentirle.

Quiero, pero no puedo.

Solía pensar que la vida era simple. Que las relaciones no eran tan complicadas. Ahora, al otro lado de la maternidad y el amor, el desamor y la pérdida, y el dolor… *tanto maldito dolor*… puedo saborear cada una de esas emociones y salgo confundida y perdida. Salgo entendiendo que nunca llegaré a un punto en el que todo parezca limpio o simple o fácil.

—La noche en que nos conocimos… —balbuceo—. Significó mucho para mí, Ilarion. Todavía lo hace. Pero ese fue nuestro momento juntos. Y se acabó.

—No, no se acabó.

Sacudo la cabeza. —¿Por qué no me pediste mi número? —me escucho exigir. ¿Dónde enterré esta furia, este dolor durante todos estos años? —¿Por qué no querías verme otra vez? Te marchaste como si lo único que tuviéramos fuera una aventura de una noche sin sentido.

Sus ojos azules se vuelven un tono más oscuro. No pensaría que es posible si no lo viera yo misma. —Pareces olvidar que fuiste tú quien se negó a decirme tu nombre. Saltaste de mi coche y trataste de volver corriendo a casa con tu padre.

—Yo…

—No me culpes por algo que fue igualmente culpa tuya. ¿Por qué no preguntaste *mi* nombre? ¿*Mi* número?

—¿Me lo habrías dado?

—Lo intenté. Tú me detuviste.

Estudio su rostro, buscando signos de mentira. Pero luego el recuerdo se desvanece en mi mente y me doy cuenta con una profunda tristeza de que tiene razón. —Pero habrías ido tras Cee de todos modos.

—De ninguna manera. Te habría tomado a ti en su lugar. Y esta vez lo habría hecho en serio.

Mi corazón late dentro de mi pecho. O tal vez solo deja de latir por completo. Todo lo que sé es que estoy flotando en un mar de desesperanza e incredulidad.

No *puede* decir eso en serio. No puede.

—Bueno, aquí estamos —no se me ocurre nada mejor que decir—. Lo soportaste antes. ¿Por qué no hacerlo de nuevo?

Se aleja de mí y sus rasgos se suavizan como lo hacen cuando no quiere que lea las expresiones de su rostro. —Porque esta vez no se trata de venganza, ni de la Bratva, ni de Benedict Bellasio —afirma—. Esta vez quiero lo que quiero.

Me mira. Su mirada es directa y ardiente. No puedo apartarla, aunque sé que debería.

—Y lo que quiero eres *tú*.

El aire en la habitación se vuelve caliente y opresivo tan rápido que siento como si se me ampollara la piel. Espera mi respuesta, pero no tengo idea de cómo responder.

Si le respondo honestamente, estaré traicionando a mi hermana.

Si le miento, se dará cuenta.

Así que hago lo único que puedo hacer en estas circunstancias. Hago lo que hice la primera vez, cuando no podía ver una salida a este desastre.

Me doy vuelta y corro.

ILARION

Una vez que pasa la necesidad de perseguirla y arrastrarla de vuelta, escapo de la guarida y me aventuro al jardín en busca de Adam.

Mi hijo me calma como nada. Más que cualquiera de sus hijas, Archie tiene que agradecerle a Adam por su vida. Porque, cuando volví a ver al traidor después de tanto tiempo, la necesidad de matarlo no fue tan abrumadora como antes. Seguía ahí, por supuesto, pero atenuada. Saciada… por ahora.

Adam es tormenta y sol a partes iguales. Puedo ver todas las partes que heredó de su madre y puedo ver el potencial que tiene para llegar a ser como yo. Puedo ver la fuerza que es pura Mila y la bondad que es toda de Celine. Y, aunque no participé en su educación, eso me enorgullece.

Me hace querer ser parte del resto de su vida.

—¿Buscas a alguien? —pregunta Mila desde el lado de la piscina cuando salgo a la terraza.

—Adam.

Sonríe. —Está en su guardería, con Edna.

—¿Quién carajo es Edna?

Mila sonríe. —La nueva niñera, por supuesto.

—¿Taylor contrató a una niñera? —pregunto justo antes de entender—. No, *Celine* contrató a la niñera.

—Sí. Creo que lo discutió con Taylor.

—Ella debió haberlo discutido *conmigo*.

—¿Por qué? —pregunta Mila—. Tú no eres su padre.

La miro con ira. —Realmente sabes cómo molestarme, ¿no?

Ella encoge los hombros sin importarle. —No mates al mensajero.

—¿Arriba en la guardería, dijiste?

Asiente. —Segundo piso. Tercera habitación a tu derecha. Si te sirve de consuelo, la niñera

parece agradable. Ella sabe lo que hace.

—No podría importarme menos —murmuro en voz baja mientras subo las escaleras.

Durante todo el camino, me pregunto si Taylor aceptó voluntariamente una niñera, o si Celine la engatusó para que la contratara. De algún modo, creo que esto último es más probable.

Adam está sentado con las piernas cruzadas en la alfombra, rodeado de bloques de juguete, tratando de encajar dos piezas con la cara arrugada en feroz concentración.

Su niñera está sentada a unos metros de él, observándolo con atención mientras trabaja. Es más joven de lo que esperaba, probablemente tenga entre treinta y tantos o principios de los cuarenta, el cabello rubio recogido hacia atrás en una trenza cuidada.

—¡Tío Illy! —saluda Adam cuando me ve—. ¿Viniste a ver mi nueva habitación?

La niñera se pone de pie de un salto. —Hola, señor.

La examino. Lleva un mono de lino blanco, arrugado por estar arrodillada en el suelo. Se ve perfectamente bien. Perfectamente normal. —¿Tú debes ser Edna?

La mujer asiente. —¿Y tú debes ser el padre de Adam?

Tengo el "sí" en la punta de la lengua… y entonces, Adam se me adelanta. —Ilarion no es mi papá —interrumpe—. Es mi tío.

Aprieto los dientes y finjo que no acaba de arrancarme el corazón del pecho. Le doy a la niñera una sonrisa tensa. —Ese soy yo.

—Ah. El esposo de la Sra. Celine.

Asiento. —Algo así. ¿Por qué no te tomas un descanso? —le digo, desesperado por deshacerme de la mujer—. Puedo encargarme desde aquí.

Parece un poco insegura. —Bueno…

—Soy seguro —digo con desdén—. Adelante.

Vacila. Sus ojos se dirigen a Adam como si esperara que él le pidiera que se quede, pero cuando él la ignora y sigue jugando con sus bloques, asiente incómodamente y sale de la guardería.

Me uno a Adam en la alfombra. —¿Qué estás construyendo?

—Una gran torre —dice—. Del tipo en la que vive Rapunzel.

—Gran idea. Ayudaré.

Nos ponemos manos a la obra. Lo observo mientras avanzamos. Tiene la costumbre de sacar la lengua hacia un lado cuando se concentra. Sus cejas se juntan como las mías, y sus ojos se entrecierran en finas rendijas azules.

Cuando la puerta se abre con un ruido, soy el único que lo nota. Estoy a punto de decirle a la niñera que se vaya a la mierda un rato más cuando noto que una mata de cabello oscuro aparece a la vista.

La miro a los ojos y se congela, ya a medio camino de salir por la puerta. Es entonces cuando Adam también se fija en ella.

—¡Mamá! ¡Ven y ayúdame a construir mi torre!

—Ay, está bien, bebé. Estás jugando con el tío Illy.

—¡Pero quiero que tú me ayudes! —dice—. ¿Por favor, Mamá?

Puedo ver su rostro doblarse. Como yo, este niño la tiene en la palma de su mano. Ella reprime su desgano y dibuja una sonrisa en su rostro. —Claro, cariño. Te ayudare.

Entra cautelosamente en la habitación y encuentra un lugar en el lado libre de Adam, alejándose lo más posible de mí. Por supuesto, eso nos pone uno frente al otro. Ella me mira, se da cuenta y sus labios se curvan hacia abajo.

—Mamá, haz esta parte —dice Adam, empujando un montón de bloques rojos hacia ella—. Tío Illy, tú puedes hacer este lado.

Trabajamos en silencio por un rato. La concentración de Adam nunca flaquea mientras junta las piezas y la torre comienza a levantarse de la alfombra. Me río cuando comienza a tararear en voz baja. Creo que ni siquiera se dé cuenta de que lo hace.

Taylor también se ríe. La miro y es en algún punto de este extraño momento en el que nuestras sonrisas chocan que caigo en que Adam podría ser lo único en lo que realmente nos podemos comprometer. Puede que no conozca al niño hace mucho tiempo, pero moriría por él. Una parte de mí supo esa verdad desde el momento en que descubrí su existencia, cuando no era más que un diminuto maní en el estómago de Taylor.

—¿Tío Illy? —Adam rompe el silencio de la nada—. ¿Por qué no tienes hijos?

Los ojos de Taylor vuelan hacia los míos. —Adam, ¿quieres ayudarme con esta parte? —pregunta, tratando de golpear su cara con su torre a medio construir para distraerlo.

Él me da un ceño confundido. —No, Mamá, ese es tu trabajo —luego me mira fijamente, como para hacerme saber que todavía espera una respuesta.

—Yo… —no quiero mentir. No más de lo que ya estoy mintiendo. *Te tuve a ti, hijo,* está ahí en la punta de mi lengua. Pero no puedo pronunciar las palabras y me cuesta encontrar otras—. No lo sé.

Su nariz se arruga un poco. —¿No tienen cigüeñas en esta parte del país?

—¿Cigüeñas?

Él asiente y mira a Taylor, que ahora está completamente sonrojada. —Mamá dice que las cigüeñas traen bebés. Así es como ella me obtuvo.

Me obligo a reprimir mi sonrisa. —Una cigüeña, ¿eh?

Se lame los labios con timidez. —Es, em, complicado, cariño. En algunos lugares escasean las cigüeñas.

—Eso es triste. Tal vez deberías ir al lugar donde vivía Mamá cuando me obtuvo —sugiere

Adam—. Entonces, tú y la tía Cee también podrán tener un bebé.

—En realidad, podría ser alérgico a las cigüeñas.

Parece muy decepcionado por eso. —¿Pero no quieres un bebé?

—Cariño —interrumpe Taylor antes de que pueda hablar—, realmente necesitamos concentrarnos en construir esta torre. ¿Dónde vivirá Rapunzel si no terminamos?

—Pero quiero saber, Mamá. Entonces tendré un amigo con quien jugar.

—Pronto estarás en la escuela y luego harás muchos amigos.

Su labio inferior sobresale. —Pero luego llego a casa y no tengo a nadie con quien jugar aquí. Yo quería volver a llamar a la cigüeña, pero tú dijiste que no.

—Quieres un hermanito o una hermanita, ¿eh? —miro a Taylor de nuevo, preguntándome si puede ver el calor en mi mirada. Solo pensar en tener otro bebé con este exasperante gato infernal…

Concéntrate, Ilarion. Tu hijo está mirando.

—Sí. Por mucho tiempo. Mamá sigue diciendo que no. Ella dice que me tiene y que basta. Pero quiero un hermanito o una hermanita.

Me río entre dientes. —Quizá algún día, ¿eh? —*quizá incluso algún día pronto.*

No tendría ningún problema en hacerle un hermanito o una hermanita. Ninguno en absoluto.

Se encoge de hombros y vuelve a su torre. Cuando miro a Taylor, sus ojos están puestos en mí. —Hay grandes expertos en fertilidad en este estado —dice en voz baja—. Solo digo.

Arqueo una ceja juguetona. —Creo que sabes muy bien que no necesito un experto en fertilidad.

Ella se pone roja brillante. —No es asunto mío.

—Podría ser asunto tuyo.

Si se pone más roja, se incendiará. —No puedes hablar en serio.

—Te dejaré adivinar.

Pone los ojos en blanco y camina hacia el asiento junto a la ventana que da al jardín. Adam no parece notar su ausencia, así que la sigo. Me apoyo contra la pared de soporte, dándole el espacio que claramente necesita de mí. Pero aparentemente todavía estoy demasiado cerca, porque se pone rígida en el momento en que llego.

—¿No crees que sospechará? —murmura Taylor—. ¿Si sigues mostrando interés en Adam?

—Ella no está aquí para ver nada.

Ella suspira. —No, supongo que no.

—Así que… ¿cigüeñas?

Deja caer su cabeza entre sus palmas abiertas. —Ese niño. En serio. Me preguntó cuando tenía cuatro años y yo simplemente… entré en pánico. No quería tener que entrar en toda la dinámica de solo Mamá y no Papá. Tendría demasiadas preguntas.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás evitar esas preguntas? ¿Uno o dos años más?

Se muerde el labio y mira hacia el jardín para poder evitar mi mirada. —Es demasiado joven para comprender lo jodidas que están nuestras vidas. Y demasiado joven para la charla del sexo. Demonios, *yo* necesito una actualización sobre el sexo.

—Ah, ¿sí?

Sus ojos se agrandan por una fracción de segundo y su piel se mancha de vergüenza. —No lo quise decir como sonó.

—Sonó como si no hubieras tenido sexo en mucho tiempo.

Ella se sonroja y se pasa una mano por la cara. —¿Podemos no hablar de eso?

—Ese pueblerino de ciudad pequeña no se metió en tus pantalones con el truco del Tío Bueno, ¿eh?

—Basta. Deja de actuar como si lo supieras todo —espeta—. No me acosté con Callan porque sabía que no teníamos futuro. Solo me acuesto con hombres por los que tengo sentimientos genuinos.

Sonrío. No puedo evitarlo. —Entonces, ¿solamente conmigo?

Entrecierra los ojos. —Esa regla surgió después de ti.

—Tiene sentido —mi sonrisa se ensancha.

Taylor deja escapar un suspiro de frustración. —Eres imposible.

—Qué curioso, estaba a punto de decir lo mismo de ti.

—¿Yo? —repite con incredulidad—. Por favor… eres tú quien lleva años sin abrazar a tu propia esposa.

Capto su mirada, sobre todo porque quiero ver su reacción cuando digo lo que voy a decir.

—Si *tuviera* una esposa de verdad, la intimidad no sería un problema.

TAYLOR

Lo hace a propósito. Solo juega con las palabras para hacerme enojar. Para confundirme.

Definitivamente no quiso decir "*si*".

—¡Mamá, mira! —Adam llora, sostiene parte de su torre terminada y la agita en el aire.

—Vaya —digo sin siquiera mirar realmente la torre—. Bien hecho, cariño.

—Voy a hacer la segunda torre, Mamá. Para la hermana de Rapunzel.

—Suena genial, cariño —puedo sentir los ojos de Ilarion sobre mí, captando mi reacción, leyendo cada pequeño fruncimiento y encogimiento de mi cuerpo.

—¿Bloques rojos o amarillos, Mamá?

—¿Por qué no optas por el amarillo, cariño?

—Me gusta más el rojo.

Tengo que apretar los dientes para no gritar. —Lo que quieras.

La sonrisa permanece en mi rostro el tiempo necesario para desviar mi mirada de Adam a Ilarion. Luego, se seca de inmediato.

—¿Se supone que es una especie de broma? —siseo.

Se cruza de brazos y apoya su peso en la pared. —Otra cosa que tu hermana no ha compartido contigo, ¿eh?

—Están casados.

—¿Lo estamos?

—Eh, sí. He visto las fotos.

—Bueno, ahí lo tienes, supongo. Las imágenes siempre te dicen todo lo que necesitas saber sobre cada situación.

—¿Me dirás de qué diablos estás hablando o simplemente estás disfrutando demasiado este juego?

—¿Quieres saber? ¿De verdad quieres saber?

—¡Sí! —grito—. ¡Por el amor de Dios, sí!

Él se encoge de hombros. —Entonces, pregúntale a tu hermana.

Juro que podría estrangularlo ahora mismo. —Te estoy preguntando *a ti*.

—¿Quieres algo de mí ahora, *tigrionok*? Solo tendrá un costo.

—¿Qué costo?

El ceño de Ilarion se profundiza. —La puta *verdad*.

Me levanto del asiento de la ventana y me paro frente a él, pecho con pecho. —No me trajiste aquí para conocer a tu hijo —gruño en voz baja—. Me trajiste aquí porque quieres volar mi mundo.

Él sonríe, pero hay oscuridad en sus ojos. Todavía no me ha perdonado por irme. Quizás nunca lo haga. —Quizás sí me conoces, después de todo.

Paso junto a él y, aunque nuestra piel en realidad no hace contacto, puedo sentir el tipo de calor que solo surge al tocarlo. Fuerzo la furia fuera de mi rostro por el bien de Adam antes de volverme hacia él. —Cariño, voy a ir a buscar un poco de agua, ¿vale?

—Vale, Mamá —dice sin siquiera mirarme.

Salgo de esa habitación y de su asfixiante presencia. ¿Por qué dejé que mi padre me convenciera de que volver con Ilarion era una maldita buena idea? Debí haber corrido.

Con la adrenalina recorriendo mi cuerpo, me encuentro pisando fuerte hacia su habitación. Golpeo su puerta hasta que la abre de golpe. Su habitación está oscura, como si estuviera dormido, pero sus ojos están muy abiertos y alerta.

Paso junto a él, camino hacia las ventanas y abro las cortinas para dejar entrar la luz. Eso es lo que necesitamos… luz. Verdad. Ha habido demasiada oscuridad en esta familia durante demasiado tiempo.

—¿Taylor? ¿Qué diablos…?

Me giro para enfrentarlo. —No te gusta la luz, ¿verdad, Papá? —exijo—. Apuesto a que probablemente sea más fácil ver todos tus errores con esta luz del sol, ¿eh?

—Taylor, ¿a qué se debe esta rabieta?

—¿Rabieta? —repito furiosamente—. ¿*Rabieta*? No hago *rabietas*, Papá.

—¿Qué tal la noche en que te mudaste de casa en medio de la noche sin siquiera una explicación o advertencia? ¿No es esa la misma noche en que te subiste al auto de Ilarion?

No espero el tono mordaz de su tono, ni la ira en sus ojos. Está en forma para pelear hoy y no me importa en lo más mínimo. Es mucho más difícil hacer la guerra cuando una persona ondea una bandera blanca.

—¿Qué estás tratando de decir exactamente?

—Tal vez si me hubieras escuchado, si hubieras *confiado* en mí, no estarías atrapada en esta posición.

Lo miro fijamente por un momento con pura y atónita incredulidad. —Vaya —digo por fin—. Solo… vaya.

—Estás siendo dramática.

—¿Yo? Tú me acabas de culpar por todo. ¿Dónde está la responsabilidad, Papá? ¿Dónde está la jodida honestidad?

Se incorpora en toda su altura. —Sigo siendo tu padre y todavía me debes respeto. No digo que no haya cometido errores, pero solo hice lo que pensé que era mejor para ti. Para ti *y* Celine.

—Ah, sí, y resultó muy bien, ¿no?

—¡Cuida tu tono, jovencita!

Sacudo la cabeza y cuadro los hombros con determinación. Hemos hecho este escándalo antes, pero no por un tiempo. Pasó tanto tiempo que realmente creí que habíamos dejado atrás parte de este bagaje emocional. Por otra parte, no puedes dejar nada atrás si nunca se ha resuelto realmente.

Me froto la cara con las manos por un momento y respiro hondo. —Vale —digo—. Intentemos tener una maldita conversación de verdad por una vez, ¿sí?

—Eso nunca termina bien.

—No voy a dejar de intentarlo.

—Quizás deberías.

Sacudo la cabeza y aprieto los puños. —No puedes enojarte, Papá. Tienes razón… eres mi padre y era tu responsabilidad mantenernos a salvo. Es posible que hubieras tenido una mejor posibilidad de lograrlo si hubieras sido honesto con nosotras desde el principio. O, vaya, no lo sé, si no te hubieras involucrado con *jodidos asesinos literales*.

Tiene la cara enrojecida por el calor y sus mejillas parecen hinchadas. Me recuerda la primera vez que a Mamá le diagnosticaron cáncer. Mantuvo su angustia tan cerca que se volvió física. Era como si su emoción fuera hacia adentro y lo hinchara de adentro hacia afuera.

Otro día, el recordatorio podría haber sido suficiente para convencerme de dar marcha atrás. Pero siento como si hubiera pasado toda mi vida dando marcha atrás.

Ha llegado el momento de levantarme.

—¿Alguna vez has considerado que, si hubiéramos sabido qué buscar, habríamos sabido qué evitar? ¿O a *quién* evitar? —grito—. Intentaste advertirnos sobre el mundo exterior, pero nunca explicaste por qué el mundo exterior era peligroso. Si nos hubieras dicho la verdad, habría sabido quién era Ilarion. Habría sabido mantenerme alejada de él. Mierda… *tú* debiste haber sabido que debiste mantenerte alejado de él y de su padre.

—¿Es eso lo que habrías hecho? —pregunta—. ¿O solo habrías encontrado una razón para estar con él?

—¿Dis-*cul*pa?

Sus ojos se agrandan y sus fosas nasales se dilatan. Parece enojado y frustrado al mismo tiempo. También parece estar perdiendo el control. —Seamos realistas, Taylor: querías castigarme. Por eso te subiste a su coche.

—¡Eso no es cierto!

—Solo estabas tratando de vengarte de mí.

—¡No!

—No pudiste detenerte, incluso después de saber que él era el prometido de Celine.

Me congelo ante esas palabras. Se siente como si me hubiera abofeteado de nuevo. Ajusto mis pies y por un momento me siento mareada. Tan mareada que creo que podría caerme. Mi visión se vuelve borrosa y, cuando parpadeo para disipar la neblina, los rasgos de Papá se enfocan y su expresión ha cambiado.

Parece triste ahora.

Parece viejo.

Parece arrepentido.

—Tay… Dios. Lo siento.

Debería irme, pero estoy bastante segura de que, si me muevo, me caeré. Puedo ver a Papá acercándose a mí, pero levanto la mano para mantenerlo a raya. —No.

—No lo quise decir de la forma en que salió.

Parpadeo con fuerza hasta que mi visión se aclara.

—Solo soy un anciano destrozado que no puede conciliar sus decisiones de vida con las consecuencias que tuvieron. Me he desquitado contigo y eso no es justo.

Exhalo lentamente y me apoyo contra la pared, dejando que mis ojos se cierren. —Háblame de cuando conociste a Mamá —digo, en un intento desesperado de volver a un tema que no me haga querer arrancarme el corazón del pecho—. Hace mucho tiempo que no escucho esa historia.

—Ahora no es el momento para esa historia.

—Odio que te niegues a hablar de ella —siseo en voz baja—. No es justo. Hemos perdido su presencia. ¿Tenemos que perder su memoria también?

—Eso no es…

—Cuéntame la historia, Papá.

Suspira tan profundamente que lo siento donde estoy. —Me encontré con ella un día cuando caminaba a casa desde la escuela. Tenía un montón de libros que llevaba y se le cayeron un par.

Me detuve para ayudarla a recogerlos. Luego, me ofrecí a llevar sus libros a su casa. Salimos en nuestra primera cita esa misma noche, y el resto…

Se calla y su voz se entrecorta en las últimas palabras.

—¿Cuánto tiempo te llevó enamorarte de ella?

—Taylor…

—Contéstame, por favor.

—Supe que era la indicada cuando tomé el primer libro.

—¿Cómo?

—¿Disculpa?

—¿Cómo supiste que ella era la indicada?

Él duda, sus cejas se juntan. —No sé. Fue solo… un sentimiento.

—¿Cómo se sintió?

Suspira de nuevo. —Una sensación de ser reconocido, de que algo encaja en su lugar. Era esta sensación de conectarse con un completo extraño. Y luego simplemente… ser comprendido.

Asiento. —*Eso* —digo en voz baja—. Eso es lo que pasó la noche que conocí a Ilarion. Sí, era un tío grande e intimidante. Quería ajustar cuentas con alguien que yo no conocía ni había escuchado. Pero nos conectamos. Y sucedió antes de que supiera sobre él o sobre ti o sobre cualquier política que vino después. Lo amé libremente, a este extraño sin nombre, y no me arrepiento. *No me arrepiento, joder*. Quizá debería. Pero no lo hago —me encuentro con la mirada de mi padre—. Solía pensar lo mismo, ¿sabes? Si nunca lo hubiera conocido esa noche, habría estado bien. Podríamos haber evitado todo esto. Pero ahora me doy cuenta de que no habría importado. Lo habría amado de todos modos. Antes o después. Porque él me reconoció de la misma manera que yo lo reconocí a él. Éramos extraños, pero nos entendíamos.

El silencio que sigue es largo y profundo.

—¿Así es como te sientes? —pregunta Papá—. ¿Aún?

Vacilo. Pero solo porque me doy cuenta de que no necesito mentirle a Papá. —Sí.

—Entonces, tienes que decírselo a Celine.

TAYLOR

Tienes que decírselo a Celine. Sacudo la cabeza. —No puedo —susurro, liberando el sollozo que se esconde en mi garganta—. Y no puedo ser la única que empieza a decir la verdad. No puedo… no puedo estar sola en esto.

Suspira con resignación. —Sé de qué se trata esto. Quieres saber de qué me habló Ilarion en el jardín.

—Aparentemente, ninguno de los dos quiere contarme lo que pasó, así que lo dejaré pasar. ¿Pero tal vez puedas responderme otra pregunta?

Se tensa al instante y su columna se endereza como una baqueta. —¿Qué pregunta?

—¿Estuviste allí la noche en que murió el padre de Mila e Ilarion?

Su ojo tiembla. Lo he visto un millón de veces, pero nunca antes me había parecido tan significativo. Los tics en los ojos significaban que Papá estaba estresado, Papá estaba cansado, Papá estaba aburrido. No era exactamente una prueba irrefutable.

¿Pero ahora? Lo estoy viendo diferente. Tal vez sea una señal que nunca entendí. Una pista que ignoré porque pensaba que podía confiar en mi padre.

Sin embargo, aparte del tic, su rostro permanece estoicamente indiferente. Un poco demasiado estoico, en realidad. Un poco demasiado indiferente.

—¿Quién te ha estado susurrando al oído, Pajarito?

Mi estómago se retuerce y bajo la mirada, aunque solo sea para ordenar mis pensamientos. —Papá… —me aclaro la garganta y lo miro a los ojos—. Las cosas nunca mejorarán entre nosotros hasta que empieces a ser honesto conmigo. Estabas allí, ¿no?

Espero que me ignore, como lo ha hecho tantas veces cada vez que le hago una pregunta incómoda. Recuerdo los días posteriores al diagnóstico de Mamá. Celine y yo estábamos muy confundidas, pero ninguna de las dos quería hablar con ella sobre el cáncer. Entonces, fuimos con Papá.

¿Qué tipo de cáncer?

¿Qué etapa?

¿Sobrevivirá?

¿Necesitará quimioterapia?

¿Hay esperanza?

Escuchaba las preguntas con ojos muertos y luego se alejaba como si la conversación hubiera terminado. No se lo reprochamos; él también se estaba recuperando de la noticia.

Pero eso era personal.

Esto es diferente.

—Sí, estuve allí.

Mis ojos se agrandan. Más porque me respondió que por la respuesta en sí. —Y… ¿qué viste? ¿Qué escuchaste?

Duda y sus ojos recorren toda la habitación. —Vi morir al hombre —admite—. Vi la bala atravesar su carne. Vi el cuchillo atravesar su piel.

—¿Cuchillo?

—Ella usó una bala para derribarlo. Y luego ella le cortó el cuello.

—Ella… —respiro lentamente. Y luego recuerdo lo que *ella* dijo—. Se lo dijiste a Benedict Bellasio, ¿no?

Esta vez, no vacila. Sus labios están hacia abajo y sus ojos están sumidos en la oscuridad cuando responde. —Sí, le dije a Benedict. Era un informante, Taylor. Así que informé. En ese momento, pensé que era la información menos dañina que podía darle.

—Papá…

—Ilarion protegió bien a Mila.

—Él es el *pakhan* —digo—. Y sus hombres lo respetan. Tomaron su palabra en lugar de la de un rival de poca monta. Pero, si no lo hubieran hecho, ¿sabes lo mal que podría haber ido? ¿El peligro en el que podrías haber puesto a Mila? —respiro hondo antes de perder los estribos—. ¿Estabas realmente tan dispuesto a jugar con su vida?

—Tenía que pensar en mis propias chicas —argumenta—. No tenía tiempo de pensar en la hija de nadie más. Ludwig Zakharov era un maldito bastardo, pero seguía siendo su padre. Y él la mantenía a salvo. ¿Qué podría haber hecho para merecer ser asesinado por su propia sangre? Sí, Mila lo mató. Pero Ilarion se quedó allí y observó. Al final, ¿es realmente tanta diferencia?

Intento imaginar cómo se desarrolla la escena. Las manos temblorosas de Mila, la mandíbula apretada de Ilarion. ¿Pero tal vez fue al revés? ¿Quizás Mila fue la que estaba decidida? ¿Quizás Ilarion fue el que tenía miedo?

—Entonces, el informante no lo sabe todo.

Sus cejas se juntan. —¿Qué quieres decir?

—¿Te preguntaste qué podría haber hecho Ludwig para merecer ser asesinado por su propia sangre? Descartaste la respuesta antes de descubrir por qué. Solo para que lo sepas, si hubiera estado en la posición de Mila, habría hecho lo mismo.

Sus ojos se agrandan y sus fosas nasales se dilatan. —¿Qué hizo…?

—Él la *violó* —siseo—. Violó a su pequeña cuando ella solo tenía once años. Él no paró hasta que ella lo mató.

Palidece al instante. Su tez rosada se vuelve sobria hasta convertirse en un blanco tiza. Me alegra ver el arrepentimiento en su rostro. El horror por el papel que desempeñó al hacer que la vida de Mila fuera una pesadilla más de lo que ya era.

—¿Puedo confiarte *esa* información?

No me responde. Mira hacia un rincón, perdido en sus propios pensamientos.

Pero no he terminado de torcer el cuchillo. —¿Puedo confiar en ti? ¿Puedo confiar en que no saldrás corriendo y se lo venderás al próximo jefe de la mafia que te ofrezca las monedas sueltas en su sofá?

Estoy siendo cruel, lo sé. Pero Mila es lo más cercano a una mejor amiga que probablemente jamás llegue a tener. Y mi corazón se rompe por ella.

Él asiente lentamente. Todavía horrorizado, todavía distraído. Pero creo en ese asentimiento. —Sí —dice resueltamente—. Puedes.

—Bien. Ahora, si me disculpas, necesito un poco de aire.

TAYLOR

Salgo de la habitación de Papá con la esperanza de encontrar algún refugio en la mía. Pero solo estoy a mitad del pasillo cuando Celine dobla la esquina. Se cambió de ropa nuevamente y ahora lleva un corsé fucsia sin tirantes con una falda blanca de corte A que deja al descubierto el contorno de sus delgadas piernas.

—Te ves increíble —murmuro robóticamente.

Rechaza el cumplido como una mujer que recibe demasiados como para sentirse realmente halagada. —Me alegro de haberme topado contigo. Acabo de recibir la noticia de que dentro de unas semanas organizaremos una gala benéfica. Tenemos un plazo ajustado y es necesario resolver muchas cosas. Voy a necesitar tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Sí —dice insistentemente—. Tengo a Ashton, por supuesto, pero ¿sería genial si pudieras echarme una mano? Incluso podrías descubrir que tienes afinidad por ello. Y, si lo haces, siempre puedo encontrarte trabajo en los círculos sociales.

—¿Estás intentando ayudarme de nuevo, Cee? —arqueo una ceja.

Ella sonríe. —No sospeches tanto. Ahora ven; Ashton ya está aquí.

—¿Quién?

—Ashton St. James —me responde por encima del hombro—. Él me ayuda a organizar grandes eventos como estos. Es uno de los principales coordinadores de eventos del estado. Tiene una agenda apretada, pero siempre hace tiempo para mí.

—¿Por qué estás tan elegante? —pregunto mientras sigo a Celine escaleras abajo. De sus orejas cuelgan diamantes en forma de pera y en su cuello brilla una gargantilla.

Está de espaldas a mí, así que no puedo leer exactamente su reacción, pero desearía poder hacerlo, porque su respuesta llega demasiado lenta para contar la historia completa. —Soy una Zakharov —dice simplemente—. Tengo que mantener ciertos estándares.

La respuesta es más que un poco plana, pero no la voy a presionar. No ahora.

Entramos al gran vestíbulo. Un enorme piano blanco se alza en un rincón, colocado frente a una pared de cristal con vistas a los jardines del sur. Un árbol en una maceta justo al otro lado del

cristal rocía pétalos de rosa sobre los cristales de la ventana. Mientras Celine gira en el espacio, me pregunto si habrá elegido su atuendo para combinar con la habitación.

No, no puede ser… ¿verdad?

—Ese es un gran conjunto —le felicito de nuevo.

—Puedes tomarlo prestado, si quieres.

Cuando me acerco un poco más a ella, me doy cuenta de que el increíble olor que he estado percibiendo durante los últimos segundos proviene de ella. No es su habitual perfume caro. Algo mucho más exclusivo, mucho más… bueno, *más*.

—Celine.

Entonces, Ashton St. James entra al gran vestíbulo e inmediatamente me llaman la atención dos cosas.

Uno, el hombre es extremadamente guapo.

Y dos, definitivamente está mirando a mi hermana.

Por alguna razón… tal vez su nombre, tal vez el hecho de que es un coordinador de eventos… había asumido que podría ser algún tipo de fondo anodino y poco interesante como cualquier otra persona que he visto dando vueltas en cualquier habitación en la que se encuentre Cee. Pero la forma en que entra con esta especie de Energía de Polla Grande, con la mirada fija en ella…

Interesante.

Lleva un traje gris, que se ajusta perfectamente a sus grandes brazos. Su camisa tiene un botón azul y está abierta lo suficiente como para que pueda notar las ondas musculares en su pecho. Su barba es una mata de sombras, su espeso cabello igualmente despeinado, pero de una manera muy atractiva y aún profesional.

—Ashton —murmura Celine, y no puedo evitar notar que su tono cambia a algo más ronroneante.

Muy interesante.

—¡Cici! —él la rodea con sus brazos y le da un beso en la mejilla. El abrazo dura unos segundos más de lo que debería durar un abrazo cortés y profesional y, por un momento extraño, me siento como una especie de voyeur.

Él se aleja de ella y ella me mira. —Quiero presentarte a mi hermana, Taylor.

—¡Lo siento mucho! —exclama, mirándome dos veces al verme—. No te vi allí.

—Sin resentimientos. Es difícil notarme cuando Cee está en la habitación.

Él sonríe y ciertamente no está en desacuerdo. En cambio, me extiende la mano. —Es un placer, Taylor.

Nos estrechamos las manos. —Igualmente, Ashton.

—Taylor regresó a la ciudad recientemente —explica Celine vagamente—. Ella nos ayudará a coordinar la gala benéfica para El Metropolitano.

—¿Lo hará? —pregunta Ashton. Detecto una nota de decepción en su tono, aunque no en sus ojos.

Soy consciente de que puedo estar viendo demasiado sobre esto, pero estoy bastante segura de que me estoy entrometiendo en algo que solía ser un trabajo de dos.

—Pero realmente no tengo mucha experiencia en coordinación —interrumpo—. Si me interpongo en el camino, siéntete libre de echarme.

—Tonterías —responde Celine de inmediato—. Eres inteligente y capaz. Aprenderás rápido y si no, te enseñaremos. ¿No es así, Ashton?

—Por supuesto.

Sin embargo, está siendo educado. Su sonrisa es tensa y sus gestos rígidos. Él y Cee están parados muy juntos, con el consuelo casual de una familiaridad íntima.

Lo que plantea la pregunta: ¿por qué Cee me pidió que estuviera aquí cuando claramente soy la carabina?

TAYLOR

—Celine.

No responde.

Hay un viento frío en el jardín. El cerezo doblado ofrece sus flores rosas de papel de seda en nuestra dirección, pero no entiendo el romance de la escena. Tengo demasiadas preguntas para exclamar con admiración sobre el follaje.

—*Celine.*

Mi hermana echa un vistazo hacia las puertas de cristal. Ashton se excusó hace un segundo para ir al baño, así que no hay moros en la costa, pero ella obviamente está nerviosa. Sus ojos siguen dirigiéndose al vestíbulo, como si esperara que salga un fantasma de detrás del piano.

—¡Celine!

Finalmente, parpadea y recuerda que estoy aquí con ella. —¿Sí? ¿Qué?

Me inclino hacia delante y planto los codos sobre la mesa. —¿Por qué me pediste que estuviera aquí?

Celine levanta una ceja. —Pensé que sería bueno que te involucraras, que tuvieras un proyecto. Incluso un trabajo potencial. Ser camarera estuvo muy bien, pero ya estás en casa. Necesitas una verdadera profesión.

—¿Cuándo te volviste tan snob?

Una ceja baja, pero la otra sube. —Tal vez siempre fui snob.

—Patrañas.

Ella arruga la nariz, como yo solía arrugarla cuando Adam estaba en la terrible etapa de los dos años y hacía berrinches porque su banana se partía por la mitad o por ponerse el pijama equivocado a la hora de dormir. —Pensé que sería divertido para nosotras hacer algo juntas.

—No. Inténtalo otra vez.

Sus fosas nasales se dilatan. —¿Por qué estás siendo tan difícil?

—Tal vez siempre fui difícil.

Celine pone los ojos en blanco. —No, pero siempre eras molesta cuando querías. Aparentemente, eso no ha cambiado.

—Ah, *touché* —arrastro las palabras con sarcasmo—. Buen insulto.

Sus cejas se aplanan. —¿Dejarás de actuar como una mocosa?

—Lo haré tan pronto como dejes de mentirme sobre por qué estoy aquí —respondo—. O, mejor aún, por qué está *él* aquí.

—No tengo idea de lo que estás hablando.

—¿Entonces debo adivinar? —mi boca se curva en una sonrisa traviesa—. Porque creo que estoy aquí para servir como amortiguador entre tú y Sexy St. Guapo allá dentro.

Las mejillas de Celine se tiñen de un delicado tono rosado, pero se las arregla para mantener la calma. —¿Un amortiguador? —repite lindamente. *Demasiado* linda, en mi opinión—. Ashton y yo nos llevamos bien. No necesitamos un amortiguador.

—No es ese tipo de amortiguador —le explico sacudiendo lentamente la cabeza. Ay, sí, ya la atrapé—. No es el tipo de barrera entre dos personas que se odian. Me refiero al tipo de protección que necesitan para evitar arrancarse la ropa el uno al otro.

El delicado tono rosa se transforma en un rojo agresivo. También se extiende sobre su pecho, lo cual indica claramente que he dado en el clavo.

—¡Din, din, din! —proclamo con burla y triunfo—. ¡Creo que tenemos un ganador!

—Por el amor de Dios —espeta, volviéndose hacia el vestíbulo—. ¡Deja de hablar tan jodidamente fuertemente!

—¿Asustada de que Ashton oiga?

—No, tengo miedo de que el *personal* oiga. Por no hablar de Ilarion. ¿O te has olvidado de él?

—¿Qué quieres decir? ¿Nunca lo engañarías?

—No, no lo haría —se está enroscando como si se estuviera preparando para lanzar un puñetazo. No habría tenido nada de qué preocuparme con la vieja Celine. ¿Pero esta? Sí, ella tiene el potencial de volverse Bratva sobre mi trasero.

Me recuesto. —Quizás deberías.

Ella parpadea un par de veces, con la boca entreabierta, los ojos turbios y difíciles de leer. Veo la silueta de Ashton materializarse en el interior de la pared de cristal. Ella sigue mis ojos y también lo ve. Cuando lo hace, respira hondo y sacude la cabeza como un caballo frustrado.

—Deshazte de él —me murmura—. No puedo lidiar con esto hoy.

Se levanta de la mesa del patio y se aleja. No de regreso a la casa, sino más adentro del jardín.

—¿A dónde vas? —llamo.

—¡Lejos de ti! —grita—. Solo haz esto por mí. Dile que surgió algo inesperado. Dile que Ilarion

me necesita. Solo… deshazte de él.

Miro, pero para mi sorpresa, al final del camino, ella se adentra en la hierba en lugar de seguir la sinuosa grava. Se quita los zapatos, los deja atrás y sigue sin ellos. Cuando ella desaparece por la escalera de piedra, me dirijo al vestíbulo y descubro que Ashton está parado en la puerta, viéndola irse también.

—¿Supongo que la reunión ha terminado? —pregunta con la resignación escrita en todo su rostro.

Camino hacia él, imaginando por un momento cómo se verían juntos. *Jodidamente hermosos*; así es como se verían juntos.

Lo miro a los ojos. Son de un marrón oscuro intenso, salpicados de puntitos de color avellana brillante. —¿Estás enamorado de mi hermana?

Su cara ni siquiera se contrae. —Si lo estuviera, ¿se lo dirías a alguien?

—No.

Él asiente. —Entonces sí, estoy enamorado de tu hermana.

Paso una mano por mi cabello. —Bueno, mierda. Eso fue… más fácil de lo que esperaba.

Ashton se ríe amargamente. —En mi opinión, fue lo más alejado de eso.

Le ofrezco una tierna sonrisa. Sé mucho sobre el amor prohibido. —¿Ella lo sabe?

—Sí, ella lo sabe.

—¿Es decir, ella lo adivinó? —presiono—. ¿O se lo dijiste?

—La besé en una noche muy parecida a esta, hace casi dos años —suspira mientras su mirada se desliza hacia la escalera del jardín por la que ella desapareció—. Supongo que esa fue mi gran declaración.

Dios mío, lo marcó en su calendario y todo. —¿Cómo reaccionó?

—Me abofeteó, en realidad.

Reprimo una risa sorprendida. Demasiadas. Hay *demasiadas jodidas* cosas que no me ha contado.

No es que pueda darme el lujo de estar enojada. Hay más cosas que no le estoy contando. No tengo derecho a sentirme herida por su secreto.

—Pero ella todavía trabaja contigo —le recuerdo—. Lo que me dice que siente algo por ti.

—Ah, sé que ella siente algo por mí —dice Ashton con confianza. Sin embargo, no suena engreído ni arrogante. Más bien… serio. Esperanzado—. Solo está sujeta a sus compromisos. Así que, en lugar de ser honesta consigo misma, elige mentir para mantener el statu quo.

Sienten como si mis piernas se hubieran convertido en gelatina. Suena exactamente como Ilarion cuando Ilarion habla de mí.

¿Qué he hecho?

—¿Qué pasó después de que la besaste? Después de la bofetada, quiero decir.

Se frota un lado de la cara con cansancio, como si le doliera desde entonces. —Se fue. Me fui, esperando no volver a verla ni saber nada más de ella. Pero luego, tres días después, recibí una llamada. Ella lo mantuvo profesional, nos mantuvimos en el tema, nunca mencionó el beso o la bofetada, y yo tampoco. Solo actuamos como si nunca hubiera sucedido.

—¿Y aceptaste eso?

—Traté de mencionarlo varias veces —admite—. Ella siempre cambiaba de tema o se desviaba. Entonces, finalmente, me dijo que parara. Ella dijo que, si seguía mencionándolo, tendría que dejar de trabajar conmigo y no quería hacerlo. Fue la primera idea que tuve de que tal vez no fuera tan desesperado como pensaba.

Bueno… joder.

—Dice amar a Ilarion —dice Ashton, frunciendo el ceño cuando dice el nombre de Ilarion—. Dice que quiere serle fiel. Pero sé que su corazón me pertenece. Solo tiene miedo de admitirlo. Tiene miedo de arruinar su vida. Y creo que le tiene miedo a él.

Arrugo la frente. —¿Qué quieres decir?

—Ay, vamos, Taylor —es un regaño juguetón, pero sigue siendo un regaño. Apenas conozco a este tío, pero siento que merezco el juicio—. Debes saber qué es Ilarion. Los hombres como él no toleran que sus mujeres corran a sus espaldas. No importa si se follan a cien mujeres diferentes; esperan que las suyas sean fieles.

—Ilarion es… diferente.

Él me mira dos veces. —¿Y tú… cómo sabes esto? —pregunta—. Según Celine, hace años que no estás por aquí.

—Solo lo sé, ¿vale? —digo a la defensiva—. Puede que Ilarion sea un jefe de la mafia, pero no es el tipo de hombre que lastimaría a Celine solo por enamorarse de otra persona.

El ceño de Ashton es innegablemente compasivo. —Estás subestimando su brutalidad.

—No lo conoces como yo. Entiendo que necesitas odiarlo, pero…

—No hay ningún “pero”, Taylor —la mano derecha de Ashton se cierra en un puño—. Es lo que es. Y por mucho que odie admitirlo, la verdad es que no puedo protegerla como él. La prueba está en el pudín, como dicen.

—¿De qué estás hablando?

—Los atentados contra la vida de Celine cesaron justo después de que ella regresó a vivir con Ilarion. Al menos, eso es lo que ella me dijo. La conocí unos dos años después de que todo sucedió.

—Parece como si él simplemente estuviera cuidando de ella.

¿Qué estoy haciendo?

¿Qué estoy diciendo?

¿A quién estoy defendiendo y por qué?

Se encoge de hombros. —No lo sé. Se niega a hablar conmigo de su matrimonio. Bueno, debería irme. Probablemente sea mejor que olvides todo lo que te acabo de decir.

—Olvidado —digo de inmediato.

Ashton asiente agradecido. —Me alegro de que estés aquí, Taylor —comenta justo antes de regresar al vestíbulo—. Ella siempre ha parecido tan sola. Será bueno para ella tener a alguien con quien pueda hablar.

Solo hay un problema con eso: ella no me habla. Y parece que ella tampoco habla con nadie más.

Es casi como si todo lo que hice para asegurarme de que ella fuera feliz hubiera resultado contraproducente. *Gravemente*.

Es casi como si Ilarion tuviera razón.

ILARION

Apenas estoy escuchando el informe de Dima cuando miro por la ventana.

Afuera, Taylor camina de un lado a otro con el andar salvaje de un animal enjaulado. Tiene toda una extensión de jardín ante ella, pero sigue cruzando los mismos cuatro pies de espacio.

Ida y vuelta.

Ida y vuelta.

Lleva pantalones cortos de mezclilla que resaltan sus delgadas piernas y una blusa blanca suave con mangas sueltas que ondean alrededor de sus brazos. Cada vez que se gira, veo un tentador centímetro de su vientre plano y tenso.

Joder, las cosas que me hace. Teniendo en cuenta cuánto tiempo ha pasado desde que estoy dentro de una mujer, me sorprende no correrme en mis malditos pantalones simplemente mirándola.

—Oye, hombre, ¿me estás escuchando siquiera?

Su cabello está suelto, vuela salvajemente alrededor de su cabeza, oculta sus rasgos a la vista. En un momento dado, levanta el brazo como si estuviera manteniendo una conversación apasionada con alguien. Excepto que, hasta donde puedo ver, no hay nadie alrededor.

—¡Ilarion!

Solo cuando la mano de Dima atraviesa mi campo de visión, vuelvo a mirarlo. Pero ahora está examinando la vista fuera de mi ventana. —Ah —dice en el momento en que ve a Taylor paseando—. Bueno, eso tiene sentido. ¿Qué está pasando ahí afuera?

—Tu suposición es tan buena como la mía.

Frunce el ceño. —Entonces, ¿no tuviste nada que ver con eso? Me parece difícil de creer.

—He estado aquí contigo durante las últimas dos horas —le recuerdo.

—Te he visto hacer más con menos.

—Creo que hemos terminado por ahora —anuncio, sabiendo que él se dará cuenta de mi ruptura espontánea.

Sin embargo, no hace una broma como esperaba. —Hermano… bajar allí puede no ser la mejor idea.

—No recuerdo haber pedido tu opinión sobre esto. O sobre cualquier cosa, en realidad.

—Sí, si no lo sabré —se queja.

—Tómate un descanso, ¿vale? Reanudaremos en cinco minutos.

—Supongo que, si bajas allí, te llevará mucho más tiempo que cinco minutos.

—Vale, entonces tómate una hora. Ve a pasar el rato con Mila.

Su frente se levanta y sus labios se vuelven hacia abajo. —Ella me ha estado evitando últimamente. No sabrás por qué, ¿verdad?

—Será mejor que hables con ella directamente.

Su ceño se profundiza. —¿Entonces sí lo sabes?

—Joder, Dima, no estamos en la escuela secundaria. Si tienes algo que decirle a Mila, díselo tú mismo. No voy a pasar notas entre ustedes dos como si tuviéramos quince.

—Hablaría con ella, pero como dije, ella me está evitando.

—Entonces, hazte inevitable. Que es lo que pretendo hacer ahora mismo.

—Lo tienes fácil. Taylor es pura bulla. La mitad del tiempo siento que Mila está lista para cortarme las pelotas.

Riendo, me levanto y me dirijo a la puerta. Estoy saliendo de la habitación cuando él me llama. —Estamos en una línea de tiempo aquí, Ilarion. Esa fue tu idea. No podemos avanzar a menos que obtengas la información que necesitamos.

Aparto su preocupación y me dirijo hacia los jardines. En el camino me cruzo con una criada, la rubia tímida que siempre se encoge ante mí como si fuera a darle un mordisco si no me presta atención.

Hago una pausa. —Molly, ¿no? ¿Has visto a Celine?

—¿La Srta. Zakharov? Acaba de subir las escaleras, señor —dice—. Y si se me permite… parecía que estaba llorando. Tenía los ojos todos rojos e hinchados.

Ah. Bueno, eso explica el ritmo furioso de Taylor. —¿Estaba llorando?

Los ojos de la chica se abren de par en par con horror. —Yo, eh, no quise decir… simplemente me lo pareció a mí, señor. No lo sé, tal vez vi mal. Yo, em…

—Cálmate, Molly. Está bien. Gracias por hacérmelo saber. Simplemente continúa con tu trabajo, ¿vale?

Ella asiente tímidamente y se escabulle hacia la habitación de al lado. Ni siquiera se me pasa por la cabeza que tal vez debería comprobar cómo está Celine primero. Cuando salgo al jardín, Taylor todavía está allí, caminando de un lado a otro sobre la misma extensión de césped.

Ella no me ve hasta que se da vuelta. Cuando lo hace, se congela en el acto.

El viento azota a su alrededor, haciendo volar su blusa y su cabello azotando su cara. Ella es todo lo que siempre quise. Me duele físicamente lo hermosa que es.

—¿Qué estás haciendo aquí? —espeta.

—Vengo a proteger mi césped —me acerco—. ¿Cuánto tiempo llevas caminando en ese lugar?

Mira hacia abajo y nota la hierba que ha aplastado bajo sus pies. —Iré a otro lugar —murmura —. *No* me sigas —gira sobre sus talones y se aleja antes de que pueda responder.

—Solo estoy caminando aquí —digo mientras hago exactamente lo que acaba de pedir que no haga—. No puedo evitarlo si eliges la misma ruta que yo.

Ella se detiene en el acto y casi chocamos. Aprieta los dientes, vuelve esos furiosos y ardientes ojos verdes hacia mí y espeta—: No puedo estar cerca tuyo ahora mismo, Ilarion.

Levanto las cejas. —¿Por qué no?

—Porque… solo… solo porque no.

—¿Tiene algo que ver con porqué Celine está llorando arriba en este momento?

Su rostro cae instantáneamente. Puedo ver la amenaza de lágrimas en sus ojos junto con la ira. —¿Cee está llorando?

—¿Qué pasó?

—Qué pasó… —repite suavemente, como si estuviera hablando sola—. Lo que pasó es que la cagué. La cagué tan mal que no tengo ni idea de cómo solucionarlo.

—Bueno, ya es hora de que te des cuenta de eso.

Sus ojos se dirigen a los míos. Brillan con lágrimas no derramadas, pero todavía puedo ver la lucha siempre presente detrás. Está ahí, en la forma de su boca, en el cuadrado de su mandíbula. “Rendirse” no está en el vocabulario de esta mujer. Es genial algunas veces y horrible en otras.

—¿Ella siquiera *quería* casarse contigo?

—En un momento lo hizo, sí.

—¿En serio? Porque, por todo lo que he reunido hasta ahora, parece que el matrimonio no fue más que conveniencia.

—Sigues hablando de matrimonio.

—Y tú sigues hablando con acertijos.

—No lo hago, Taylor. Solo no prestas atención.

Sus fosas nasales se dilatan. Me pregunto si sabe que su padre y su hermana hacen exactamente lo mismo. Hace que sea mucho más difícil olvidar el hecho de que todos están relacionados.

—Me falta alguna pieza del rompecabezas. Algo salió mal entre ustedes.

—Eso implica que, en algún momento, todo estuvo bien entre nosotros.

—Algo *estuvo* bien entre ustedes —insiste, como si decirlo con suficiente frecuencia lo hiciera realidad.

—¿Siempre fuiste así de lenta? ¿O es una consecuencia de regresar a casa?

—Esta no es mi casa —espeta—. Y todo lo que quiero de ti es una respuesta directa.

—Vale —estoy perdiendo la paciencia—. Entonces, pregunta.

—¿Tú fuiste la razón por la que quería suicidarse?

No parpadeo.

No vacilo.

No hago una pausa para lograr el efecto.

—Sí.

Es todo lo que le doy. Una sola palabra, que contiene el tipo de puñetazo que sientes en tus entrañas mucho antes y mucho después de que el puño haga contacto.

Ella suelta un suspiro lento. Cuando parpadea, una pequeña lágrima se le escapa del ojo. Se gira hacia un lado para que todo lo que pueda ver sea su perfil. Luego, sus párpados se cierran e inclina su rostro hacia el cielo como si le estuviera pidiendo ayuda a un poder superior.

—Vale —dice al fin, aunque todavía tiene los ojos cerrados—. ¿Qué pasó?

—Le dije que no podía casarme con ella.

—¿Por qué diablos le dirías eso?

Miro a la mujer como si hubiera perdido la cabeza. Probablemente lo ha hecho. Eso explicaría por qué nos hizo pasar por este infierno. Al menos eso tendría sentido. Sería más fácil perdonarla.

—No podía justificar casarme con ella cuando estaba… *estoy*… enamorado de su hermana.

ILARION

No es precisamente como imaginé que sería esta conversación. Pero al menos por fin está en el aire. No es que haya sido muy sutil acerca de cómo me sentía antes. ¿Quién carajo sabe?

Por otra parte, Taylor puede ser ridículamente obtusa cuando quiere.

Sus ojos están muy abiertos y su rostro pierde color en el momento en que las palabras salen de mi boca. —Yo… no te escuché decir eso. Voy a fingir que nunca escuché eso.

—No, lo escuchaste —gruño con enojo, con desesperación, con desesperanza—. Peor aún, ya lo sabías. Solo te has negado a aceptarlo.

—¿Qué le dijiste? —exige—. ¿Le dijiste que estabas enamorado de mí específicamente?

—Por supuesto que no.

Aunque estuve tan jodidamente cerca.

Fue el día en que finalmente había regresado a una habitación propia y adecuada después de siete meses en la enfermería. Estaba sentada junto a la ventana por la noche, contemplando la puesta de sol. En esos días todo parecía más brillante, tanto por dentro como por fuera. Estaba empezando a hacer progresos. Podía caminar sola, podía alimentarse sola.

Mila y Dima me aconsejaron que no hablara con ella todavía, pero habían pasado casi siete meses y sentí que le debía una explicación. Tenía que saber que el mundo en el que despertó no era el mismo que cuando cayó en la oscuridad.

—¿Estás bien? —preguntó Celine cuando me detuve en su puerta—. Pareces preocupado.

Miré su mano y el anillo de compromiso que descansaba bellamente en su dedo. Ella nunca se lo quitó.

—¿Es el estrés de la boda? Porque estaba pensando que podríamos…

—No habrá boda, Celine.

Joder. Las palabras salieron de mi garganta, pero incluso aunque vi el horror en su rostro mientras las procesaba, no podía arrepentirme de haberlas dicho. Había esperado tanto tiempo. Se sentía bien decir la verdad.

Y creo que, en el fondo, ella lo sabía incluso antes de que yo lo dijera. En más de medio año de su recuperación, no había hecho ningún intento de tocarla íntimamente. Lo evitaba siempre que podía, haciendo poco más que darle su bastón o ayudarla a ponerse de pie si se caía.

Bien podría haber sido su fisioterapeuta.

En ese momento, tuve un pensamiento de cobarde: *Por favor, que no haga ninguna pregunta*. Ya era muy difícil ver tanto de Taylor en el rostro de Celine. El mismo tono de verde en sus ojos. El mismo gesto decidido de sus labios. Es como si estuviera siendo perseguido por el fantasma de la mujer que quería pero que nunca podría tener, pues ella poseía el cuerpo de la mujer que podría tener pero que nunca querría.

Me miró fijamente por un momento, con una sonrisa de dolor en su rostro. —¿Qué quieres decir? El Dr. Baranov me dijo que estaba muy bien y que pronto podría reanudar mi actividad normal. Entonces, ¿por qué…?

—Sabes por qué.

Ella sacudió su cabeza. —Estabas manteniendo la distancia para ayudar en mi recuperación. Solo intentabas… ser sensible con mi…

Otro sollozo, plenamente realizado, escapó de sus labios.

—Ay, Dios mío… algo ha cambiado.

—Nada ha cambiado. Tu padre te dijo la verdad antes de irse. Me acerqué a ti, te cortejé, te pedí que te casaras conmigo, todo porque quería una garantía. Quería mantener el control sobre tu padre.

—Y yo me quedé contigo de todos modos —suplicó—. ¿Eso no significa algo?

—No tenías otra opción.

—Sí —dijo rotundamente—. Sí, tuve una opción. Y elegí quedarme con un hombre que sabía que no me amaba, con la esperanza de que algún día él *sí* me amaría.

Me quedé allí durante mucho tiempo antes de reunir el coraje para negar con la cabeza. —Lo siento, Celine —fue lo último que le dije antes de que los muros entre nosotros se construyeran para siempre—. Realmente lamento que tuviera que suceder así.

Salí de su habitación con sus ojos en mi espalda.

No miré hacia atrás ni una sola vez.

—¡Ilarion!

Parpadeo y la imagen de Celine se disuelve en la de Taylor. El viento todavía aletea alrededor de su cuerpo como si estuviera tratando de envolverla con sus brazos.

No puedo creer que tenga celos del puto *viento*. Toca lo que no puedo permitirme tocar.

—Entonces, ¿por eso se mudó? —su mandíbula trabaja de lado a lado—. Y luego el primer intento de asesinato, el que mató a Vanessa —suspira Taylor—. Ay, Dios… ay, Dios —ella levanta su mirada hacia mí, con la boca hacia abajo como si estuviera a punto de llorar—. ¿Es

por eso que finalmente te casaste de todos modos? ¿Por *culpa*?

Mi boca se abre con incredulidad. ¿Tengo que sacar una pizarra para dibujarle un diagrama? —Taylor, ¿has estado escuchando una palabra de lo que dije?

El labio inferior de Taylor tiembla. —Ilarion…

—Voy a salir de la ciudad por un par de días —le digo abruptamente. Es tanto por mi cordura como por negocios—. Volveré a tiempo para el evento benéfico de Celine.

Sus cejas se juntan, pero asiente, casi en cámara lenta. Hay un vacío en su expresión que me rompe el maldito corazón.

Así que decido aprovecharlo, como el bastardo egoísta que soy en el fondo. Doy un paso adelante y paso mis dedos por su garganta desnuda. Ella jadea ante el contacto inesperado. Veo sus ojos agrandarse, pero, antes de que pueda detenerme, me inclino.

Mis labios presionan con fuerza contra los suyos, separándolos. Puedo sentir su calidez, la sangre que corre bajo sus venas.

Un pensamiento triunfa sobre todos los demás.

Ella fue jodidamente hecha para mí.

Cuando la suelto, sus ojos todavía están cerrados. Se abren un segundo después, paralizados y abiertos por la sorpresa. Sus labios todavía están entreabiertos, pidiendo otro beso.

Pero ya he tomado demasiado.

Así que me doy vuelta y me alejo de ella, llevándome el recuerdo de mi beso robado.

TAYLOR

Cada vez que me digo a mí misma que no voy a pensar más en el beso, termino pensando en ello. Incluso ahora, un día después, mientras voy en una limusina con Celine a mi lado, puedo sentirlo, saborearlo, olerlo.

Cada vez que me toco los labios, tengo que recordarme a mí misma que no estoy sola en mi habitación. No tengo la libertad de dejar que mi mente se vuelva loca.

Ha estado haciendo demasiado de eso últimamente.

—¡Ay, vamos! —dice Celine, dándome palmaditas en el brazo y haciéndome salir de mi ensueño. Ella se ríe cuando nota mi expresión—. ¿Dónde estabas?

—Ah, eh… en ninguna parte.

Ella arruga la nariz, divertida. —Solo estaba tratando de decirte que te animaras. ¡Es criminal verse tan triste cuando vamos a comprar vestidos!

Sinceramente, nunca había visto a Celine tan animada. Sus mejillas están llenas de color y solo la mitad puede atribuirse al rubor. Como siempre, se ve increíble. Lleva un vestido blanco ceñido, con tacones de aguja rojos y un bolso de mano a juego. Parece como si fuera a una fiesta de cóctel elegante. Pero, aparentemente, es solo un traje común y corriente para ir de compras.

Eso también es nuevo. La vieja Celine solía odiar ir de compras.

—Esto es innecesario —digo—. Tienes tantos vestidos en tu armario. Podrías prestarme uno de esos.

—Soy más pequeña que tú.

—Ay.

Celine se ríe. —Solo soy honesta. Y, de todos modos, quiero que tengas algo nuevo y fabuloso que ponerte para el baile.

—Un baile ahora, ¿no? —murmuro—. Eso suena intimidante.

—Será divertido. Y ¿quién sabe? Tal vez llames la atención de algún joven y apuesto magnate de negocios y habrá chispas.

Me ahogo. —Lo dudo mucho.

—Por el amor de Dios, suenas como… —me giro hacia ella cuando se interrumpe. Pero rechaza sus propias palabras—. No importa. Estoy de buen humor y es el mejor momento para comprar. Tú también la pasarás bien, te guste o no. Las compras continuarán hasta que mejore la moral.

No puedo evitar reírme. Me alegra el ánimo verla así, pero todavía sigo estancada pensando que esto es solo un alza temporal en una vida que de otro modo es solitaria. Se ha esforzado por evitar hablar de Ashton. Y recientemente, también parece decidida a evitar hablar de Ilarion.

Egoístamente, estoy de acuerdo con eso, teniendo en cuenta lo que pasó ayer entre Ilarion y yo. Antes de partir en su viaje de trabajo.

—¿Tuviste oportunidad de hablar con Papá esta mañana? —pregunto.

—Lo hice, pero solo por un momento. Ilarion y él estaban teniendo una conversación profunda cuando fui a su habitación.

—¿Ilarion y Papá? —espeto.

Ella me lanza una mirada enmarcada por una ceja levantada. —Sí. ¿Por qué?

—Nada. Solo no esperaba que fueran tan, em… ¿conversadores?

—¿Es realmente eso o estás preocupada por algo? —pregunta Celine con astucia—. Ilarion me lo prometió, Tay.

—Sé que lo hizo. Es solo…

—Entonces, ¿por qué no le das el beneficio de la duda? Lo está intentando con Papá. Quiere enterrar su pasado. Purgar todo el resentimiento.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque, aparte del hecho de que confío en Ilarion, Papá me lo dijo.

Me quedo boquiabierta. —¿Lo hizo? —casi tengo miedo de creerlo.

Celine asiente. —Después de que Ilarion se fue, le pregunté a Papá de qué hablaban y me dijo que no me preocupara porque Ilarion solo estaba tratando de asegurarse de que estuviera “cómodo”. No quiere que haya ninguna incomodidad entre ellos.

—Eso suena… positivo —aventuro. Lo que realmente quiero decir es que eso suena *demasiado bueno para ser verdad*—. ¿Cuándo fue esto?

La mandíbula de Celine se contrae infinitamente. —Esta mañana, antes de que Ilarion se fuera.

—Ah. Vale.

—No seas tan escéptica. Puedo ver esa expresión en tu cara. No eres tan buena ocultando tus emociones como crees.

Necesito todo lo que hay en mí para mantener mi expresión neutral. *Si supiera*. —Vale. Ya terminé de hablar de Papá e Ilarion; ¿feliz ahora?

—Excepcionalmente —bromea Celine con una sonrisa triunfante—. Hoy se trata de probarnos cosas bonitas y comprar lo que nos dé la puta gana.

Todavía es extraño escucharla maldecir. Solía ser muy mojigata con ese tipo de cosas. Mi hermana ha encontrado mucha confianza en la Casa Zakharov. Pero, cuando miro su vida personal, puedo sentir que las ataduras se sueltan.

Llegamos al corazón del distrito comercial de lujo. Las aceras son enormes y limpias, y se extienden bajo farolas de gas ornamentadas.

La primera tienda me hace temblar por la sensación de estar en un lugar al que no pertenezco en absoluto. Es una fachada negra, con una palabra impresa en enormes letras de oro rosa en la ventana: *TRIBU*. No hay maniquíes en la vitrina, solo una cascada sombría de cortinas negras.

—Cee, ¿estás segura de que estamos en el lugar correcto?

—Sé que parece extraño, pero la magia está en el interior.

No tengo idea de cómo responder a eso, así que sigo a Celine al interior de la tienda en silencio. Probablemente parezco su asistente de modales apacibles. Ciertamente estoy vestida así, con mis jeans altos y mi top corto amarillo mostaza.

El interior de la tienda es mucho menos negro y sombrío. De hecho, todo lo contrario… todo, desde las paredes hasta las alfombras y los techos, es blanco. Maniquíes en posiciones extrañas y contorsionadas bailan alrededor del perímetro, cubiertos con telas tan suaves y etéreas que todavía no estoy cien por ciento convencida de que sea real.

—Tay, deja de perder el tiempo y sigue el ritmo —me llama Celine. Parpadeo y me doy cuenta de que está a mitad de camino de una escalera de caracol, que conduce a una sección del entrepiso de la tienda cerrada del resto del espacio.

—Esto es una locura —murmuro para mis adentros mientras la sigo.

Los vendedores obviamente conocen a Celine. La arrullan como si fuera una princesa europea de clase alta con dinero para gastar y fiestas a las que asistir. En el momento en que lo pienso, me doy cuenta de que es exacto, salvo por la parte “europea”.

Cuando llego a lo alto de las escaleras, me encuentro en una sala de estar, también completamente blanca. Los sofás y la mesa de café se mezclan con el fondo. Vuelvo a verificar para asegurarme de que el sofá en el que estoy a punto de sentarme sea real antes de dejar todo mi peso en él.

—Bien, Génesis eligió un montón de vestidos que podemos probarnos —explica Celine. Señala dos estantes llenos de vestidos llamativos—. Le dije que te gusta lo simple y lo clásico.

—Y cómodo —agrego.

Celine suspira. —Tendrán que disculpar a mi hermana —se vuelve hacia Génesis y sus colegas, probablemente con nombres igualmente ridículos—. No está acostumbrada a lugares como este.

Siento una punzada de timidez cuando los tres títeres frente a Celine giran la cabeza en mi dirección como si fuera un elefante en el zoológico.

Me trago mi vergüenza. —Si no te importa, me quedaré aquí un minuto.

—¿No quieres probarte un vestido primero? —pregunta Celine, obviamente decepcionada por mi falta de entusiasmo.

—Tú primera.

Se encoge de hombros, agarra un vestido y se sumerge en uno de los dos vestidores frente a nosotras. Génesis agarra una bandeja de no sé dónde y se acerca a mí con los brazos extendidos. —¿Champán, señora? —pregunta—. También tenemos cócteles. O vino, si prefieres.

—Em… ¿algo sin alcohol?

De hecho, se da vuelta para mirar a sus colegas. *Mira a la perdedora pidiendo bebidas no alcohólicas. Qué curioso*. —Por supuesto, señora —dice con una sonrisa que no llega a sus ojos —. Déjame ir a ver si nuestro camarero interno puede prepararte un cóctel sin alcohol.

¿Camarero interno? ¿En una boutique de ropa? Dios mío.

Cuidado, Toto. Ya no estamos en Kansas.

Cuando Celine sale del vestuario, todos los títeres se han ido. El vestido que eligió es de un rojo aterciopelado, con cortes diagonales que muestran su abdomen. Me parece exagerado. Tampoco le sienta bien a su tono de piel.

—Bueno, ¿qué piensas?

Hace mucho tiempo, le habría dado mi opinión sin adornos. Pero esta es una Celine diferente, y eso me hace sentir como si tuviera que ser una versión diferente de mí cuando estoy con ella.

—Creo que te ves, eh, hermosa.

Celine frunce el ceño y su expresión se vuelve mordaz. —¿De verdad lo crees?

—Por supuesto.

—Tu pierna está rebotando.

Miro hacia abajo y noto que mi rodilla se mueve hacia arriba y hacia abajo como el pistón de un motor. Me detengo abruptamente. Cuando miro a Cee, su ceja acusadora apunta hacia mí.

—Vale, no me encanta el vestido —admito—. Bonito, pero…

—¿Demasiado?

—No es adecuado para tu complexión.

Ella asiente con una sonrisa cada vez mayor. —¿Ves? ¿Fue tan difícil?

—No quería herir tus sentimientos.

—Mierda, Tay. ¿Qué tan frágil crees que soy? —pregunta—. Puedo aceptar la verdad, incluso si duele.

Se siente como un puñetazo en el estómago, pero me quedo ahí sentada con una sonrisa falsa,

tratando de evitar que mis pensamientos se derramen en territorio peligroso.

En lugar de buscar el vestido siguiente, Cee se acerca y se sienta a mi lado. —Fueron a buscar champán, ¿eh?

—¿Es el procedimiento estándar en este lugar?

—Por lo que gasto aquí, sí —se ríe—. Es sorprendente lo rápido que una se acostumbra.

—Bueno, te conviene. Es un cumplido —me apresuro a añadir cuando veo que empieza a fruncir el ceño. Me aclaro la garganta y me pregunto de qué otro modo puedo insultar a mi hermana en nuestra primera parada del día—. Entonces… ¿Ashton estará en el baile?

Su nariz se arruga e inexplicablemente se interesa por las suelas de sus tacones. —Por supuesto —murmura sin mirarme—. Me está ayudando a coordinar, después de todo.

—Ah, claro, por supuesto. Ustedes dos trabajan bien juntos.

Sus ojos se fijan en los míos y aprieta la mandíbula. —Taylor. En serio.

—¿Qué? —pregunto en un tono inocente—. Solo estoy interesada en tu vida.

—¿En mi vida? —pregunta—. ¿O mi relación con Ashton?

—Un poco de ambas, tal vez.

Empieza a golpear con el dedo índice el brazo blanco como la mantequilla del sofá. —No quiero hablar de eso. Pensé que ya era obvio.

—Has sustituido la felicidad por diamantes, bailes y vestidos elegantes. Te das cuenta de eso, ¿no? —sus ojos se tensan al instante. Me aterroriza haberla alienado. Pero me aterroriza todavía más alejarla si no hago las preguntas que hay que hacer—. Lo siento. Es solo que necesito entender qué pasa contigo.

Mis ojos se posan en sus manos, en la delgada cicatriz que recorre sus delgadas muñecas. Las da vuelta de inmediato.

—¿Quién te lo dijo? —susurra.

—Ilarion.

Ella frunce el ceño. —Esa no era su historia para contar.

—Lo obligué. Puedo ser muy testaruda cuando quiero. Como ahora, por ejemplo.

Suspira. Sus ojos traicionan todos los secretos que ha estado guardando cerca de su pecho. —Bueno…

Se detiene en seco cuando nota que Génesis llega al rellano con una bandeja de cócteles sin alcohol y macarrones. —Nosotras nos encargaremos desde aquí, Génesis —dice sin pestañear—. Es hora de que hable con mi hermana.

TAYLOR

Me retuerzo en el lugar y ofrezco una oración silenciosa para que no haya lágrimas. Sé que fui yo quien preguntó, pero ahora que está dispuesta a compartir, me pregunto si, después de todo, fue la decisión correcta. Las lágrimas podrían terminar siendo mías.

Porque no sé si puedo responder "sí" a la única pregunta que importa. *¿Estoy dispuesta a ser tan honesta con ella como ella lo es conmigo?*

—Tienes que entender —comienza Cee, sus ojos escanean la habitación distraídamente—. Después de que ustedes desaparecieron, él fue mi única fuente de consuelo. Nunca me hizo sentir como una carga.

Pongo mi mano en el regazo de Celine. —Sabes que, si hubieras venido con nosotros, Papá y yo te habríamos cuidado, ¿verdad?

Asiente. —Lo sé. Por supuesto que sí. Pero, por muy buenas que hayan sido sus intenciones, la verdad es que ninguno de los dos tenía los recursos para cuidarme en ese momento. Él sí. Hizo todo lo que hay bajo el sol, Tay. Me ayudó a respirar, sentarme, caminar, correr y leer de nuevo. Tomó mi mano durante todo este tiempo.

Una sensación extraña se gesta en mis entrañas. Estoy orgullosa de que Ilarion haya dado un paso al frente como lo hizo. También estoy agradecida.

Pero la parte pequeña, mezquina y superficial de mí que siempre odié… esa parte siente celos.

Celine se pasa los dedos perfectamente cuidados por el cabello. —Pero… no fue perfecto. Hubo momentos durante mi recuperación en los que me acercaba demasiado y él se alejaba de mí. Si me movía para besarlo, él se aseguraba de que besara su mejilla, no sus labios. Nunca inició un contacto demasiado íntimo. Fue tan integral en mi terapia que ni siquiera me di cuenta de que me mantenía a distancia —se detiene el tiempo suficiente para exhalar lentamente—. Supongo que asumí que me estaba dando tiempo para recuperarme por completo antes de que fuéramos… íntimos… el uno con el otro.

No estaba realmente segura de querer escuchar esta parte. Pero le pregunté por su historia. No me corresponde a mí decirle cómo contarla.

—Y entonces, un día, entró en mi habitación y me dijo que no podía casarse conmigo. Que no estaba enamorado de mí y que nunca lo estaría.

—Bueno… mierda.

Se encoge de hombros y por ese pequeño gesto puedo notar cuán pesada ha sido su carga. —Por supuesto que me fui; me mudé. Tuve que hacerlo. Lo amaba, pero tenía mi orgullo. Me dijo que quería que me quedara. Estaba seguro de que yo no interferiría en su vida. Pero me parecía una locura seguir viviendo en esa casa. Así que volví a vivir con Vanessa y traté de descubrir cómo había logrado perder a mi familia y a mi prometido en menos de un año. Y luego, nuestro departamento fue atacado. Gracias, Benedict.

Se siente mal tener una conversación tan desgarradora en un espacio tan vacío y estéril. Es una charla confusa. Una charla llorosa. Pero supongo que no siempre podemos elegir dónde terminamos cuando suceden cosas importantes. Lo sé tan bien como cualquiera.

El momento más importante de mi vida ocurrió mientras cruzaba la calle.

—Identifiqué el cuerpo de Vanessa —admite. Es la primera vez desde que empezó a hablar que hace contacto visual conmigo. Sus ojos están llenos de lágrimas—. Fue uno de los peores momentos de mi vida. Me desmoroné allí mismo, en la oficina del forense. Y la única persona que estaba allí para recoger los pedazos fue…

—Ilarion —digo antes de que pueda terminar.

Celine asiente. —Me trajo de regreso a su casa y me regresó a mi habitación. Y me di cuenta de que, de alguna manera, en el transcurso de los últimos meses, su hogar se había convertido en el mío. Supongo que me hizo sentir como si no me quedara nada. Ni familia, ni amigos, ni prometido. Pensé tanto que me encontré en un agujero —se mira las muñecas por un momento y, por una vez, no intenta ocultarme las cicatrices—. No estaba pensando con claridad. Estaba tomando un montón de pastillas para el dolor. No había comido en días. Estaba profundamente hundida en mi depresión. Fue una decisión de una fracción de segundo. En ese momento, tenía mucho sentido.

—Cee —le susurro, apretando su mano con fuerza.

—Él me volvió a salvar —me dice con la sonrisa más triste que vi en mi vida—. A veces siento que soy la gran e inoportuna carga de su vida. El peso muerto que carga con él.

—No digas eso.

Saca su mano de debajo de la mía. —Es cierto. Pero supongo que llegué a aceptarlo.

—Pero no tienes que *seguir* aceptándolo, Cee —señalo—. No si ya no es lo que quieres.

—¿“Lo que quiero”? —repite, como si fuera un concepto extraño—. Lo que quiero ha cambiado con tanta frecuencia a lo largo de los años que apenas puedo seguirlo yo misma —mira más allá de mí—. ¿Puedes pasarme un cóctel? Necesito algo de alcohol.

—Em… son cócteles sin alcohol —me disculpo mientras le paso uno—. Lo siento.

Se ríe sin humor. —Por supuesto. Aun así, me alegro de que me hayas hecho hablar. Es extrañamente catártico, tengo que decirlo —toma un sorbo que se convierte en una larga calada. Cuando deja el vaso, está casi vacío—. Ilarion estuvo mucho conmigo en los días posteriores a mi intento de suicidio. Pero me di cuenta de que eso no cambiaba nada para él. Me cuidó porque

sintió que tenía que hacerlo. Pero nunca estuvo realmente *conmigo*. Siempre perteneció a alguien más. Probablemente incluso antes de conocerlo.

Me pregunto si nota la forma en que me pongo rígida, aterrorizada de que esté a segundos de desenmascararme. Pero me callo y la dejo hablar.

—Llegué al punto en que comencé a aceptar la distancia. Se volvió más fácil estar cerca suyo sabiendo que no tenía nada para ofrecerme más que amistad. Supongo que empecé a sentir que la amistad era suficiente. Y luego…

—¿Benedict otra vez?

El rostro de Celine se contrae de ira. —El puto Benedict Bellasio. El hombre fue implacable. Supongo que asumió que matarme sería la venganza perfecta. Todo lo que hizo fue encender un combustible debajo de Ilarion. Se puso furioso y eliminó a todos los hombres que siquiera susurraron el nombre de Benedict. Luego, corrió la voz: cualquiera que tocara un pelo de mi cabeza sufriría la muerte más dolorosa imaginable. Ilarion se encargaría en persona. Unas semanas más tarde, anunciamos nuestro compromiso.

—Mierda.

—En cierto modo, fue casi romántico. Solo sin nada de romance.

—Entonces, ¿cuándo te casaste? —pregunto, buscando algo de luz al final de este túnel tan largo y oscuro—. Seguramente algo cambió.

Celine me frunce un poco el ceño y su boca se curva en una risa confusa. —¿Qué? Nosotros no… nunca nos casamos.

Arrugo la frente. —¿Qué significa eso?

Inclina la cabeza y me mira con creciente confusión. —Significa que nunca nos casamos. No estoy… ¿pensaste que estábamos casados?

Mi boca se abre. Creo que estoy a punto de arrancarme el corazón. —Yo… no entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —pregunta—. Nunca tuvimos una boda. Nunca intercambiamos votos. Demonios, no creo que alguna vez hayamos pedido una licencia de matrimonio.

—Pero tu nombre… eres Zakharov.

Asiente. —Sí, esa fue su idea. Inteligente. Cambié mi nombre legal para mantener las apariencias en caso de que Benedict o cualquier otra persona comenzara a sospechar. Además, facilitó las cosas a la hora de establecerme en la alta sociedad —me guiña un ojo como si fuera un pequeño secreto divertido y no una bomba nuclear en mi realidad.

Sigo abriendo y cerrando la boca, esperando que me venga a la mente algo que tenga sentido. —Yo solo… Lo siento, estoy un poco aturdida —admito al fin.

Celine asiente como si entendiera de dónde vengo. —No salimos mucho tiempo antes de que él me propusiera matrimonio, y luego pareció que no sería gran cosa esperar. De hecho, pensé que era romántico esperar y ver qué pasaba.

—Claro —digo, incluso cuando recuerdo algo que ella me dijo no hace mucho—. Pero, ¿no dijiste que querías una familia?

—Ah —dice Celine. Sus cejas se aplanan y su boca se curva tanto que me pregunto si va a empezar a llorar—. Eso.

Le doy otro apretón a la rodilla. Por mucho que quiera saber, me niego a anteponer mi curiosidad a su bienestar mental. —Si no quieres hablar de eso, entonces…

—No —me interrumpe—. No, está bien. Mejor podría decírtelo. Supongo que esa era mi manera de decir que estaba tratando de convencerlo de que me diera un bebé. Básicamente, soy yo suplicándole que se acueste conmigo, si no por amor, al menos con fines reproductivos.

Se estremece cuando termina de hablar. Aprieto mi agarre sobre su pierna. —Ay, Celine.

—Suena bastante patético cuando lo digo en voz alta.

—No, no es así.

Ella sonríe con tristeza. —Estás siendo amable.

—Realmente no. No soy nada amable.

—Ay, Tay, no sé de dónde sacaste esa idea de que soy una débil que necesita protección. Últimamente me miras como si estuviera a segundos de desmoronarme. No soy tan débil.

Bueno, eso salió de la nada. —Nunca dije que lo fueras —*a tu cara.*

—Tal vez no. Pero me miras como si lo fuera.

Estoy a punto de negarlo, pero me detengo. Quizás se esté dando cuenta de algo subliminal. ¿Quién soy yo para decirle que se equivoca cuando ni siquiera *yo* estoy segura?

—Lo siento —me muerdo la lengua y trato de ordenar mis pensamientos—. ¿Puedo hacerte una pregunta que quizás no te guste?

Celine alza las cejas. —Hemos caído en la madriguera del conejo ahora. Así que, adelante.

—¿Sigues enamorada de Ilarion?

No responde al principio. Sus ojos recorren la habitación como si buscara la respuesta en otra parte. Al fin, respira hondo y vuelve su mirada hacia mí.

—Sabes, hay momentos en los que me pregunto si alguna vez estuve enamorada de él —dice en voz baja. Luego, se estremece—. Yo era joven cuando lo conocí y él tenía una personalidad grande, audaz y segura. Y tan guapo que dolía mirarlo. Me llevaba a lugares lejanos, me colmaba de regalos y atenciones. Me llevaba de compras, me compraba joyas, me hacía sentir que podía tener todo lo que quisiera. Se sintió como un huracán. Yo era el ojo de la tormenta. Siento que quizá todo eso me atrapó tanto que confundí enamoramiento con amor. Confundí todo el lujo y la atención con adoración —su risa tiene un toque desesperado.

—Ay, Cee…

Se ríe. —Sí, me estoy escuchando a mí misma. De nuevo, bastante patética.

—Deja de decir eso. No eres patética.

—Cambié mi alma por una vida de lujo.

—Por seguridad —la corrijo.

Celine me guiña un ojo. —Y un poco de lujo.

Le devuelvo la sonrisa con una tímida mía. —Te mereces algo mucho mejor —le digo—. Mereces tener una familia con un hombre que te quiera por *ti*. Que te quiera susurrar cosas dulces y llevarte a la cama todas las noches. No solo para reproducirse; solo por diversión. Porque le pareces atractiva y te desea sin cesar.

Esta vez, cuando se ríe, realmente lo siente. Por primera vez, parece que lo hace de verdad.

—A este paso, he olvidado lo que se siente tener un hombre dentro de mí.

Hago una pequeña mueca, aunque solo sea porque sé *exactamente* cómo se siente tener a Ilarion dentro de mí. Si nunca vuelve a suceder, lo recordaré hasta el día de mi muerte.

Celine nota el estremecimiento y lo malinterpreta. —¿Quién es la mojigata ahora? —se burla.

Le doy un codazo tímido. —No soy ninguna mojigata. Solo creo que fácilmente podrías tener un hombre, si quisieras. De hecho, hay un hombre que ambas conocemos que se ofrecería voluntariamente para recibir ese honor.

Celine me mira entrecerrando los ojos. —No otra vez, Tay.

—Aquí hay otra pregunta que no te gustará: ¿sientes algo por Ashton?

Si quiero obtener una respuesta directa de ella, este es el momento. Celine inclina la cabeza hacia un lado y su cabello cae sobre su perfil, ocultándome su expresión.

—¿Celine?

Me mira a través de sus largas pestañas. —¿De qué serviría admitirlo? —pregunta—. Nada puede salir de esto.

—No estás casada —señalo. Es un milagro que incluso pueda formar las palabras; todavía me estoy recuperando de la revelación—. Tienes permitido perseguir tus sentimientos por Ashton. Es lo que quieres, Cee. Es lo que él también quiere.

—¿Ilarion?

—¡Ashton! —y luego lo pienso—. Además, probablemente también Ilarion. Si solo hablaras con él.

Las cejas de Celine se juntan. —¿Él, em… te contó lo que pasó entre nosotros?

—¿Ashton? Mencionó que hubo un beso.

—Sí. Eso. Me tomó por sorpresa.

—¿Ilarion lo sabe?

—¡No! Por supuesto que no. Soy su… —suelta una carcajada—. Soy su falsa prometida. Dios mío, soy tonta.

—¿Pero en realidad lo eres? —pregunto. Aunque no me siento menos tonta—. Has estado jugando charadas para salvar tu vida. Pero ¿cuánto tiene que durar?

—No te dije todo eso para que me juzgaras, Taylor —espeta Celine. Justo así, puedo oler la leona en la que se convirtió a lo largo de los años.

—No te estoy juzgando, Cee —digo rápidamente, levantando las manos en defensa propia—. Solo estoy tratando de asegurarme de que seas feliz.

Ella sostiene mi mirada por un momento y veo algo allí que me recuerda a Papá. Las palabras que dice a continuación solo hacen que el parecido sea mucho más fuerte. —La felicidad está sobrevalorada, Taylor. A veces, es más importante estar a salvo. Ilarion me ofreció eso. Seguridad, estabilidad, comodidad. Probablemente no sea la decisión que tú habrías tomado, pero es la que tomé yo. Ahora tengo que vivir con eso.

Miro a Celine, pero lo único que puedo ver es a nuestro padre, mirándome a través de los ojos de mi hermana.

ILARION

—Maldita sea —suspira Dima—. Es un agujero de mierda.

No es exactamente un agujero de mierda, pero sí lo suficientemente sórdido como para que no pienses en encontrar a nadie medio decente adentro. Las paredes están hechas de un hormigón moteado que le da al hotel el aspecto de una antigua prisión de la Guerra Fría. El alambre de púas enrollado en la parte superior no ayuda mucho a disipar la idea.

Dima y yo llevamos horas sentados fuera de los muros, al final de nuestro segundo turno de vigilancia. Solo un vehículo digno de mención se ha acercado al hotel en las últimas veinticuatro horas: un viejo Chevy destartalado con la rejilla rota, la luz trasera rota y una matrícula de fuera de la ciudad.

Pero los cristales tintados lo delataron.

—¿En serio te imaginas a Benedict Bellasio en un lugar como este? —reflexiona Dima.

—No es que le haya dado muchas opciones. Quemé su imperio hasta los cimientos. Tenía que estar escondido a plena vista, en algún lugar del que nunca sospecharíamos. Las ratoneras no suelen tener servicio de habitaciones.

—Entonces, trabajo bien hecho. Porque este lugar es jodidamente *deprimente*.

No se equivoca. Incluso la tierra parece triste y marchita. No quiere estar aquí más que nosotros.

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar? —pregunta Dima, moviéndose con impaciencia en su asiento.

—El tiempo que sea necesario para estar seguros de que es él quien está ahí.

—¿Estás diciendo que no confías en la información? ¿O simplemente no confías en la rata que nos lo dio? Quiero decir, no te culparía; Archie podría estar lleno de mierda. Por lo que sabemos, este basurero no tiene nada que ver con Benedict.

Sacudo la cabeza. —Estás equivocado. Puedo olerlo por todo este lugar.

Dima se alegra de inmediato. —Entonces, ¿eso significa…?

—Sí —apago el motor—. A la mierda esperar. Vamos a matar a este hijo de puta.

Salimos del coche y nos escabullimos, esquivando los campos de las cámaras en el camino a nuestra posición inicial. A nuestro alrededor, las sombras se erizan y están repletas de palos que se rompen, rocas que se mueven y el crujido de la arena bajo las botas.

Todo el poder de la Bratva Zakharov espera en la oscuridad.

—Dile a los hombres que esperen mi señal —le digo a Dima—. Luego, atacamos.

Dima asiente. Prácticamente echa espuma por la boca mientras susurra por el walkie-talkie que lleva sujeto al pecho.

Cuando se transmiten las órdenes, voy a la puerta lateral, la abro y entro.

El interior del motel está revestido con una alfombra de décadas de antigüedad del color de la sangre, manchada de ceniza de cigarrillo y solo Dios sabe qué más. Huele a podredumbre perfumada. Plantas en macetas salpican los rincones, patéticamente polvorientas. Todo está inquietantemente silencioso.

Al final del espacio del vestíbulo hay un mostrador. Camino hacia allí. Cuando escucha mis pasos, una mujer asoma la cabeza por la oficina trasera.

—¡Oh! —jadea, demasiado sorprendida para ser alguien que en teoría se supone que está aquí para recibir invitados—. Hola… eh, ¿quién eres?

La pregunta está llena de pánico. Veo su mano moviéndose hacia algo debajo del mostrador. —Yo no haría eso si fuera tú.

Sus ojos se agrandan. Se congela en su lugar. Ella sabe por qué estamos aquí; ni siquiera necesita preguntar. —P-por favor, solo trabajo aquí.

—Todo irá bien —digo mientras me acerco—. Si te quedas callada, todo irá bien.

Por el ceño fruncido y el pánico en sus labios, supongo que no me cree. Ella comienza a retroceder cuando me acerco.

Justo antes de que abra la boca para gritar, salto sobre el mostrador y la agarro, tapándole la boca con la mano para amortiguar el sonido. No tengo ningún deseo de matarla, pero necesito que se quede callada. Así que, con un cabezazo concentrado, su cuerpo queda inerte en mis brazos. La pongo en posición fetal debajo del mostrador de su escritorio.

Cuando me enderezo, Dima está parado al final del pasillo. —Estoy escuchando pasos —susurra —. Tenemos que darnos prisa.

Los dos cruzamos la puerta que da a una especie de patio interior. Hay un árbol muerto en el centro, rodeado por un estanque seco y hierba marrón. Lo pasamos hasta una serie de puertas, la mayoría tan polvorientas como el resto de este infierno.

—¿Deberíamos ir uno por uno? —pregunta Dima.

Sacudo la cabeza. —No. Más adentro. En algún sitio más fortificado. Estará anidado en el peldaño más bajo del infierno. Lo más lejos posible del peligro.

Dima se ríe sombríamente y los dos nos aventuramos escaleras abajo.

Una solitaria luz fluorescente parpadea en el rellano superior. Sin embargo, a medida que descendemos, la oscuridad mohosa nos traga.

—¿Deberíamos enviar a los hombres adentro? —pregunta Dima.

Sacudo la cabeza de nuevo. —No. Aún no. Solo estorbarán.

Nos acercamos a una gruesa puerta metálica. Para mi sorpresa, los *mudaks* ni siquiera se molestaron en cerrarla. Idiotas. Se merecen todo lo que les espera.

Abro la puerta con fuerza de una patada y se abre sobre sus bisagras, chirriando salvajemente hasta que se estrella contra la pared lateral. Entro a la habitación, que es limpia y espaciosa y muchísimo más bonita que el resto de este basurero.

En el centro de una enorme cama yace un mafioso desnudo con la boca abierta y los ojos muy abiertos por la sorpresa. Tres mujeres desnudas están acurrucadas alrededor de su cuerpo. Una tiene su mano alrededor de su polla. Otra cuelga sobre él, con el pezón a centímetros de su boca. La tercera está encogida a los pies de la cama, con moretones en su piel pálida.

Es casi exactamente la escena que esperaba ver.

Solo que con el mafioso equivocado.

—Gregor Bellasio —digo, ocultando mi decepción detrás de una ceja irritada—. Qué sorpresa encontrarte aquí.

El hermano menor de Bellasio farfulla de manera ininteligible y la saliva sale volando de su boca. Las mujeres se dispersan, de repente muy interesadas en poner cierta distancia entre ellas y el objetivo en la cama.

Dima amartilla un arma y apunta a la cara de Gregor. Se congela, medio apoyado sobre sus codos. Sus ojos se mueven de un lado a otro entre nosotros. —¿C-cómo? —tartamudea.

Me encojo de hombros. —Investigando.

Los ojos de Gregor se estrechan. —¿Significa esto que el viejo salió de su escondite? —pregunta —. Benedict juró que, si alguna vez lo hacía, vendría directamente a nosotros.

Me río. —En serio eres así de jodidamente tonto, ¿no?

Rechina los dientes, pero el efecto se ve socavado por el miedo en sus ojos. Por si eso no fuera suficiente, su polla se arruga hasta alcanzar el tamaño de un gusano.

—Si Benedict realmente creyera que Archie acudiría a él, no te habría instalado aquí. Necesitaba este lugar, pero ¿dónde está? —ladeo la cabeza hacia un lado—. Ay, Gregor. Maldito tonto. *Tú eres el señuelo*.

—N-no. Estás jodidamente equivocado.

—No seas ingenuo. Él sabía que este refugio era un riesgo porque Archie lo conocía. Quería saber en qué momento Archie decidía resurgir, para ver de qué lado estaba el viejo. Me ayudarás a aclararle algunas cosas.

Sus ojos se ven un poco rojos e hinchados en los bordes. —¡No puedes matarme!

—Eres la última persona viva que puede decirme lo que puedo y no puedo hacer. Aunque la parte “viva” puede que no dure mucho más.

Sus prostitutas se encuentran en diversas etapas de histeria. Una solloza con las sus mejillas rojas cubiertas de lágrimas. Otra parece a punto de desmayarse. La tercera tiembla con violencia, como si estuviera desnuda en un congelador.

—Mi problema no es con ustedes, señoritas —les digo—. Ojalá les haya pagado bien, pero si no, no las mataré por mal gusto. Si salen y esperan en silencio, las dejaré ir sin ningún problema.

La morena es la primera en aceptar mi oferta. Asiente, recoge su ropa del suelo y sale corriendo. Después de que ella sale de la habitación sin recibir un disparo en la espalda, las otras dos encuentran el coraje para correr detrás suyo.

—Supongo que entonces somos solo nosotros —digo cuando se van, sacando mi propia arma y apuntándola en su dirección.

—Si me m-matas, él vendrá por ti —advierte Gregor.

Suspiro, ya cansado de este tonto. —Ese es el punto.

—¡Tampoco serás solo tú! —exclama Gregor en un último intento por ganar más tiempo—. Irá por tu prometida, por tu hermana, por todos los que amas. Si haces esto, ni siquiera el estatus de Celine la protegerá.

Sonrío y apunto. —Estoy seguro de que me las arreglaré bien.

—¡*No*…!

Pero el resto de sus palabras se pierden en el disparo. Su cuerpo se retuerce, flácido contra las sábanas, y sangre roja brillante mana sobre las almohadas.

Un Bellasio menos sobre la faz de la tierra.

Hasta nunca, joder.

Agarro el papel y el bolígrafo de la mesita de noche y garabateo las palabras que siempre sospeché que tendría que escribirle a Benedict. Luego, salgo con Dima detrás de mí. Las tres mujeres están allí de pie, pero ahora al menos están vestidas, más o menos.

Camino hacia la morena y le entrego mi nota. —Dale esto a Benedict Bellasio. Y dile dónde puede encontrar el cuerpo de su hermano.

TAYLOR

Apenas reconozco a la mujer en el espejo.

Parpadeando lentamente, toco la fina tela de mi vestido que se ajusta a mi figura. La tela rosa nacarada se complementa con una gran cantidad de pequeños cristales de Swarovski tejidos en el escote, el corpiño y la falda. He mantenido mi cabello suelto y mi maquillaje mínimo, pero todavía parece como si estuviera tratando de ser otra persona.

Alguien como mi hermana.

La puerta se abre y Adam entra corriendo. En el momento en que me ve, se detiene en seco. —¡Vaya, Mamá! —jadea con los ojos muy abiertos.

Lo sigue Edna, que también parece un poco sonrojada. —Lo siento, señora —jadea, tomando aire—. Él se alejó de mí.

—No te preocupes —le aseguro a la niñera. Adam se enamoró de ella más rápido que yo, pero está empezando a gustarme. Me vuelvo hacia mi hijo, que todavía me mira como si acabara de ver el sol—. ¿Qué piensas, amiguito?

—¡Pareces una princesa!

—¿Te parece? —me río.

—Ajá. Te ves muy bonita, Mamá.

Me pongo en cuclillas y levanto los brazos para que pueda correr hacia ellos. Cuando lo hace, lo abrazo fuerte y le doy un beso en la frente. —Sé un buen chico con el abuelo mientras Mamá y tía Cee salen, ¿vale?

Él ignora mi pregunta por completo. —¿Dónde está el tío Illy? No viene a jugar conmigo hace mucho tiempo.

Me pongo rígida, dolorosamente consciente, de repente, de cómo las cuentas del vestido se clavan en mi caja torácica. Soy vagamente consciente de un grito ronco—: Estoy segura de que volverá pronto, cariño.

Ilarion dijo que volvería para el baile de Celine, pero no lo he visto ni supe nada de él desde que se fue. La última vez que lo comprobé, Celine tampoco, y no quiero molestarla más de lo que ya la molesté.

—Mamá, ¿encontraste el regalo que te dejó el abuelo?

—¿Regalo?

—Sí, te dejó un regalo en tu armario.

Frunzo el ceño, desconcertada. —¿Cuándo?

—Esta mañana —insiste Adam—. Él dijo…

—Ah, bien, estás vestida. Papá nos recibirá en la puerta principal en diez minutos —interrumpe Celine cuando entra en mi habitación con su precioso vestido—. Ahora déjame mirarte. Ay, Adam, cariño, no aplastes el vestido de Mamá.

Me enderezo de mala gana y dejo que me examine.

—Impresionante —proclama—. Aunque el cabello… ¿Traigo a mi estilista aquí? Ella puede…

—Estoy bien —insisto mientras observo su vestido de gala de encaje color nude—. Te ves fabulosa, por cierto.

—Gracias —dice, acaricia su elegante peinado. Unos delicados mechones de cabello deliberadamente sueltos enmarcan su rostro en forma de corazón. Se acerca al espejo que llega hasta el suelo y yo me apresuro a apartarme de su camino.

Adam ya está aburrido de toda esa charla sobre vestidos. Corre por mi habitación y usa mi cama como trampolín. Mientras tanto, mi corazón late dolorosamente.

¿Qué dijo sobre el regalo que me dejó Papá?

—Adam, cariño, ¿puedes venir aquí un segundo?

—¿Por qué, Mamá? —pregunta mientras se lanza sobre mi cama.

—Tay, déjalo jugar. Déjame arreglarte el maquillaje —Cee toma el kit de maquillaje que me compró a la fuerza durante nuestro viaje de compras.

—No hay nada que arreglar —insisto rápidamente—. Mi maquillaje está listo.

—¿Eso es todo? —pregunta Cee, sorprendida—. Es tan ligero.

—Me gusta así. ¿Podemos simplemente poner este espectáculo en marcha?

Suspira como sufrida y me hace señas para que continúe. —Como desees. Aguafiestas.

—Edna —me dirijo a la niñera—. Adam ha estado…

Me detengo cuando mis ojos se posan en mi hijo. Está en un rincón de la habitación, hurgando en la vieja bolsa de lona que empaqué para venir aquí.

Y, para mi horror, está lanzando mi bola de nieve de un lado a otro con sus manos.

—¡Adam! —ladro. Me quedo sin aliento con pánico irracional—. ¡Guarda eso ahora! ¡Antes de que lo rompas!

Está tan sorprendido que lo deja caer. Golpea el suelo con un ruido sordo. Jadeo y corro hacia adelante, agarrándolo del suelo. Lo giro entre mis manos, asegurándome de que no haya grietas.

Gracias a Dios. Está bien. Todo está bien.

—Lo siento, Mamá —dice Adam con nerviosismo—. No fue mi intención.

Respiro hondo, sintiéndome como un monstruo por reaccionar así. —Está bien, bebé. Lo siento. Reaccioné exageradamente; está todo bien. Ahora dame un beso y sal con Edna, ¿vale?

Me agarra por la cintura y me da un abrazo rápido antes de correr hacia la puerta. Edna lo sigue y me giro hacia Celine. —Vamos a…

Me detengo cuando veo su cara. Parece haber visto un fantasma. Ni siquiera el maquillaje puede compensar la repentina palidez. Tiene la boca entreabierta y sus ojos están fijos en la bola de nieve en mi mano.

En el momento en que veo su expresión, mi corazón se hunde.

Ella lo reconoce.

El día del juicio final por fin ha llegado.

TAYLOR

—Cee…

—¿Te llevó a la cabaña?

La pregunta es directa y concisa. No hay lugar para nada más que la verdad. —Sí, lo hizo.

—¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo.

—*¿Cuándo?*

Me resulta difícil presenciar su expresión pétrea, pero la merezco. Merezco hasta el último fragmento de la acusación sedienta de sangre en sus ojos. —Hace cinco años.

—Cuando estaba… *¿cuando estaba en coma?*

Puedo sentir mi labio inferior temblar, pero me muerdo la lengua y me obligo a responderle. —Sí.

Ella se lanza hacia adelante tan repentinamente que casi doy un paso atrás. ¿Me va a abofetear? ¿Empujarme? ¿Lanzarme maldiciones a la cara? Me merecería todo, así que lo menos que puedo hacer ahora es quedarme quieta y aceptarlo.

Ni siquiera me toca. Pero me arrebata la bola de nieve de las manos. Se la doy, sintiendo mis manos colgar fláccidas a mis costados. Dejo caer la cabeza, pero oigo su agudo siseo.

—No te atrevas. Mírame.

Me muerdo la lengua de nuevo con tanta fuerza que saboreo la sangre. Levanto mis ojos hacia los suyos. —Lo siento mucho, Celine.

—No quiero disculpas —sus ojos brillan con una especie de fuego latente que nunca antes había visto—. Quiero jodidas *explicaciones*.

Asiento en silencio.

—Todo este tiempo —suspira. El calor de su aliento se siente como una bofetada en la cara—. Todo este maldito tiempo. Fuiste *tú*.

—No fue una aventura —digo rápidamente—. Lo juro, Celine…

—Entonces, ¿qué fue?

—Sucedió… antes de ti.

Resopla. —Por favor.

—Lo juro. ¿Recuerdas la noche que tuve esa pelea masiva con Papá? ¿Justo antes de que conocieras a Ilarion? Salí de casa a correr y cuando volví, ¿tú y yo hablamos un rato? Y me fui esa misma noche. Esa fue la noche que lo conocí.

Su ceño se transforma. —No me dijiste una palabra al respecto.

—¡Porque era una aventura de una noche, Celine! —prácticamente grito. Nunca supe cuánta presión soporté hasta ahora. Ahora que todo se desinfla, me siento pequeña y débil y triste—. Y no sabía su nombre y no pensé que lo volvería a ver jamás. Pero luego fui a tu fiesta de compromiso y descubrí que el chico que te negabas a presentarme era *el mismo chico*.

Ambas escuchamos la acusación en mis palabras. En mi voz.

¿Realmente la he estado culpando todo este tiempo?

Respira hondo unas cuantas veces. —¿Por qué no me lo dijiste entonces? ¿Por qué no solo… solo… me detuviste?

Siento que mis ojos están a punto de salirse de mi cabeza. —¿Qué? ¿Después de la forma en que reaccionaste ante Alec? Y parecías feliz. Estabas tan enamorada de Ilarion que ni siquiera te alejaste de su lado una vez que supiste lo que estaba tratando de hacerle a Papá. ¿Qué se supone que debía decir? ¿O hacer?

Ella suspira con dolor y se aleja de mí.

—Celine, por favor, créeme. Nunca quise lastimarte.

—¿Es por eso que decidiste ir a una escapada romántica a una cabaña con mi prometido mientras yo estaba en mi lecho de muerte? —exige.

Como debería. Es una maldita pregunta justa.

—El Dr. Baranov, él… é-él nos dijo que… —me detengo cuando caigo en la cuenta de lo horrible que suena—. Ay, Dios, tienes razón. Soy horrible. Fue una cosa horrible que lo hiciera y lo lamento todos los putos días.

—¿Lo amas? —pregunta de repente, mirándome fijamente a los ojos.

No me atrevo a decirlo. Aunque no puedo mentir. Ya ha habido demasiado de eso.

—No importa.

—¿“No importa”? —Celine me mira como si me hubieran crecido tres cabezas nuevas—. Mierda, Taylor. *Por supuesto* que importa. Me importa a mí, probablemente le importe a Ilarion, y debería importarte a ti también.

—Lo único que me importa eres tú. Todo lo que hice fue por ti.

Ella alza una ceja. Toda la conmoción y el dolor se combinan en esa ceja. Es la única señal de que su mundo se está desmoronando.

Ella asiente una vez y luego, sin previo aviso, arroja la bola de nieve por la habitación. Golpea la pared justo al lado de las ventanas y se hace añicos. Jadeo. Mi cuerpo se tambalea hacia la pared como si de alguna manera pudiera detenerlo, revertir el tiempo, volver a armar mágicamente la bola de nieve. Reacciono como si la bola de nieve fuera una persona a la que puedo salvar.

Como si fuera un futuro que casi tuve.

Entonces, me contengo. Me detengo en seco y miro a mi hermana. Es la furia ártica en persona. El viento más frío que jamás haya sentido, desgarrándome en piezas congeladas.

—Tú eres la razón por la que él no podía amarme —susurra—. *Tú*.

Parpadeo y una lágrima gorda corre por mi mejilla. —Traté de no amarlo en absoluto —grazno, esperando que alguna parte de mi explicación nos salve—. Lo intenté tanto. Pensé que odiarlo era la respuesta.

Celine resopla. —Existe una línea confusa entre el amor y el odio. Debiste haber intentado la indiferencia —niega con la cabeza—. ¿Por qué no me dijiste antes de irte?

—Tú lo habías elegido —me sorprende que mi culpa se esté convirtiendo en ira. Poco a poco, palabra por palabra, empiezo a comprender finalmente lo que Ilarion ha estado intentando decirme todo este tiempo—. Incluso después de que Papá te lo contó todo. El espionaje, su traición, el hecho de que Ilarion solo se acercó a ti y te pidió que te casaras con él como seguro, como venganza… y aun así lo elegiste. *Tú*, Cee. Elegiste a un hombre que no te amaba antes que a tu propia maldita familia.

El labio inferior de Celine tiembla casi imperceptiblemente. —Pensé, incluso entonces, que era un buen hombre.

—¿Y qué crees ahora?

Ella arde. —Creo que no me dijo nada de esto porque te estaba protegiendo.

—No, Cee. No lo hacía. Nunca lo ha hecho. Si fuera por él, lo habrías sabido en ese mismo momento, en la fiesta de compromiso.

Guerras conflictivas en su rostro. Ella intenta justificar todo con la realidad que ninguna de las dos puede negar. Ya no. Conozco esa expresión porque la he visto en el espejo durante años, literalmente.

—Pensé que sería mejor si desapareciera —admito—. Especialmente…

Ay, mierda. Dije demasiado.

El miedo bombea a través de mi pecho con tanta fuerza que apenas puedo concentrarme en ella. Pero ella espera con paciencia. Luego, segundos de silencio después, la comprensión aclara el ceño de su rostro.

—Ay, Dios mío —suspira—. ¿Cómo no lo vi? Adam. *Es de Ilarion.*

Trago fuerte. —Descubrí que estaba embarazada el día que tú anunciaste que estabas comprometida. No sabía nada sobre tu prometido. Y no pensé que anunciar un embarazo sorpresa en tu fiesta de compromiso fuera ni remotamente apropiado. Así que llegué con Mamá y Papá, y tú nos presentaste a tu prometido, y era… él.

Celine asiente a cámara lenta. —Los vi a los dos hablando en la fiesta —admite—. Parecía que se conocían, pero supuse que se estaban conociendo por mi bien. Pero entonces los Bellasio atacaron…

Y justo así, toda la lucha abandona su cuerpo como un profundo suspiro.

—¿Me lo ibas a decir? ¿Alguna vez?

Dudo, tratando de descubrir si alguna vez habría habido alguna posibilidad de sincerarme si el mundo no se hubiera derrumbado sobre sí mismo. —No lo sé, Cee. Me gustaría pensar que lo habría hecho. Pero…

—¿Pero?

Respiro hondo. Es hora de algo de puta honestidad real. —Pero… después de Alec, no quería volver a verte tan herida. Quería ser yo quien se sacrificara por ti.

Niega con la cabeza. —¿Por qué?

—Porque siempre estabas ahí para todos. Tú me cuidabas cuando estaba enferma. Tú cuidabas a Mamá cuando *ella* se enfermó. Ayudabas a Papá durante lo peor de su depresión y cocinabas para todos nosotros cuando todos estábamos demasiado cansados para movernos y regresabas a casa sin que te lo pidieran y nunca, jamás hacías que nada de eso pareciera una carga. Merecías ser feliz, Cee. Quería darte un final feliz. Yo… todavía quiero.

Me mira fijo por un momento y puedo ver cómo los restos de su ira se desvanecen. —¿No lo entiendes, Taylor? —dice—. No estaba en tu poder darme un final feliz. No puedes controlar lo que sienten los demás. No tienes derecho a decirle a Ilarion que me ame, y no tienes derecho a negarle a su hijo. O a Adam su padre —sus ojos se desvían hacia los pedazos de vidrio rotos en el suelo. Luego, respira hondo y esa máscara helada suya vuelve a su lugar—. Ahora vamos. Tenemos un baile al que asistir.

ILARION

—No va a estar feliz —me advierte Dima mientras nos dirigimos al gran salón de baile en el piso veintisiete—. Ni siquiera un poquito.

Antes de que pueda agradecer sarcásticamente a mi segundo al mando por decir lo jodidamente obvio, las puertas del ascensor se abren para revelar a…

Mi hermana, con un vestido negro brillante demasiado ajustado para mi gusto.

En Taylor, me intrigaría. En Mila, siento que necesito desviar la mirada.

—Vaya —respira Dima—. Mila… te ves increíble.

Necesita todo lo que tengo en mí para no reaccionar, para no decirle que se meta la lengua en la boca. El rostro de Mila permanece impasible, pero tenso. Prácticamente puedo ver los pistones en su cabeza moviéndose mientras intenta no sonrojarse.

—Sí, gracias —murmura con desdén. Se gira para mirarme—. ¿Como les fue?

—Encontramos el refugio. Exactamente donde Archie dijo que estaría.

—¿Pero…?

—Benedict lo anticipó —termino—. Puso a Gregor allí como señuelo.

Mila frunce el ceño. —¿Está muerto?

—Bien muerto. Pero no es él a quien quería matar.

Ella sonríe encantada. —Aun así, aceptaré las victorias menores cuando podamos conseguirlas. ¿Cuál es el siguiente paso?

La puerta del gran salón de baile se abre. El ruido, las risas y la música se derraman en el vestíbulo. —Le toca a Benedict —respondo.

Mila parpadea, confundida. —¿Qué quieres decir?

—Le ofrecí una especie de… tregua.

Parece que se va a atragantar con mis palabras. —¿Una *tregua*? ¿Con Benedict Bellasio? ¿En qué tipo de términos?

—Él disuelve lo que queda de su desmoronada Bratva, me da de baja los bienes que le quedan, se entrega a mi custodia y puede vivir el resto de su vida con una comodidad decente. Énfasis en "poder vivir". Es la mejor oferta que jamás recibirá.

El ceño de Mila se profundiza. —Él no va a aceptar eso.

Me encojo de hombros. —Es su decisión. Su vida en juego.

—¿Estás seguro de esto? —presiona—. Aquí hay más en juego. No solo la vida de Celine; hay que considerar a Taylor y Adam.

—Benedict no tiene ni idea de ninguno de los dos. En lo que a él respecta, Celine es la única a la que tiene que apuntar.

—¿Y estás dispuesto a correr ese riesgo?

—Mejor pregunta: ¿lo está él?

—Es un hombre desesperado, Ilarion —señala Mila—. Dejaste muy clara tu postura: *toca a Celine y muere*. Pero ¿qué pasa si su vida ya no significa tanto para él? Está a dos pasos de perderlo todo. Podría considerar esa razón suficiente para llevársela.

—Celine ya no es la gatita tímida que era cuando me comprometí con ella. Puede defenderse.

—¿Se trata de Taylor? —pregunta con una exhalación cansada—. Con Celine fuera de escena…

—¡Suficiente! —gruño, mucho más enojado de lo que requiere la situación—. Eso es suficiente. Pon tu cara de fiesta. Tenemos un baile al que asistir.

Mila sabe que no debe interrogarme, aunque parece que preferiría saltar de un puente antes que ir a bailar en este momento. Aun así, conoce su lugar. Suspira profundamente y me sigue hacia el salón de baile.

El espacio está decorado al más puro estilo Celine, y todos están vestidos de punta en blanco. No me lleva mucho tiempo localizar a la hija mayor de Theron. Está parada en el centro de la habitación, justo en el centro debajo de una gran lámpara de araña que brilla con la luz de mil cristales de vidrio.

Ella realmente es una belleza, pero mis ojos buscan a alguien más. Alguien que probablemente esté acechando en las sombras, tratando de ocultar su propia belleza en la oscuridad.

Necesito dos escaneos alrededor de la habitación antes de verla cerca del balcón, con las manos cruzadas a la altura de la cintura, los ojos cargados de desinterés y… algo más. Algo que no puedo identificar.

Taylor lleva un hermoso vestido rosa rubor. Se parece a los pétalos de flor de cerezo que pasan por la ventana de mi habitación. Sin embargo, a diferencia de Celine, no parece ni remotamente cómoda con sus mejores galas. Al igual que Mila, parece preferir estar en cualquier otro lugar menos aquí.

Con cualquier otra persona menos conmigo.

Y, sin embargo, siendo el bastardo cruel y egoísta que soy, voy hacia ella. He estado privado de

su compañía durante bastante tiempo. Pasé los últimos días intentando furiosamente no pensar en el beso que le robé. Pero ahora que volví, no pensar en eso es imposible. Cuanto más me acerco, más intensamente puedo sentir su recuerdo sellado en mis labios.

Ella no me siente hasta que estoy justo detrás suyo. Incluso entonces, su mirada está fija directamente en el balcón, justo más allá de las puertas de seis metros que abrazan el lado izquierdo del salón de baile.

—Taylor.

Se da vuelta sobresaltada, pero, cuando me ve, sus ojos se agrandan con horror y se aleja. —No.

No esperaba exactamente que ella saltara a mis brazos después de lo que hice en el jardín antes de irme. Pero el miedo en sus ojos es extraño y totalmente injustificado.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—No —dice de nuevo. Se aleja más de mí—. Celine podría ver —luego se da vuelta y camina en la dirección opuesta.

La dejo ir de mala gana. Mi mente da vueltas. *Celine podría ver*. Normalmente diría: *¿A quién diablos le importa?*

Pero algo ha cambiado claramente. No es difícil adivinar qué.

Solo hay una razón por la que lo que vea Celine podría ser un problema.

Ella sabe.

Vuelvo a escanear la multitud, tratando de localizarla. Cuando al fin la encuentro, su mirada está firmemente fijada en mí. Parece que lo ha estado por un tiempo.

Está de pie junto a Archie, que parece muy miserable a pesar de la encantadora sonrisa plasmada en su rostro. Se vuelve hacia él y le susurra algo al oído. Luego, me hace un gesto para que la siga. Mordiéndome la lengua, la sigo hasta una de las salas privadas contiguas al salón de baile.

—Cierra la puerta detrás de ti —dice Celine en un tono que no le había oído antes.

Cierro el pestillo y camino hacia ella. Debería sentirme culpable, pero lo único que puedo sentir es alivio. Por fin está todo descubierto. Estuvimos esperando tanto tiempo este momento. Pensé que vendría con truenos y relámpagos, fuego y azufre. En cambio, va acompañado del tintineo de copas de champán y las risas apagadas de los donantes.

Estoy a un paso de distancia cuando su mano vuela hacia mi cara.

Fácilmente podría evitar la bofetada, pero elijo no hacerlo. Ella merece mucho más. Dejar que me pegue es lo mínimo que puedo hacer.

Su palma se conecta con el costado de mi cara. El calor florece. Sigue el dolor. Lo tomo todo en silencio sepulcral.

Deja caer la mano a su costado, la abre y la cierra. Su boca es una máscara vibrante de furia y tristeza.

—Supongo que me lo merezco.

La vena de su frente se contrae. Su boca es un corte apretado. —Mi hermana —dice con voz áspera—. De todas las mujeres del mundo, tú te follaste a mi hermana. Tú… *elegiste* follarte a mi hermana —Celine tiembla. No solo su mandíbula ahora, sino todo su cuerpo—. *Ella* es la razón por la que nunca tuve una oportunidad.

Mejor podríamos ser francos. Ya terminé de andar con rodeos. —Sí.

Espera que diga algo más, pero, cuando me quedo en silencio, frunce el ceño. —¿Eso es todo? —pregunta—. ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Alguna vez tuve una oportunidad? —su voz tiembla ante las palabras. Es fácil ver lo que le cuesta. *Cuánto* le cuesta.

—La conocí antes de conocerte. Y no sabía quién era ella ni quién eras tú para ella. Fue una coincidencia cruel, pero es lo que pasó.

Deja escapar una risa oscura que es medio sollozo. —Podrías simplemente mentirme, ¿sabes?

—No soy tan cruel.

Su labio tiembla. —Claro. Pero, ¿por qué no? Estás acostumbrado a ser cruel con todos los demás. ¿Por qué no hacerlo conmigo y solo… mentir?

—Al contrario de lo que puedas estar pensando ahora, en realidad me importas —me paso una mano por la cara. Mi piel todavía hormiguea por la bofetada de Celine—. Sí te amo. Simplemente no estoy… *enamorado* de ti.

Cierra los ojos. Una sola lágrima brota de la punta de su pestaña. —¿Estás enamorado de ella?

Suspiro de nuevo. —Sí.

—Por eso te negaste a acostarte conmigo.

—Sí.

—Por eso nosotros… en realidad nunca nos casamos.

—Sí.

Ella asiente y abre los ojos. —Pasé tantas noches celosa de tu otra mujer. Si tan solo hubiera sabido que era mi propia hermana la que me mantenía despierta.

—No merece tu odio. O tu ira. Ella hizo todo lo posible para protegerte —dejo escapar una risa breve—. Joder, ella luchó con uñas y dientes para protegerte.

—No lo hagas —gruñe Celine—. No tienes derecho a decirme qué sentir por Taylor —sus ojos brillan con más lágrimas que se niega a dejar caer. Doy un paso hacia ella y extiendo la mano, pero se aleja de mí—. No es justo. No es justo que tú tengas una familia y yo no tenga nada.

—Puedes tenerlo todo, Celine —le digo—. Solo tienes que tomar una decisión.

—¿Qué demonios significa eso?

La miro fijamente a los ojos cuando hablo, solo porque realmente quiero que me escuche. —Ashton no esperará para siempre. Tampoco es justo pedírselo.

Ella empieza a preguntar cómo lo sé, luego lo piensa mejor y se queda en silencio. Se traga la pregunta y respira lentamente. Nos quedamos ahí un rato. Dos barcos en la noche.

—Ilarion… —dice por fin—. Gracias.

Luego, se marcha.

La miro irse, sintiéndome más libre que en años.

TAYLOR

Santo infierno, ¿este vestido siempre fue tan ajustado? ¿O se me encogió en las últimas horas?

Acabo de decidirme por la segunda respuesta cuando me golpea una ráfaga de aire cálido desde las puertas del balcón. Me giro a tiempo para ver a Ilarion cerrar la puerta de una habitación lateral detrás suyo y venir directamente hacia mí.

—No puedes estar aquí —protesto, presionando mi espalda contra la barandilla del balcón. Estamos muy arriba. Demasiado alto para esta conversación, para esta situación. Ya estoy mareada—. Por favor, te lo ruego, déjame en paz.

Por supuesto, me ignora. —Te ves hermosa, *tigrionok.*

No me permito detenerme en el cumplido. No importa cuantas mariposas despierte en mí. —Vale. Si no te vas, yo lo haré.

Intento rodearlo y retroceder hacia el interior, pero me agarra del brazo antes de que pueda llegar lejos. Me atrae hacia él, convirtiendo mi espacio seguro en calor corporal firme, el maremoto de su colonia y un océano de nervios.

—Hablé con Celine.

—No importa. Suéltame.

—Se va —lo piensa y lo reformula—. Me va a dejar, al menos. Por Ashton.

Un escalofrío recorre mi espalda. —Aun así, no importa. Estoy tratando de hacer lo correcto.

—¿Negar tus sentimientos por mí?

—¡Sí! —siseo—. ¡Mis sentimientos por ti están *mal*!

Parece dudar. —No lo dices en serio.

En el fondo, realmente no. —*Tengo* que decirlo en serio, Ilarion.

—¿Porque Celine todavía vive conmigo?

—Porque yo… yo… —*joder*, no puedo pensar en nada. Todavía estoy aturdida por la idea de que esta pesadilla que he pasado cinco años temiendo finalmente podría terminar conmigo. Lo miro entrecerrando los ojos—. ¿Realmente te está dejando por Ashton?

Ilarion suspira. —Más bien, deja de lado esperanzas inútiles y persigue algo real. Algo que nunca podría darle.

—Ni siquiera lo intentaste —no sé por qué soy tan masoquista, pero las palabras siguen fluyendo como vómito verbal—. Ni siquiera intentaste que funcionara.

—No podía obligarme a sentir algo que no sentía. Y no es justo mentirle. Engañarla por algo que nunca tendrá.

Saco mi brazo de debajo del suyo y me alejo de él. Sé que no me dejará irme hasta haber dado su opinión, así que no me molesto en intentarlo. En cambio, camino hacia el borde del balcón, buscando una salida. O quizá un camino hacia abajo. Ojalá fuera Rapunzel en una de las torres de Adam y pudiera tirar mi cabello por el borde como una cuerda para hacer rappel.

—Cee parece pensar que eres un buen hombre —murmuro en la noche.

—Por lo general, depende de a quién le preguntes.

Hace frío aquí afuera, y mi vestido ralo no me cubre como necesito en este momento. Claro, está el calor de su presencia. Esa es otra bestia completamente diferente.

Y necesito mantenerme lejos de eso.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Todavía procesando. Pero sobre todo… aliviada.

Siento como si mis ojos estuvieran a punto de salirse de sus órbitas. —¿Dijo eso?

—No tuvo que hacerlo. Lo vi escrito en toda su cara.

—Ah. Así que simplemente estás viendo lo que quieres ver.

Ahora sonríe genuinamente y me gira para seguir su mirada hacia el salón de baile. A través del marco de la ventana, veo…

Santa mierda.

Cee está envuelta en los brazos de Ashton y, por primera vez en… su vida, de hecho… se ve realmente feliz.

La sensación de hundimiento en mis entrañas no se debe a lo que estoy viendo. Es por darme cuenta: *casi le quito eso.*

Sacudo la cabeza y golpeo el pie para protegerme del frío, del miedo y, lo peor de todo, de la esperanza. —No importa —anuncio con un suspiro—. Lo sabe ahora. Y eso significa que tengo que averiguar…

—Basta, maldita sea —gruñe—. No hay nada que "averiguar". Permanecerá en su habitación hasta que ella y Ashton avancen. Adam mantiene su habitación. Tú te mudas a la mía.

Arrugo la frente. —Pero ella es una Zakharov. No entiendo cómo…

—Cambio de nombre legal —lo dice de manera tan simple, como si fuera algo totalmente

normal—. Ayudó a mantener el engaño.

—El matrimonio falso.

Él se encoge de hombros. —Funcionó contigo, ¿no? Y los Bellasio no son tan entrometidos como tú.

—Ilarion.

—Te lo dije, Taylor: ella es familia. Por nombre, por amistad y… bueno, por ti, técnicamente. Y Adam.

Él me gana allí. Me quedo en silencio y trato de entender todo lo que se mueve tan, tan rápidamente.

Tantas mentiras. Nobles, bien intencionadas, esperanzadas. Al final no importa. Una mentira sigue siendo una mentira, no importa lo bellamente disfrazada que esté.

Es irónico… sentí una versión de eso a lo largo de los años, cuando me enteré de la doble vida de Papá. Y, de alguna manera, a pesar de lo mucho que me molestaba, me permití caer en el mismo agujero negro.

Le hice a Celine lo que Papá le hizo a su familia.

Lo que me hizo a mí.

—Celine no me ama —susurra Ilarion. Sus manos descansan suavemente sobre mi cintura. El calor de sus palmas quema la tela—. Pero tú sí.

Ya estoy al borde del balcón; no hay ningún otro lugar al que pueda ir. Agarro el borde de la piedra en bruto y rezo para tener la fuerza para resistir cualquier huracán que llueva sobre mí con esos ojos. Esas manos.

Muerdo el interior de mi mejilla hasta sentir el sabor de la sangre. —No puedes decir eso.

—Por supuesto que puedo. Es cierto.

—Si no estuviera enamorada de ti, no habría roto la bola de nieve —espeto sin pensar en mis palabras.

Joder. Me regaño en el instante en que veo que Ilarion levanta las cejas. —Ah. Eso explica los cristales rotos.

—También la llevaste a ella a la cabaña —acuso—. Así es como lo supo.

—Sí, lo hice. Una vez, antes de que supiera que ustedes eran parientes. Antes de la fiesta en el jardín. Antes de que todo esto llegara a un punto crítico. Si te hace sentir mejor, dormimos en habitaciones separadas.

—Eso no es lo que pregunté.

—¿No lo es?

Vale, quizá sí. Pero a quién le importa, ¿verdad? ¿Qué diferencia hace? ¿Qué esperanza queda?

—Todos estos años —susurro, permitiendo que mi mirada se levante hacia la suya. Él está más cerca ahora. Si me muevo, aunque sea una fracción de centímetro, lo estaré tocando—. ¿No hubo nadie más?

Él asiente una vez, lentamente. Sus ojos se clavan en los míos como si parpadear fuera a hacerme desaparecer. —Nunca hubo nadie más.

—¿Por qué permanecer fiel a mí? —pregunto—. No tenías ningún motivo.

Sus dedos rozan mi brazo. —Tenía *todos* los motivos —corrige suavemente—. Sé que nunca te dije que te amo. Pero ¿por qué decirlo cuando podría mostrarlo?

Esas palabras…

Esas palabras son el huracán.

Me agarra un lado de la cara y esta vez no hago nada para detenerlo. Suelto la pelea a la que me estaba aferrando. Dejo de lado todos los obstáculos que creé en mi mente.

Lo dejé ir porque pensé que era lo correcto.

Pero al final, nunca podría realmente dejar ir lo que es mío por derecho.

—Lo siento, Ilarion.

Él sacude la cabeza y sus brumosos ojos azules se arremolinan. —No me lo digas —dice, con una sonrisa burlona jugando en sus labios—. Muéstramelo.

Están casi sobre los míos. Puedo sentir el calor de su aliento. Pero, un segundo antes de que haga contacto, escucho un grito.

Nos separamos. El cuerpo de Ilarion se endereza con alerta.

—Quédate aquí.

Por supuesto, no escucho. Lo sigo mientras regresa al salón de baile. Hay una multitud de personas agrupadas en el centro, entre las que tenemos que abrirnos paso.

—¡Celine! —llama Ilarion—. ¡Dima! ¡Mila!

—¡Ilarion! —la voz de Dima llama desde el centro de la multitud.

Los invitados se separan y veo a Celine de rodillas. Mila está de pie junto a ella, con el rostro pálido y furioso.

—¿Qué pasó? —demanda Ilarion mientras avanza hacia Celine.

Me quedo ahí, desesperada por ir con mi hermana, sabiendo que probablemente no me quiere cerca suyo. Pero luego levanta la vista y hace contacto visual conmigo.

—Es P-papá —tartamudea—. Estábamos hablando cuando dos hombres enmascarados irrumpieron. Nos agarraron a los dos, pero Papá se defendió para tratar de protegerme. Lo dejaron inconsciente y… y…

Empieza a sollozar y Mila toma el relevo. —Escuchamos la conmoción y entramos en la

habitación, pero ya se estaban yendo con Archie. También se habrían llevado a Celine si no hubiéramos llegado cuando llegamos.

—*Blyat'* —gruñe Ilarion.

Me arrodillo frente a Celine. Sus ojos están llenos de terror cuando agarra mis brazos y aprieta. —Lo van a matar, Taylor —jadea—. Lo perderemos.

—No —digo con firmeza—. No, no lo perderemos. Ilarion lo recuperará.

Miro a Ilarion, pero él no me mira a los ojos. Se vuelve hacia Dima y Mila, ambos llenos de energía reprimida.

—¿Qué significa esto? —le pregunta Mila a su hermano.

Ilarion arde. —Significa que Benedict rechazó mi tregua.

ILARION

El grupo se dispersa de inmediato. Termino en un coche con Celine y Taylor mientras corremos de regreso a la Casa Zakharov.

Celine está sentada en el extremo izquierdo, con la mirada hacia la ventana tintada. Taylor está a la derecha, tirándose de las uñas hasta que la manicura comienza a despegarse y a acumularse en su vestido. El silencio parece ridículo, sobre todo porque hay tanto para decir.

—Déjame en el ático —dice Celine de golpe—. Pasaré la noche en la ciudad.

—No, no lo harás. Acabo de sacar a Benedict de su agujero. No se sabe qué podría hacer.

—Él tiene a mi *papá* —sisea.

—Y también quiere a ti. Lo habría logrado también si no hubieras tenido mucha puta suerte.

Se estremece como si la hubiera reprendido. —El ático —repite.

—No es seguro.

—No me importa. Necesito espacio.

Taylor se estremece. Hay líneas en su frente que nunca antes había visto. —Cee —interviene suavemente, como si no estuviera segura de tener derecho a decir su nombre—. ¿Podemos hablar?

Celine suspira. —Ya terminé de hablar por una noche —nos mira a los dos—. En cualquier caso, este no es el momento de hablar. Papá ha desaparecido, Tay.

—Tal vez es exactamente por eso que deberíamos hablar.

Asiento. —A tu padre le gustaría que ustedes hicieran las paces. Son familia.

—¿Familia? —repite Celine con incredulidad antes de volverse hacia Taylor—. La familia no se miente entre sí.

—Eso en realidad depende de la familia —murmuro.

Me mira. —Ahora no es momento de tener sentido del humor, Ilarion —aprieta la mandíbula con fuerza—. Aunque estoy segura de que ustedes dos debieron haberse reído mucho a mi costa.

Me pellizco el puente de la nariz. —Déjate de dramatismo. Cada decisión tomada, buena o mala, fue por ti. Así como cada decisión a seguir es para ayudarte. Me aseguraré de que tengas todas las comodidades. Quieres casas, autos, dinero… tenlo todo.

—No necesito que me hagas ningún favor, Ilarion. No soy un puto caso de caridad.

—Por el amor de Dios, mujer —espeto—, solo toma el puto regalo. Estoy tratando de ayudarte.

—¿Pero lo estás haciendo realmente? —pregunta—. ¿O es tu manera de intentar comprar mi aprobación para poder estar libre con mi hermana?

Taylor se estremece como si Celine acabara de golpearla. —Cee, no tengo ninguna intención de hacerte la vida más difícil de lo que ya es. No tengo que quedarme. Solo… me iré.

Me enfado ante eso. Incluso ahora, incluso ahora que todo está descubierto… *putamierda*.

Las fosas nasales de Celine se dilatan de ira. —Entonces, ¿cuál sería el jodido punto, Taylor? —resopla—. ¿Cuál es el puto final de todo este drama?

—Celine, ¿cómo puedo…?

—Basta —espeta con frialdad—. No necesito tu lástima. No la quiero. ¿Lo amas?

Estoy a punto de intervenir y acabar con estas tonterías cuando hace la pregunta. Hace que me detenga y espere, porque realmente quiero saber la respuesta. Más bien, necesito oírla.

Taylor palidece. —Yo… yo no…

Celine vuelve hacia mí su mirada gélida. —¿Amas a mi hermana?

Asiento. —Sí.

Celine asiente y se vuelve hacia Taylor. —Preguntaré de nuevo. ¿Lo amas?

—También te amo *a ti* —protesta suavemente.

—Eso no es lo que estoy preguntando.

—Nunca tuvo que elegir, Celine —digo en voz baja—. Y te eligió de todos modos.

Celine cierra los ojos y deja caer la cara entre las manos. Una lágrima se desliza por la mejilla de Taylor mientras ambas hermanas se retiran a su silencio.

Entonces, de la nada, Celine golpea el asiento con las manos. —Entonces, eligió mal —se vuelve hacia Taylor—. Mírame. Deja de mirar hacia otro lado, joder… *¡mírame!* Es hora de dejar de intentar salvarme. Deja de tratarme como a una muñeca de porcelana. Vive tu maldita vida. Ama a quien te dé la gana.

El auto se detiene. Los tres miramos hacia afuera y nos damos cuenta de que estamos de regreso en la Casa Zakharov. Celine respira hondo, se recoge la falda y salta del coche.

Taylor finalmente me mira en el silencio sordo del vehículo. No tengo idea de lo que se esconde detrás de esos ojos petrificados y llorosos. Niega con la cabeza una vez y luego sale del auto. La sigo de cerca.

Celine ya ha desaparecido dentro de la casa.

Solo está Taylor, enmarcada por la luz de la luna.

TAYLOR

—Quiero al abuelo —Adam hace pucheros.

Siento el pecho como si alguien se hubiera sentado sobre él toda la noche. —Lo sé, cariño, pero te dije que el abuelo se fue unos días. Tenía un trabajo importante que hacer.

—¿Qué trabajo importante? —pregunta Adam, mirándome con recelo—. No te creo — frunciendo el ceño, se da vuelta y corre hacia el jardín.

—¡Adam! —llamo—. ¡Adam! ¡No vayas demasiado lejos, cariño!

No me escucha. Parece querer poner el mayor espacio posible entre nosotros. No es el único en esta casa.

No es que pueda culparlos.

Suspirando, camino con dificultad tras mi hijo hasta la valla a lo largo del límite sur. Pero, cuando finalmente lo alcanzo, me doy cuenta de que está hablando con alguien.

Doblo la esquina y me detengo en seco. Celine está sentada sobre una manta a la sombra de un sauce. Lleva pantalones cortos de lino azules y una blusa de algodón, y está descalza y con la cara descubierta. Atrás quedaron las joyas y los vestidos con los que me había acostumbrado a verla. Incluso su cabello es simple y suelto sobre sus hombros.

Es como retroceder el reloj diez años.

Sé que me ve, pero no me saluda. En cambio, toma una manzana de su canasta y se la entrega a Adam. —Hay más de donde vino eso —dice, dándole un pequeño guiño.

—Gracias, tía Cee —dice Adam, agarra la manzana y la muerde antes de darse vuelta.

—Quédate donde pueda verte, ¿vale? —llama Celine.

Probablemente debería dejarla en su soledad, pero siento que cuanto más espacio le doy, más espacio le dejo para que nuestra relación se fracture aún más.

—Celine —mueve la cabeza en mi dirección general, pero no hace contacto visual. Me imagino que eso es lo mejor que puede llegar a lograr—. Quiero que sepas que empecé a buscar lugares. Espero mudarme antes del fin de semana.

Eso parece llamar su atención. Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido y su frente forma profundos surcos. —¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué qué?

—¿Por qué dejarías esta casa? Es más tuya que mía.

—No, no lo es —digo rotundamente—. Esta ha sido tu casa durante años.

—Ha sido más que nada un santuario —dice con un suspiro. Sus defensas están bajando gradualmente, ladrillo a ladrillo. Una vez más, es todo lo que puedo y debo esperar—. Un lugar a salvo de Benedict y sus matones. Pero ahora prefiero arriesgarme.

—Cee…

Levanta una mano para hacerme callar. —No busco simpatía ni disculpas. Me quedé más tiempo del que debía. Fue necesario el día de ayer para que lo viera. Hablo en serio acerca de irme, Tay. Hablo en serio acerca de terminar cualquier relación que el mundo pensó que teníamos Ilarion y yo.

—No te estoy pidiendo reconsiderarlo. Solo digo que yo también tengo que irme.

—¿Por qué harías eso? —pregunta con un ceño escéptico—. ¿Si tú lo amas y él te ama?

—Porque tú sientes algo por él. Y… y tú tenías derecho a reclamarlo primero.

Su ceño se disipa por un momento. Luego, exhala profundamente. —Tay, no hagas esto. No hagas eso que haces…

—¿Qué?

—Tu lógica circular. Cada vez que estás atrapada frente a una realidad que no quieres enfrentar, empiezas a sonar como un disco rayado. Y sigues girando y girando, sin importar lo mal que suene.

—Pero él es tu…

—¿No has estado prestando atención? —interrumpe Celine con una risa incrédula—. *Nunca estuvimos casados*. Es más como un hermano para mí que cualquier otra cosa. Somos amigos y cercanos, pero él me ha estado dando el mismo tipo de amor que me daría si te casaras *tú* con él.

Siento que mi corazón de repente golpea dentro de mi caja torácica con solo escuchar esas palabras. No importa lo que haya pasado, entonces o ahora, nunca consideré la idea de casarme con Ilarion. En mi pánico, lo desvío con una risa nerviosa. —Ahí vas de nuevo. Siendo altruista.

Hace caso omiso del cumplido. No hay ni rastro de sonrisa en su rostro. —No estoy siendo nada. Solo estoy diciendo lo obvio. Fui estúpida por no haberlo visto antes. Me parece tan transparente ahora. Y, para que sepas, en realidad no siento nada por Ilarion. La poca emoción que sentía por él murió en el momento en que me di cuenta de que estaba enamorado de ti. Lo cual, para ser honesta, es una gran señal de alerta en sí misma. El verdadero amor no se apaga tan rápido.

No puedo respirar. No puedo respirar y estoy bastante segura de que también estoy perdiendo la audición. Sus palabras empiezan a amortiguarse en medio de los golpes en mis oídos.

—No quiero perderte, Cee.

Me mira a los ojos por un segundo. —Así que eso es todo, ¿verdad? —pregunta—. ¿Te preocupa que, si huyes hacia el atardecer con Ilarion, arriesgues nuestra relación?

—Bueno… sí.

Cee me sonríe como si fuera una niña adorable a la que pillaron haciendo una tontería. —Tay. En serio. Se supone que Ilarion y tú *deben* estar juntos. Y Adam necesita a su padre tanto como tú. ¿Qué clase de hermana sería si te hiciera elegir entre tu familia y yo? No, nunca lo haría —sus muros están completamente caídos ahora. Sonríe tristemente—. Estás realmente bendecida, Taylor. No lo arruines.

—Pero, ¿qué hay de ti?

—Esa es mi preocupación ahora —se encoge de hombros con facilidad—. No tuya. En realidad, nunca fue de tu incumbencia.

Reprimo mis lágrimas. —¿Puedes perdonarme? —me aterroriza su respuesta porque, sinceramente, ya no tengo nada que perder.

Saca una manzana de su caja de picnic y me la entrega antes de ponerse de pie. —Dale eso a Adam —me dice—. Querré verlo de vez en cuando.

No es exactamente una respuesta, pero es algo.

—Pronto me iré al ático. Probablemente trasladaré mis cosas allí en unos días —se gira para verme por encima del hombro—. No hay ninguna razón para que tú también te vayas. Deja que Adam disfrute de su nuevo hogar. Él merece ser feliz. Todos lo merecemos.

ILARION

—¿Es Dima? —pregunta Mila en el momento en que me ve contestar la llamada—. Ponlo en el altavoz.

La fulmino con la mirada y transfiero la llamada al altavoz. Luego, le hago un gesto para que me siga al estudio. —Sigue, Dima —le digo mientras Mila cierra la puerta detrás de nosotros.

—Benedict nos dejó un pequeño obsequio justo afuera del almacén de Southside. Estaba dirigido a ti y envuelto como un regalo. Al cabrón le encanta el dramatismo.

—Siempre le encantó. ¿Abriste la caja?

—Acabo de terminar de realizar comprobaciones. Parece que no hay nada venenoso o inflamable. ¿Quieres que te lo lleve o debería hacer los honores?

—Cambia a FaceTime —ladra Mila—. Y solo abre la puta cosa.

—¿Ilarion? —pregunta Dima. Mila pone los ojos en blanco.

—Haz lo que dice Mila.

En el momento en que aparece la videollamada, presiono el botón verde y aparece la cara de Dima en la pantalla. Gira la cámara y estoy mirando una pequeña caja blanca con adornos verdes.

Dima tira del lazo verde y se abre. Levanta la tapa de la caja y la deja caer casi de inmediato. Pasa un momento antes de que la cámara enfoque lo que hay dentro.

—Joder… ¿Eso es un dedo? —susurra Mila.

La cámara gira hacia el rostro de Dima. Luce pálido, pero por lo demás tranquilo. —Estoy bastante seguro de que es el dedo de Archie —no me pierdo la simpatía en su voz.

—Entiérralo —digo sin perder el ritmo—. Y nadie debe decirle una palabra de esto a Celine o Taylor. *Especialmente,* no delante de Adam. ¿Está claro?

—Va a descuartizar al viejo, Ilarion —presiona Dima con urgencia—. Quizás deberían estar preparados antes de que suceda.

—Eso no va a suceder —espeto—. Porque llegaremos a él antes. Termina allí pronto. Tengo

algunas pistas que necesito que sigas por mí.

—Me uniré a él —dice Mila cuando cuelgo—. Dame las ubicaciones y me reuniré con Dima en la ciudad y podremos ocuparnos desde allí. También me llevaré a Mikhail y a Franz.

—Franz tiene otras tareas esta noche —digo—. Está con Celine en el ático.

Las cejas de Mila se arquean con sorpresa. —¿Se mudó?

—No oficialmente. Pero muy pronto.

—Espero que no te importe que te lo diga, pero… —me empuja con el brazo—. Pareces aliviado.

—Siento que he estado conteniendo la respiración durante los últimos cinco años. —suspiro—. Me preocupo por Celine y todavía quiero que esté a salvo. Pero ahora tal vez ella también pueda ser feliz. Quizás ambos podamos.

—¿La felicidad está en tu futuro, hermano? —pregunta Mila con una ceja levantada.

Entrecierro los ojos hacia ella. —¿No deberías estar reuniéndote con Dima?

—Voy, voy —murmura—. Será mejor que descanses un poco. Has estado en movimiento durante los últimos tres días y, sin ofender ni nada, pero empieza a notarse.

Le frunzo el ceño mientras se va con una sonrisa de despedida. Una vez que tengo el estudio para mí solo, me dejo caer en mi silla con un suspiro de cansancio. Me duele todo el cuerpo. Cuando todo esto esté dicho y hecho, necesitaré un buen quiropráctico. Tengo nudos que empiezan a calcificarse.

Mis ojos se vuelven pesados y los dejo cerrar por unos momentos.

Justo hasta que escucho el crujido de la puerta y se abre de nuevo.

Me encuentro con un grito ahogado de sorpresa, que instantáneamente se siente como aloe vero sobre una quemadura solar. —L-lo siento —susurra Taylor—. No me di cuenta de que estabas durmiendo aquí.

—No lo estaba —pero, cuando miro por la ventana, me doy cuenta de que está completamente oscuro. Tal vez estaba dormido después de todo—. ¿Está todo bien?

—Celine se fue hace unas horas.

—Lo sé.

Parece a punto de llorar. Pero eso no le quita belleza. Esos suaves ojos verdes suyos están en conflicto, divididos entre lo que quiere y lo que desearía querer en su lugar.

Su sedoso cabello rubio cae sobre sus hombros desnudos. Me imagino besando el camino desde esos hombros hasta el valle entre sus pechos. Pero mantengo mi mirada firmemente fija en su rostro.

—Ilarion —hay una nueva cadencia en la forma en que dice mi nombre—. ¿Sabes algo más sobre Archie? Adam sigue preguntando por él y ya no tengo idea de qué decir.

Tiene hipo cuando termina de hablar y una lágrima rueda por su mejilla. Ella la limpia rápidamente.

—Estoy haciendo todo lo posible para encontrarlo —le aseguro, rodeando la mesa para que no haya nada entre nosotros más que un pie de espacio vacío—. Tengo a Dima y Mila ahí afuera ahora mismo, persiguiendo pistas.

—¿Pistas? —repite—. ¿Eso es todo lo que tienes?

Ignoro el ataque porque lo entiendo. *Mierda*, tener una familia me está ablandando. Y no me quejo precisamente. —Ha sido suficiente antes. Confía en que volverá a ser suficiente —traga, pero parece más una bocanada—. Taylor, escúchame: haré todo lo que esté en mi poder para recuperar a tu padre sano y salvo.

—¿De verdad lo harás?

—¿Por qué no lo haría?

—Lo obvio: te traicionó con tu peor enemigo. Si fuera cualquier otra persona, lo habrías matado hace mucho tiempo.

—Todo es cierto —concuerdo, sin pelos en la lengua—. Pero él no es cualquier otra persona. Él es Archie Theron. Es el abuelo de mi hijo. Es el padre de la mujer que amo. Esa eres tú, en caso de que te lo preguntes. Siempre has sido tú.

Ella tiembla en el espacio intermedio por un momento que dura vidas.

Luego, se arroja a mis brazos y presiona sus labios contra los míos, recibiendo el beso como si lo hubiera esperado una eternidad.

Dios sabe que yo sí. Buen *Dios*, he esperado tanto por esto. Mi boca se abre contra la suya y deslizo mi lengua entre sus labios azucarados, necesitando saborearla más. Más, más, *más*. Soy un hombre hambriento que por fin puede darse un festín.

Pero, a pesar de eso, me obligo a pensar en las consecuencias. Me obligo a pensar en cómo se sentirá mañana. Así que reúno hasta el último gramo de fuerza que tengo y retrocedo lo suficiente para permitirnos a ambos recuperar el aliento.

—¿Estás segura? —le gruño en la cara, sabiendo que incluso si dice que no, es posible que no esté preparado para aceptarlo.

Ella es mía y quemaré el mundo antes de perderla otra vez.

Asiente. —Ya terminé de luchar contra esto. Te amo, Ilarion. Eres lo único, el único hombre que jamás he querido.

Y justo así, nuestro destino está sellado.

TAYLOR

Sus manos se deslizan por mi espalda y, un segundo después, oigo cómo se rasga la tela de mi blusa de algodón. Jadeando, me alejo, pero ya lo ha tirado al suelo junto a nuestros pies.

Sus ojos penetran los míos. Se siente como un desafío. Está esperando que lo detenga. Me reta a hacerlo. Pero esta vez no voy a dar marcha atrás. He pasado gran parte de mi vida evitando las cosas que más anhelo.

De alguna manera, sin darme cuenta, me convertí en mi padre.

Sin apartar la mirada, me desabrocha los pantalones cortos y me los baja por las piernas. No rompe ese intenso contacto visual, ni siquiera para mirar mi cuerpo. Me siento aliviada por eso. Si mira hacia abajo ahora, verá que tengo la piel de gallina y estrías. No es que importe. Probablemente pueda sentirlas de todos modos.

—He esperado mucho tiempo por esto —dice con voz áspera.

—Yo también —apenas puedo formar las palabras. Apenas puedo respirar.

Una ceja se arquea lentamente hacia arriba. —¿Sí?

Asiento.

—Demuéstralo.

Levanta la mano y me doy cuenta de que mi sujetador cuelga de su dedo índice. *¿Cuándo me lo quitó?* Lo suelta y se une a la creciente pila de ropa en el suelo. Se inclina hacia mis caderas y desliza mis bragas alrededor de mis piernas, desnudándome completamente ante él.

Coloco mis manos sobre su pecho. *Dios mío*, se siente increíble. Tan fuerte, tan sólido, tan *seguro*. Mis dedos se mueven sin pensar, desabrochando cada botón sólo para poder tocar otro centímetro de su cálida piel.

Observa cada uno de mis movimientos como si fuera a desaparecer. Puedo sentirlo conteniendo la respiración, como si exhalar me fuera a arrastrar por el viento.

—No iré a ninguna parte, Ilarion —susurro. Logro esbozar una pequeña y tímida sonrisa—. He aprendido la lección.

—¿Y qué lección es esa? —pregunta mientras deslizo su camisa sobre sus enormes brazos.

Me arrodillo frente a él para abrir la hebilla de sus pantalones. Puedo ver el deseo furioso en su rostro mientras me mira.

No puedo evitarlo. Ser muy tentadora cuando me siento tan libre como lo estamos ahora.

—¿Te gusta verme así? —respiro, abanicando las palabras sobre su piel justo encima del botón superior—. ¿De rodillas frente a ti?

Su respiración se entrecorta de nuevo. La comisura de su boca se levanta. —Definitivamente, no es algo que pensé que volvería a ver.

Bajo su cremallera y sus pantalones, enganchando mis pulgares dentro de los calzoncillos para quitárselos. Su polla endurecida casi me abofetea. Estoy descubriendo cuánto amo el calor de él contra cada centímetro de mí, sin importar dónde toque.

Había olvidado lo grande que es. Solo la vista de su polla hace que mi propio calor fluya entre mis piernas. El anhelo en mi núcleo está lleno de una anticipación que me he negado durante años. Lo mismo que el anhelo que puedo sentir recorriéndolo.

Incluso después de que está desnudo, me quedo donde estoy, de rodillas frente a él. Se siente bien, como si pudiera mostrarle cuánto lo deseo… y cuánto lo he extrañado… de la misma manera que le rogaría perdón por dejarlo alguna vez.

Una mano toma suavemente el peso de sus bolas en mi palma, mientras que mi otra mano envuelve su grueso eje. Voy lento; quiero saborear este momento. Quiero sacarlo. Quiero recordar cada detalle mientras lo experimento.

He vivido de recuerdos y fantasías prohibidas durante años.

Ahora es el momento de darles vida.

—¿De verdad no te acostaste con nadie durante todo este tiempo? —le pregunto mientras masajeo su polla, frotando su cabeza con mi pulgar cada vez que llego a la punta.

Se estremece bajo mi agarre y sus ojos se ponen en blanco por un momento antes de responder. —Me corrí en mi mano más veces de las que puedo contar —responde—. Pero, incluso entonces, te fui leal. Eres la única mujer en la que pensé.

Otra oleada de deseo rueda dentro de mí. —Probablemente hubo un momento —reflexiono—, en el que tú estabas pensando en mí y te corriste, y yo estaba pensando en ti y me corrí. Exactamente al mismo tiempo.

La forma en que su polla late en mi mano me dice exactamente cuánto ama ese pensamiento.

—Quizá —dice en un gruñido bajo, lleno de deseo—. Pero no es lo mismo. Nunca es lo mismo —sus manos acarician mi cabello, sus dedos se flexionan contra mi cuero cabelludo y envían escalofríos de placer por mi columna—. Correrme en mi mano nunca fue lo mismo que correrme dentro tuyo.

Llevo su polla a mis labios y paso mi lengua por su cabeza. Se estremece de nuevo. —Joder —suspira mientras sus dedos se aprietan en mi cabello.

—No tienes idea de cuántas fantasías tuve contigo a lo largo de los años —le digo—. Perdí la

cuenta. Sé que en realidad no hemos estado tanto juntos —le doy un beso cálido y lánguido a esa cabeza palpitante. De hecho, le tiemblan las rodillas—. Pero, en mi cabeza, hemos follado en cada posición, en un millón de lugares diferentes.

—Espero que las recuerdes todas —me dice—. Porque vamos a vivir todas las fantasías que hayas tenido.

La emoción se acumula en mis entrañas. Podría sufrir un espasmo en este mismo instante si me toca. Pero soy yo quien tiene cierta apariencia de control y no estoy preparada para liberarla todavía.

—Empezando por esta —digo antes de pasar mi lengua por su polla…

Y luego sumergirlo en mi boca cálida y húmeda con una succión profunda.

—*Joder* —gime de nuevo.

Ya no puedo sentirme cohibida. Ya he perdido demasiado tiempo. Así que no me importa si es perfecto o bonito… solo me importa su sabor, la forma en que palpita a lo largo de mi lengua.

Una vez que logramos un ritmo, lo acerco más profundamente hacia mi garganta. Ilarion empuña las manos en mi cabello y me mantiene en el lugar. Ahora es su turno de tomar el control. Mueve sus caderas para follarme la boca con su deliciosa polla. En un momento, empuja más profundamente de lo que anticipé, pero la sensación de su poder me hace gemir… hace que mi garganta se abra… y él se hunde más profundamente. Se mantiene ahí. Luego, lentamente, jadeando, se retira.

Vuelve a pasar sus manos por mi cabello, recogiéndolo entre sus dedos y haciéndome mirarlo. Lamo mis labios hinchados, hambrienta de más.

—Santo cielo —jadea—. ¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—Solo trato de estar a la altura de mis fantasías —le digo. Le hago un puchero sensual—. No he terminado.

Él niega con la cabeza. —Sigues así y me correré dentro de tu boca.

—Bien —paso mi lengua a lo largo de su eje—. Tengo hambre.

Sus ojos brillan de lujuria, pero sigue negando con la cabeza. —Un día —promete—. Pero hoy no —luego, me pone de pie, me agarra por las caderas y me levanta sobre su escritorio.

—¿Por qué no?

—Porque aún no he terminado contigo.

Sus ojos abandonan mi cara y aterrizan en mis pechos. Puedo sentir mis pezones apretarse bajo su mirada hambrienta. Inclina su cara hacia mi pezón y lo chupa con su boca. Jadeo y me arqueo hacia su boca. Cada cálido tirón, cada remolino y movimiento de su lengua, envía una oleada de placer directamente a mi clítoris.

—Joder —jadeo—. Ilarion…

Muerde mi pezón con sus labios. El dolor me hace agarrar sus hombros, pero él me calma en el

instante en que su lengua recorre mi pecho. —Mi nombre será el único en tus labios, desde ahora hasta el fin de los tiempos.

Él levanta su mirada hacia mí y yo asiento con la cabeza. —Sí.

Sonríe triunfalmente. —Dime, *tigrionok* —dice mientras desliza dos dedos dentro de mí—. ¿A quién perteneces?

Me muerdo el labio inferior mientras sus dedos exploran dentro de mí. Apenas puedo concentrarme en sus palabras, y mucho menos hablar.

Empuja más profundamente dentro de mí. —Dime.

—A ti —jadeo mientras mis ojos se abren, desesperada por liberarme.

—No puedo oírte.

—¡A ti! —grito. Mis caderas se retuercen sobre la mesa, desesperada por follarme con sus dedos si es necesario—. Te pertenezco.

—¿Huirás de mí otra vez?

—Nunca. Jamás.

—Bien —trabaja sus dedos más rápido dentro de mí. Frotando, extendiendo… *reclamando*—. Porque si lo haces, si alguna vez piensas en irte, te arrastraré de regreso a mi cama y te follaré hasta que no puedas sentir tus extremidades. Te follaré y te llenaré tan jodidamente profundamente dentro de cada agujero de tu cuerpo hasta que mi nombre quede grabado en tu alma.

Eso por sí solo es suficiente para hacerme chorrear en sus dedos. Pero logro contenerme, el tiempo suficiente para encontrar su mirada intensamente oscura.

—¿Lo prometes?

La oscuridad en él se suaviza con el deseo. Aparta sus dedos de mí y los lleva a sus labios. Observo mientras se chupa los dedos. —Como maldita miel —gime.

—Ilarion —susurro.

—¿Sí, mi reina?

Hablaremos de esa implicación más adelante. En este momento, quiero… *necesito*… que haga algo con esa picazón que solo él puede rascar.

—Por favor, por el amor de Dios… fóllame.

Me abre las piernas y se mueve entre ellas. No podría cerrarlas aunque quisiera; sé que sus dedos dejarán leves hematomas por la mañana. *Bien*. Quiero que me marque, que me selle, que me castigue por haber sido tan estúpida como para huir de él. De esto.

Su polla frota mi raja por un segundo antes de empalarme. No hay ninguna advertencia, pero lo único que siento es una oleada de placer que gotea alivio. No se detiene hasta que cada centímetro de él está enterrado hasta el fondo.

Me sostiene allí. Se mete tan profundo como puede. Los dedos de mis pies se curvan y ya estoy llorando con gratitud silenciosa y sollozante.

Luego, comienza a moverse.

Duro.

Profundo.

Oigo el gemido del escritorio; siento que caen cosas de su superficie. Pero Ilarion no se detiene y no me importa. Solo veo cómo sus músculos se flexionan mientras me saca el miedo y la culpa follándome.

Ilarion agarra el cabello de mi nuca y me obliga a mirarlo a los ojos. Me besa con avidez y sus caderas se desaceleran en embestidas más profundas y sólidas que me hacen sentirlo hasta mi garganta.

Sé lo que va a hacer.

Todo mi cuerpo le ruega que lo haga.

—Mírame —gruñe—. Mírame, *tigrionok*.

Me muerdo el labio tembloroso mientras hago exactamente eso. Él libera mi labio con su pulgar.

—Tú. Eres. *Mía* —cada palabra está marcada por un fuerte empujón. Mis pestañas revolotean; mis ojos siguen queriendo girar hacia atrás en mi cabeza. Pero no aceptará eso como respuesta. Él aprieta su agarre en mi cabello—. Repítemelo.

—Sí… —en el momento en que la palabra toca mi lengua, siento que la tensión acalorada dentro de mí se rompe. Estoy cayendo, me estoy haciendo añicos… estoy volando—. ¡Sí, sí, sí! —es todo lo que puedo decir. Es todo lo que mi mente puede evocar mientras broto, tengo espasmos y me sacudo en su polla.

Me besa con fuerza otra vez, abrazándome tan cerca suyo que se siente como si cada centímetro de mí estuviera envuelto alrededor de cada centímetro de él. Me aspira, me saborea, me bebe… y luego me inunda con su propia liberación.

No tengo más remedio que tragarme sus gruñidos, no tengo más remedio que sentir el calor abrasador extenderse por mi vientre.

Quiero cada gota fértil. Quiero cada suspiro.

Yo le pertenezco.

Y él me pertenece.

Solo nos separamos para recuperar el aliento y solo una vez que comienza a ablandarse dentro de mí. Pero él no se retira, no se aleja. Solo mete mis piernas alrededor de él, acariciando la parte trasera de mis muslos con las yemas de los dedos donde me sostiene.

Nuestras cejas descansan juntas. Y por fin recupero mi voz.

—No podía admitirlo hasta ahora —le digo en voz baja—. Pero fue así desde la primera noche

que nos conocimos. Tu nombre ya está grabado en mi alma, Ilarion Zakharov.

Él asiente y presiona otro beso en mis labios. —Justo donde pertenece.

ILARION

—¿Cómo le explicaremos esto a Adam? —pregunta, envolviéndose en mis sábanas.

Era inevitable que el sexo diera paso a la conversación. La follé tres veces diferentes anoche, hasta que ambos quedamos completamente secos. Pero, a medida que la luz del sol se filtra por las ventanas abiertas de mi habitación, finalmente es hora de enfrentar el mundo exterior con nuestra nueva realidad.

El suave cabello rubio cayendo en cascada sobre sus hombros desnudos pone mi polla dura otra vez. Casi puedo ver la parte superior de sus senos, pero sus piernas están en el medio. Las rodea con sus brazos, y aparece una arruga en su frente que no veía desde antes de ayer.

—Le decimos la verdad.

—¿La verdad? ¡Ilarion, apenas tiene seis años!

—Le decimos que la tía Cee sigue siendo su tía Cee. Que soy su padre y que tú y yo estamos juntos.

Suspira. —No lo entenderá.

—Sí, lo hará. Los niños sienten la verdad. Probablemente ya haya empezado a sospechar.

—Tendremos que darle terapia —gime, se deja caer sobre las almohadas y se tapa la cabeza con las sábanas.

Sonriendo, me inclino hacia adelante, agarro la parte superior de la sábana y la bajo para revelar su rostro. —Estás siendo dramática.

—Sí, lo estoy siendo. Únete a mí, ¿sí?

—Uno de los dos tiene que mantener la cabeza sensata.

Me mira, pero en el momento en que coloco mi mano en la parte interna de su muslo, la mirada se funde en una suave sonrisa. —No quiero levantarme de esta cama —murmura.

—Entonces no lo hagas.

—Ja, ja. Si pudiera —mira el despertador en la mesa de noche—. Adam se despertará pronto. Él vendrá a buscarme. Tengo que volver a mi habitación.

—Iremos juntos —me quito las mantas y me pongo de pie.

No protesta cuando voy por mi ropa. En cambio, se me adelanta. Agarra mis boxers y una de mis camisetas y se las pone.

Puto infierno. Casi tengo la intención de arrojarla de nuevo a la cama y sacar las dudas y preocupaciones de su mente.

—Te ves bien con mi ropa.

Se sonroja. —No necesitaría la tuya si no hubieras arrancado la mía.

—Tendré que convertir eso en un hábito.

Poniendo los ojos en blanco para cubrir un sonrojo más profundo, se dirige a la puerta y se asoma, girando la cabeza de un lado a otro. —¿Qué demonios estás haciendo? —me río.

—No quiero que nadie me vea salir de tu habitación.

—Taylor.

Me lanza una mirada que me recuerda a Celine. —Tenemos que ser sensibles a este cambio, Ilarion —insiste—. Por el bien de Adam, así como por el de Celine. Todo el mundo tiene que acostumbrarse a vernos juntos y no quiero metérselos por la garganta.

Su elección de palabras me hace recordar instantáneamente la noche anterior. A ella también, aparentemente, porque sus mejillas se ponen rojas y vuelve a esconder su rostro en el hueco de su brazo.

—Vale, creo que no hay moros en la costa —susurra Taylor cuando vuelve a asomarse—. Vamos.

Acabamos de salir al pasillo cuando Mila dobla la esquina. Ella y Taylor se detienen en seco cuando se ven. Taylor arrastra los pies tímidamente de un pie al otro, con los hombros caídos por la vergüenza, mientras el rostro de Mila se divide en una sonrisa devoradora de mierda.

—Vaya, vaya —dice alegremente—. Buenos días a los dos.

—Ay, Dios —gime Taylor.

—Excelente momento, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco. —¿Supongo que viniste a mi habitación por alguna razón? —pregunto, pasando por alto la incomodidad de Taylor.

La sonrisa desaparece de su rostro casi al instante. —Sí. Desafortunadamente.

Entiendo las noticias solo por su tono. Todo lo que quiero hacer es asegurarme de que Taylor esté fuera del alcance del oído. —Taylor, ¿por qué no vas a ver a Adam? Estaré contigo pronto.

Ella frunce el ceño y vuelve esos tiernos ojos esmeralda hacia mí. Suspira y asiente. Luego me sorprende poniéndose de puntillas y besándome la mejilla a la vista de Mila. Con eso, ella desaparece en la curva.

Mila me da una sonrisa. —Bueno, ya era hora.

Pongo los ojos en blanco. —Mira quién habla. Ahora dime qué está pasando.

—Otro paquete. Otro de sus dedos —me dice Mila—. Lo entregaron en nuestra puerta hace solo unos minutos.

—Maldito infierno.

—Hay más —advierte—. Esta vez, vino con una dirección. Parece que quiere que vayamos a él. Una vieja fábrica en el centro.

Bajamos juntos las escaleras, pero nada de esto me sienta bien. Acabamos de llegar al rellano cuando Dima dobla la esquina. —¿Te dijo Mila? —pregunta emocionado—. Ese cabrón acaba de lanzarnos un desafío.

—No es solo un desafío, Dima —le advierto—. Es una trampa. Benedict Bellasio ya no tiene la mano de obra ni los recursos para lanzar un ataque a gran escala. Lo que significa que tiene que ganar ventaja de otras maneras.

—Tiene a Archie —señala Dima—. Esa es su ventaja. Literalmente, en este caso. Al menos, los dedos superiores.

—No arriesgará su vida asumiendo que Archie es importante para Ilarion —dice Mila—. Seamos realistas: el viejo es prescindible.

—No —espeto—. Ya no —Dima y Mila se vuelven hacia mí con los ojos muy abiertos—. Tenemos que recuperar a Archie. *Vivo*.

Dima y Mila intercambian una mirada. —¿Y si no podemos…?

—Tenemos que hacerlo —insisto—. Él es el padre de Taylor. El abuelo de Adam. Puede que haya sido un traidor conmigo, pero fue bueno con ellos. Y por eso puedo perdonar sus pecados contra la Bratva.

La mandíbula de Dima se aprieta con aceptación, pero el ceño de Mila se arruga. —Entiendo de dónde vienes. A mí también me importa Taylor. No quiero lastimarla, pero honestamente, no todos los hombres de Zakharov serán tan indulgentes como tú. Si él muere en medio de esto, puede que no sea lo peor.

Miro a Mila hasta que ella baja la mirada. —He tomado mi decisión. Reúne a los hombres. Vamos a entrar y vamos a entrar preparados. Cualquiera que sea la trampa que haya tendido, la destruiremos de frente. Ve.

Mila y Dima se desvían para preparar a los hombres. Voy a buscar a Taylor y Adam. Los encuentro en el rincón del desayuno, con una pila de panqueques entre ellos, y el jarabe de arce se acumula en los bordes de sus platos.

—Ilarion… —comienza Taylor, poniéndose de pie en el momento en que me ve.

—¡Tío Illy! —dice Adam emocionado—. ¿Dónde has estado? No has venido a jugar conmigo. Y el abuelo tampoco está aquí. ¿Quién va a jugar conmigo hoy?

Me siento y lo acomodo en mi regazo. —Tu abuelo está fuera por un asunto importante —le explico—. Y, desafortunadamente, yo también. Pero cuando regrese, jugaremos tanto que le rogarás a Mami para tomar una siesta.

Su rostro se divide en una enorme sonrisa. —¿A qué vamos a jugar?

—Lo que quieras.

—¿Lo prometes?

Cruzo mis manos sobre mi corazón y su sonrisa solo se hace más grande.

—Entonces, ¿qué está haciendo el abuelo? —pregunta.

—No estoy seguro. Pero sí estoy seguro de que te lo contará todo cuando vuelva —siento la mirada de Taylor sobre mí. Su pierna izquierda se mueve hacia arriba y hacia abajo en un frenético borrón. Agarro a Adam por el estómago, haciéndole un poco de cosquillas mientras lo dejo caer sobre sus pies. Se ríe fuerte y se escapa de mi agarre—. Ve y come esos panqueques.

Camino hacia la puerta y Taylor me sigue. —¿Tienes una pista?

Asiento. —Me voy ahora.

Ella respira hondo y la tensión se acumula entre sus ojos. —Por favor, tráelo de vuelta sano y salvo, Ilarion.

—Haré mi mejor esfuerzo.

Me inclino y le doy un beso en la frente. Su mano cubre mi rostro por un momento y luego me retiro. Se siente extraño dejarla ahora. Dejarla en absoluto.

Pero, aunque mi vida ha cambiado, mis responsabilidades no.

—Todo va a estar bien —le aseguro. Necesito hacerlo, aunque no tengo derecho a hacer tales promesas.

Ella asiente, forzando una sonrisa que no llega a sus ojos. —Vuelve a mí —susurra.

Me encuentro con su mirada. —Siempre.

ILARION

Mila baja sus binoculares. —No puedo ver nada. Lo que significa que no hay nada allí que ver. Está vacío.

—A la mierda —gruño—. Vamos a entrar.

—¿Qué? —Dima y Mila exclaman al unísono.

—¿No quieres enviar un equipo de exploración para explorar el lugar primero? —añade Dima.

—No. No le tengo miedo a Benedict Bellasio. Lo que sea que tenga ahí esperando, podemos con eso —levanto la mano y hago una señal a mis hombres para que tomen posiciones a lo largo de los flancos.

Dima y Mila se unen a mí a ambos lados mientras entramos por la puerta principal. Pasó un tiempo desde que este lugar funcionó como fábrica de jabón, pero se siente como si el olor se hubiera abierto camino hacia las paredes y se hubiera fusionado con los cimientos del edificio. Cada respiración es como limpiarse el cráneo desde adentro hacia afuera.

Uno de mis soldados coloca su mano en la primera puerta que alcanzamos y empuja. Retrocede fácilmente, revelando una oscuridad vacía en su interior.

No hay guardias de Bellasio. Ni trampas explosivas. Nada más que sombra.

—Esto es demasiado fácil —murmura Mila.

Puede que tenga razón. Pero llegamos demasiado lejos para dar marcha atrás ahora.

Entonces, con una mueca, amartillo mi arma y me aventuro en la boca negra de la puerta. Al principio, no hay nada más que el olor pútrido del abandono, empalagoso bajo el ardor del jabón persistente. Pero hay señales de vida, si sabes dónde buscar. Agujeros de clavos donde se han quitado las tablas que solían cubrir las ventanas rotas. Viejos pasos en el polvo.

Me acerco para inspeccionar una de las ventanas cuando escucho un sonido en la esquina. Me doy vuelta alarmado y veo una sola silla arrinconada.

En ella está sentado Archie Theron.

Está atado a los brazos y las piernas de la silla, con una mordaza que le impide producir algo más que frenéticos gorgoteos en la garganta.

Mis hombres hacen lo mismo que yo cuando irrumpen en la habitación detrás de mí: lo ven y se quedan paralizados. En un abrir y cerrar de ojos, una docena de armas apuntan a él, pero nada más cambia. Estoy esperando una emboscada, pero no llega.

—¿A qué carajo está jugando Benedict? —Dima frunce el ceño cuando se une—. No hay forma de que simplemente nos dé al viejo en bandeja de plata.

Los ojos de Archie están fijos en mí. Hace sonidos de arcadas con la garganta. Camino hacia adelante, ignorando las advertencias de Mila y Dima de que tenga cuidado, le quito la mordaza a Archie y la tiro a un lado.

—¿Dónde está?

Archie balbucea sobre sus propias palabras. —I-i-ido —dice con voz áspera—. Hace mucho. He estado sentado aquí durante horas. H-hay una carta; te dejó otra carta.

—¿Te dejó a ti *y* una carta? —pregunto con escepticismo—. Algo no está bien en eso.

—Ilarion… —dice Archie, desesperado—. Hay una bomba.

—Escaneamos el lugar con cámaras térmicas antes de entrar. No había pruebas de…

—¡No está en la propiedad! —escupe, ahogándose por su propia desesperación—. E-está… dentro de mí.

Dima y Mila se ponen rígidos en mi periferia. Archie no se molesta en dejar vagar la mirada. Sus ojos son enormes y líquidos por el miedo. —Dijo que la bomba que implantó no es lo suficientemente grande como para matarme. Pero me mutilará. Matará una parte de mí y no puedo… no viviré así. No quiero que mis hijas me vean así.

—Tal vez haya una manera de que podamos…

—No hay forma de sacarla —Archie sacude la cabeza—. Ve a leer la carta. Está allí, junto a la ventana.

Uno de mis hombres corre hacia la ventana hacia la que Archie señala con la barbilla. Hay un sobre escondido debajo de una de las tablas que debería haber estado contra las ventanas. Él me lo acerca y lo abro.

La bomba detona al mediodía. Tomará una pierna, quizá ambas, quizá más. Será divertido adivinarlo. Dale mis saludos a Celine.

Miro mi reloj.

—¿Bien? —pregunta Mila—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Media hora.

Las lágrimas corren por las mejillas de Archie. Su cuerpo se estremece y el color que quedaba en él se pierde al saber el poco tiempo que le queda.

—Ilarion, ¿p-puedo hablar contigo?

Me vuelvo hacia mis hombres y les hago un gesto de despedida. Sin embargo, Mila y Dima se

quedan donde están. Miro a ambos. —Pueden esperarme afuera.

Cuando Mila no se mueve, Dima la toma del brazo y la arrastra fuera de la fábrica. Espero hasta que no quede nadie más que Archie y yo.

Por primera vez, me permito sentir nada más que simpatía por el hombre. Hasta ahora, cualquier simpatía que sintiera estaba teñida de restos de mi ira. Con rabia y sueños de venganza. Ahora, sin embargo… bueno, joder.

Nadie merece morir así.

Especialmente, no por *sus* pecados. Puede que me haya traicionado, pero lo hizo para salvar a su esposa. Por primera vez, entiendo lo que significa ese tipo de motivación. Tengo que agradecerle a Taylor por eso.

—*Pakhan* —comienza.

—Para ti es Ilarion, Archie —le digo—. Ahora somos familia.

Archie sonríe entre lágrimas. —Me alegra oírte decir eso. Significa que puedo pedirte un favor más.

Sé lo que dirá incluso antes de que las palabras salgan de sus labios. —No te mataré, Archie.

—Por favor —ruega. Sus ojos hundidos se aclaran de repente. Seguros—. Por favor, Ilarion. No puedo vivir como un hombre destrozado. No puedo pedirles a mis hijas que cuiden el caparazón roto de una persona. Ya han hecho suficiente de eso.

—Esa decisión la tomarán ellas.

—¿Y qué pasa con *mis* decisiones? —protesta, se balancea hacia adelante y hacia atrás en la silla con un sutil raspado de sus patas contra el concreto—. Merezco decidir cómo vivo. Y cómo muero. Y, desde el día que elegí traicionarte, siempre supe, en el fondo, que ese iba a ser mi fin. Una bala. Una muerte limpia. Sin dolor. Es más de lo que merezco, especialmente de ti. Pero lo pido de todos modos.

Aprieto los puños con tanta fuerza que los nudillos gimen. —Les prometí a tus dos hijas que te llevaría a casa sano y salvo. Se lo prometí a Adam.

Sigue balanceándose. Ida y vuelta, ida y vuelta. —No debiste haberles prometido nada. Incluso si me llevas vivo, estaré destruido. Mi cuerpo, mi mente… No viviré como una carga para mis hijas —se interrumpe con un sollozo—. Y-y, mi niño, mi pequeño Adam, no puedo soportar que me vea así. Por favor, Ilarion. Por favor.

Joder.

Miro al anciano y recuerdo un momento en el que solía odiarlo. Quería que se *quemara*. Pero ahora…

Las cosas han cambiado.

—Déjame intentar sacártela.

Él sonríe serenamente. Todavía parece desesperado y resignado, pero un destello de comprensión

todavía le hace levantar la boca. —De verdad la amas, ¿no?

No me molesto en preguntar a quién se refiere. —Sí.

Archie asiente. —Entonces, muero sabiendo que tú cuidarás de mi familia.

—Te doy mi palabra —no puedo olvidar que también le hice una promesa a su esposa antes de que muriera.

Mis manos están atadas aquí. Tal vez siempre íbamos a terminar en esta posición, él y yo. El destino ha estado viniendo hacia nosotros como un puto tren descontrolado desde hace mucho tiempo. Recién ahora me doy cuenta de que *ambos* hemos estado atados a las vías.

La pesadez de lo que debo hacer se apodera de mí. No hay marcha atrás.

—Ellos también son mi familia ahora.

Saco mi arma y la amartillo. Archie ni siquiera se inmuta ante el sonido. —Me equivoqué contigo, Ilarion. No eres hijo de tu padre.

Aprieto el arma con más fuerza. —No te pongas sentimental conmigo ahora, viejo. —la grava en mi voz nos sorprende a ambos. *Joder*, ¿cuándo empezó a significar algo para mí también?

Archie sonríe. —Diles… diles que los amo —un corte en su voz ahoga la última parte de su mensaje, pero no es necesario repetirlo. Ellos ya lo saben.

Espero un momento en que mira hacia abajo.

No ve venir la bala.

No ve la muerte en absoluto.

Es lo mínimo que puedo darle.

TAYLOR

—¡Quiero al abuelo! —llora Adam, levantando las manos en el aire—. ¡Él *nunca* se va sin despedirse!

—Lo sé, cariño, pero esta vez, em… había algo importante que tenía que hacer.

Lo traje a la cocina para intentar distraerlo con un bocadillo dulce. Pero una galleta después, empezó a preguntar por Papá otra vez. Me estoy quedando sin opciones.

Adam me mira entrecerrando los ojos. Por un segundo, no veo a mi dulce e inocente hijito; veo el hombre en el que se convertirá. Veo a Ilarion.

—Mi amor —empiezo—, sé que extrañas al abuelo, pero…

Estoy a punto de prometerle que verá a su abuelo pronto, pero por alguna razón me detengo. Me dejo jugar en reinos de diferentes realidades alternativas y, en muchas de ellas, Papá no vuelve nunca. Si existe la más mínima posibilidad de que eso suceda, sé que no debería darle a Adam falsas esperanzas.

Nada mata más rápido el espíritu de una persona que eso. Yo lo sabría.

En lugar de eso, trato de tomarlo en mis brazos, pero él se aleja, dirigiendo su ira hacia mí porque no sabe qué más hacer con ella.

Está saliendo corriendo de la cocina cuando Celine aparece en el marco de la puerta. Me levanto de un salto, sorprendida al verla. Esperaba que se mantuviera alejada de la casa durante días, incluso semanas, solo para evitarme. El hecho de que ella esté aquí tiene que ser una buena señal, ¿verdad?

O tal vez sea una mala. No tengo forma de saberlo y la historia reciente ha demostrado que mis instintos no sirven para nada.

—Vaya —dice, agachándose frente al Adam molesto como toro y abre los brazos para que él no pueda pasar a hurtadillas—. ¿A dónde vas con tanta prisa, hombrecito?

—Voy a ir a buscar al abuelo.

—Un día, tu mamá y yo te contaremos todo sobre el abuelo —dice crípticamente. Eso llama su atención de inmediato. No puedo ver su cara, pero sus hombros se quedan quietos.

Se queda callado por un momento antes de morder el anzuelo. —¿Qué cosa sobre el abuelo?

Celine arquea una ceja sorprendida. —¿Él no te dijo?

La cabecita de Adam se mueve de un lado a otro.

—Probablemente estaba esperando hasta que tuvieras edad suficiente. Pero creo que ya estás listo.

—¡Cuéntame, cuéntame! —insiste.

No tengo idea de lo que Celine está a punto de decirle, pero me doy cuenta de que sea lo que sea, confío en ella. A pesar de la tensión entre nosotras en este momento, ella todavía mira a Adam con nada más que afecto en sus ojos.

—Tu abuelo es un *espía* —susurra con tono de complicidad.

—¿El abuelo? —Adam suena completamente estupefacto.

—Ajá —tararea Celine—. ¿Por qué crees que viviste tan lejos de mí durante tanto tiempo? El abuelo estaba tratando de protegerlos a ti y a tu mamá. Ustedes estaban encubiertos.

—Vaya…

Ella sonríe. —El abuelo es un tío genial.

—Pero… ¿estás *segura*? ¿No es demasiado viejo?

—Nunca se es demasiado viejo para ser nada —le aconseja—. Y si el abuelo es lo suficientemente valiente como para salir y ser un espía, tú debes ser lo suficientemente valiente como para dejarlo hacer su trabajo. ¿Vale?

Adam lo considera por un momento. —Soy valiente —dice al fin.

—Sé que lo eres —ella le da un beso en la frente antes de enderezarse—. Ahora, ¿por qué no vas a jugar al jardín?

Adam se vuelve hacia mí, aparentemente olvidando que, hace apenas dos segundos, yo era persona non grata. —Mamá, ¿escuchaste eso? ¡El abuelo es un espía! ¿No es genial? Voy a practicar cómo ser espía en el jardín, ¿vale?

—Vale, bebé. Ten cuidado.

—No tengo que tener cuidado —anuncia—. ¡Soy un espía!

Sale disparado a través de las puertas francesas que dan al patio. En el momento en que ya no puede oírme, me giro hacia Celine. —Gracias por eso. Nada de lo que yo decía funcionaba.

Su rostro está cuidadosamente compuesto. —Creo que a veces la verdad puede hacer maravillas.

Asiento. —*Touché*.

Suspira y se sienta en la mesa del rincón. Cuando sigo quedándome torpemente a un lado, me mira con impaciencia. —¿Te quedarás ahí mirándome boquiabierta o te sentarás?

—Em… ¿te gustaría que lo hiciera?

—Me gustaría que pudiéramos tener una conversación sin correr el riesgo de sufrir un esguince de cuello. Así que sí.

Saco la silla y me siento a su lado. Todavía hay una distancia considerable entre nosotras, tanto literal como metafórica, pero está más cerca de lo que pensé que jamás estaría.

—He estado pensando mucho —admite—. Tuve que parar, en realidad. Me empezaba a doler la cabeza —tamborilea los dedos contra la mesa—. ¿Dónde está el café?

—Semyon acaba de empezar una cafetera nueva —digo—. Te traeré un poco —me pongo de pie de un salto para llenar una taza y se la llevo en una bandeja con un tarro de crema y azúcar.

Ella mira la crema y el azúcar. —Lo recordaste.

—Por supuesto. "Cuanto más dulce, mejor".

Justo cuando creo que está a punto de sonreír, suspira. —Tenía un dolor de cabeza del que no podía deshacerme. Entonces, decidí salir a caminar. Por supuesto, eso no es precisamente fácil cuando tienes cuatro guardaespaldas gigantes siguiéndote.

—¿Cuatro? ¿Desde cuándo?

Ella pone los ojos en blanco. —Ilarion puede ser excesivo a veces.

—Él quiere que estés a salvo.

—Sí, sí, lo sé. Buenas intenciones y todo eso. Hace que sea mucho más difícil odiarlo.

—Si es difícil odiarlo, tal vez simplemente, em, ¿no quieres odiarlo en absoluto?

Ella me lanza una mirada molesta. —Eso te facilitaría las cosas, ¿no?

—Celine…

Ella suspira y niega con la cabeza. —No, no. Por favor, no vuelvas a disculparte. No vine aquí para hacerte pasar un mal rato.

—Podrías. Quizás deberías. Me lo merezco.

Se acerca la taza de café y añade la crema y una cucharadita de azúcar. Es de la misma manera que Mamá solía beber el suyo. *Cuanto más dulce, mejor. La vida ya es bastante amarga tal como es.*

—"Merecer" —repite Celine en un murmullo melancólico—. ¿Quién puede decir quién merece qué? —bebe un sorbo de café y me mira por el rabillo del ojo—. Le pedí a Ashton que se reuniera conmigo en el parque, ¿sabes?

Mis cejas saltan sobre mi frente. —¿L-lo hiciste?

Asiente. —Realmente no lo pensé. Me sentía sola, quería hablar con alguien y él era el único a quien se me ocurrió llamar.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Abandona su taza y cruza las manos sobre el pecho. —Nos sentamos bajo los árboles y hablamos durante horas. Hasta que se puso el sol. Luego, fuimos a cenar.

—¿Con los cuatro guardaespaldas a cuestas?

Se ríe, el más mínimo atisbo de sonrisa aparece en su rostro. —Solo unos pequeños y felices seis, sí. Ni siquiera me tocó, pero aun así sentí, sentí como… no estoy segura de cómo describirlo.

Me arriesgo a hacer una suposición fácil. —Como electricidad por todo tu cuerpo. Como si te estuvieras bajo un sol que solo tú puedes sentir.

Los ojos de Celine se agrandan. —Sí, exactamente así —luego, su rostro cae y sacude la cabeza lentamente de un lado a otro—. Quería alejarme del amor por un tiempo —admite—. Pero resulta que no creo que tenga el poder para luchar contra esto.

—No —digo en voz baja—. Lo entiendo completamente.

—¿Estás tratando de decir que así es como te sientes con Ilarion?

—No, no estoy diciendo nada en absoluto —le digo rápidamente—. No estoy justificando lo que hice ni cómo elegí afrontarlo. Tienes todo el derecho a estar enojada conmigo. Tienes todo el derecho a odiarme.

—No estoy… enojada contigo, Taylor —dice Celine sin rodeos—. Estoy simplemente… decepcionada.

No quiero permitirme tener esperanzas, pero es patético lo rápido que la emoción se abre paso en mi cabeza. —¿Eso significa que hay esperanza para nosotras?

Vuelve a coger su taza, pero no bebe. Me pregunto si ella solo necesita un accesorio. Algo que hacer con sus manos. —Ya hemos perdido a nuestra madre. Corremos el riesgo de perder a nuestro padre —alza su mirada hacia la mía—. No quiero perderte a ti también.

Intento con todas mis fuerzas tragarme las lágrimas. —Yo tampoco quiero perderte.

Celine suspira. Y luego, sonríe. —Vamos a estar bien —dice con un sutil movimiento de la mano—. Solo estoy disfrutando atormentarte un poco. Permíteme ahora; ¿perdóname más tarde?

Siento que le devuelvo la sonrisa y luego comparto una risa suave mientras asiento.

Quiero acercarme a ella, tomarle la mano, tal vez, pero estoy demasiado nerviosa. No quiero cruzar sus límites y arriesgarme a retroceder unos pasos.

Esto es progreso.

—¿Disculpe, Srta. Zakharov?

Ambas nos dirigimos a la criada al mismo tiempo. Su nombre comienza con una A, pero no puedo recordar cuál es.

—Acaba de llegar este paquete para ti. Ha sido escaneado y revisado, así que seguridad dijo que podía entregártelo.

—Gracias —dice Celine, quitándoselo de las manos a la criada.

Es una pequeña caja azul con una cinta blanca. Separa la cinta y quita la tapa. No es hasta que mis pulmones empiezan a quejarse que me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. Quiero decirle a Celine que tenga cuidado, pero también quiero que se dé prisa.

—Es una memoria USB —murmura, sacándola de la caja—. Y hay una carta.

Un mal instinto se revuelve en mis entrañas. Me dice que llame a Ilarion, pero no seré la primera en mencionar su nombre después de nuestra frágil y recién descubierta tregua.

Celine toma el papel y lo desdobla. Sus ojos recorren el papel de un lado a otro… y luego palidece.

—Cee, ¿qué pasa? —miro el papel—. ¿Es Papá?

Ella solo me entrega la nota. La escritura no me resulta familiar, pero estoy demasiado concentrada en las palabras como para prestar tanta atención.

Tienes que ver qué hay en esta memoria USB. Una vez que lo hayas visto, habrá un Land Rover negro esperando en la esquina de Pinehurst y Third. Puedo mantenerte a salvo.

Miro sobre la nota a Celine. —Tenemos que decírselo… tenemos que mostrárselo, Celine.

Celine asiente. —Pero primero tenemos que ver qué hay en esta memoria USB.

TAYLOR

Me tiemblan las manos mientras sigo a Celine escaleras arriba hasta su habitación.

Lo que sea que haya en esa memoria USB no puede ser bueno. Pero tiene razón: tenemos que saber qué contiene. Y se siente bien estar nuevamente a su lado.

Una vez que estamos dentro de su habitación, cierra la puerta con llave y cruza hacia donde espera su laptop. Cuando se sienta, yo me quedo de pie, justo detrás del sofá.

—Taylor.

Me estremezco cuando dice mi nombre. —¿Sí?

—Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie.

—No tiene sentido estresarse antes de saber qué está pasando aquí —dice, la personificación misma de la razón—. Solo siéntate y deja de parecer como si el mundo se estuviera desmoronando. Me estás volviendo loca.

Me trago mi inquietud y me siento a su lado. Inserta la memoria USB y al instante aparece un archivo en la pantalla.

Tiene la etiqueta ***CELINE***.

Ni siquiera duda antes de abrirlo. Es un vídeo que se abre ampliado, mostrando a un hombre alto y de hombros anchos parado frente a alguien. No me lleva mucho tiempo reconocer a quién estamos mirando.

—Ilarion —susurra Celine.

Casi como si la hubiera escuchado decir su nombre, se mueve hacia un lado para revelar al hombre al que se enfrenta.

—¡Papá! —jadeo.

La distancia de la cámara dificulta un poco ver los detalles, pero es obvio que Papá no está bien. Está atado a una silla desvencijada. Su cabeza sigue colgando hacia un lado o hacia el otro, y cualquier cosa que le diga a Ilarion requiere un gran esfuerzo.

No hay nadie más en la sucia habitación excepto ellos dos.

—Cee… ¿qué estamos viendo?

—¡Chito!

Está claro que los dos están hablando, pero sus voces están ausentes. Solo hay una nauseabunda corriente subterránea de estática. Mi corazón late tan fuerte contra mi pecho que siento como si fuera a estallar.

Mi primera pregunta es, si esto es realmente una operación de rescate, ¿por qué Papá sigue atado a esa silla? ¿Por qué Ilarion no lo libera?

Papá levanta los ojos hacia Ilarion. Hay súplicas allí. Grandes profundidades de desesperación. Él dice algo. Parece que está rogando por su vida.

Estoy al borde del colapso. Y luego Papá mira hacia abajo. Es un momento de una fracción de segundo. Pero Ilarion se mueve con la velocidad y agilidad de un hombre que entró en esta maldita habitación con un propósito.

Él levanta la mano. Apunta. Dispara.

No escucho el disparo, pero doy un salto hacia atrás como si estuviera apuntando a mí.

Papá se cae contra la silla. Su cuerpo ni siquiera se contrae.

Luego, el video se funde a negro.

Parpadeo varias veces, pero la imagen del rostro suplicante de Papá está impresa en la parte posterior de mis párpados. Siento que estoy perdiendo la cabeza. Si alguna vez hubo un momento para que mi corazón dejara de funcionar, sería ahora. De hecho, agradecería el alivio de un desmayo.

Pero sigue latiendo, recordándome que incluso si mi mundo personal se está partiendo, todavía estoy aquí.

Me giro hacia un lado y veo el perfil de Celine. Sus ojos todavía están pegados a la pantalla vacía, pero su máscara de compostura empieza a desmoronarse. Sus manos, apoyadas sobre el escritorio, tiemblan como hojas bajo un fuerte viento. Su columna está rígida y su mandíbula apretada. Sus ojos están llenos de lágrimas.

—Cee.

Parpadea una vez y tres gruesas lágrimas ruedan por su mejilla en rápida sucesión. Ella respira hondo y se incorpora de un salto. —Esto no es real. Esto no es real —se repite una y otra vez—. Esto no puede ser real.

—Celine.

Se pone de pie de un salto y comienza a caminar, golpeando la mesa auxiliar al lado del sofá cuando intenta despejar la habitación. Todavía le tiemblan los dedos y su cara ha perdido todo el color.

Verla desmoronarse es lo que me obliga a detener mi propio pánico en seco.

Ninguna de las dos puede desmoronarse. Una de las dos necesita ser la voz de la razón y Celine ha llevado esa carga durante demasiado tiempo.

Me pongo delante suyo y la obligo a detenerse. —Celine —digo de nuevo—. La nota. ¿Qué decía la nota?

Frunce el ceño, como si lo que pasó hace cinco minutos fuera ahora historia antigua. —N-no puedo recordar.

—Déjame verla de nuevo.

La saca de su bolsillo y me la entrega.

Tienes que ver qué hay en esta memoria USB. Una vez que lo hayas visto, habrá un Land Rover negro esperando en la esquina de Pinehurst y Third. Puedo mantenerte a salvo.

—No sabemos quién es —señalo—. Es muy posible que sea Benedict.

—Una vez fui su prisionera —Celine finalmente encuentra mi mirada—. Él no fue cruel. De hecho, hubo momentos en los que fue muy amable conmigo. De hecho, más o menos… nos llevábamos bien.

—Estaba tratando de manipularte, Cee.

—Tal vez. Pero claramente, Ilarion es mejor en eso que Benedict.

Me estremezco cuando dice su nombre. A pesar de lo que acabo de ver, me cuesta creerlo. Es Ilarion. Puede que sea muchas cosas, pero *¿esto?* ¿El tipo de hombre que hace una promesa y luego la rompe? ¿De esa manera?

Una pequeña parte de mí, desesperada, se aferra a la posibilidad de que lo que vimos fuera solo una parte del rompecabezas. Y, para darle sentido, necesitamos encontrar el resto.

—Tenemos que salir de esta casa —insiste Celine.

—Estoy de acuerdo. Pero no creo que reunirnos con este coche sea la solución.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Vamos a la ciudad, tomamos un Uber desde allí y vamos a algún lugar donde nadie sepa dónde estamos.

Celine resopla violentamente. —Joder, Taylor. Ilarion es dueño de toda la ciudad. No importará a dónde vayamos; él nos encontrará.

—No me encontró durante cinco años. Estaremos bien.

—¡Eso fue por Papá! Y n-no lo tenemos… *joder*… ya no lo tenemos. Ninguna de las dos sabe desaparecer como él.

—Bueno, tenemos que intentarlo.

Se lleva las manos a las raíces del cabello. —No seas ingenua, Taylor. Necesitaremos ayuda para salir de la ciudad. Quienquiera que sea esta persona, si está dispuesta a ayudarnos, ¿por qué

diablos no?

—Porque podría ser una trampa.

—¡No peor que en la que ya estamos! —explota Celine, señalando con un dedo tembloroso la laptop.

—Yo también lo vi —trago. Mi garganta está dolorosamente seca—. Pero hay… tiene que haber una explicación.

—¡Joder qué la hay!

Agarro su mano en el aire. —Por favor, Celine. Solo no quiero que le sigamos el juego a Benedict. No podemos confiar en él.

—Tenemos que confiar en alguien. Y ahora mismo no tenemos muchas opciones. Ve y agarra a Adam… nos vamos en diez minutos. Encuéntrame en la entrada.

—¿Nos dejarán irnos?

—Déjame a mí esa parte. Solo consigue a Adam. Y asegúrate de que nadie sospeche que algo anda mal.

—¿La memoria USB?

—La tengo —lo saca de la laptop y lo guarda en su bolsillo—. Ahora, *anda*.

Asintiendo frenéticamente, salgo corriendo de su habitación. Corro por la casa y solo reduzco la velocidad cuando me cruzo con una criada. Encuentro a Adam en los jardines con Edna, arrojando pan a los pájaros congregados en la fuente.

—Edna, ¿te importaría prepararle a Adam un baño de burbujas? —pregunto con una sonrisa—. Lo llevaré en un momento.

Parece confundida por mi petición, pero no la cuestiona. En el momento en que ella entra, corro alrededor de la fuente de agua y me arrodillo al lado de mi hijo.

—Cariño, ¿adivina qué? —cuando me mira, digo—: Tú, yo y la tía Cee nos vamos a una aventura.

—¿Una aventura? —repite, y luego sus ojos se agrandan—. ¿Como una aventura de espionaje?

—*Exactamente* así.

Se quita el polvo de las manos y se pone de pie de un salto. —¿Nos encontraremos con el abuelo?

Necesito de toda mi fuerza y control para no romper a llorar en ese mismo momento. Pero por el bien de Adam, controlo mis emociones y pongo cara de valiente. Puedo derrumbarme más tarde. En este momento, mi hijo necesita que sea fuerte.

—No, cariño. Vamos a emprender nuestra propia misión. Pero… —me llevo un dedo a los labios —. Es secreto, ¿vale? Nadie puede saberlo.

—¿Ni siquiera el tío Illy?

—Ni siquiera él.

—Ay, esperaba que pudiera venir con nosotros.

Agarro su mano y lo llevo por el sendero del jardín. —Me temo que esta vez no.

Nunca más.

Cuando llegamos al camino de entrada, hay un Lexus plateado estacionado justo afuera de la puerta principal. Celine está en el asiento del conductor y tiene la puerta del lado del pasajero abierta. Me mira y dice—: Date prisa.

Ato a Adam a su asiento elevado en la parte de atrás y luego salto al asiento del pasajero. En cuanto estoy en el lugar, ella acelera el motor. Los guardias nos miran con los ojos entrecerrados cuando pasamos, pero no hacen ningún movimiento para evitar que atravesemos la puerta abierta.

—¡Tía Cee, Mamá dijo que estamos en una misión de espionaje! —declara Adam emocionado desde el asiento trasero mientras salimos a la vía pública.

—Lo estamos, amigo —asiente Celine distraídamente mientras revisa su espejo retrovisor cada pocos segundos—. Aguanta, ¿vale? Vamos a ir un poco más rápido.

—Cee, por favor —le ruego—. No Pinehurst y Third.

Su mandíbula se aprieta con firmeza. —Es la única opción que tenemos.

Tres giros bruscos a la derecha, un kilómetro y medio de carretera abierta y luego un giro brusco a la izquierda y veo el Land Rover negro, aparcado exactamente como prometieron.

—Mierda —suspiro mientras mis nervios se tensan por la ansiedad.

Celine ni siquiera espera a ver quién nos espera en el otro vehículo. Sale del Lexus y camina hacia el Rover.

—¿Qué está haciendo, Mamá? —pregunta Adam mientras se desabrocha el cinturón de seguridad.

—No estoy segura, bebé.

En ese momento, Celine me mira y me hace un gesto para que salga del auto. Nada de esto parece correcto, pero ella parece segura.

—Quédate cerca de mí, cariño —le digo a Adam antes de salir del auto.

El hombre parado al lado del Land Rover es alto y delgado, con cabello largo, rubio blanco y una cicatriz plateada sobre la frente derecha. Su mirada pasa sobre Adam y sobre mí con total desinterés. —Entren —es todo lo que dice.

—Celine —siseo, agarrando su mano—. ¿Estás segura acerca de esto?

—Sube al auto, Taylor. Tenemos que deshacernos del Lexus pronto. Van a estar buscando el

número de placa.

Estamos sentados en la parte trasera del Land Rover cuando el entusiasmo de Adam empieza a menguar. Empuja su pequeño cuerpo contra el mío y agarra mi mano con fuerza. —Mamá, ya no quiero ser espía. Quiero ir a casa.

Mi corazón se hunde. —Oye, ¿qué tal si te cuento una historia? —sugiero—. ¿Los duendes y el zapatero? Te encanta esa, ¿verdad?

Él niega con la cabeza. —El abuelo la cuenta mejor.

Me estremezco. —Intentaré contar la historia como él lo hace, ¿vale?

Adam vuelve a negar con la cabeza y se hunde más profundamente en mis brazos. El hombre demacrado se pone al volante y, sin decir palabra, nos vamos.

Solo Dios sabe a dónde vamos.



MEDIA HORA MÁS TARDE, llegamos al estacionamiento de un motel en ruinas en las afueras de la ciudad. Solo puedo imaginar lo que le está pasando actualmente al Lexus que dejamos atrás. Probablemente esté lleno de hombres de Zakharov y policías corruptos en nómina de Bratva, revisando los asientos en busca de pistas como si fueran perros de caza.

El hombre demacrado abre mi puerta. Saca a Adam antes de que pueda decirle que mantenga las manos quietas. Se ofrece a ayudarme a ponerme de pie, pero lo ignoro y salgo por mi cuenta.

Se me eriza la piel. Hormigas invisibles cruzan mi nuca y mis rodillas. Este lugar simplemente se siente mal. Feo, lleno de basura y anónimo. Aquí muere gente y nadie se inmuta.

Nosotros podríamos morir aquí y nadie se inmutaría.

Pero Celine parece confiada. Incluso cuando un hombre se desprende de un tramo de pared en sombras y camina tranquilamente hacia donde estamos bajo el sol abrasador, no vacila. Su barbilla es alta y orgullosa.

—Mis disculpas por la desafortunada ubicación, señoras —canta el hombre nuevo—. Es lo mejor que pude hacer en tan poco tiempo.

Sale del punto ciego y lo veo correctamente por primera vez. Me lleva mucho tiempo reconocerlo, porque ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos. Entonces era delgado y guapo; ahora tiene una barriga cervecera tensa, una barba canosa y una colcha de arrugas que estropean su rostro.

—Hola, Benedict —dice Celine—. Ha pasado mucho tiempo.

ILARION

—Tenemos que aclarar nuestras historias antes de hablar con Taylor y Celine —advierte Mila.

Los tres estamos parados alrededor del lugar donde murió Archie. La silla se ha derrumbado en el suelo y su pata rota sobresale en un ángulo extraño.

El cuerpo de Archie ha sido trasladado a uno de los vehículos. Quiero prepararlo antes de que Celine o Taylor lo vean. Se verá tan contento como sea posible estando muerto antes de que deje que cualquiera de sus hijas se acerque a él.

—No habrá ninguna historia —gruño—. Les diré la verdad.

Las cejas de Dima tocan la parte superior de su frente. —Eso suena como una misión suicida.

—Dales más crédito —espeto—. Ambas mujeres son conscientes de hasta dónde es capaz de llegar Benedict solo para sobrevivir.

—Excepto que, ¿cuál era el objetivo aquí? —responde Mila, arrugando el ceño con escepticismo —. Quiero decir, todo esto solo sirve para enojarte. Y realmente, por lo que él sabe, te hizo un favor. ¿Por qué se molestaría?

Eso también me ha estado preocupando. Desde el momento en que se hizo el silencio después de que el corazón de Archie dejó de latir, he estado dando vueltas a la pregunta en mi cabeza.

¿Por qué?

—El objetivo podría haber sido la muerte de Archie —sugiere Dima—. El anciano lo traicionó al darte la ubicación de su refugio. Es la razón por la que perdió a su hermano.

—No. No, nos falta algo.

Mila comienza a caminar por la fábrica. Sus pasos resuenan contra las paredes. Las ratas y las cucarachas se alejan asustadas de ella.

—Mira a tu alrededor —le instruyo a Dima—. Aquí había una trampa. Solo no hemos…

Me detengo cuando noto un alambre delgado en la pared de la esquina más alejada, formando un arco justo sobre una de las ventanas. —Consígueme algo sobre lo que pararme —le ordeno a nadie en particular—. Una silla, una caja, cualquier cosa.

Mis hombres consiguen una caja de madera y la arrastran hasta delante de la ventana alta. Subo y sigo el camino del cable. Se enrolla a lo largo de los canales de mortero entre los ladrillos. Arriba, arriba, hacia una capa de sombras fuera de mi alcance. Pero donde el resto de la pared está polvorienta, la yema de mi dedo sale limpia cuando la arrastro por el cable.

Fue puesto aquí recientemente.

Sigo buscando con mis ojos hasta encontrar el rastro en la oscuridad. Va a lo largo del borde superior del techo…

Y luego lo veo.

El brillo de la lente de una cámara, escondido en un rincón.

Me congelo. Se me hiela la sangre. —Grabó el momento en que le disparé a Archie.

Salto de la caja y aterrizo frente a Dima. Mila vuelve corriendo hacia mí, con los ojos muy abiertos por la alarma. Ambos están mirando boquiabiertos a la cámara. No puedo evitar preguntarme quién está al otro lado.

Tengo una puta suposición bastante buena.

Agarro mi teléfono y presiono el número de Taylor. Suena, pero suena tres veces y la línea se corta. Lo que significa solo una cosa: rechazó mi llamada.

Escuchó sonar su teléfono, vio mi número y decidió rechazar la llamada.

—Ya llegó a ellas —infiero con los dientes apretados—. Joder.

—Aun así —dice Dima—, no confiarían en Benedict Bellasio, ¿no? … ¿No?

Mila y yo intercambiamos miradas. —Si me vieran matar a su padre a sangre fría, quizá lo harían. Es con lo que contó Benedict. Jugando con sus emociones. Su dolor. No solo saben que Archie está muerto, sino que tuvieron que verlo morir. Me vieron matarlo.

—¿Qué hacemos?

—Llamen a la Casa Zakharov —les indico—. Vean dónde podrían estar Celine y Taylor. Trabajamos desde allí.

—En eso —Dima saca su teléfono.

Lo dejo con eso y salgo corriendo de la fábrica con Mila siguiéndome. —Ilarion —dice suavemente—, si las tiene…

—Sé que las tiene —gruño—. Benedict ya no tiene poder. Está desesperado por ganar tiempo. La única manera de garantizar su seguridad es quitándome algo mío. Algo que pueda utilizar como palanca.

Los hombros de Mila caen. —Sin embargo, él no sabe nada de Taylor y Adam.

—No importa. Si Celine lo sabe, se lo habrá dicho a Taylor. Estarán unidas contra mí ahora. Benedict tiene toda la influencia que necesita.

—¿Te escuchas a ti mismo? —Mila se pone delante de mí—. Este no es un *vor* aleatorio que necesitas poner de tu lado. Esta es *Taylor*.

—No he hecho nada para ganarme su confianza, Mila —señalo—. Nos vio a Archie y a mí hablando en el jardín. Me vio agarrarlo. Podría habérselo dicho entonces. *Debí* habérselo dicho entonces. *¡Blyat'!*

—No se lo dijiste porque Archie no quería que lo hicieras —me recuerda—. Quería que las chicas no se dieran cuenta. Pensó que ese era el precio por su seguridad.

—Si le contara todo esto a Taylor ahora, sonaría como una excusa. Una forma de justificar el asesinato de su padre.

Mila frunce el ceño y pone su mano contra un lado de mi cara. —Mírame, hermano —dice en voz baja. Por un momento, no veo la mujer dura y reservada en la que se ha convertido; veo la mujer tierna y maternal que podría ser si dejara caer sus muros el tiempo suficiente—. Ilarion, es Taylor. La amas. Te ama. Eso tiene que significar algo.

—Hemos estado separados demasiado tiempo.

Suspira con tristeza. —No es propio de ti rendirte antes de que termine la pelea.

Respiro hondo. Si hay un camino a seguir aquí, simplemente no lo veo. Taylor no contesta, lo que significa que ya abandonaron la Casa Zakharov. Podrían estar en cualquier lugar en este momento.

Podrían estar con *cualquiera*.

—¡Ilarion! —llama Dima, corriendo de regreso—. Celine, Taylor y Adam abandonaron la Casa Zakharov hace aproximadamente una hora. Tomaron el Lexus hasta Pinehurst y Third, donde se subieron a un Land Rover negro. Estoy revisando las cámaras de seguridad en la calle. Estoy seguro de que alguna de ellas nos dará un número de placa. No te preocupes; estaremos tras ellos en poco tiempo.

Sacudo la cabeza. —Olvídalo. Hay una manera más rápida de llegar a ellas.

Dima frunce el ceño. —¿Cómo?

—Archie nos dio otras tres ubicaciones que Benedict podría haber usado —*sus últimas contribuciones a la Bratva*, pienso amargamente—. Divide a los hombres. Envía un contingente a cada uno. No perderé más tiempo. Terminamos esto hoy.

TAYLOR

—No es el alojamiento más lujoso —dice Benedict con un pequeño suspiro de pesar—. Pero me ha mantenido oculto todos estos años. Un pequeño palacio en el desierto, por así decirlo. Tenía una habitación preparada para ti. Espero que sea lo suficientemente grande; solo esperaba un invitado.

—No estaba dispuesta a dejar atrás a mi hermana —dice Celine.

—Por supuesto que no —dice Benedict con una sonrisa tonta—. ¿Y el niño?

Intento no ponerme rígida, pero sus palabras tienen mi columna tensa por el dolor. —Mi hijo —digo. Adam se aferra con más fuerza a mis hombros y hunde su rostro en mi cuello. Estoy feliz por eso. No quiero que Benedict mire demasiado de cerca a Adam y conecte los puntos. Ya es bastante malo que crea que tiene a la esposa de Ilarion. Si sabe que también tiene al hijo de Ilarion…

—Celine —le susurro mientras me acerco sigilosamente a su lado—, no deberíamos estar aquí.

Los ojos de Benedict se estrechan. —Te aseguro que estás a salvo aquí. Solo quería que vieras quién era el verdadero villano. Y, si no lo creyeras ya, no estarías aquí.

—No eres inocente en nada de esto, Benedict —dice Celine con frialdad.

—Tal vez no. Pero no soy yo quien asesinó a tu padre —dice—. Ahora ven. Déjame mostrarte tu habitación.

Adam se está resbalando de mi cadera, así que lo levanto un poco más y sigo a Celine al interior del motel sucio. El interior es tan deprimente como el exterior, lleno de olor a flores podridas. Todo se está desmoronando y muriendo o ya está muerto.

Benedict hace un gesto delante de nosotros. —La segunda puerta a la izquierda.

Celine duda solo por un momento antes de cruzar la puerta, dejándome sin más opción que seguirla.

—Mamá —susurra Adam—, ¿qué está pasando?

—Chito, bebé. Mantén tu cabeza abajo.

—No me gusta.

—Lo sé —le susurro—. Te diré cuando no haya moros en la costa.

Ya no es tan fácil cargar a Adam como antes. Es delgado pero alto y toda la fuerza de su peso está apoyada contra mi pecho. Pero que me condenen si lo suelto mientras Benedict está cerca de nosotros.

La habitación al otro lado de la puerta no es tan decrépita como el resto del motel. Los suelos de baldosas están limpios, al menos, y los muebles no parecen haber albergado cadáveres recientemente. Supongo que cuando hay hambre no hay pan duro.

—A mi hermano le encantaba esta habitación —explica Benedict mientras recorre el espacio con orgullo—. Por supuesto, ahora está libre. Tu esposo se aseguró de ello.

Vuelve su mirada hacia Celine, pero ella ni siquiera se inmuta. —¿Qué quieres de mí, Benedict?

—Una vez te ofrecí un tipo de vida diferente, si lo recuerdas.

—Lo recuerdo —responde—. Y luego intentaste matarme. Dos veces.

Tiene el descaro de sonreírle. El espacio de un diente perdido es inquietante, aunque encaja con las lápidas amarillentas y agrietadas del resto de su sonrisa lasciva. Los años en el exilio no han sido amables con Benedict Bellasio. Como el resto de este lugar, parece tener un pie en la tumba.

Extraño, porque el hombre que recordaba era esbelto y en forma y, sobre todo, *vanidoso*. Verlo desmoronarse así me hace desconfiar.

Suceden cosas malas cuando los hombres vanidosos se dejan desmoronar.

—Estaba enojado. Me atrevería a decir que estaba desesperado —explica con sencillez—. Quería golpearlo donde más le dolía y tú eras lo único que parecía importarle. Debo admitir que no estaba pensando con claridad en ese momento. Estoy feliz de que me hayas dado el beneficio de la duda.

—No he hecho tal cosa —dice Celine—. Como dijiste, la ira y la desesperación pueden hacernos hacer cosas estúpidas.

La sonrisa rota de Benedict se hace más amplia. —Sigues siendo tan hermosa como siempre, Celine —se desliza hacia ella. Si Adam no estuviera en mis brazos, saltaría entre ellos—. Será un duro golpe perderte.

—Entonces, ¿planeas matarme? —pregunta Celine.

Presiona una mano contra su pecho en estado de shock. —¡Claro que no! ¿Por qué diablos querría verte muerta? Especialmente, ahora que has elegido confiar en mí.

Espero que Celine tenga la previsión de dejarlo seguir pensando que nuestra presencia aquí significa que él está moviendo los hilos. Que estamos cooperando voluntariamente. Celine podría estarlo, pero yo todavía tengo la esperanza de que haya otra opción. Ni Ilarion ni Benedict, sino una tercera salida que no implique tanta muerte y desamor.

Mi hermana frunce el ceño. —¿Cómo esperas que confíe en ti?

Se mete la mano en los pantalones y saca algo. Jadeo y doy un paso atrás, preocupada de que sea

algún tipo de arma. Pero entonces noto el brillo de la plata.

—Ten —dice, ofreciéndosela—. La llave de esta habitación. Pueden encerrarse y nadie las molestará —cuando ella no la acepta, él lo agita y sonríe—. La confianza comienza con pequeños pasos, mi bella. Pequeños gestos.

Ella lo acepta de mala gana. Mi piel todavía está plagada de esas hormigas invisibles. La ansiedad me recorre en extraños estallidos y escalofríos.

Silbando, Benedict camina hacia la puerta. —Ilarion podría aparecer aquí —advierte—. Si lo hace, intentaré mantenerlo a raya. La llave te sacará de esta habitación. Y *esta* llave te llevará lo más lejos que puedas de este lugar.

Saca la llave de un coche y la pone en la mesa auxiliar. —Traté de decírtelo en nuestro primer encuentro, Celine: estoy de tu lado —luego, sale y cierra la puerta detrás de él.

Celine y yo nos miramos al mismo tiempo. —Cierra la puerta con llave —cantamos a coro.

Corriendo hacia adelante, mete la llave en la cerradura y la gira. Hace clic con un ruido sordo definitivo. —Está cerrada —gira el pomo de la puerta para asegurarse.

Suelto un suspiro de alivio y pongo a Adam en el suelo.

—¡Mamá! ¿Qué está pasando? —su vocecita se eleva con pánico mientras se aferra a mí.

Me dejo caer en la cama con dosel y tomo sus manos entre las mías. —El trabajo de espía no es fácil, mi amor. Solo tenemos que ser un poco valientes y un poco pacientes, ¿vale? Puedes hacer eso por mí, ¿verdad?

Adam se muerde el labio inferior con incertidumbre. —Solo quiero ir a casa.

—Lo sé —digo mientras mi corazón se hincha de miedo—. Y nos iremos a casa muy pronto. Primero necesitamos tomarnos un pequeño descanso aquí.

—¿Y luego volveremos?

—Iremos a un lugar seguro.

No parece contento con esa respuesta, pero no tiene más remedio que confiar en mí. Ahora soy su salvavidas y nunca he sido más consciente de ese hecho.

Me subo a la cama y le abro los brazos. —Vamos —lo convenzo—. Te voy a contar una historia.

Se sube a mi regazo y apoya su cabeza en mi pecho. —¿Podrás acabar con los elfos y el zapatero?

—Por supuesto.

Le he contado la historia tantas veces que realmente no necesito pensar en las palabras mientras las digo. Mis pensamientos se vuelven locos mientras le tejo imágenes de criaturas de medianoche y zapatos elegantes.

Celine camina junto a la puerta todo el tiempo, con el rostro arrugado por la concentración. Hay una delgada línea entre la concentración y el pánico y ella está bailando claqué sobre ella.

Por otra parte, yo también.

Cuando termino la historia, miro hacia abajo y veo que Adam se ha quedado dormido en mis brazos. Moviéndome con cuidado, lo coloco en la cama, acolchando ambos lados con una almohada. Es un hábito que desarrollé cuando él era un bebé y rodaba hasta los bordes de mi cama mientras yo luchaba por vestirme rápidamente. Ya no necesita ninguno de los cojines, pero lo sigo haciendo de todos modos cada vez que se sube a mi cama.

Debe ser agradable tener a alguien que te ama y que puede hacer que el mundo se sienta tan seguro. Puedes quedarte dormido en sus brazos y despertarte con fuertes almohadas para evitar caerte.

Pero, ¿quién pone *mis* almohadas? ¿Quién me lleva a la cama?

¿Quién me mantiene a salvo?

—Celine —respiro mientras me acerco a ella—, ¿qué vamos a hacer?

Ella suspira y el aliento sale silbando entre sus dientes como una tetera. —Tenías razón. Fue una estupidez venir aquí.

—Supongo que la llave fue un gesto vacío.

—Él sabe que estamos atrapadas. Que no nos quedan muchas opciones —dice Celine—. Contará con eso. Creo que podríamos pasarlo por encima. No es que tenga mucha mano de obra.

Miro por encima del hombro a la pequeña masa en la cama que es Adam. —Celine, ¿no deberíamos… tomarnos un momento?

Ella se congela y gira sobre sus talones para mirarme. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que creo que nos estamos perdiendo algo. Quiero decir, Benedict tenía a Papá. Entonces, de alguna manera, encontramos este vídeo en una memoria USB donde Ilarion está con Papá y…

—¿Crees que fue una trampa? —pregunta.

No parece enfadada, pero ya no puedo leer a Celine tan bien como antes. —No sé. Mi instinto me dice que podría serlo.

—Tu instinto también está enamorado de *él*.

—Pero tú no lo estás. ¿Qué te dice tu instinto?

El ceño de Celine se frunce y mira fijamente hacia la ventana, en busca de respuestas en el cielo. —Ilarion no nos haría daño a ninguna de las dos —concede lentamente—. Pero… lastimar a Papá es una historia diferente. Nunca he visto a un traidor marcharse sin consecuencias, Taylor.

—Sí, pero ninguno de esos traidores ha sido nuestro padre —miro a Adam—. Y ninguno de ellos fue tan amado por Adam. Ilarion nunca haría nada que pudiera lastimarlo.

Se pasa una mano por el cabello. —Joder. Joder. No sé.

Un sonido como el de un trueno capta mis oídos, pero suena demasiado artificial para pertenecer

al cielo. —¿Escuchas eso?

—Camiones —respira Celine—. Grandes.

Nuestros ojos se miran. Ambas sabemos lo que está pasando, en lo más profundo de nuestros huesos.

—Ilarión está aquí.

La mirada de Celine se ilumina con la concentración. —Esta podría ser nuestra oportunidad. Benedict estará demasiado distraído con Ilarion y sus hombres como para preocuparse por nosotros y viceversa. Podríamos escapar, escabullirnos mientras todos pelean y habernos ido cuando alguien se dé cuenta de que ni siquiera estamos en las instalaciones.

Vacilo. El plan suena bien en teoría. Entonces, ¿por qué hace que me suden las palmas de las manos y se me acelere el corazón?

—Cee, yo… no estoy segura de que sea la decisión correcta para mí. O Adam.

Celine me mira a los ojos. Luego, toma mi mano y presiona la llave en mi palma. —Es tu decisión.

La sangre abandona mi cara. —Eso no es mucho mejor. No puedo confiar en mí misma. No cuando se trata de él.

—¿Qué es el amor sino la confianza? —pregunta—. Decidas lo que decidas, no importa cómo lo decidas, te apoyaré. Yo te apoyo.

Miro a mi hermana mayor. —No te merezco, Cee.

Ella sonríe. —Más tarde habrá tiempo suficiente para llenarme de elogios, Tay. En este momento tienes que tomar una decisión y no tienes mucho tiempo para tomarla.

ILARION

—Otro agujero de mierda —se queja Dima, mirando el edificio gris en la distancia—. Gran sorpresa.

—*Estoy* sorprendida. ¿Es así como ha vivido todos estos años? —pregunta Mila.

Hemos estado estacionados en las afueras de la propiedad del motel durante casi media hora, con un batallón de soldados Zakharov apostados a nuestro alrededor. Tengo dos contingentes de hombres esperando en los otros dos lugares que Archie me había dado. Este es el único que tiene señales de vida.

Mi instinto me dice que este es el lugar.

—Es mejor de lo que se merece —gruño.

Noto que uno de mis exploradores principales corre hacia nosotros. —¿Cuántos hombres? —le pregunto cuando reduce la velocidad hasta detenerse.

—Es difícil decirlo, *pakhan* —jadea el explorador—. Es viejo y deteriorado, pero está sólidamente construido. Una fortaleza de hormigón. Vi a tres hombres afuera, pero podría haber docenas más adentro.

—¿Docenas? —espeta Dima. Se vuelve hacia mí—. ¿Crees que eso es probable? Tal vez deberíamos pasar un rato más, asegurarnos de…

—A la mierda eso —saco mi arma—. Hemos terminado de esperar. Que los otros hombres se unan a nosotros. Entramos disparando.

—Bueno, no digas más —lamiéndose los labios, Dima desenfunda sus propias armas y comienza a cargar cargadores nuevos.

Mila es un poco más reservada. Sus ojos siguen revoloteando hacia Dima, incluso mientras se prepara. —¿Lanzamos un ataque furtivo? —pregunta—. Podemos acercarnos al edificio a pie. No nos oirán llegar hasta que estemos justo encima de ellos.

Me encojo de hombros. —No importa. Los Bellasio serán aniquilados de cualquier manera esta noche. En cualquier caso, quiero que tiemble de miedo. Conduciremos hasta el edificio con todas nuestras fuerzas y derribaremos a ese hijo de puta.

Un grito se eleva entre los soldados que escuchan nuestra conversación. Nos amontonamos en la

caravana que espera. Las armas suenan, los neumáticos crujen, los hombres resoplan y gruñen mientras saltan a sus posiciones. Todo cobra vida con un rugido, luego descendemos sobre la ratonera de Benedict como una maldita plaga bíblica.

El rugido de los motores nos lleva hasta el motel en ruinas. Acabo de saltar del Rambler cuando el primer disparo enemigo atraviesa el aire.

—¡Abajo! —grito.

Las ventanas del hotel se han abierto lo suficiente para que pueda ver la punta de una pistola. Amartillo mis dos armas y empiezo a disparar. Mis hombres hacen lo mismo y en poco tiempo, hemos entrado, haciendo retroceder a los hombres Bellasio.

Los hombres Bellasio corren por los estrechos pasillos en completo caos. Cuando asoman la cabeza en el momento equivocado, son arrastrados al más allá.

—¡Sigan avanzando! —rugo—. Estarán detrás de una de esas puertas.

Pasamos por un pasillo oscuro y salimos a las ruinas de un salón de baile al otro lado. Escucho a alguien gritar detrás de mí y me giro para ver a uno de mis hombres desplomarse de espaldas contra las baldosas rotas. Desde el lado opuesto, más hombres Bellasio salen corriendo por las puertas como insectos expulsados de sus agujeros.

—Hay más de lo que pensábamos —murmura Mila desde mi lado derecho.

Asiento sombríamente y recargo. —Quédate cerca.

Por supuesto, dado que es patológicamente alérgica a seguir órdenes, inmediatamente se marcha y se lanza a la refriega con imprudente abandono.

—Maldita sea, Mila —gruño en voz baja. Luego, me lanzo tras ella.

Mis hombres y los de Bellasio se han entrelazado ahora. Pierdo de vista a Dima y Mila en el caos y, hasta que no los encuentre, no puedo permitirme buscar a Benedict.

Huelo metal y sangre. El aire está cargado de gritos de furia y dolor. Uso mis puños tanto como mis armas. Y, justo cuando estoy a punto de dispararle a un cabrón en la cabeza, veo a Benedict en el rincón más alejado, encogiéndose cada vez que suena otro disparo.

Está ahí. Justo. Jodidamente. *Allí*. Después de cinco años de alcanzarlo y fallar, casi no puedo creer lo que veo.

—¡*Benedict*! —rujo sobre el tumulto.

Desaparece de la puerta inmediatamente sin mirar quién gritó. Me dirijo directamente hacia él. Estoy casi en la puerta cuando escucho un grito.

Lo reconozco por encima de todos los demás.

—¡Mila! —me giro y vuelvo a la pelea.

Ha menguado un poco. Hay muchos más cadáveres que combatientes, pero tengo que admitirlo… Benedict ha logrado darnos pelea a pesar de sus recursos limitados.

Dima lucha con dos soldados de Bellasio para llegar a Mila. Ella está en el suelo, apretándose las manos sobre una herida de bala en el estómago. La sangre brota sobre sus nudillos, espesa y roja.

Me doy vuelta y corro hacia ella, ignorando el calor que me quema las rodillas. Al pasar, derribo a uno de los hombres que atacan a Dima y le pongo una bala rápida en la garganta. Dima termina el otro y luego ambos nos apresuramos a arrodillarnos al lado de mi hermana.

—¡Mila! Mila, es… joder.

Está mal. Muy mal.

—Estoy bien —dice, pero la sangre que se filtra a través de su camisa indica que no está bien. No está nada bien.

Dima cae de rodillas al otro lado. —¡Joder, Mila! ¿Por qué saltaste delante de esa bala?

Sus ojos encuentran los de él. —Porque, si no lo hubiera hecho, serías tú quien sangraría como un cerdo atrapado.

—Puedo soportarlo.

—Yo también puedo —gruñe antes de volverse hacia mí—. ¿Qué carajo estás haciendo aquí? Deberías estar persiguiendo a Benedict. Me pareció verlo junto a esa puerta.

—Mila…

—Vete. Si se va con ellos, todo esto será en vano —insiste—. ¡Vete!

Dima me agarra del hombro. —La tengo. Me aseguraré de que esté bien.

Puedo ver la promesa en sus ojos. Asiento una vez y salgo con un puñado de hombres Zakharov siguiéndome a la espalda.

La puerta de Benedict conduce a un pasillo más amplio que da un giro brusco. Al final hay otra puerta, ligeramente entreabierta.

—Vamos, Ilarion —llama Benedict desde fuera de la vista—. Tengamos una conversación caballerosa, de hombre a hombre. ¿Qué dices?

Miro hacia mis hombres y les doy la señal silenciosa de que se queden quietos. Luego, entro a la habitación con mi arma colgando casualmente de mi mano. Está parado en el centro de la habitación vacía y, por un momento, me pregunto si estoy buscando al hombre adecuado.

—Puto infierno. ¿Benedict?

Sonríe. Una visión que empeora aún más sus dientes podridos. —¿Tanto cambié?

—Estás gordo —le digo sin rodeos—. Y viejo.

—Sí, bueno, años de ser cazado como una rata pueden hacerle eso a un hombre —sus dientes hacen otra aparición horrible mientras retira los labios en un gruñido que parece más una mueca. Sus ojos brillantes parpadean por encima de mi hombro—. ¿Supongo que mis hombres están muertos?

—La mayoría. Muy pronto, el resto también lo estarán.

—¿Al menos derrumbaron a algunos de los tuyos?

Me encojo de hombros. —Nada que no pueda sanar.

La habitación en la que se encuentra Benedict está relativamente bien cuidada. Pero puedo oler el aire rancio. Como si las ventanas hubieran estado cerradas demasiado tiempo y el moho comenzara a infiltrarse en las grietas.

—Este lugar huele a tu muerte, Benedict.

Él se estremece y luego se burla. —Creo que descubrirás que todavía tengo una carta o dos bajo la manga.

—¿Dónde están?

—El niño —murmura Benedict—. ¿Es mi imaginación o se parece muchísimo a ti?

Lo miro con una expresión desinteresada, aunque mis entrañas hierven. Si me permito flaquear, aunque sea por un momento, confirmaré sus sospechas y tendrá una carta de triunfo más fuerte que Celine.

—¿Qué niño?

—El que se aferra a tu cuñada —dice Benedict, sin dejar de mirarme la cara—. Ella es bonita. No tan pulida como Celine, pero, aun así, ese tipo de belleza cruda no pasa desapercibida. ¿Te la follaste?

—Ella hace años que no está.

—Con Archie, sin duda. Diría que eso te coloca como el principal candidato para ser padre —Benedict sonríe con complicidad—. El niño parece tener la edad adecuada.

Arqueo una ceja, fingiendo aburrimiento. —Tienes la costumbre de dejar volar tu imaginación, ¿no? Pero puedo ver por qué querrías creer eso. Te daría otra carta bajo la manga.

Benedict se encoge de hombros. —En lo que a mí respecta, tengo tres. Y las jugaré todas —luego, su ceño se oscurece—. Mi hermano era mi único amigo en este mundo, ¿sabes?

—Me disculparía, pero no sería sincero. De todos modos, tú se lo hiciste. Yo solo fui el mensajero.

—Ya no tengo nada. Sin hombres, sin dinero, sin familia, sin esperanza de revivir a la mafia Bellasio —grazna—. Te daré a tus mujeres y al niño. Pero quiero algo a cambio.

—Por supuesto que sí.

—Cincuenta millones de dólares y mi libertad. Es todo lo que pido. Cincuenta millones no son nada para ti.

—Quizá no. Pero tu vida significa algo para mí. Lo olvidas, Benedict: me debes una, no al revés. Todo lo que tengo que hacer es matarte. Eventualmente los encontraré.

—No, no lo harás. Ya se habrán…

Se detiene de golpe. Sus ojos se agrandan cuando se posan en alguien justo detrás de mí. Echo un vistazo y, en esa fracción de segundo que bajo la guardia, Benedict tiene un arma apuntando a mi cabeza.

Taylor se congela en la puerta, sus ojos se mueven entre Benedict y yo.

—¿Qué sigues haciendo aquí? —le gruñe Benedict—. Perra tonta.

—Pensé en irme —dice Taylor, vuelve su mirada hacia mí—. Pero primero necesitaba mirarte a los ojos —su voz se entrecorta por la tristeza—. ¿Cómo pudiste?

—¡Porque es un maldito monstruo! —grita Benedict, apuntando su arma hacia arriba—. ¡Ahora es tu oportunidad de escapar! Yo…

—Vi… —dice Taylor, en una voz tan baja que casi no la escucho.

Entonces me doy cuenta de que Benedict no es a quien debería enfrentar. Así que voy contra la corriente y le doy la espalda a Benedict y su arma. Me arriesgo a recibir una bala en mi espalda y enfrento a Taylor.

Que parece muy dispuesta a ponerme una bala en la frente.

Sus ojos están muy abiertos por la incredulidad, sus hombros tensos. —Tú mataste a mi padre —acusa—. Después de que prometiste protegerlo.

—Así es —interviene Benedict—. No se puede confiar en él.

—¡*Cállate*! —grita Taylor—. Estoy hablando con Ilarion. Quiero escucharlo de *él*.

—Maté a Archie —digo, encontrando sus ojos traicionados—. Lo hice porque él me lo pidió.

Ella retrocede. —¡Mentiroso!

Doy una fracción de paso hacia ella, pero ella se lanza hacia atrás, así que me detengo en seco. Pongo el seguro de mi arma y la deslizo por el suelo hacia ella. Luego, amartillo mi segunda arma y se la ofrezco, con la culata primero.

—¿Qué estás haciendo? —jadea mientras avanzo y la presiono en su mano.

Mantengo un agarre firme en su muñeca mientras la acerco a mi cara, presionando la punta del arma contra mi frente. —Déjame decirte lo que pasó. Si todavía no me crees cuando termine, entonces dispara.

Hay sudor saliendo de las comisuras de su frente. El color desaparece de su rostro y sacude la cabeza. —No…

—Sí —gruño—. La elección está en tus manos, Taylor. Como lo está mi vida. Ahora es tu decisión.

TAYLOR

Ahora es tu decisión.

Eso también me dijo Celine justo antes de que la encerrara en la habitación con Adam. Puedo sentir el peso de esta decisión tratando de enterrarme por completo. Lo único que me mantiene en la superficie es saber que la supervivencia de mi hijo depende de mis decisiones.

Miro más allá de Ilarion, hacia Benedict. Sus ojos están fijos en mí, su brazo todavía levantado, apuntando a la espalda de Ilarion. No le pido que baje el arma.

Lentamente, vuelvo mi mirada hacia Ilarion. Incluso después de lo que vi en esa memoria USB, sigue siendo el hombre que amo. Mis sentimientos por él siguen siendo tan potentes como siempre. Solo están luchando contra una marea de traición y dolor.

Si no creo en su explicación, dispararé. Por el bien de Celine, así como por el de Adam.

Es la única manera de liberarme de Ilarion y de hombres como él.

—Vale —digo—. Adelante. Dime.

—Benedict tenía un explosivo colocado dentro de Archie —dice Ilarion. Por encima de su hombro, noto que Benedict pone los ojos en blanco.

—Entonces, ¿por qué matarlo tú mismo? —grito con voz áspera—. ¿Por qué no dejar que la bomba lo haga?

—¡Exactamente! —exclama Benedict.

Miro más allá de Ilarion, al triste ex don. —Pensé que te había dicho que te callaras —se pone rojo brillante, pero levanta las manos para indicar que terminó de interrumpir. Vuelvo mi atención a Ilarion, todavía apuntando con el arma a su cabeza—. ¿Bien?

—Archie me dijo que la bomba no era lo suficientemente grande como para matarlo, pero sí lo suficientemente grande como para mutilarlo. Él no quería vivir así.

Puedo sentir mis fosas nasales dilatarse. —Entonces, podría haber sobrevivido… ¿pero decidiste matarlo?

—*Él* decidió, Taylor —entona Ilarion—. Eligió morir entero, en lugar de vivir una vida media. No quería ser una carga para ti ni para Celine. Él no quería que ninguna de las dos lo viera de esa

manera —hace una pausa y sus ojos de repente se vuelven tristes—. No quería que Adam lo viera así.

—Él no habría elegido morir.

—¿Es tan difícil de creer? —me pregunta—. Tu madre tomó la misma decisión.

Respiro hondo. —Esto… esto fue diferente. Tenía la oportunidad de vivir, de estar bien. De ver crecer a Adam.

—Conocía las consecuencias cuando se unió al inframundo, cuando tomó por primera vez la marca de la Bratva. Pudo elegir su propia muerte. No muchos tienen ese privilegio.

—¿Privilegio? —grito—. ¡Cómo te atreves!

—Mírame —ordena—. Mírame a los ojos, Taylor —no es hasta que dice eso que me doy cuenta de que lo he estado evitando. ¿Cómo puedo hacerlo y luego disparar?—. Querías una explicación. Sé lo suficientemente valiente para aceptarla.

Trago fuerte. —Los vi a los dos en el jardín.

Asiente. —Estaba tratando de que me dijera la ubicación de Benedict. Sabía que tenía información privilegiada sobre los refugios en los que podría esconderse. Al principio, se negó a decírmelo.

—Entonces, ¿lo estabas amenazando?

—Me alejé de él, ¿no? —señala—. Le permití quedarse en mi casa, respirar mi aire, comer mi comida. Tenía santuario bajo mi techo y sabía que estaba a salvo de mí. También sabía que en el momento en que me diera la ubicación de Benedict, los Bellasio vendrían por él. Y, aun así, vino a mí. Decidió ponerle fin para acabar con Benedict.

Cierro los ojos por un momento, avergonzada de la lágrima que cae por mi mejilla. —Podrías haberlo rechazado —susurro—. No tenías que matarlo.

Los ojos de Ilarion son oscuros. El azul en ellos está devorado por las pupilas muy abiertas. —Tomé una decisión. Elegí hacer lo que Archie quería en lugar de lo que tú hubieras querido.

Trago un sollozo, pero mis pensamientos quedan ahogados por las palabras de Benedict.

—¡No creas ni una palabra de lo que dice, Taylor! ¡No había ninguna bomba! Estaba buscando una razón para matar a Archie desde el principio. Un traidor nunca queda libre en la Bratva. ¡No dejes que se meta en tu cabeza!

Miro a Ilarion, esperando que diga algo, se defienda, intente convencerme. Pero no dice nada al respecto. —Te lo dije todo —dice en voz baja—. Ahora es tu decisión.

—¡Mátalo, Taylor! Puedo sacarnos de aquí —la voz de Benedict me irrita los nervios—. ¡Solo mátalo!

Miro a Ilarion por un momento, observo sus rasgos esculpidos, la inclinación triste y baja de sus ojos, la fuerza de su mandíbula. Es un hombre tan hermoso. Un *buen* hombre. Eso es lo que creía Celine. Eso es lo que elegí creer también todos estos años.

Pero a veces, elegir creer en algo no lo convierte en realidad.

Pienso en mi hermana.

Pienso en mi hijo.

Pero sobre todo pienso en mi padre.

Te amo, Papá.

Luego, respiro hondo. Aprieto el gatillo con fuerza y siento como si hubiera disparado la bala desde mi propia alma.

Grito. O al menos alguien lo hace. Doy un tirón hacia atrás, me duele el hombro, pero no me caigo. Los brazos de Ilarion me rodean, me sostienen.

Pero Benedict Bellasio está en el suelo, retorciéndose de dolor.

—Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios… le disparé —mis ojos se agrandan más—. ¡Y *fallé*! —mi respiración se vuelve entrecortada y pesada ahora. La adrenalina abre paso a algo parecido al pánico.

—Está bien, *tigrionok* —dice Ilarion con calma—. Todo estará bien.

—¡No puedo creer que haya fallado!

—Tomaste tu decisión —me susurra al oído—. Estoy orgulloso de ti.

Me guía hasta ponerme de rodillas y luego camina hacia el cuerpo espasmódico de Benedict. No estoy segura de dónde lo atravesó la bala, pero no fue en la cabeza como pretendía.

El amoníaco y el miedo dejan un hedor en el aire. Estoy bastante segura de que Benedict Bellasio se ha orinado encima.

Miro hacia arriba y observo la figura alta de Ilarion. Está de pie junto a Benedict, mirándolo como si fuera un trozo de papel higiénico en la suela de su zapato.

—Adiós, Benny.

Él levanta la mano. Veo el brillo del metal negro. Cierro mis ojos. Un segundo después, se oye otro disparo. Uno definitivo.

Sé sin mirar que Benedict Bellasio finalmente se ha ido.

No abro los ojos hasta que siento los brazos de Ilarion rodeándome, hasta que su aliento llega a mi oído y su corazón late junto al mío.

—¿Cómo supiste que estaba diciendo la verdad? —me pregunta.

—No lo hice —digo honestamente—. Solo elegí creerte.

Presiona un beso en mi sien. —Lo siento. Tuve que hacerlo, Taylor. Tuve que darle la muerte que quería. Pero si sirve de algo, lamento que se haya ido.

Asiento, dejando caer mi cabeza contra su pecho y dejando que los sollozos me atraviesen.

Acepto que mi padre se ha ido. Acepto que el amor de mi vida lo mató. Y elijo creer que esos hechos no nos destruirán.

Solo puedo esperar que nos haga más fuertes. Esa es la elección que hago en este momento. Esa es la elección que seguiré haciendo.

Una y otra vez, si es necesario.

Yo lo elijo *a él*.

TAYLOR

El reloj marca el mediodía, pero apenas puedo creerlo después del día que acabo de tener. Parece que esta mañana se ha prolongado durante años.

Enterramos a Papá hace tres horas, bajo un enorme cedro con hojas plumosas que se caerán sobre su tumba. Adam se aferró a Ilarion la mayor parte de la mañana, en un intento subconsciente de buscar consuelo en la última figura paterna que le queda.

Celine y yo estábamos juntas, una al lado de la otra, tratando de aceptar el hecho de que ahora somos huérfanas.

No recuerdo qué llenó las horas entre enterrar a Papá y sentarme aquí en mi tocador, mirando mi reflejo en el espejo. Lo único que puedo recordar son momentos fugaces que quedarán congelados para siempre en el tiempo.

Celine tomó mi mano y me prometió que siempre estaríamos ahí la una para la otra.

Mila, vendada y magullada, obligándose a salir de un coche para asistir al funeral de un hombre que odiaba, solo porque sabía lo que significaba para mí.

Adam llorando histéricamente e Ilarion levantándolo y cargándolo hasta que se calmara.

Hoy sentí mucha tristeza, pero no estaba tan perdida como para no poder ver esperanza allí también. En algún lugar entre las lágrimas y el dolor, miré a mi alrededor y vi los incipientes cimientos de una familia. Un poco rota, un poco disfuncional, un poco dispareja.

Pero una familia, al fin y al cabo.

Parpadeo y me concentro en mi reflejo. No apliqué mucha base; por eso me veo tan pálida. Mi lápiz labial también se ha descolorido, pero mi moño permanece fijo en su lugar. Ni un cabello fuera de lugar. Eso fue obra de Celine. Incluso en el dolor, su trabajo final es impecable.

Me quito las perlas alrededor de mi cuello y luego tiro de las horquillas que sujetan mi cabello. Los guardo y me peino hasta que me parezco un poco más a mí misma. Una vez hecho esto, me meto en el vestidor y cambio mi ropa de luto por un vestido de algodón suave. Amarillo, porque estoy harta de ver el negro y también porque es lo que Mamá habría elegido.

Una vez que me siento cómoda, me acerco a la ventana de mi nuevo dormitorio. Técnicamente, es la habitación de Ilarion, pero él sigue asegurándome que ahora es nuestra.

Ofrece la mejor vista de los jardines. Puedo ver toda la extensión de césped extendida como una alfombra verde. Mila y Dima están sentados en sillas blancas de jardín, tomando el sol.

Dima permaneció al lado de Mila durante la mayor parte de la ceremonia. Él la ayudó a sentarse y levantarse, le trajo agua y comida, le preguntó si necesitaba algo una y otra vez, incluso después de que ella le gritó que dejara de rondar.

Allí también hay esperanza. Otra cosa a la que elijo aferrarme.

Me alejo de la ventana cuando escucho que se abre la puerta. Adam entra, vestido con pantalones cortos de color caqui y una camiseta blanca.

—Hola, bebé. ¿Dónde has estado?

—Con Papi —dice—. Me dijo que mañana me va a llevar al zoológico. ¿Vendrás con nosotros?

—Me encantaría.

Él asiente y se sube a mi regazo. Se adaptó sorprendentemente bien cuando nos sentamos con él y le explicamos que las cosas estaban cambiando en nuestra casa. El abuelo se había ido para estar con la abuela y el tío Illy… bueno, eso era un poco más difícil de explicar. Fue Celine quien intervino y explicó que el tío Illy *también* era un espía, razón por la cual tuvo que mantener las cosas en secreto hasta ahora.

Cosas como que en realidad es el padre de Adam.

Beso la parte superior de su cabeza y lo abrazo fuerte. —¿Estás bien, cariño?

—Papi dice que el abuelo murió como un héroe. Papi dice que ser un héroe significa anteponer a los demás a ti mismo —recita, mirándome con esos grandes y hermosos ojos suyos.

Le acaricio el cabello. —Tiene razón.

—El abuelo es un espía *y* un héroe —hace una pausa y se muerde el labio—. Aunque desearía que el abuelo no fuera un héroe ni un espía. Desearía que estuviera aquí.

Siento que me tiembla el labio, pero lo muerdo con fuerza y evito perder el control. —Lo sé, cariño. Yo también. Pero no siempre tenemos control sobre las cosas. Lo entenderás cuando seas mayor.

—No quiero ser mayor.

Lo presiono contra mi pecho. —El abuelo siempre estará con nosotros. En imágenes y recuerdos. Lo mantendremos vivo de esa manera. Nos amaremos por él.

Adam frunce el ceño. Estoy bastante segura de que solo entiende la mitad de lo que estoy diciendo. Hablo de todos modos con la esperanza de que algún día lo que digo tenga sentido para él.

—¿Recibiste el regalo que te dejó? —pregunta Adam abruptamente.

Yo paro. —¿Qué?

—El regalo que te dejó —repite Adam—. ¿Lo recibiste? Lo dejó con tu ropa.

Lo olvidé por completo. Me lo mencionó la noche del baile de Celine, la noche en que descubrió lo de Ilarion y yo. Lo dejo en el suelo y me pongo de pie.

—Vamos —le digo, tomando su mano—. Vamos a buscarlo.

Camino por el pasillo hacia lo que solía ser mi habitación. Todavía se siente como mi habitación, considerando que la mayoría de mis cosas todavía están aquí. Todavía tengo que trasladar todas mis cosas a la habitación de Ilarion… *nuestra* habitación. Estoy arrastrando la ropa a un lado y no veo nada, nada… y luego…

Ahí.

Un sobre, metido entre un par de zapatillas deportivas. En realidad, las mismas que usé la noche que conocí a Ilarion. La sincronicidad me provoca un escalofrío.

Rompo el sello y saco la carta que se encuentra dentro. Tengo tanta avidez por las palabras de Papá que me trago la carta entera en segundos. Cuando llego al final, estoy temblando.

—Mamá, ¿estás bien?

Sonrío entre lágrimas. —Estoy bien, bebé. El abuelo me escribió una hermosa carta.

—¿Qué dice?

—Dice que nos ama —me limito—. ¿Puedes hacerme un favor e ir a buscar a la tía Cee?

La dejé en su habitación hace media hora. Quería ordenar sus cosas en cajas. Faltaban tres días para el día de la mudanza y ella no es nada sino es organizada compulsivamente.

Mientras Adam no está, respiro hondo y leo la carta de nuevo.

Hola, Pajarito…

No estoy seguro en qué circunstancias estás leyendo esta carta. Espero ser yo quien te la entregue y la leas, te rías y me digas que soy tonto. Pero tengo la sensación de que eso es poco probable.

Creo que es más probable que ya no esté, y estés triste porque crees que podrías haberme salvado. La verdad es que supe mi destino desde el momento en que decidí entrar en la Bratva. Tomé ciertas decisiones y sabía que eran equivocadas, pero lo hice de todos modos. Porque pensé que no tenía otra opción.

Recuerda, siempre *hay opciones.*

Por eso fui a Ilarion y le dije lo que necesitaba para encontrar a Benedict Bellasio. Sé que, al hacerlo, Benedict vendrá tras de mí. Sé que quizá no sobreviva a lo que venga después. Lo más importante es que quiero que tú y Celine sepan que estoy más que listo para morir. Quería irme desde el día en que descubrí que tu madre ya no era parte de este mundo.

He vivido todos estos años sin ella solo porque sentí que tú y Adam todavía me necesitaban. Pero ahora sé que ustedes tres estarán bien sin mí. Celine es una fuerza a tener en cuenta. Tú eres más fuerte de lo que crees. Y Adam está formado por la fuerza de Ilarion y la bondad de tu corazón. Los tres estarán bien, de eso estoy seguro.

Puedo morir tranquilo sabiendo que Ilarion cuidará de ti. Y que ustedes, chicas, se cuidarán la una a la otra. Dile a Adam que lamento no haber podido estar allí para verlo crecer. Pero robé algunos años con él y, por eso, estoy agradecido. Los amo a todos, mis pajaritos. Mi pequeña bandada.

Tengo muchas ganas de pasar el resto de la eternidad con tu madre. Ya me ha esperado bastante. Sé que hay girasoles dondequiera que ella esté.

Los amaré siempre,

Papá

—¡Taylor! —Celine irrumpe en la habitación con Adam pisándole los talones. Tiene las mejillas sonrojadas y los ojos muy abiertos—. ¿Está todo bien?

Le ofrezco la carta. —Me dejó esto la noche de tu baile.

Ella lo toma y observo cómo sus ojos recorren la carta como lo hicieron los míos. Cuando llega al final, están llenos de lágrimas.

Dobla la carta y me mira. —Así que hiciste bien en confiar en Ilarion.

—¿Tenías dudas?

Sonríe. —Por un momento. Pero fue en serio cuando dije que te apoyaría pase lo que pase.

Abrazo a Celine con fuerza, respirando su aroma. Ella es el último resto de nuestros padres para mí. Probablemente yo sea lo mismo para ella. Así que abrazarla se siente como abrazarnos a todos nosotros. Los últimos de los Theron.

Cuando nos separamos, nuestras mejillas están mojadas. Nos reímos juntas. —Tengo que ir a hablar con Ilarion.

Asiente. —Adelante. Anda.

Aprieto su mano y me giro para irme. —¿Qué tal si cenamos esta noche, solo nosotras dos? —sugiero en la puerta antes de irme.

Me sonríe con timidez. —Es una gran idea. ¿Pero crees que podríamos hacerlo mañana?

—Por supuesto, si tienes planes.

—De hecho, tengo planes —se sonroja de nuevo—. Con Ashton.

—¿Ah, entonces es así? —no puedo evitar ni ocultar mi sonrisa traviesa.

Se ríe y me golpea. —Sal de aquí —reprende antes de volverse hacia Adam—. Adam, hagamos algo, solos tú y yo.

—¿Rompecabezas? —sugiere.

—Perfecto.

Los dejo a los dos y bajo hacia la guarida de Ilarion. Paso por los jardines donde Mila y Dima todavía están sentados en sillas sobre el césped, disfrutando del clima fresco. Encuentro a Ilarion

en su escritorio. Pero no está tan metido en el trabajo como esperaba. Solo está sentado allí, reclinado hacia atrás, con la cara dirigida al techo.

Se endereza cuando entro, con un ceño de preocupación grabado en su frente. —Taylor. ¿Está todo bien?

Camino hacia él y me subo a su regazo. —Encontré algo. De mi Papá.

Él levanta las cejas. —¿Oh?

—Él me escribió una carta. La escondió en mi armario el día del baile de Celine.

—Hijo de puta —respira con una sonrisa—. ¿Que había adentro?

—Cosas que un moribundo les dice a sus hijos. Cosas que espera que transmitan a sus hijos. Él sabía que iba a morir, Ilarion. Al menos, sabía que había una buena posibilidad de que ocurriera. Estaba preparado. Yo diría que una buena parte de él incluso lo esperaba con ansias.

Él pasa su mano por mi mejilla. —Te ves… más feliz.

Asiento. —Te creí —susurro—. Pero aun así es bueno tener pruebas —me acurruco en su pecho y aspiro su terroso aroma masculino—. Lo voy a extrañar. Pero él estaba preparado para partir, igual que Mamá.

—Muy pocas personas pueden decir que están preparadas.

Asiento. —Espero poder afrontar la muerte de la misma manera.

—Con un poco de suerte. Pero no por mucho, mucho, *mucho* tiempo.

Sonrío y tomo su rostro con mis manos. —Me extrañarías, ¿es eso lo que estás tratando de decir?

Se encoge de hombros. —Nunca volveré a saber lo que es extrañarte, *tigrionok* —dice con confianza—. No planeo estar sin ti.

Presiono un dedo contra sus labios. —Es posible que no siempre se tenga ese tipo de control. ¿Qué pasa si, después de décadas juntos, docenas de hijos y nietos después, muero primero?

Solo estoy bromeando, pero su ceño se frunce con seriedad. —Entonces, te resucitaré de entre los muertos hasta que yo también esté listo para partir.

—Sabes, honestamente creo que podrías.

Presiona sus labios contra mi cuello. —Solo observa.

EPÍLOGO: ILARION

TRES MESES DESPUÉS

—¿Dónde está Taylor? —pregunta Mila—. Ustedes dos generalmente están unidos por la cadera.

Pongo los ojos en blanco. —No lo estamos.

Estamos sentados en el jardín, compartiendo una jarra de margaritas. Es un poco temprano para el alcohol, pero Mila ha estado de un humor inusualmente bueno últimamente, así que cuando me sugirió, no pude rechazarla.

—¿No? ¿Cuándo fue la última vez que pasaron un día separados?

—Pasamos cinco años separados. De todos modos, mira quien habla. Tú y Dima se turnan para vigilar la puerta cuando uno de los dos tiene que ir al baño.

—Bésame el trasero, Ilarion. Solo está agradecido de que le salvé la vida.

—¿Y te paga siguiéndote como un cachorro enamorado?

Me muestra el dedo medio. Tiene las uñas cuidadas… eso es extraño. Lleva un vestido hoy. También es extraño. Pero no hace falta buscar muy lejos para encontrar el motivo.

Luego deja caer la mano en su regazo y suspira. —No es que sea asunto tuyo, pero… se lo dije a Dima.

Mis ojos se sienten como si estuvieran a punto de salirse de sus órbitas. —Le dijiste. O sea, ¿le contaste todo?

Asiente. —Hace un par de semanas. Casi tuve un ataque de nervios a mitad de camino, pero tomé un poco de vodka y eso me dio el aliento que necesitaba. Le dije que tendría que tomar las cosas con calma. Como glacialmente lento. Parecía abierto a ello.

—Él está loco por ti. Esperará todo el tiempo que sea necesario.

Un leve rubor florece sobre su piel. Me hace sonreír… hace mucho tiempo que no veo a mi hermana sonrojarse. Lo aceptaré, siempre y cuando ella también siga sonriendo como lo ha estado haciendo.

Ella sonríe con cariño y apoya los pies sobre la mesa. —¿Dónde está mi sobrinito, por cierto? No lo he visto en todo el día.

—Eso es porque está en la nueva casa de Celine y Ashton con Taylor. Él la está ayudando a adaptarse.

—Bien. Estoy feliz por ella. Los próximos pasos son difíciles.

En ese momento, escuchamos el sonido de pasos corriendo. —¡Papi! —grita Adam desde el marco de la puerta—. ¡La tía Cee tiene una habitación en su casa solo para mí!

—Supongo que sí está aquí después de todo —murmuro con una sonrisa cursi mientras trato de fingir que el sonido de su voz llamándome "Papi" no hace que mi corazón explote de alegría cada vez.

Me giro y lo levanto. —¿Una habitación entera para ti? Suena genial, amiguito.

—Tomé algunas fotos para ti —grita—. ¡Iré a buscar a Mamá! Están en su teléfono —luego se suelta de mis brazos y corre de regreso a la casa.

En el momento en que se va, Mila me mira y suspira. —Parece que se está adaptando bien.

—Más o menos —concuerdo—. Él sabe que su mamá está conmigo y su tía está con el "tío" Ashton. Todo lo demás llegará con el tiempo.

—Vale —dice Mila—. Eso es todo, entonces, ¿eh?

Sonrío. —Eso es todo.

Taylor aparece en el porche, con Adam a cuestas. —¡Mamá, enséñales las fotos a Papi y a la tía Mila! —dice Adam emocionado—. Quiero que vean el columpio y todo.

—¿Columpio? —dice Mila con la nariz arrugada—. Vaya, alguien realmente está trabajando por el título de Tía Favorita. Tendré que mejorar mi juego.

—Las dos son sus tías favoritas —insiste Taylor con diplomacia.

—Pero hoy tía Cee es mi favorita —añade Adam con una sonrisa descarada.

—¡Pequeño mocoso! —grita Mila mientras se lanza hacia Adam y comienza a hacerle cosquillas. Él comienza a gritar de risa mientras intenta zafarse de su agarre. Cuando se libera, sale corriendo por el césped. Mila corre tras él.

Cuando se van, alcanzo a Taylor. —Estuviste fuera por mucho tiempo —me quejo mientras ella se desliza sobre mi regazo.

Se ríe. —Celine tiene mucha basura. Aunque es basura de buen gusto. La casa va avanzando.

—No tengo duda —la beso con fuerza en los labios y cuando finalmente nos separamos, ella se queda sin aliento.

—Vaya, *sí* que me has extrañado.

La empujo fuera de mi regazo y me pongo de pie de un salto. —Vamos, tengo algo para ti.

—¿Como un regalo?

—Exactamente así. Vamos.

Riendo, la llevo a nuestra habitación y cierro la puerta. Luego, recojo mi pequeño regalo de la mesa frente a la ventana.

—Aquí tienes —le digo, presentándoselo.

Sus ojos se posan en la bola de nieve y se abren de par en par por la sorpresa. —Ay, Dios mío…

—Es una réplica exacta —le explico—. Rastreé al fabricante original y le pedí que lo rehiciera. Resulta que es un diseño sorprendentemente complejo. Lo encargué hace más de un mes y acaba de terminarlo.

Se acerca a mí a la velocidad de un caracol, sin desviar sus ojos de la bola de nieve que tengo en las manos. —Es perfecta —dice—. Es… tú… es… Es maravilloso, Ilarion. *Tú* eres maravilloso.

—Tengo mis momentos.

Taylor examina la bola de nieve con asombro y, cuando se ha saciado, la coloca en su cómoda, en un lugar de honor frente al espejo.

Luego se da vuelta y rodea mi cuello con sus brazos, su sonrisa se vuelve traviesa. —Tengo que encontrar una manera de agradecerte.

Levanto las cejas. —Estoy de acuerdo. Es solo una cuestión de cortesía.

—Tengo algunas ideas.

Me quita la camisa y luego los pantalones. Luego, me acompaña de regreso a la cama y me empuja sobre mi espalda. Ella se desnuda mientras la miro y luego se pone de rodillas frente a mí.

Ella duda por un momento, justo en frente de mi polla erecta. No hace falta mucho para que me ponga tan duro; por lo general, basta con parpadear en mi dirección. Sin embargo, hoy se siente diferente.

Sus ojos se encuentran con los míos y siento una feroz sensación de orgullo.

Esta mujer es *mía*.

Después de todo lo que hemos pasado, ella finalmente es mía.

Ella se inclina y me lleva a su boca. —Joder —gimo.

Su cabeza se mueve mientras me tenso y gimo hacia el techo. Como siempre, no duramos mucho antes de que necesite más. La levanto y ella se sienta a horcajadas sobre mí. Cuando me desliza dentro suyo, siento que finalmente puedo respirar de nuevo.

Agarro su trasero para sostenerlo mientras ella comienza a moler mi polla de arriba a abajo. Veo sus pechos rebotar y balancearse, miro su cabello volar salvajemente alrededor de su cara.

Ella es jodidamente *fascinante*.

Le doy una palmada en el trasero y ella solo me monta más fuerte. Su respiración se acelera. Suaves gemidos escapan de su garganta y siento que comienza a apretarse a mi alrededor.

—Córrete para mí, bebé —murmuro.

No hay nada como ver a esta mujer tener un orgasmo. Un día voy a pintar un cuadro de su cara en el momento exacto en que su cuerpo se libera sobre mi polla. Quiero estar mirando esa cara cuando muera.

Mientras su cuerpo tiembla con su primer orgasmo, empujo hacia adelante y me siento erguido, acercándola más hacia mí. Me meto en ella y presiono mis labios contra su cuello.

Me la follo simplemente abrazándola, tirando de ella y empujándola hacia arriba y hacia abajo mientras ella tiembla, se retuerce y gime.

Sus uñas se clavan en mi espalda mientras la follo aún más fuerte. Nos pongo de pie y la hago saltar sobre mi polla, en mis brazos, suspendida en el aire con solo mi abrazo para anclarla. Ella confía en mí para hacerlo. No se le pasa por la cabeza hacer nada más que eso.

Y, cuando se corre, se corre gritando mi nombre en sus labios. La tiro tan fuerte y profundamente como puedo y vacío cada gramo de amor y pasión que tengo por ella exactamente donde pertenece.

Una vez, me dijo que mi nombre estaba grabado en su alma. Desde entonces, todos los días trato de asegurarme de grabar mi nombre un poco más profundamente.



Epílogo Extendido: Taylor: Un Año Después

Descarga el Epílogo Extendido para echar un vistazo a la boda de Ashton y Celine, el futuro de Mila y Dima, ¡y una propuesta sorpresa!

HAZ CLIC AQUÍ PARA DESCARGAR